Patrick Rosas

Un señor llamado Joseph Hamilton

hespérides

A **Patrick Rosas** (Lima, 1947) le gusta asumir su condición de extranjero. Lo es en su país natal tras cerca de 50 años de vida en Francia y Europa. Lo es en Gran Bretaña, de la que es ciudadano y donde no ha vivido más de seis meses. Lo es en Francia, en cuyo suelo ha echado raíces sin por ello haber adoptado su nacionalidad. Lo es en la Unión Europea desde el Brexit. También respecto del idioma castellano ocupa una posición inhabitual, pues en su medio siglo de residencia fuera del mundo hispánico su lengua materna ha perdido muchos de sus signos exteriores de pertenencia. Durante este lapso ha producido tres libros de poemas (un cuarto, *(Des)orden*, será publicado próximamente en Lima por el Fondo Editorial de la Universidad Ricardo Palma), dos libros de cuentos y nueve novelas. *El año de Los Saicos* fue publicada en 2015 en La Huerta Grande.

En el fondo, toda novela habla de sí misma. Y el autor en ella se esconde y se multiplica. Un señor llamado Joseph Hamilton despliega un juego de espejos en el cual tres etapas de la vida de Laslo Caligari se miran y se reinventan. Su instrumento es la memoria, ese narrador poco fiable. Su hilo de Ariadna es una historia de amor pasional e indeleble que, décadas después de haber inflamado a Laslo y a Myria Ferretti —la otra protagonista—, abre la puerta a un inesperado y emotivo final.

Se podría decir que esta novela está basada en hechos reales si hubiese novelas que no lo estuvieran.

Un señor llamado Joseph Hamilton

COLECCIÓN
Las Hespérides

PATRICK ROSAS

Un señor llamado Joseph Hamilton

ESLES DE CAYÓN
2023

© De los textos: Patrick Rosas

Madrid, enero 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-31-3
D. L.: M-28479-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

A Myria Ferretti, parce que c'était elle, parce que c'était moi

La obra de los ojos está hecha. Haz ahora la del corazón.

Rainer Maria Rilke

Ainsi, lecteur, je suis moi-même la matière de mon livre.

Michel de Montaigne

Voici encore un de ces aveux sur lesquels je suis sûr d'avance de l'incrédulité des lecteurs.

Jean-Jacques Rousseau

Primer movimiento

Laslo Caligari se ha instalado en la terraza, en una tumbona plegable, protegido del temprano sol matinal por la sombra de una acacia. El árbol tiene la misma edad que la casa donde vive retirado, ocho o nueve años, y su copa frondosa supera ya el caballete del tejado de pizarras y la altura de los viejos manzanos del prado. Ayer concibió la idea de escribir sus... ¿memorias, (des)memorias, cuasi memorias?, y esta mañana se ha levantado con los gallos a fin de darle vueltas al proyecto en la cabeza bien despierta por el café del desayuno. El paisaje campestre estimulará esta reflexión, se dice. Su proyecto ha ido variando a medida que compulsaba sus diferentes posibilidades narrativas, entre las cuales se ha filtrado una nueva, la de darle la forma de una novela, más maleable. La escritura de la novela no reposa exclusivamente en el recuerdo, su forma narrativa admite, sin romperse, géneros disímiles. Y acaso sea la más adaptada a su propia manera de pensar por escrito. Puesto que un proyecto literario debe tener un eje, Laslo se dice que, antes de la caída del sol, deberá encontrar uno al suyo, sea cual sea la estructura definitiva que adopte: autobiografía, memorias o novela, da lo mismo. Dejándose llevar por los recuerdos —alimento de su reflexión—, se pregunta ahora si este eje no podría ser el período de su existencia cerrado una mañana en Otrora, hace ya medio siglo. Poco le faltó a aquel Laslo para que se hundiese sin remedio en la desesperación, profundo pozo. A partir de ese día su vida nunca ha vuelto a ser la misma. Grabar estos recuerdos en la página sería como vivirlos otra vez. Y Caligari podrá, dejándose llevar por la fantasía, ya no solo vivirlos de nuevo; vivir otra cosa, habitar otro pasado.

¿No es ficción toda existencia? ¿Cuánto de lo recordado por una persona es verificable?, ¿cuánto le aconteció realmente y no lo han contaminado y modificado el tiempo, el amor propio, las conversaciones sobre el tema, el presente? Toda realidad es ficción.

Caligari se incorpora en la tumbona doblando los brazos para desperezarse luego de esta primera reflexión sobre su proyecto y, divertido, observa, en el pastizal del vecino, a una corneja que recorre el espacio entre vacas y becerros como un ganadero que examinara sus reses en la dehesa, satisfecho. Si la

corneja hiciera un balance de su vida, ¿el resultado sería positivo?, ¿qué espera una corneja de la vida?, en el umbral de la muerte, ¿sabe siquiera si ha vivido? Él no se pregunta si esta corneja es hembra o macho, si es la misma de todos los días o si todos los días una corneja distinta recorre estos campos, las alas pegadas al cuerpo, examinándolos con la mirada codiciosa de un ganadero. Se ha vuelto a recostar en la tumbona, los ojos cerrados, la boca entreabierta, el mentón ligeramente avanzado. Su divagación, de nuevo a la obra, lo está llevando a una mañana de finales de otoño —¿o ya de invierno?: viste un gabán de paño azul, de estilo marinero—, hace varios decenios, en una ciudad meridional si se compara su longitud con la de París. Había tomado un tren nocturno en la Gare de Lyon.

El expreso internacional ha hecho dos o tres paradas antes de llegar a destino diez, once horas más tarde. Son las 8:46 de la mañana y Laslo tiene las articulaciones entumecidas. Se ha levantado al inmovilizarse el tren en el andén y baja su mochila de la rejilla de metal instalada a todo lo ancho del compartimiento, sobre el asiento forrado con *escay*. Bosteza al atrapar la mochila por el asa de cuero acolchado. Los otros dos pasajeros, un hombre y una mujer —una pareja de sexagenarios—, habían echado una mirada de reojo a su pasaporte cuando el tren cruzó la frontera. Solo va a pasar un fin de semana en Reggio nell'Emilia, no necesita mucho equipaje. ¿La reconocerá? ¿Lo reconocerá? En solo trece años, a su edad —ella es un año menor que él, Tauro también—, no deben de haber cambiado mucho de apariencia. Pueden haber engordado un poco. Él no más de tres kilos, se toca la cintura, todavía territorio libre de lorzas. ¿Ella? Ya lo sabrá cuando la vea. La recuerda rubia —de un rubio veneciano—, ojos del color de la uva moscatel, nariz y boca bien proporcionadas en un rostro redondo, algo oriental, hombros anchos, seno generoso como el de *La Madonna allattante* de Tintoretto —tenía una reproducción de este cuadro en la salita de su departamento—, nalgas introvertidas —no daban la talla en su duelo desigual con el busto exuberante —, piel siempre dorada por rayos que no podían ser, siempre, los rayos del sol. Con tacones aguja, Myria Ferretti le llegaba a las cejas.

Laslo no oculta su cansancio al bajar por la escalinata del tren, podrá servirle de escudo en caso de incomodidad o de fastidio. Los trece años transcurridos habrán eliminado entre él y ella toda familiaridad. Son hoy dos extraños, o poco más, que van a reencontrarse en la *stazione termini* de Reggio nell'Emilia, ciudad natal de ella. Llevaré una rosa en la solapa, bromeó cuando se hablaron por teléfono a mitad de semana para confirmar la fecha y la hora

de su llegada. Él, balanceándose en el sillón giratorio de su despacho —trabajaba de lunes a viernes en una agencia de noticias—, saboreó su voz algo velada, como si el cuerpo de ella acabara de darse una ducha caliente y a su voz la hubiese humedecido el vapor. Muchas italianas tienen este timbre. La imaginó desfigurada por un incendio —fumaba en la cama—, un accidente de tráfico —manejaba en estado de ebriedad— o por una vida de depravación, alcohol y drogas. Por eso sería que lo llamaba después de tanto tiempo, luego de haberle escrito una breve misiva suponiéndolo en Otrora, misiva que su madre (de Laslo) le reexpidió a París. Necesitaría una tabla de salvación. Y él un motivo escabroso que explicara el súbito deseo de ella de volverlo a ver.

La perspectiva de reencontrarse le ha despertado en el tren esperanzas de reanudar con nuevos lazos su malograda historia de amor. Jutta-Ingrid, su voluble compañera sentimental, rodaba una película en la lejana Tailandia. Un aficionado a los horóscopos diría que la alineación planetaria les es favorable esta mañana nublada en que Laslo pone los pies en Reggio. Myria había vuelto allí con su familia al jubilarse su padre, ingeniero jefe de los Molinos de Otrora. Gran parte de los fideos, de toda forma y calibre —y colores, cuando se introdujeron los sabores a sepia, zanahoria, albahaca, cacao—, consumidos en el virreinato salían de las máquinas concebidas en la fábrica dirigida por él.

Laslo, dijo. Fredo Pipa —se había comprado una colección de pipas para, sin necesidad de escribir, afirmar su vocación de escritor, de ahí el apodo— los estaba presentando, una noche de juerga, en la playa bautizada por Caligari para los efectos de esta historia con el nombre de Omaha Beach. Ha visitado no hace mucho las playas del Desembarco. Myria, dijo ella sonriendo, midiéndolo, un mohín de sus labios jugosos diciéndole me gustas. Él retribuyó su coqueteo, por vanidad, y para amaestrar su timidez, inclinando la cabeza y alzando las cejas sin dejar de mirarla, gesto que, sin comprometer de manera alguna, insinúa más de lo que afirma. No sabe, al darle un beso en la mejilla cuando ella le acerca la suya, si se siente atraído por Myria más allá de la curiosidad provocada por su presencia en esas arenas movedizas donde sus pies se hunden juntos, frente a frente. Es un joven bien parecido, alto para Otrora, de manos largas y finas, vientre liso y, en esa época, lampiño, rostro dulce y díscolo a la vez, mirada melancólica e irónica. Hacía dos semanas había regresado de Europa. Se le nota en la indumentaria: Pataugas con suelas de pasta de caucho dentado, nadie usaba botines así en Otrora; camisa floreada, multicolor; el pelo en cascada sobre los hombros. Y también en la manera de gesticular y de introducir galicismos en sus referencias a Mayo del 68. Este

tema lo ha introducido él esta noche en una conversación hasta entonces difusa al comprender el partido que puede sacar de los sucesos. Sazona el relato mencionando sus propias hazañas en las protestas, llamadas por él Revolución. Con R mayúscula, supone Myria, atraída por su soltura al relatar los hechos, muy recientes. Laslo no cambia de registro vocal al desplegar su repertorio. Evita las hipérboles. Busca de esta manera, quizás, acentuar su veracidad. Puede asimismo estar actuando con prudencia. Ella, por ser italiana, puede estar mejor informada que los demás de estas protestas de otro mundo.

El eco del Mayo francés ha resonado, débilmente, no pedir peras al olmo, en el campus de la universidad pública Pulgarcito I —donde estudia el grupo reunido en Omaha Beach—, probando, y falta hacía, que no todo el territorio del virreinato de Otrora se encuentra en la Luna. *CRS/SS!, Nous sommes tous des juifs allemands!, Ce n'est qu'un début, continuons le combat!,* Laslo muestra el puño cerrado al cielo indiferente que despliega sus sombras espesas sobre la playa de arena. Convertir el puño en martillo es el único recurso teatral que se permite utilizar en este improvisado anfiteatro arrullado por el murmullo del mar. Su público, enmudecido, sentado en la postura del loto, formando un círculo, no se atreve a parpadear. Myria lo observa con fervor y algo más. Y es ese misterioso algo más transmitido por la llama fría de su mirada lo que lo mueve hacia esta desconocida. Laslo ha sido presentado a algunos miembros del grupo en Nochevieja, no hace una semana. Festejaron el año nuevo en un departamento del centro, medio vacío. En uno de los muros de la sala alguien había pintado un POEMA PARA SOSTENER UNA PARED, acaso manifestando su preocupación por el estado de la vivienda. ¿Cómo saberlo?, no recuerda ninguno de los cuatro o cinco versos, no más de seis, que lo componían. Su autor los había escrito con un rotulador rojo en la pintura blanca, los colores patrios. Quizás escondiera una referencia críptica a la fragilidad identitaria de Otrora, sumida en sus eternas divisiones, sus cobardías, sus odios y sus intrigas, sus corruptelas sin fin. ¿La última? Caligari hace memoria. Sí, la entrega, soborno millonario de por medio, de unas fabulosas minas de oro a un consorcio americano que iba a explotarlas a cambio de ridículas regalías. El escándalo abrió las puertas del Palacio virreinal a los militares, contentos de poder derribar a la vicemonarquía. Iban a realizar, en muy poco tiempo, su sueño de acaparar todos los engranajes del poder amparándose en la euforia popular consecutiva a las primeras reformas decretadas por ellos. Los milicos les dieron el nombre de «Proceso revolucionario de nuevo tipo, equidistante del capitalismo y del comunismo». Su régimen caería, corroído desde dentro,

por su propio peso, años después. Pulgarcito IV, embarcándose, sin hacerse de rogar, en un avión de la King Solomon's Mining Corp., expropiada por los militares en beneficio propio, volvería de la emigración, ni corto ni perezoso, para ceñirse de nuevo la deslucida corona... No olvidemos la pared: o con un poema tan corto bastaba para sostenerla o su autor había perdido toda esperanza de que pudiera mantenerse en pie y lo concibió a modo de plegaria. El muro era sólido; el edificio, de concreto, era de construcción reciente.

Laslo busca a Myria con la mirada mientras avanza sin apresurarse hacia el recibidor de la terminal. Se halla medio confundido por los anuncios de los altavoces, el ruido de los trenes, el trasiego de equipajes. Los jugadores de un equipo de fútbol pasan junto a él vestidos con buzos amarillos. Uno lo embiste por accidente y provoca la caída de su mochila: una vieja mochila caqui, de *boy-scout.* Laslo la tenía cogida por el asa a media pierna. *Scusi,* se disculpa el futbolista. Al recoger la mochila del suelo, Laslo no piensa en su contenido: una muda de ropa, efectos personales y un regalo para ella. Myria se ha separado del grupo y se acerca de nuevo a la orilla del mar. Fredo la ha seguido. Niña, no juegues con mis sentimientos, babea, son puros y sinceros. Déjame en paz, dice ella esquivando sus manos. Con Manito no tuviste los mismos escrúpulos, replica Fredo. Alguien del grupo le ha advertido, inflamando su orgullo, estás perdiendo tu tiempo, Myria no es para ti, le pareces cursi. La resaca, al refluir, arrastra yuyos y conchas.

En su tumbona, Caligari se enfrenta ahora a un abejorro —un bello espécimen, si se puede concebir belleza en este tipo de bicho— que amenaza su meditación. Actúa con presteza, estrellando en el cuerpo peludo y negro, atravesado por bandas amarillas, una de sus *hawaianas*. El insecto muere aplastado en los tablones de la terraza y él, sirviéndose de la chancla, lo desplaza hacia el borde y lo precipita en el césped sin levantarse de su asiento. Los demás se ajetrean en la arena. Todos, cinco o seis —¿alguna chica más?, ¿Patty Milhench acompañada de su inseparable mellizo Paddy?, rumores de incesto los perseguían y mantenían ocupados a Fredo y sus compinches en sus largos momentos de ocio—, hacen circular una botella de Bacardí. Y otra de Coca-Cola, para quienes no gustan del ron puro. Se debe, creen ellos, desarreglar los sentidos a la manera rimbaudiana, quieren ser absolutamente modernos. Todos beben del pico de la botella. Fredo la limpia, haciendo ascos, con la palma de la mano, antes de llevarla a los labios, los ojos fruncidos, las aletas de la nariz dilatadas. Manito von Nadir —empleó este seudónimo al publicar sus primeros poemas, quería disimularse detrás de este nombre

exótico; con el tiempo, reemplazó a su nombre propio y era el que figuraba en su pasaporte y su documento de identidad cuando lo expulsaron de Otrora— escoge un 45 rpm de una pila de discos posada sobre una toalla de felpa roja. Coloca *The Sounds of Silence* en el rotor del tocadiscos de pilas posado sobre un cajón de madera trasladado a la orilla del mar para servirle de soporte.

Laslo le da alcance, allí, apoyada en una de las columnas de hierro que sostienen el tejado de vidrio de la *stazione termini,* esperándolo. No avanza hacia él cuando Caligari, acostado en la tumbona, extiende los brazos, las manos abiertas, quiere enlazar las suyas y no va a ser posible, un rayo de sol lo ha deslumbrado al aparecer entre dos nubes empujadas hacia el oeste por el viento que también remueve las hojas de los manzanos haciendo caer las primeras manzanas para sidra, pequeñas y ácidas. Dentro de dos semanas, quizás menos, habrá de empezar a recogerlas. Es una tarea ingrata, y no le da muchos réditos. Debe introducir las manzanas en grandes costales de plástico que luego vaciará en el bosquecillo situado al otro lado de la rúa o en el vertedero municipal si consigue vencer su pereza para estas cosas y, enganchando el remolque al Hyundai, poner rumbo al basural. Las dispersará en medio de los árboles formando montones no muy altos para que no se destaquen en la espesura si solo cruza la rúa. El propietario del bosquecillo, de aparecer, podría reprocharle estar usándolo para descargar en él sus manzanas. Solo una pequeña parte la destina Caligari al compost. En grandes cantidades, las manzanas, muy ácidas, lo perjudicarían. Su compostera está en uno de los extremos del jardín, junto al prado donde las vacas del vecino van a pastar todas las tardes, salvo si hace mucho frío, en pleno invierno, y son encerradas en sus corrales, situados en una granja cercana. Caligari sigue de cerca el proceso de producción del compost, interesado por la manera en que los desechos domésticos se descomponen y, superada la fase de putrefacción —la materia no se destruye, solo se transforma—, acaban formando un mantillo de color y textura parecidos al del café pasado que queda en el filtro de papel de la cafetera. La piel de las frutas, las cáscaras de huevo, las hojas secas de los árboles, el pasto, flores marchitas, superpuestos, removidos de tanto en tanto para oxigenarlos, se convierten en una sola y misma cosa al ser regenerados, y, devueltos a la tierra, la nutren como el humus. Es el ciclo eterno de la renovación: morir para volver en otra forma. A él le ocurría lo mismo con el amor: muerto, se convertía en un humus que alimentaba la imaginación, y esta, así nutrida, engendraba un nuevo sentimiento amoroso en ausencia del objeto que dio origen a ese amor, y del amor mismo, ya muerto. Es a la

memoria del que sintió por Myria que Caligari consagraría estas páginas si algún día, encarnándose en palabras, llegaran a escribirse y formularan entre líneas la pregunta, ¿Myria, por qué?, que se ha hecho todos estos años.

Ha creído reconocerla apoyada en la columna de hierro de la estación y cuando se ha acercado, los brazos extendidos, la sangre golpeando sus sienes, comprende que no es ella. La tensión, al decaer y bajar por sus extremidades como la aguja de la balanza al perder la carga el platillo, redobla su cansancio. Es el único que se ha mantenido en pie en la arena húmeda, mordiéndose la uña de un pulgar, cerca de Myria. Ella nivela la arena con una mano y le pide siéntate a mi lado, acaso por temor, piensa Laslo dejándose caer junto a ella, a que Fredo vuelva a importunarla con sus avances. Fredo está bebiendo del pico de la botella, un largo trago, acaso para darse ánimos. Nosotros también existimos, tenemos sed, le espeta Manito von Nadir empleando el lenguaje agresivo que acostumbra con él. No existes solo tú en el mundo.

Laslo se había interpuesto entre Fredo y Myria minutos antes y le había preguntado a ella *tout va bien? Si,* dijo Myria, *Fredo è uno stronzo.* La intervención tuvo la virtud de aislarlos unos minutos junto a un peñasco de talla humana recubierto de un musgo verdoso y húmedo enfriado por la brisa nocturna. Sus hombros se han tocado al apoyarse en la roca, un contacto involuntario. Myria le pregunta si ha visitado Reggio nell'Emilia durante su estancia europea. Reggio, no, dice Laslo. ¿Es tu ciudad natal? Venecia, Verona y luego Florencia, San Gimignano, bajando en autostop hasta Roma. Unas vacaciones inolvidables, añade él. Italia es el país más bello de Europa. De Europa, no, del mundo, replica Myria ofreciéndole su boca. Sabía que Fredo los observaba. Sus labios tienen un ligero sabor a ron, su lengua sabe a chicle de canela, sus orejas exhalan un perfume dulce. Laslo no sabe identificarlo, solo reconoce el aroma de la lavanda, del vetiver y del agua de Colonia. ¿Imaginas mi ánimo al regresar a Polonia, donde fingía estudiar? Aguanté unos meses más y, al suspender el examen de ingreso a la escuela de cine de Lodz, acabé por marcharme a París. El estrépito del mar, la música, sonando a tope, cubren la noche. Ha arrimado sus labios al oído de ella para hacerse escuchar. En el grupo el que menos canta o habla a gritos. ¿Polonia?, se asombra Myria. ¿Qué mosca te picó?

Él mismo no lo sabía, recuerda Caligari haberle respondido aquella vez en la playa. Creyó saberlo al partir un 1 de agosto de 1966 con destino a Checoslovaquia. Su destino final, pensaba Laslo entonces. Praga, ennegrecida por la hulla, misteriosa y hechizante, se correspondió con la idea que de ella se

había hecho leyendo *El Gólem.* Pasaría allí el final del verano y su primer otoño europeo, a la espera de una beca. En octubre del año siguiente, ya instalado en Polonia, concluido el curso de lengua y civilización polacas indispensable para inscribirse en la universidad, la cruda realidad le haría comprender que ignoraba lo que hacía en esas latitudes. ¿Estudiar?, ¿cine? La Szko ła Filmowa w Łodzi le había cerrado sus puertas.

Caligari hace dar marcha atrás a su relato mental. Había llegado a Praga, recuerda, con una carta de recomendación de la Unión de Estudiantes Revolucionarios de Otrora —ese nombre era un eufemismo—, convencido de poder obtener una beca gracias a este apoyo. Se desencantó al entrar en contacto con la Unión Internacional de Estudiantes (UIE) en la capital checa, relata Laslo a una Myria cautivada. Un venezolano, Manuel Malaver, responsable del buró latinoamericano, lo recibió en su despacho, sus calcetines listados de rojo y azul acostados sobre una pequeña pila de expedientes. Sus zapatos, algo rústicos y pasados de moda, pero nuevos y relucientes, parecían de fabricación local. La industria del calzado checoslovaca tenía, igual que el cine, buena reputación en los países socialistas. Calzados Bata fue, en sus orígenes, una empresa checa que era ya una transnacional cuando los nazis la requisaron al invadir Checoslovaquia. En 1946, los comunistas la nacionalizaron y la firma se transformó en la Svit. Los zapatos de Malaver, cree Caligari, eran probablemente de esta marca.

Manuel Malaver devolvió la carta de recomendación al sobre blanco de donde la extrajo con cierta repugnancia. Recluyéndola en una de las numerosas gavetas de su escritorio viceministerial, le resumió la situación sin recurrir a perífrasis. Le dijo literalmente aquí no hay ninguna beca para ti, chico. Su acento nasal y cantado y su manera de transformar las jotas en soplidos sorprendió el oído de Laslo. Nunca antes había estado en contacto con caribeños de ninguna clase. Por si no lo sabes, prosiguió Malaver, decenas de jóvenes como tú llegan cada año a la UIE pensando de buena fe que la UIE era alguna forma de asociación de beneficencia o de sociedad de auxilios mutuos a la que uno expone su desiderata. Quiero una beca para estudiar cine o un posgrado en medicina o un entrenamiento de astronauta. ¿Y en lo que canta un gallo la UIE les debe dar en la yema del gusto? Se equivocaban. Triste es decírtelo, añadió sin demostrar mucha tristeza, ni siquiera inquietud por su situación, irregular. Te equivocaste, chico, o te equivocaron, aquí se llega con la beca en el bolsillo interior del paletó. Los becarios son seleccionados en sus propios países por las organizaciones de masas y de acuerdo a un protocolo

estricto. La UIE no es una fábrica de diplomas, ni un albergue donde se añaden camas para hacer dormir juntos y revueltos a quienes tocan a sus puertas. Es problema tuyo, no de la Unión Internacional de Estudiantes, coño, procurarte dinero para marcharte del país cuanto antes. Y, entretanto, dijo alzando la voz, para encontrar alojamiento y sustento. El venezolano volvió a acostar los calcetines en el escritorio que ahora le parecía a Laslo el de una comisaría. Afuera estaba lloviendo. Lluvia de verano, se deslizaba, tibia y opaca, por las fachadas de piedra teñidas de hollín, de aspecto tan melancólicamente gótico. La Praga histórica, de Meyrink, de Kafka, de Seifert. La guardaría siempre en su memoria en un nicho consagrado al recuerdo de su primera estancia europea.

Unos días más tarde, la situación sufriría un vuelco. Ya te contaré lo que pasó, le dice a Myria. Ella lo escucha sin interrumpirlo, ovillada en sus brazos. Cuando Laslo vuelve a la colina de Strahov es la hora del almuerzo. Las instalaciones construidas para la celebración de una Spartakiada las había convertido el régimen, una vez concluida la competición deportiva abierta a atletas de todos los países socialistas del planeta, en ciudad universitaria, recuerda Caligari en la tumbona. Tiene la mirada fija en las ramas de la acacia. La víspera, al llegar a la estación central de la capital checa, no tenía donde dormir ni dinero para una habitación de hotel. Había empleado en Cheb, ciudad fronteriza con Alemania, la mitad de su fortuna, veinte dólares, en sufragarse un billete de ferrocarril. La otra mitad se le fue en el pago del visado en la garita de la frontera. Se había sentado, dos horas más tarde, en uno de los bancos de madera de la Praha hlavní nádraží, junto a su maleta, a esperar una señal del destino. Esta tomó la forma de un becario pasadeño que se encontraba en la estación sirviendo de traductor a un ecuatoriano que partía a estudiar a Bratislava. Reconoció el acento y los fenotipos y, acercándose a la taquilla, los abordó. El pasadeño le ofreció ayuda. Ocupaba una habitación en la residencia universitaria. Laslo podría dormir en el suelo.

El destino ya lo había librado una vez de la muerte en el mar, está remontando Caligari las agujas del reloj de su memoria. Cuatro años más tarde, meses antes de viajar a Europa, lo había arrancado una segunda vez de sus brazos en una calle de Otrora, junto a una luz roja. Laslo esperaba pacientemente el cambio de color para poder cruzar. Un muchacho de su edad que lanzaba miradas impacientes al semáforo, situado a la derecha de ambos, se detuvo a su lado y se abanicó el rostro con las manos, agobiado por el calor. Él, distraído, esperando el cambio de luces, se contaba los dedos de los pies

calzados con sandalias. No vio llegar el peligro. Su vecino, sí. Un volquete desbocado —se le vaciaron los frenos, supo después— se les venía encima. El chico le advirtió de la amenaza dándole un codazo en las costillas. La fracción de segundo que perdió advirtiéndole y la posición desaventajada en que se encontraba, sirviendo de escudo a Laslo, le fueron fatales. Laslo corrió alejándose instintivamente del eje del parachoques. El volquete lo proyectó hacia delante con la fuerza disminuida de un puntapié mal dado en la cadera. Cuando se pudo levantar y salir de la burbuja negra donde había realizado su movimiento sin ser consciente de que corría, estaba ileso. Su salvador yacía, moribundo, en la calzada.

La primera vez, en el mar, a la edad de catorce años, luchando aguerridamente con las aguas, Laslo escapó a su destino —o su destino era escapar— por milagro. Había sido arrastrado por una fuerte corriente submarina que derivó muy pronto hacia un acantilado que exponía al embate del océano su población de mejillones, adherida a la roca. La corriente orillaba la elevada pared de basalto, o de granito, de unos doscientos metros de longitud. El oleaje había excavado en su punta, a lo largo de siglos, una gruta formidable, de varios metros de profundidad y otros tantos de altura. Laslo intentaba llegar a la playa, acostado en el agua, braceando con todas sus fuerzas. No siendo buen nadador, pese a remontar una ola tras otra, la fuerza de la corriente acababa siempre arrastrándolo más allá. Para no derivar mar adentro se prendía de las aristas de la roca. A pocos metros de la gruta marina, pudo ver con angustia cómo en sus paredes se estrellaban las olas con gran violencia y estruendo. Allí iría a romperse su cuerpo si no conseguía escapar de la corriente y ponerse a salvo. Creyéndose perdido, pidió a los cielos que la muerte llegara rápido, infligiéndole el menor sufrimiento posible. Recordó entonces que uno de los curas del colegio francés en que cursaba tercer año de secundaria les contó una vez en clase que luego de sufrir un terrible accidente prometió a Dios que se haría sacerdote si le perdonaba la vida. Se salvó y allí estaba, vistiendo sotana y jalando orejas y patillas a los alumnos indisciplinados de tercero. Laslo se jugó el todo por el todo. Prometió a ese Dios en el que ya casi no creía que, si se salvaba de las aguas, se haría cura. Y aquí viene lo extraordinario, le dice a Myria. Al instante, el agua del mar se encrespó a sus pies formando una rizadura de unos veinte centímetros. Contrariamente a las verdaderas olas, esta avanzaba, en una línea diagonal, hacia lo que demostró ser, dos o tres metros más allá, una entrada en la roca. La estrecha subida se hallaba recubierta de una arenilla que se derramaba en el

mar desde la cima del acantilado. No había reparado antes en ella y no podría explicar por qué se arrojó al agua cuando la modesta ola —su fuerza, sumergida, era indetectable desde la superficie— vino, literalmente, a su encuentro. Unos segundos después, Laslo se encontraba en la diminuta playita, subiendo hacia la faja llana y ancha de la cima. Sano y salvo, si se exceptuaban unos cortes superficiales provocados en las piernas por las aristas de la roca y las conchas de los mejillones. Al llegar arriba, fue testigo de la furia que súbitamente se apoderaba del mar. Las olas alcanzaban alturas de cuatro o cinco metros y sus crestas de espuma golpeaban el acantilado provocando un gran estrépito. Otras se estrellaban, en oleadas sucesivas, contra la costa. Parecían gigantes enloquecidos. ¿Habría una relación entre el haberse salvado y la ira del océano?

Myria y él se hallan en una burbuja, abstraídos del grupo y de Fredo, que cantaba y lloraba por ella, borracho. Myria aprieta la mano de Laslo. Tiene la piel tibia, pegajosa por efecto de la humedad ambiental y de la arena donde se encuentran sentados. Él le está diciendo nunca he dejado de preguntarme qué habría pasado de no haber hecho esa promesa. ¿Pensaba cumplirla? La respuesta no demora en salir de su boca. No, nunca ha pensado cumplirla. Si Dios existiese no le pediría cuentas por incumplir una promesa hecha en un estado de desesperación a edad tan temprana. ¿Y si no existiera? Laslo dibuja un círculo entre sus piernas. Los favores del azar no se pagan, responde.

Se ha mezclado, en el refectorio de la residencia universitaria —de estilo a la vez moderno y pasado de moda como los zapatos de Malaver y los coches Škoda—, con el grupo de ruidosos becarios cubanos que le presentó su compatriota la noche anterior. Todos debían hacer cola ante la larga barra del refectorio con las bandejas del rancho en las que les sería servido el almuerzo. El carné de estudiante les daba derecho a tres comidas diarias. A mediodía se les servía sopa, *knedlíky* y una carne, a menudo faisán, un ave de consumo popular en Checoslovaquia, donde la maceraban y sazonaban con bayas de enebro. Su compatriota, saciado su apetito, había vuelto a la barra y se había hecho servir una porción extra de *knedlíky* en salsa y un cucharón de sopa de legumbres destinados a Laslo. Durante la espera, él había abordado su caso particular con los cubanos. No sabía qué esperar de ellos, ni si se podía, razonablemente, esperar algo de unos becarios con escasos medios y nula influencia sobre las autoridades universitarias. Su visado de turismo solo era válido un mes, estaba durmiendo en el suelo de una habitación y no tenía dónde caerse muerto. Ninguno le pareció muy alarmado por su desamparo. O

lo que él se esforzaba en hacer pasar por tal. Uno de los cubanos, alto y muy negro, se volvió hacia uno de sus camaradas, bajo y de ojos azules, y le dijo regálame un prajo, asere. El negro encendió el cigarrillo cedido por su camarada y formó volutas de humo que se mezclaron con el vapor de la sopa que Laslo aún no ha terminado. La decepción sufrida en la UIE le ha cortado el apetito.

Ninguno de los cubanos se privará de criticar sin tapujos, recuerda Caligari con cierta incredulidad dada la evolución, o involución, de la dictadura castrista, la línea burocrática de los regímenes socialistas del este de Europa. Teleguiada, afirmaban unánimemente, desde Moscú. Su libertad de palabra —¿en Cuba todavía se bailaba la pachanga?— le parece aún hoy sorprendente y la acción que sugirieron a Laslo para solucionar su problema, casi subversiva. ¿Cuántos habrán sido condenados a penas de prisión cuando la línea del régimen se endureció tras la muerte del Che en Bolivia, la aprobación por Fidel Castro del aplastamiento de la Primavera de Praga y el Caso Padilla? ¿Habría alguno emigrado a EE. UU.? ¿Hubo entre ellos algún futuro *marielito*? Todos se decían admiradores del Che Guevara y de su modelo de acción revolucionaria intercontinental, el «foco guerrillero». Desaprobaban, al mismo tiempo, la idea de que el Che, por ser extranjero, pudiese reemplazar al comandante en jefe si este desapareciese prematuramente. La realidad del poder estaba reservada en la isla a los cubanos y en primer lugar al mayor de los Castro, Fidel, jefe de jefes. Su liderazgo era indiscutible e indisputable. Ni Fidel ni sus actos admitían críticas de ninguna naturaleza. Los becarios no por ello se privaban, se dice Caligari pensando en este episodio, de actuar y hablar con aparente espontaneidad. Despreciaban, haciendo gala de esa libertad de expresión, las trabas y las mañas burocráticas que, en el Este, desnaturalizaban, a sus ojos, el ideal revolucionario aún vivo, sostenían, en Cuba y Vietnam. Por contraste, los becarios vietnamitas que Laslo iba a conocer en Lodz se expresaban en un lenguaje formateado. Cuando se enteraban de qué país era un becario, sistemáticamente respondían en polaco, como una lección aprendida, *Bardzo bohaterski kraju* («País muy heroico»).

Amenázalos con encadenarte en las rejas de la embajada yanqui si no te garantizan una beca. Regresa mañana a la UIE, asere, le aconsejó el negro fumador de Spartas. Nada temen más esos chupatintas —comemierdas, dijo otro de los cubanos— que el revuelo. El escándalo los espantaba como a una jeba los ratones. Siendo Laslo extranjero, una acción de esta naturaleza podía

suscitar una crisis diplomática cuya responsabilidad ningún burócrata querría asumir, pondría en peligro su carrera. A un checo, el régimen lo podía encarcelar sin que a Novotný se le juntaran las cejas. Un extranjero era harina de otro costal, reflexiona Caligari. La idea parecía loca y su eficacia improbable, como la de la olilla que salvó a Laslo de las aguas. Tampoco tenía esta vez nada que perder. Se personó el martes, a primera hora, en los locales vetustos de la UIE. Todo le parecía vetusto en Praga, hasta los edificios más recientes, y en ello estribaba parte de su encanto. Sin esperar a que Manuel Malaver lo echara de su oficina, le dijo si ustedes no me garantizan una beca, saliendo de aquí iré a encadenarme ante la embajada de Estados Unidos con un cartel denunciando el maltrato. El efecto de esta amenaza, una frase aparentemente irrisoria —como le parece a Caligari la promesa de vestir sotana —, fue inmediato. Malaver saltó de su silla y se acercó a él haciendo un gesto amigable a tono con la voz, ya no tajante e irónica, ahora familiar y hasta un poquito melosa. No, chico, vamos a calmarnos, no hay necesidad de alimentar la Guerra Fría por tan poca cosa. Vamos a ofrecerte una solución lo más pronto posible. Manuel Malaver iba a ponerse a ello de inmediato. Las aguas se habían sosegado y las olas, disciplinadas, disolvían su espuma en la promisoria orilla. Caligari se pregunta, echado en su cómoda tumbona, ¿volviéndose *performativa*, la palabra puede, por sí misma, dar un giro de timón al destino?

Laslo iba a salir, media hora más tarde, del local de la UIE con una orden de que le dieran alojamiento en un hotel reservado a los becarios de paso por la capital checoslovaca. Había recibido para sus gastos, incluido el sustento, un talonario de *tuzex* renovable cada mes hasta que se le encontrase un destino. Los vales equivalían, cambiados en el mercado negro, al triple del estipendio mensual percibido por un becario checoslovaco, 350 coronas, si Caligari recuerda bien, ha transcurrido mucho tiempo. Los camareros del hotel le dieron coronas a cambio de sus vales, el contacto con extranjeros les facilitaba el tráfico. Sin los vales, el ciudadano checo de a pie no tenía acceso a las tiendas de artículos importados llamadas Tuzex. Los vales del mismo nombre le servían para paliar la escasez de ciertos productos y para adquirir otros de mejor calidad que los de fabricación local. Las autoridades hacían la vista gorda.

Laslo le cuenta a Myria que vivió tres meses en Praga a cuerpo de rey. Fui convocado a la UIE en noviembre, precisa. El versátil Malaver le informó de que Polonia aceptaba otorgarle una beca. Había una excelente escuela de cine

en Lodz: Roman Polanski, Jerzy Skolimovski se habían graduado en ella. El destino lo enviaba a donde nunca había soñado con ir. Unos días más tarde se encontraba atravesando la frontera polaca en un tren a vapor que circulaba entre bosques cubiertos de nieve, rumbo a los quintos infiernos. Nunca antes había escuchado el nombre de la ciudad a la que lo habían destinado. No habría sabido ubicar Lodz en un mapa.

Un ruido le hace abrir los ojos. Una de las vacas del vecino ha roto la valla de alambre al pasar la cabeza por un agujero con la intención de pastar la hierba más abundante y sustanciosa del lado de la compostera. Por curiosidad —o el equivalente bovino de esta cualidad humana— ha forzado el alambre con el pescuezo y ha pasado todo el cuerpo por el orificio, de modo que ahora se encuentra en el prado donde Caligari está urdiendo con indefinible emoción su pasado. Debe interrumpir unos minutos esta tarea. Una vaca no es uno de esos gatos buscavidas del caserío, a gusto en cualquier jardín o prado si entre las plantas o en el pasto encuentra ratas de campo o algún pajarito desprevenido. Intenta, con la ayuda de un palo, ante las miradas pasivas del resto del ganado, apiñado a prudente distancia de la alambrada rota, forzar a la vaca aventurera a volver a su dehesa. Solo consigue asustarla. La vaca huye hacia la carretera departamental, donde corre peligro de ser embestida por una camioneta o de causar perjuicios. La situación obliga a Caligari a pedir ayuda a un vecino que a esa hora está acicalando su coche en el garaje de su casa. Guillaume Teinturier, el criador, se encuentra, al volante de su tractor, en otra de sus parcelas —un maizal—, no lejos de allí. Entre los tres obligarán, no sin dificultad, al aterrado animal a volver al redil.

Caligari regresa a su tumbona, un vaso de agua en la mano, ha ido a servirse en la pila de la cocina. Al cerrar los ojos, alguien tira delicadamente de su manga y dice *ciao,* Laslo. Me ha costado encontrar un lugar donde aparcar; de ahí su retraso. Los trece años transcurridos desde su último encuentro en Otrora no han hecho mella en Myria. Sus treinta y tres o treinta y cuatro años parecen haberse detenido para siempre en el umbral de los veintiuno. O serán los ojos de él los que la ven así. Ella estaba con otro la última vez que se encontraron. Preparaba su retorno a Italia. No pasaron del hola protocolar y de la sonrisa digna de una instantánea. Un extraño no habría sabido discernir en la expresión de ambos su apasionada historia de amor. El Fiat 127 beis muestra una abolladura en el tapabarros delantero, nota Laslo, al acecho de detalles que traicionen una vida disoluta no perceptible en el cutis terso ni en

las líneas sin borrones de su rostro (de ella). Myria lo ha aparcado a dos cuadras de la *stazione termini*. El recorrido hasta la casa de los padres —¿vive con sus padres?, se gana la vida, podría pagarse un alquiler—, en una zona residencial de Reggio, aviva hoy en Caligari vagos recuerdos de la ciudad asociados a imágenes de sueños inspirados en aquella breve visita. Trata de recrearlos, y los hace desfilar por las nubes blancas que, desde hace unos minutos, atraviesan en fila india el tornadizo cielo de La Ferrière-Bochard. Cree recordar alamedas de cipreses más propias de un cementerio, inmuebles bajos de colores ocre amarillo o rojo y una organización urbana de corte casi germánico. La efímera ocupación austríaca de la región fue, sin embargo, intrascendente desde un punto de vista cultural.

El recorrido hasta su domicilio lo hacen Myria y Laslo en silencio. Él se ha parapetado en su cansancio, auténtico. Ella, más segura de sí, opta por reservar para después las preguntas, y los reproches, que, tarde o temprano, habrá de hacerle. Enarbola, acaso sin proponérselo, una sonrisa semejante a la de trece años atrás, puede ser un escudo. Laslo pretende, entre dos bostezos, malavenidos si su intención es reconquistarla, interesarse en el paisaje, con tan poco éxito que hoy, treinta y pico años más tarde, la memoria de Caligari ha borrado casi todos los detalles y su mente debe recurrir a la imaginación para recrearlo. Cada mirada suya a través de la ventanilla del Fiat es anulada mentalmente por la pregunta, ¿Myria, por qué? ¿Sería descubrir la razón de su intempestiva ruptura el motivo central de su visita? Laslo tal vez habría puesto más empeño en su operación de reconquista de no haberse instalado Jutta-Ingrid en su vida. También puede ser esta una justificación *a posteriori* de su falta de interés. Por el momento es solo incomodidad, búsqueda de sus marcas. Lo unía a Jutta-Ingrid una inclinación alimentada por una libido desbordante, diferente de la devoción exclusiva que lo unió a Myria, conducida a un punto de fusión solo equiparable al obtenido con Ada, su primer, su gran amor. Aún se quemaba con su llama casi apagada. Esa llama —llamita, la ha descrito ella en su carta— moribunda pero no extinta que Myria espera poder reavivar este fin de semana. Por eso le ha escrito «Tu recuerdo siempre suscita ternura en mí». El cronómetro se ha puesto en marcha. Le quedan menos de veinticuatro horas. Están preparándose para partir.

Cierra el estuche del tocadiscos y Patty Milhench, su nariz y la de su hermano tocándose sobre la pila de vinilos —Fredo Pipa pretenderá haber visto sus labios rozarse en un beso incestuoso—, recogen los discos y los meten en una gran bolsa de plástico. Laslo y Myria se dan cita en la plaza del Virrey el

día siguiente. Se dieron dos besos en cada mejilla, a la francesa, recuerda Caligari acomodando las nalgas en la tumbona.

Van a dar las diez y disfruta a sus anchas de la terraza, esa atalaya desde la cual se asoma al pasado. La pregunta que se está formulando es si el amor muere cuando el cuerpo pierde la sintonía con la persona amada y sus señales químicas se anulan. O si, por el contrario, el amor se forja en el alma distraída de su vínculo químico con el organismo y es, por consiguiente, un fenómeno supramaterial, de funcionamiento enigmático —ciego, lo llama la sabiduría popular—, que nadie sabe por qué se pone en marcha ni cuándo va a terminar. Un poco como los sueños. De allí la sorpresa cuando un día el enamorado descubre en la persona amada características ocultas a sus ojos hasta entonces y ve naufragar ante sí el montaje dictado por el corazón ingenuo, engañado por la primera impresión, la de estar ante el alma gemela.

Ha llegado con cinco minutos de adelanto a la plaza, dedicada a la memoria de Pulgarcito I. La historiografía independiente —casi clandestina en Otrora— afirma que este prócer regordete y pequeñajo huyó a Europa en plena guerra de independencia dejando a sus tropas al mando de un alférez ascendido sobre la marcha a general. Pulgarcito tuvo la prudencia de apartarlo del poder ofreciéndole tierras y minas de oro y plata y la mano de su hija cuando regresó al país para hacerse coronar virrey. Para más seguridad, lo mandó a asesinar poco después. Laslo se ha sentado a esperar a Myria en la peana del monumento de piedra que lo representa, de pie, envuelto en una bandera del mismo material que su estatua. El monumento es mancillado regularmente por los gallinazos *(coragyps atratus),* el ave nacional, que han elegido domicilio en los tejados de los edificios.

La víspera, Myria esperaba mayor galantería de su parte. Habían compartido momentos dulces en la arena. Podría haberla invitado a bailar o a beber un trago en una de las peñas musicales del sector. No eran caras y emitían hasta la madrugada su música estridente y sensiblera. Ella había dejado vislumbrar su decepción haciendo un mohín cuando Paddy Milhench la obligó a sentarse en el asiento trasero de su Austin amarillo. Se había despedido de Laslo estampando una mano en el aire largo rato, el codo apoyado en la capota bajada del coche. Ahora está agitando un hola a modo de disculpa, algo avergonzada por su retraso. No se esperaba que él acudiese a la cita con antelación, conocía la proverbial impuntualidad de los pasadeños. Se arrima al pecho de Laslo y, adelantándose al beso que él se propone darle en las

mejillas, le ofrece sus labios ansiosos. Tanta impetuosidad lo obliga, sin por ello reactivar la intimidad alcanzada anoche, sentados al pie del peñasco. Él se deja llevar por ella, que parece tener una idea más clara de a dónde quieren ir. Tomados de la mano atraviesan la plaza lentamente, en dirección al mar. Enrumban al sur tres cuadras más allá, al llegar al malecón caminando paralelamente a la costa. Los detiene en un cruce el nudo gordiano del tráfico. Laslo la toma por el talle y le da un beso en la boca. Las amarras han sido rotas. Pronto se hallarán navegando en alta mar.

Cuando llegan a la casa de los Ferretti, Laslo comprueba que es de construcción reciente, de tres plantas aireadas por grandes ventanas. Se encuentra en una *viale* de Reggio nombrada en honor de un almirante genovés, o veneciano, del Renacimiento, Caligari no consigue recordar su nombre. Una reja de escasa altura separa el jardincillo delantero de la calle bordeada de árboles desnudos. Su garaje subterráneo tiene capacidad para dos coches. Uno de los dos es el que Myria aparca al lado de un modelo de Fiat más grande. Mis padres no están, han salido a pasear, le dice ella, y Laslo recibe la noticia con cierto alivio, que trata de disimular sonriendo. En Otrora, la *signora* nunca le manifestó mucho aprecio. La indisponían su melena larga e hirsuta, sus camisas floreadas y su indolencia, afectada o real, poco importaba; para ella eran prueba de que no tenía oficio ni beneficio. No ayudaba que la relación de Myria con su madre fuese conflictiva. Esta última tomaba a su hija por una oveja negra, la *pecora nera* de la familia, solía decir. Le achacaba faltas, defectos y carencias muchas veces imaginarios, o que su interpretación parcial de los mismos convertía en reales. Su preferencia por el hijo, evidente, lindaba con la adoración. Diez años lo separaban de su hermana menor. Caligari deduce hoy, basándose en intuiciones, que Myria fue una hija no deseada, producto de una audaz, e irresponsable, incursión de un espermatozoide en un óvulo dejado sin vigilancia. Ha cruzado las piernas en la tumbona y flexiona durante unos segundos los dedos de los pies. En aquellas épocas remotas, se dice alargando de nuevo las piernas, los únicos métodos anticonceptivos conocidos eran el del calendario y la multisecular copulación anal, deleitosa práctica contraria al precepto bíblico «Creced y multiplicaos». Permitirla hubiera podido condenar a la devota *signora* a las llamas eternas del infierno.

Su hija ha creído advertir en Laslo la misma vacilación que se dibuja en la cara de un turista cuando se le comunica, al bajar del autocar, que no va a visitar el centro histórico, sino las calles de un barrio con menos solera. Debemos guardar las formas, explica, acentuando *formas* como si por la noche

estas fuesen a diluirse en la oscuridad y con ella sus débiles reparos. Su expresión no ha clarificado sus verdaderas intenciones. Quizás no las haya definido aún y acaso dependa de cuanto ocurra entre los dos antes del final del día. Tienen muchas cosas que decirse. Acaban de entrar en el cuarto de huéspedes cediéndose el paso el uno al otro. No es muy grande, constata Laslo en silencio, caminando sobre huevos. Sus muros son inmaculadamente blancos. El mobiliario, de madera noble, es sucinto, algo impersonal. Hace pensar en la habitación de un hotel. Es mi abuelo, dice ella señalando un retrato de un *bersaglier* que luce uniforme de gala y un sombrero de ala ancha decorado con plumas negras de urogallo. Laslo escudriña el retrato acercando la cara al lienzo, parece interesarse en los detalles del uniforme. Pregunta si es el de un oficial. El retrato está colgado frente a la cama de dos plazas cubierta por una colcha de lana violeta que hace juego con los almohadones verdes apoyados en el cabecero, del mismo modelo del canapé y de la mesita de noche. Ella dice materno, en lugar de responder a su pregunta, y él deduce sin más que su antepasado debía de tener un grado subalterno. Sabe que Myria tiene tendencia a desfigurar los hechos de manera que le sean favorables y se le ocurre que en presencia de la madre no debe atreverse a ascenderlo a coronel, como habría hecho en otras circunstancias. Antes de conocer a Laslo, en Otrora se había hecho pasar por poeta apropiándose de unos poemas de Manito von Nadir, con quien se embarcó en una aventura sin mañana. Manito la dejó por otra, u otras, y quizás ella actuó así para vengarse.

Caligari se pregunta si de verdad era mitómana. Lo había creído en aquella época lejana dando cierto crédito a chismes y rumores, sumados a las historias que ella solía contar, algunas inventadas o que podían parecerlo. Ya no está tan seguro. Su memoria, con el tiempo, puede haber deformado mentirillas que entonces lo convencieron de su trastorno psicótico. La historia de los poemas se parecía más a un plagio, o a un fraude, y el haber ella negado que su madre fuese su madre cuando él tocó por primera vez a la puerta de su casa en Otrora y la *signora* Ferretti le informó de que su hija había salido, ha ido a enviar una *lettera urgente* al correo, donde, efectivamente, él encontró a Myria cinco minutos más tarde, constituía una falsedad, la punta del iceberg de un conflicto ontológico. Negar a la madre equivalía a negarse a sí misma. Tal vez no fuese una prueba de mitomanía. La incomprensión que le produjo aquella vez su negación del vínculo filial —la *signora* era su vivo retrato. Puede ser, le dijo Myria, pero no es mi madre, es una vecina— hoy le provoca compasión. ¿Sentiría vergüenza de ella? ¿Por qué? Nunca lo ha sabido.

Habrás tenido muchas novias en Europa, insinúa Myria mientras caminan hacia el mar, en la voz un falsete que aspira ya a ser de celos. Polacas y checas son muy liberadas, no te hagas. En París habrás tenido para escoger, añade. Su mano, enlazada a la de Laslo, ha aumentado levemente su presión. Tal vez quiera desmentir, o edulcorar, su propia trayectoria, si esta ha llegado ya a sus oídos, en Otrora las habladurías circulan a la velocidad de la luz. Laslo le atrapa la cintura y la mantiene prisionera, pegada a su cuerpo. Dos o tres, dice a fin de no ser tomado por un vulgar mujeriego a quien no podría ella acordarle su confianza. *Ninguna* no sería una respuesta a la que se pudiera dar el menor crédito. Han interrumpido su caminata para darse besos ante el escaparate de una tienda de discos. El cristal los duplica y le hace examinar a él, reproducidos en la vidriera, sus gestos y actitudes como si los viese en una foto antigua que acreditara sus credenciales de pareja aún no muy convencida de ser una. Y tú, ¿cuántos? Muchos, responde ella, desafiante, guardando en secreto los nombres de sus amantes, reales o ficticios. Laslo no se muere por conocerlos, le parece natural que haya tenido otros hombres. Uno o cien, lo mismo da si a partir de ahora Myria fuese solo mía. Ya la tiene metida en la piel. Es para dar una imagen auténtica de sus intenciones que no ha querido dejarse llevar por un impulso vehemente, uno de esos deseos sin mañana. Ha estado descubriendo paso a paso el deleite que siente caminando con ella por las calles tomados de la mano, sin más rumbo que el calor de su piel ni otro placer que oírla hablar y contestarle. Es natural que la desee, vivaz, fresca y traviesa, bella a su manera.

Ha posado su mochila en el suelo, cerca de la cama en la que se sienta para abrirla, tengo un regalo para ti, un espejo con marco de plata labrada, especialidad pasadeña, por eso lo ha escogido. Ojalá te guste. Lo ha comprado en París antes de partir a Reggio, en una tienda de artículos folclóricos de Otrora. ¡Oh!, exclama ella con la voz que pondría si en lugar de un espejo el paquete hubiese parido un tomate. El cristal se ha rajado en dos, posiblemente al caer la mochila al suelo en el andén de la estación, y por la expresión de su rostro se veía que ella lo tomaba por una señal de mala suerte. ¿Cuál de las dos partes me corresponde?, sonríe Myria intentando bravamente revertir la situación. Le ha confiado a Patty Milhench, camino a casa —Paddy, al volante, escuchaba una canción de The Doors y no prestaba atención al cuchicheo de las chicas—, que ella quiere seducirlo. Cueste lo que cueste, ha afirmado. No pretende añadir una muesca más a su lista de conquistas masculinas. Cree sinceramente que él es el gran amor que ha estado esperando desde que dejó

de jugar a las muñecas. Y lo inusitado es que también Laslo abrigue este mismo sentimiento, huidizo desde la muerte de Ada hace dos años en circunstancias trágicas que Caligari prefiere no recordar por el momento.

Ha terminado su café y posa la taza vacía al pie de la tumbona, sentado en ella, el busto proyectado hacia delante, la mirada —ha alzado los ojos— atraída por una pareja de palomas que ha formado un nido en una de las ramas de la acacia. Una sala de baño comunica la habitación de Myria con el cuarto de huéspedes. Ya llevan en el nido varios días. Laslo quiere darse una ducha, lavarse los dientes y cambiarse de camisa antes de salir a explorar la ciudad guiado por ella. Myria conoce Reggio como la palma de su mano y debe de saber muy bien dónde quiere llevarlo. La sabe mujer voluntariosa, o siempre ha querido parecerlo, y por eso —sin ser independiente, si lo fuese de verdad viviría sola— actúa a su antojo —contra el parecer de su madre—, indiferente al qué dirán. Esta libertad, si se la puede llamar así estando condicionada por un vacío interior para el cual no ha encontrado remedio, le está pasando factura. Al escribir a Laslo y luego al atizar de viva voz, en el teléfono, la débil llama aún despedida por los recuerdos del amor que los unió, ella se ha puesto —se lo dicen, además de su madre, su edad, su trayectoria— en la situación del futbolista al patear un penal decisivo en el último minuto de un encuentro en que su equipo se juega la relegación. Si falla, bajará a segunda. Y a su edad la caída puede no detenerse en el suelo.

Su madre fue despertada hace unos meses, de madrugada, por un portazo que la condujo a la habitación de su hija. La encontró en estado semicomatoso, tirada sobre la moqueta, oliendo a alcohol. Era la segunda vez en cuatro semanas que esto ocurría. Mojando en el baño una toalla para refrescarle la cara, la *signora*, al buscar agua de lavanda, encontró en el botiquín instalado encima del lavabo frascos de somníferos, ansiolíticos y antidepresivos a medio consumir disimulados entre los pañuelos de un estuche de *kleenex.* Los toma a tontas y a locas, en función de sus tribulaciones, le ha confesado Myria a Alessia, su mejor amiga. Por la mañana, Myria echó la culpa de lo sucedido a su ruptura brutal con Girolamo Lippi, un futbolista del Bolonia casado y con hijos a quien *La Gazzetta dello Sport* había consagrado su última portada. Lippi figuraba en ella de cuerpo entero, una pelota rebotando en sus rodillas. En otra foto, en páginas interiores, aparecía rodeado de Gina, su esposa, y de los dos hijos pequeños de ambos, Lorenzo y Raffaella. «Los tres amores de su vida», afirmaba la leyenda de la foto, presentando al delantero del Bolonia como un paradigma de deportista, esposo y padre. Myria llevaba

varios meses saliendo con él. Si Lippi le había prometido divorciarse para luego casarse con ella o si todo fue una invención de su hija o una interpretación antojadiza de promesas vagas es algo que la *signora* nunca habría podido elucidar. Nadie va a querer hacerse cargo de ti si te conviertes en una piltrafa, le espetó su madre cuando Myria se presentó con retraso a la mesa del desayuno, los ojos hundidos en los párpados abultados por el alcohol y la mala noche. ¿Te has mirado en el espejo? No era necesario, no precisaba verse para adivinar su aspecto. Fue entonces que Myria tuvo la idea —aplaudida por Alessia— de escribirle a Laslo una carta inspirada en el recuerdo de sus pruebas de amor mutuo. Un amor que aún le humedecía los ojos, le confió a su amiga, probablemente exagerando la dosis de sentimiento.

Es Myria quien abre la puerta de su cuarto de baño, entra con Laslo y le indica dónde están las toallas, las pastillas de jabón, el champú. Aquí tienes un albornoz, le facilita uno de felpa blanca plegado en tres dentro del sobre de plástico de la lavandería. Quiere volver sobre sus pasos para corregir un olvido, pero él ya se encuentra bajo la ducha disfrutando del chorro caliente que le fricciona la cabeza y lame la piel de su cuerpo. No escucha los dos golpecitos discretos que ella da en la hoja de madera, cerrada por dentro. Cruza los dedos, con un poco de suerte Laslo no abrirá el botiquín y ella podrá retirar las pruebas del delito antes de mostrarle la ciudad. Ha sido negligente y por el momento es tarde para reparar el mal.

Ha aflojado la presión de su mano. No lejos del faro rojo y negro del malecón convertido en diana por las aves marinas, le pregunta si fuma. Laslo piensa en tabaco y dice nunca he fumado. Ella se detiene de golpe, abre su bolso de tela azul del tamaño de un sobre aéreo y extrae de él un porro de forma un poco cónica. Forma una cuchara con la mano derecha y atrapa el porro entre el pulgar y el índice. Hablaba de esto, ¿te gusta? Caligari recuerda que en París había fumado marihuana ocasionalmente. En la Europa del Este no se conocían las drogas, a excepción del *khat* consumido por los becarios del Cuerno de África. La cocaína o el opio debían de estar reservados a círculos clandestinos, cree él. Laslo nunca incursionó en ninguno. No le dice que el hachís, la marihuana, no le hacen ningún efecto. Si fuma, lo hace para no distinguirse de los demás. Tampoco beber alcohol le causa mucha gracia. Si bebía era para entonarse. Solo bebía vino con las comidas y nunca lo reclamaba si no lo ponían en la mesa, tinto o blanco, le daba igual.

Se han sentado en un viejo banco de madera verde habichuela casi invisible desde la calle separada del jardín por una pared baja construida con

piedra de las serranías. No hay canteras en Otrora. Myria arranca un fósforo de una carterilla que lleva impreso el nombre del Palace, un bar del centro frecuentado por poetas y pintores. Echa un vistazo de control a izquierda y derecha, frota la cabeza del cerillo contra el rascador y lleva a su boca el porro, liado en una hojita para cigarrillos. Apaga la llama del fósforo de un soplido en cuanto la lumbre del porro centellea. Da una larga bocanada vigilando de nuevo sus flancos y le transmite a él el relevo. Si los descubría la policía, pasarían una noche en el calabozo. Podían acabar en la cárcel: el consumo de drogas, duras o dulces, está proscrito en Otrora. Él aspira el humo amarronado, lo conserva unos instantes en los pulmones formando un culo con los labios cerrados y luego, de la manera en que, cuando se fuma tabaco algunos se entretienen soltando volutas, lo expira alzando la cabeza al cielo azul. La Moño Rojo, excelente colombiana —*crrem de la crrem*, dice ella en francés con su acento italiano—, aparte de enrojecerle los ojos e irritarle la garganta, no le hará, podría él apostar, ningún efecto.

Han echado a andar de nuevo, paralelamente al mar siempre, por un estrecho sendero de gravilla que atraviesa el jardín de norte a sur. El verano, inclemente este año, se ha cebado en los escasos geranios y arbustos, secándolos. Solo deja vivos los nopales —de una especie estéril—, de tres o cuatro metros de altura, escogidos por el servicio de ornato de la municipalidad: consumen poca agua. Sus espinas llegan a alcanzar los diez centímetros de longitud y los protegen del vandalismo del cual son víctimas árboles y plantas en Otrora. Un concierto de cláxones, accionados al menor contratiempo, sin mediar necesidad alguna, a menudo por reflejo, ahoga el rumor de olas y resaca que se eleva de la playa. El jaleo no cesa antes de la madrugada los fines de semana y a nadie se le ocurre protestar por este quebrantamiento de las reglas de urbanidad, en otros países sancionado. Ellos se ven obligados a levantar la voz para escucharse. ¿Qué opinión tendrá ella de esta ciudad ruidosa, sucia, caótica y fea en la cual ha recalado por ser menor de edad y estar sometida, por consiguiente, a la patria potestad? Cumplirá veintiún años el 29 de abril. Otrora debe de parecerle una antítesis de las ciudades italianas, llenas de dignidad e historia. No todas modelo de orden y de limpieza. Roma, Nápoles, Palermo, piensa Laslo, pueden permitirse ese lujo. ¿Otrora?, Otrora no. En Sudamérica, Myria prefería Buenos Aires, recuerda Caligari en la tumbona. Se está mordiendo el labio superior con los incisivos inferiores, la cabeza apoyada en los antebrazos. Las puntas del bigote rojizo, invadido por púas blancas, le hacen cosquillas.

A Laslo, el porro le ha dejado en la boca un gustillo acre, desagradable. Trata de eliminarlo, sin resultados, haciendo resbalar la lengua, reseca, por el paladar irritado. Le molesta haberse dejado arrastrar a este simulacro que lo obliga a fingir que disfruta de esta *crème de la crème.* No sé nada de ti, dice a fin de retomar la iniciativa. Y, pasando al francés para crear una complicidad que, según su parecer, no les procurará el consumo de la Moño Rojo, le pregunta *qui es-tu?,* tomándola de sorpresa. *Io?* Yo soy una bruja, sonríe Myria, una lasca de tristeza desprendiéndose de sus labios ¿Qué quería que le contara?, su vida era banal comparada con la de él. Nunca he viajado sola, vive con sus padres al abrigo de la necesidad. ¿Podía ser esta la respuesta de una mitómana?, se pregunta Caligari. Un mitómano inventaría cualquier cosa para valorizarse: viajes a comarcas ignotas, aventuras fabulosas, encuentros con personajes excepcionales. A ella no le faltaba imaginación. Y no lo ha hecho. Está contando que antes de instalarse en Otrora vivió dos años en Buenos Aires con su familia, menos el hermano mayor, ocupado en trepar por la escala social italiana. Mi hermano Gianni es un arribista, dice por si cupieran dudas. Ocupa un cargo ejecutivo en la Fiat, se entera Laslo. La *mamma* lo ve dirigiendo la compañía de la familia Agnelli en un futuro no muy lejano y ocupando la cartera de Economía antes o después en uno de los habituales gabinetes de concertación. Los Ferretti no tienen convicciones políticas firmes. Como muchos, a la expectativa, se adaptan a los zigzags de la política peninsular. *Il commendatore* Ferretti, suelta Laslo su primera risa idiota. Mataría por él, dice Myria sin hacer caso a su carcajada y Laslo no comprende quién mataría a quién. Por mí, no, añade ella. La única que mataría por mí, soy yo. Pum, pum, imita él el sonido de una pistola de corcho. Ella, simulando haber sido herida por estos tiros de broma, apoya el vientre en el ancho parapeto de hormigón que bordea el acantilado, desorbita los ojos y saca la lengua, jugando.

Hace un ademán, ¿y si fueran a la playa?, en lugar de perder el tiempo acá. Se podía bajar a pie por la escalera adosada a la ladera del morro, no les tomaría diez minutos. Laslo dirige la mirada hacia el cerro. Muchos se rompen la crisma en sus lajas resbalosas y se convierten en noticia de portada, se desternilla de risa. ¿A ti te tienta la celebridad? Unas ganas incontrolables de reír se han apoderado de él. Quisiera recordarle para disuadirla que siente repugnancia por el mar.

¿Habrá tomado su historia por una fabulación? Porque Myria no da su brazo a torcer. Allí estaríamos tranquilos, apunta con el mentón voluntarioso

al horizonte. Mira abajo, no hay casi nadie. No se encontrarían más solos en el Sáhara. La playa de guijarros, muy honda —a dos o tres metros de la orilla no se tiene piso—, ahuyenta a los bañistas debido a la frialdad de sus aguas; protegida por una escollera que impide la formación de olas, tampoco atrae a los surfistas. El océano parece allí una inmensa piscina desierta bordeada de guijarros que el sol hace destellar. La reticencia de Laslo muta en euforia y esta en risas. No quiere perder tiempo. En el centro comercial —un gran *mall* de estilo americano único en Otrora, ubicado cerca del faro—, hay una tienda de artículos deportivos donde podrán comprar un bañador para él, un biquini y toallas. Y bloqueador para los dos, ríe. Anoche me dijiste que le tenías fobia al mar, le dice Myria. Las piedras no son agua, vuelve Laslo a reír, cada vez más idiota.

El bañador naranja se lo ha puesto en la tienda de artículos deportivos, bajo el vaquero, antes de pagar las compras. Myria ha trocado su braga microscópica por un biquini de lunares rojos en el otro probador, protegida por la cortina de algodón aterciopelado. La ha abierto para que él pueda admirarla y ha girado sobre sus talones haciendo un gracioso molinete taurino. La cabeza de Laslo se ha balanceado en su base imitando la de un muñeco porfiado. Enrolla su toalla multicolor, de motivos abstractos, y la lleva colgada del cuello. Ahora le es muy difícil caminar por la calle sin llamar la atención, o creyendo que su bragueta abultada concita un interés desmedido en el público. Ambos tienen los ojos enrojecidos y un aliento caldeado, a paja seca. Laslo calcula, dando saltitos, descalzo, sobre los guijarros calientes de la playa, la distancia que separa a los pocos bañistas de la orilla y el número de brazadas que debería dar él si debiese volver a nado a la zona donde tendría piso. No hay una nube en el cielo, imperturbablemente azul, cosa rara en Otrora. Al quitarse el Levi's —colocado con el resto de su ropa y sus Pataugas bajo la toalla, formando una almohada—, un vello cobrizo, algo ralo —se tupirá con los años—, distribuido por sus piernas, pone de relieve una piel del color de una aspirina y hace patente su vieja reticencia a exponerla a los rayos solares, sobre todo los muy inclementes del trópico. La piel bronceada de Myria traiciona una exposición frecuente a los rayos solares en verano y a rayos UVA en invierno. Su tersura de mango lo incita a meterse con ella en las aguas, pase lo que pase. No se ha bañado en el mar desde el incidente que casi le costó la vida. Su fobia se ha extendido con el tiempo a las piscinas. No se trata solo de una reacción de pánico si le falta pie y se siente condenado a hundirse, cree —o sabe— que entre las aguas y él hay una cuenta pendiente, una promesa

incumplida. La única agua en que se hunde sin temor, y cubierto hasta el cuello, es el agua de la bañera, bien caliente. E incluso en una bañera la cabeza la guarda siempre fuera.

Si te quedas sin piso te apoyarás en mí, está diciendo ella. Ha aparcado el coche y se están dirigiendo a pie a la Piazza Prampolini, una plaza medieval donde le va a mostrar la torre llamada del Bordello, construida en el siglo XV con la finalidad de albergar el archivo municipal, cuenta Myria señalando hacia arriba y a lo lejos. Una torre despunta allá bajo el cielo plomizo. Su nombre se lo debe a la proximidad de este otro edificio apodado popularmente Il Castelletto, ahora desocupado, continúa ella doctamente. En él funcionó, hasta el siglo XVIII, un burdel. En español se lo llamaría El Castillito, dice. Se han detenido para que él pueda apreciar el monumento. Ya van dejando atrás los muros evocadores de bacanales renacentistas. Se están dirigiendo a la torre.

¿En qué *bordello* te iniciaste tú?, en serio, Laslo, no me mientas. Su pregunta lo deja sin voz. ¿Por qué ese recelo de él a hablarle de tú a tú?, ¡en su juventud fueron el uno para el otro!, ¿será por el temor a reabrir una herida terrible?, yo sé cuánto sufrió cuando terminamos, no hay peor dolor. Donde la Nanette, seguro, dice. Allá iban todos. ¿Pretende acrecentar su turbación mostrándole cuánto sabe acerca de la vida nocturna pasadeña? Incluso en el supuesto de que ella le fuese indiferente, si ni ningún sueño la hubiese devuelto, alguna noche —alguna habrá habido—, a su cerebro privado de las defensas levantadas por la vigilia, ¿qué le impide soltarse, mostrarse ligero y seductor? Por algo habrá hecho el viaje a Reggio. ¿Sabías que una vez lo visité disfrazada de hombre? No lo oculta, desestabilizarlo tan pronto le da gusto, su rostro se ilumina. Debe de estar mintiendo., cree Laslo Era su estilo mentir. Laslo no recuerda haber hablado de burdeles con ella en Otrora. Esas cosas se contaban entre amigos, al abrigo de oídos indiscretos. El placer tomado en las putas no era tema a tratar con la enamorada y menos con aquella a quien, por única vez en su vida, había sido fiel, no solo leal. Pensar en esa fidelidad le despierta un regusto semejante al de recordar un delicioso sabor, a melcocha u otro dulce hoy desaparecido, que la memoria no consigue imprimir claramente en las papilas. Les queda por visitar el ayuntamiento, situado a la espalda de la plaza. Se sentarán luego a tomar un café en la Antica Salumeria Pancaldi, cerca del Duomo.

La fiambrería, o salchichería —en Otrora la llamarían bodega y sería propiedad de un italiano—, muestra, suspendidos de unas barras de metal colgadas del techo o acostados en anaqueles protegidos por unas vidrieras,

semejantes a trofeos, su propia producción de jamones y ruedas de queso parmesano, especialidad de la región. Laslo acompaña su café de un platillo de *amaretti* duros que muerde con placer. Myria ha desayunado antes de partir a recogerlo a la estación de tren, sobriamente: una taza de té, una tostada con mantequilla y la mitad de una toronja. Cuida de su línea. Él está pensando en voz alta que si Reggio no figura en los circuitos turísticos es porque Italia es Italia. En cualquier otro país esta ciudad sería visita obligada. Donde se pose, la mirada descubre una joya arquitectónica. *O un prosciutto di Parma,* suelta ella una carcajada. Acaba su *ristretto* y pide otro levantando su taza vacía.

Laslo no ha contestado a su pregunta. Ella vuelve a la carga, quiere una respuesta. Pues hablan en castellano —Myria sin la soltura de antaño, por momentos confunde las palabras o las ha olvidado—, si alguien se interesase en su conversación no los entendería, afirma. El español y el italiano se parecen mucho, objeta él, rindiéndose por fin. No, no fue donde la Nanette. Allí se debía mostrar galones en las hombreras si uno quería ser tomado en serio. Para debutar se iba a los burdeles del puerto, cuenta. Su lengua tropieza con las sílabas. Un chico sensible podía sentir horror en sus pasillos estrechos, mal iluminados y sucios, casi privados de ventilación, atorados de gente, se dice Caligari. Esos nunca volvían. Otros buscaban de preferencia a una puta madura y lo ideal era iniciarse con una madura y cariñosa. Algunos volvían a ella semana tras semana como si concertaran citas con una amante. Yo debuté a los dieciséis, me demoré un poco, tenía algunos escrúpulos, termina Laslo su narración y calla. Myria juega con su cucharilla haciéndola girar entre sus dedos. Vacía su segunda taza de café y pide una tercera. La de Laslo, un *espresso lungo* —a esa hora, un *ristretto* desarreglaría sus tripas—, sigue medio llena, o medio vacía, según cómo se mire. Su café está tibio, muy azucarado, a la pasadeña.

Myria pasa a otra cosa. Afirma con aplomo siempre te he recordado. Pase lo que pase, él seguirá ocupando un lugar en su corazón, siempre. Laslo evita su mirada penetrante —verde tirando, bajo la luz ambarina, a amarillo— y se entretiene acariciando el borde negro de su taza de café. Le hace enganchar el asa con los dedos la idea de que ese *siempre* contiene una esperanza y, al mismo tiempo, una amenaza. Levanta en silencio su taza y la interpone entre los dos. ¿Para protegerse de su hechizo? Ella no ha echado un elixir de amor en el brebaje, ni tampoco veneno, una práctica muy italiana, en otros tiempos, en tiempos del Castelletto, ríe Myria para sus adentros. ¿De eso tendría miedo? Parece buscar algo en su bolso, cae en la cuenta y retira la mano. Está dejando

de fumar, se justifica. Ha llegado a consumir tres paquetes por día. Encendía un cigarrillo, solo rubios y con filtro, con la colilla del anterior, dice auscultando la expresión de Laslo a la busca de una señal —un parpadeo, la condena de un tic— que le revele si ha descubierto sus neurolépticos en el botiquín. Quiere saber si tiene novia. ¿Una parisién?, pregunta mirándolo a los ojos. Laslo se lleva su taza de café a los labios, la apoya sin beber, está vacía. Sí, juega con la taza, que ha posado en el platillo. Una alemana, de Múnich. Su lengua se deslía.

Exestudiante de teología protestante, por ahora es actriz de reparto, dice. En París, donde la conoció, fue alumna de Georges Casalis, pastor de la Iglesia reformada y profesor de la Facultad de Teología Protestante del bulevar Arago. Ya tienen cinco años más separados que juntos. Se encuentra actualmente en Bangkok, rodando una película policiaca en la que interpreta a una traficante de drogas austríaca buscada por la policía y por una tríada local. Entre dos rodajes, se acuesta con su amante brasileña, la luminotécnica del filme, Camila Schmidt de Rezende, cuenta él. Myria quiere saber si la ama, no a la brasileña, la brasileña no me importa, a la *tedesca.* Laslo se rasca el pabellón de una oreja. Lamenta haber contado estas cosas tan personales. No sabe, honestamente, si la adorable Camila, *que coisa mais linda, mais cheia de graça,* tiene propensiones lésbicas o si Jutta-Ingrid ha buscado, contándole a él estas fantasías, añadir morbo a uno de sus coitos la última vez que él y ella se dieron cita en Múnich, en la casa prestada por Gerd, el realizador, poco antes de comenzar el rodaje. Mientras lo observa —¿será todavía capaz de leer en su mente?—, Myria tira con delicadeza de una de sus pestañas, captura algo invisible con las yemas de los dedos y lo frota, dos, tres veces. Le pide al camarero que le invite un cigarrillo, si fuera tan amable, se le han acabado los suyos. El camarero pregunta si el *signor* también quiere uno. *No, lui non fuma,* dice ella, *grazie,* anticipando la negativa de Laslo y expulsando una primera bocanada de humo.

Interrumpida su elucubración por un ruido, Caligari responde con un ademán a Guillaume Teinturier, el criador de vacas. Armado de unas cizallas, grapas de acero y un martillo de uña distribuidos en los bolsillos laterales de su pantalón de faena, Teinturier ha arrojado junto a la cerca, del lado de la dehesa, un rollo de alambre de púas, un mazo y una estaca de madera de un metro treinta de altura y diez centímetros de diámetro que hace pensar en esas, mucho más pequeñas, que se usaban en Transilvania para clavarlas en el corazón de los

vampiros. Hollywood las ha popularizado inspirándose en la pésima novela de Bram Stoker. Guillaume no tiene el propósito de ejecutar a Drácula, ha venido a reparar el agujero por el que una vaca se escapó hará ya una hora. Ha heredado su pasión por la ganadería de su padre, Bernard, a quien compró la explotación hace unos años. Su negocio consiste, cree haber comprendido Caligari, en adquirir reses añojas o eralas, en su mayoría, en beneficiarlas hasta que llegan a la madurez y en venderlas a una cooperativa local o a una empresa de Alenzón que se encarga de descuartizarlas y de luego suministrar los cuartos a las carnicerías de la zona.

Guillaume Teinturier va a cortar, con las cizallas que ahora empuña frente a la valla, el viejo alambre roto. Lo reemplazará por uno nuevo. Para reforzarlo le añadirá una estaca en el ángulo donde, del otro lado, se halla la compostera. Caligari le ofrece darle una mano. No es necesario. La operación, para alguien acostumbrado a las labores del campo, es muy sencilla. Se reduce a hundir profundamente en la tierra la punta de la estaca golpeando su parte plana con un mazo —la tierra es muelle en ese lugar—, cortar un pedazo de alambre y fijarlo clavándolo con grapas. No le tomará media hora reparar el daño, perjudicial para ambos. A Caligari, la res, al huir, le ha devastado unos plantíos. A Teinturier —además de poner en peligro su capital—, le habrá hecho perder tiempo y energías. Guillaume Teinturier le quita un peso de encima: con su ineptitud manual él solo habría estorbado su labor. Caligari le ofrece compartir con él unas cervezas cuando haya terminado. Qué son cinco minutos, le dice al constatar que el muchacho tiene prisa. Las vacas se han agrupado detrás de este, a una distancia prudente. Son miedosas, y su curiosidad pasiva la dirigen a los mazazos que su dueño está dando a la estaca. Si los primeros ruidos hicieron retroceder a algunas, su distanciamiento no ha durado mucho, ya se han vuelto a unir al rebaño movidas por el instinto gregario. Su impasibilidad es rota, de tanto en tanto, por los latigazos de sus colas, usadas para ahuyentar a las moscas y abejorros que aterrizan en sus lomos. Solo se vuelven violentas si una amenaza se cierne sobre sus crías, alguna utrera de Teinturier tiene una. Caligari las observa desde la ventana de la cocina, donde se ocupa de las cervezas y de un platillo de maní. Es reacio al trabajo manual, en parte porque es torpe más allá de lo imaginable. También por un horrible instinto de clase del que no ha sabido emanciparse por completo: el trabajo manual siempre le ha parecido propio de las clases subalternas. Envidia, por supuesto, la destreza del carpintero, el arte del albañil, la pericia del electricista. Si poseyese estas cualificaciones estaría

obligado a recurrir a obreros solo en casos extremos.

Está transportando los botellines de cerveza y el maní en un azafate laqueado de rojo. Al atravesar el prado se pregunta qué vivencias podría él compartir con Guillaume Teinturier, o su padre, que es de una edad más cercana a la suya. Ninguna, o muy pocas, se responde, sin buscar en su incapacidad para hacer que coman de un mismo plato perro, pericote y gato la razón de esta comunicación imposible. Vive encerrado en sí mismo, e igual le sería imposible comunicar con Jean-Marie Gustave Le Clézio si el premio Nobel de Literatura 2008 tocase a su puerta, una botella de borgoña en la mano. Recuerda aún la pregunta que le hizo el padre de Ada, un industrial arruinado al que recuerda con afecto, la vez que Laslo se presentó ante él, con toda la audacia de la adolescencia, para formalizar la relación con su hija —mi intención es casarme con ella— y, presionado por el señor Debernardi —primero termine sus estudios—, le confesó que era poeta. ¿Eso da de comer?, le preguntó el padre de Ada. La pregunta no admitía respuesta. La respuesta la contenía la pregunta.

Algo semejante pensarían los Teinturier si él les revelara la naturaleza esotérica de su actividad principal, razón de su vida, y respondiese a su curiosidad confesando que la venta de sus libros no le ha reportado hasta ahora —y nada indica un cambio de la tendencia, muy regular, el mérito es suyo— más de unos centenares de dólares. Es posible que Guillaume Teinturier, por ser más joven y seguramente más educado, le echara la mirada indulgente que se reserva a los filatélicos o a los coleccionistas de medallas o conchas marinas. ¿O de bragas de muchachas núbiles?, vaya uno a saber. Su padre, aunque por cortesía no se lo dijese, lo tomaría por un inútil incapaz de reparar una cerradura o una valla de alambre. Sin ir más lejos, por un holgazán. No estaría muy alejado de la verdad. Si la única actividad válida socialmente fuese la actividad manual, Caligari sería, efectivamente, un inútil y, pues solo ocupa sus jornadas en leer y escribir, asimismo un holgazán. Un parásito. Por eso, rara vez afirma ser escritor. Cuando trabajaba tenía derecho a decirse periodista, su carné le servía de acreditación, y pese a no ser el periodismo una profesión muy estimada hoy por el gran público adicto a las redes sociales —en virtud de lo cual se siente mejor informado que un honesto reportero—, el viejo Teinturier, astuto campesino normando, podría esperar sacar algún provecho de su cercanía con un representante del autodenominado Cuarto Poder. ¿Qué provecho se puede sacar de la cercanía de un escritor, encima casi desconocido? Un músico puede animar una velada, un pintor, decorar una

pared, un escultor ejerce, a su manera, un oficio manual. En opinión de un lego, un escritor solo podría enredar su (in)comprensión del mundo si su renuencia a la lectura no le ha hecho cerrar el libro antes de haber terminado de leer su primer capítulo o al concluir la lectura de la contraportada. Caligari se enjuga con el dorso de la mano el sudor de la frente y reacomoda las nalgas en la tumbona.

Esto parece una piscina, ven, no seas aguafiestas, le está diciendo Myria, tirando a Laslo de la muñeca para obligarlo a levantarse. Sus senos, liberados de la mordaza del vestido, saltan de impaciencia bajo el sujetador. Él ni siquiera correría el riesgo de un revolcón si se zambullese con ella en ese mar verde y liso. Y con su ayuda, se obstina Myria tentándolo con los temblores de sus pechos, quizás él pueda superar su fobia. Hasta niños hay que tienta un chapuzón, allí. Ella no va a tardar en expresar su descontento moviendo unos guijarros con los dedos de los pies, que amontonará cerca de las toallas. Los convertirá en munición si él no se rinde de inmediato. Sí, es una amenaza. Si te da miedo te apoyas en mi hombro, insiste. Y como él no se mueve del suelo ni da muestras de querer hacerlo, le vuelve la espalda. Le dice *ciao,* Laslo, me voy a zambullir. Con el talón, proyecta unas piedrecillas sobre su cuerpo. Él da un brinco antes de que Myria haya podido dar dos pasos, le coge las manos. A saltitos, la conduce hacia el lecho de guijarros mojados que tapiza la orilla, expuestos al vaivén del agua. El cuerpo de ella se encoge. De su boca brotan carcajadas y gritos. No está acostumbrada a aguas tan frías. Al lado de esta, las playas del Adriático le parecen piscinas climatizadas. Sin pensarlo más, de otro modo habría renunciado, Laslo se hunde con ella donde no tienen piso. Su ombligo, algo salido, busca el ombligo de Myria, y tras su feliz encuentro submarino, ella enlaza sus piernas en la cintura de él. Sus labios se dan su primer —y último— beso subacuático. Él mantiene los ojos cerrados, ella los tiene abiertos. Emergerán dentro de unos segundos, impulsándose con los pies, Myria en sus brazos. Se zambullirán otras dos veces en el mar, olvidando vigilar sus pertenencias, abandonadas en la orilla. Felizmente es este su día de suerte, no hay ladrones merodeando. Las toallas acogerán sus cuerpos mojados suavizando un poquito las asperezas de los guijarros quemantes. Primero se recostará él sobre ella, luego los dos se acostarán lado a lado, tan pegados que para separarlos sería necesaria una sierra de leñador. Ze Fonseca, uno del grupo, estudiante de física y autor de un cuento que no ha tenido descendencia, titulado "Uno y medio", al tratar infructuosamente de sacar a bailar a Myria en una fiesta en casa de amigos, comentará días más tarde que

habría sido más difícil despegarlos que provocar una fisión nuclear.

Opta por ignorar la alharaca del teléfono. Podría ser la Academia Sueca: *Herr* Caligari, le tenemos una esperanzadora noticia. O, más probablemente, el gato con botas o un vendedor de calderas mágicas. Llaman veinte veces al día y veinte veces se dan con su obstinado, a menudo colérico, rechazo. Está de nuevo observando a las palomas y no quiere, a cambio de la promesa de un Nobel, distraer de ellas su atención. Los tórtolos vuelan uno detrás del otro, de mata en mata, de rama en rama. Inseparables, se dan alcance en cualquiera de los árboles del prado. ¿Cómo se habrían conocido? ¿Cuándo supieron que eran el uno para el otro y para toda la vida? ¿Qué motivó ese *amor* sin aparentes fisuras? Se recuerda con Myria en la fiesta comentada por Ze Fonseca. Eran igual de inseparables que la pareja de palomas que ha construido su nido en la acacia. Cuando la dueña de casa, Larisa Mustafah, poeta a sus horas (proscribía la denominación poetisa por parecerle, con razón, menoscabante. Es de ella el poema: «Bienamada Ogamisama, / este es el nombre / que te doy en este sueño, / quisiera verte pronto»), lo sacó a bailar y Laslo, para no ofenderla, se dejó arrastrar a la improvisada pista de baile, no pudieron dar dos pasos antes de que Myria interpusiera sus celos. Ardiendo en su mirada furiosa, estos celos, lejos de importunarlo, lo hechizaron. Jamás, lo puede jurar, sintió la tentación de engañarla. Oportunidades tuvo, como con aquella preciosa modelo uruguaya que vivía en su mismo edificio (de él) y le hacía ojitos cuando se cruzaban en el vestíbulo de la planta baja suscitando la rabia de Myria y a él redobles de tambor en el pecho. La vez que viajó a una ciudad de provincia para inscribirse en una facultad donde no se debía pasar examen de ingreso, su estancia no duró veinticuatro horas. Erraba por las calles adormecidas por la humedad y el sol, ansioso, pensando en ella. Al día siguiente, curtido y extenuado, estaba de vuelta en Otrora tocando a la puerta de la familia Ferretti.

Serle fiel no fue un imperativo de su razón ni le causó en ningún momento conflicto o hastío. Las mejores horas del día, las de mayor plenitud, las más ricas, eran las que pasaba con ella. Sabe que con Ada fue feliz más allá de lo que la palabra puede comunicar. Sin embargo, no sintió por Ada ese apego obsesivo que anulaba en él toda tentación de infidelidad. Medio siglo no ha suprimido a ninguna de las dos de los recuerdos de Caligari, por el contrario, los ha multiplicado. Durante ese lapso de más de cincuenta años —el de una vida entera, no hace mucho— ha vivido otras existencias a las que reserva un riguroso silencio. Una ficción se construye solo con las vivencias que reclama la

ficción. Las otras sedimentan sus afectos vigentes, un mundo real no susceptible de ser reinventado.

Desde esa tarde inolvidable en la playa se hallan confrontados al problema práctico de dónde consumar su amor. En sus hogares respectivos es imposible. Myria vive con sus padres. Su madre casi no se mueve del departamento por temor a que su hijo mayor pueda llamarla y no encontrarla en casa. Con su presencia vela asimismo por la moralidad de su hogar. Laslo vive en casa de su madre, donde las reglas son más o menos las mismas. Convive con su quejumbroso hermano menor, recién casado con una mujercita llamada Mara Moacyr capaz de despertar miradas de deseo a los árboles. Y con una hermana abúlica de lindos ojos negros y labios sensuales atrincherada el día entero en la sala de estar con sus ovillos de lana y sus agujas de tejer a la espera de las cartas de un novio aviador poco dispuesto a escribirlas. Desde esa garita de aduana controla los ires y venires de sus dos hermanos mayores. En especial los de Laslo. A él la une, o desune, un deseo compartido que el ingreso de Myria en la vida de él ha destejido, alimentando en Varia un sentimiento que ella no osa nombrar, ni siquiera reconocer cuando se manifiesta. La mueve a oponerse a la presencia de esa italiana entrometida que la trata, cree Varia, con desagradable displicencia. Es posible que Myria haya olido en el aire de ese hogar —se dice que las mujeres tienen un sexto sentido— el aroma prohibido de actos no consumados, condenados a la clandestinidad si persisten y devienen incontrolables. Habría ese podido ser el caso de haber Varia aceptado los avances de Laslo un día que se quedaron solos en casa y él posó la caricia de un dedo en la punta erguida de su seno. Varia se retiró del sofá, perturbada, una mano nerviosa cubriéndole el pecho. Laslo descubrió en sus sábanas, esa noche, el olor del cuerpo de su hermana. Y, bajo la almohada, una foto a todo color de ella desnuda con la mención «Para que te consueles». Pocos días después conoció a Myria y sus apetitos y sentimientos se concentraron en su bella italiana.

Hoy, a los setenta y tres años de edad, el corazón de Caligari ya no echa llamas. Su calor inerte se difunde al contacto con el aire y expande su velo tibio por la casa de estilo campestre de Le Rebourcey. Luego de haber examinado bajo todos sus aspectos su vida amorosa, él sostendría, si se le pidiese su parecer, que la verdadera fidelidad, la única válida, no es encomiable. No exige esfuerzo ni elección moral y procura más placer que el engaño. Admitiendo que esto sea cierto, le queda sin resolver el enigma de por qué se manifestó esta cualidad en

su relación con A y con M y no con X, Y o Z, quizás más bellas, menos egocéntricas o más positivas, candidatas idóneas a un lugar privilegiado en su corazón. Caligari olvida a las palomas, levanta las nalgas a fin de cambiar de postura en la tumbona y empieza a repasar el proceso de sus dos enamoramientos, tejidos a partir de una misma pauta. Un primer encuentro generó una moderada atracción, suficiente para estimular su libido y cesar una vez el deseo satisfecho. Ya le había ocurrido muchas veces. En los casos de Ada y de Myria fue distinto. Fue la segunda cita, en menos de veinticuatro horas, la decisiva. Queda, pues, descartado el amor a primera vista. Tampoco se trató de un enamoramiento progresivo, que brota con el acercamiento a tientas, el descubrimiento de afinidades mutuas, la compenetración con la otra persona. Fue la palabra *performativa* del amigo que lo acompañaba al conocerla, «Tú estás enamorado de Ada», la que desencadenó, horas después, la validación por corazón y cerebro de un sentimiento hasta entonces, si intuido, oscuro. Con Myria no hubo tal. El amor surgió cuando ella y él se marcharon de la plaza del Virrey tomados de la mano. Acaso al ser duplicados por la vidriera de la tienda de discos ante la cual se detuvieron a observarse como si su imagen reflejada en el espejo fuese una especie de primer retrato de los dos; nunca se hicieron tomar uno. Lo indiscutible es que algo brotó en él en ambos casos. A partir de ello, hubo un cambio favorable en el metabolismo de su afectividad. Una grieta se abrió en su coraza caracterial y los rayos por ella infiltrados dieron lugar a un fenómeno semejante, cree —sus conocimientos científicos son escasos—, al de la fotosíntesis en las plantas. Otra pista posible es la de la neurosis. Y aquí surge una nueva objeción. Todos los seres humanos somos neuróticos, unos más, otros menos, así o asá. En su preferencia por Ada y Myria como objetos de su amor, ¿no habrá habido elección inconsciente de una forma particular de neurosis? En ambas existía una carga de autodestructividad, probada en el caso de Ada por su suicidio. De Myria no tiene noticias. No sabe, al momento de esta reflexión en la tumbona, si sigue viva o si la muerte le habrá dado cita en las curvas de alguna carretera italiana o en las aguas espesas del sueño inducido por los neurolépticos y el alcohol. Otra objeción alimenta su perplejidad. Caligari suele saber, cuando le presentan a una mujer, si podría enamorarse de ella. Es cuestión de morfología: hombros cargados, nalgas chatas, narices aguileñas, lóbulos de las orejas en forma de bistec o piernas patizambas son, para su gusto, defectos físicos excluyentes. Myria tenía hombros algo cargados y nalgas chatas. Ada, una nariz aguileña. Estos defectos no le impidieron amarlas locamente. A la

inversa, un estrabismo divergente puede atraerle mucho sin que él pueda explicarse por qué.

Su problema logístico —de espacio y mobiliario: un lecho es indispensable toda primera vez; se lo puede reemplazar más tarde, ventajosamente, para romper la rutina horizontal— lo resolvieron pidiéndole a Quepa Barahona que les prestase su departamento. Aquel de la pared blanca sostenida por un poema escrito con rotulador rojo. Quepa era un gordito jovial y putañero, soltero empedernido, jefe de la sección política del diario *Libre,* enfeudado al régimen militar. Así estaban las cosas en Otrora. La presencia de Myria en su lecho parece excitarlo. Accede bajo la condición expresa de que no cambien las sábanas entre las cuales, le dice a Laslo con pudor, irán a realizar su diligencia. Les promete que no volverá a casa hasta después del cierre, hacia las 7 p.m. Una horita más si tuviese la delicadeza de irse a tomar un trago con sus colegas de la redacción, le sugiere Laslo.

Como no consigue dar con el truco para hacer girar la llave en la cerradura, es Myria quien abre la puerta del departamento con mucha soltura, motivando en Laslo la sospecha de que ella ha venido aquí otras veces, acaso con Manito von Nadir, a hacer con este lo que se apresta a hacer con él. No es momento de participarle sus celos ni de disipar energías en especulaciones inútiles. Echan el cerrojo y se dirigen, con la prisa de quienes temen perder un tren, a la habitación de Quepa. No necesitan echar las cortinas pues no las hay en las ventanas, el departamento se halla en una novena planta sin vistas. Nadie podrá fisgar su gimnasia. La cama de dos plazas luce una colcha de parches, quizás regalo de alguna tía abuela del dueño de casa. Sus sábanas, limpias y recién planchadas, dan la impresión de haber sido tendidas para recibirlos. Mientras Myria se desnuda, el pene de Laslo asoma su cabeza al ombligo, no quiere perderse el espectáculo. Se dan pocos besos y caricias en el lecho. Puede que él no los necesite y por eso no piense en darlos. Va a cumplir veintidós años en mayo. A esa edad, muchos hombres los creen superfluos. Tiene prisa por recoger su premio, no se ha tomado el tiempo de deshacer los lazos del calzado al quitarse los zapatos. Se está arranchando la camisa, el pantalón. Tal vez ella no quiera, aturdida por tanto amor, correr el riesgo de echar todo a perder expresando exigencias descabelladas. O tal vez le incomode hablar de estas cosas. Él debería saber descubrirlas, por empatía, atributo inmanente del arte de amar, ¿no?, sin necesidad de ser informado de los pasos que hay que dar. Ya comprenderá, está pensando Myria cuando Laslo entra en ella con ese apuro nervioso que él sentía al robar las hostias del copón en la

capilla del colegio. Esta tarde no está robando obleas fabricadas con agua y harina y destinadas a desaparecer en el tubo digestivo. Está haciendo por primera vez el amor con la segunda mujer de su vida. Ha encontrado una resistencia al penetrarla con dificultad, una sequedad del vestíbulo de la vulva que, sin embargo, no lo incita a hacer una pausa —sería una muestra de cariño — y a buscar una solución. Por ejemplo recurriendo a un cunilinguo que podría lubrificar esa grieta seca y volverle a ella más grata la penetración.

Está dentro. Una euforia triunfal lo embarga. Su cerebro la transmite del cuero cabelludo a las uñas de sus pies. A ella, Laslo se la comunica cubriéndola de besos y de miradas acompañadas de declaraciones de amor que ningún hombre —y ninguna mujer, a Myria no le gustan las mujeres— le ha expresado hasta ahora. Miradas que vuelven soportable, y harán desaparecer poco a poco, ese molesto escozor en su vagina. Al correrse él, su cuerpo parece un globo que se desinflara emitiendo un bramido. Su boca da la impresión de soltar un bolo alimenticio atorado en su garganta. Solo el conocimiento de su actividad previa permitiría, a un prisionero encerrado —los ojos cubiertos— en el armario de la habitación, identificar este bramido con el goce sexual. A Laslo, al retirarse y tumbarse de espaldas, sudoroso, su cadera tocando la cadera de Myria, la serenidad postcoital le hace imaginar noches junto al fuego —la cabeza de ella en su hombro—, despertares apasionados en *bungalows* de playas maravillosas; en hijos, tres o cuatro. Que ella querrá varones, le confesará Myria más adelante. No habría en su vientre de madre lugar para una niña.

Ha apagado su cigarrillo en uno de los ceniceros de latón azul puestos a disposición de la clientela por la Antica Salumeria Pancaldi. Myria sabe que no tardará en encender otro pitillo y luego otro, dando al traste con su resolución de dejar de fumar. Recuerda la ocurrencia de Mark Twain: «Giving up smoking is the easiest thing in the world. I know because I've done it thousands of times». Está callada, observando a Laslo. Este parece absorbido por el ruido excesivo de las voces de los parroquianos, asociado al ir y venir de pasos, al tintineo de la loza transportada de mesa en mesa y de regreso a la barra, al resoplido de la cafetera *espresso.* Van a dar las once de la mañana y bostezar tapándose los labios con el puño traiciona los múltiples vacíos de su charla con Myria, cargados de expectativas. Myria apoya los codos en la mesa, golpetea unas con otras las yemas de los dedos como si no se decidiese a unir las manos para rezar —le han vuelto a dar ganas de encender otro pitillo— y le propone volver a casa. Él podrá hacer una siesta antes del almuerzo, dice

dándose aires de enfermera deseosa de ver que su paciente se pone de pie y empieza a caminar. En su casa se lo sirve a las dos, costumbre adquirida en Otrora. En Italia se suele almorzar al mediodía. Laslo quiere ir a los aseos antes de partir.

Cuando vuelve a la mesa, usando su pañuelo para terminar de secarse las manos, un hombre joven, atlético, las aletas de la nariz hinchadas por una rabia que le cuesta contener, se encuentra de pie, frente a Myria. Laslo comprende que le está recriminando algo así como el envío de unas cartas anónimas. No sabe si debe de intervenir o guardar una prudente neutralidad. Opta por esta.

¿Quieres destruir mi matrimonio?, ¿eso quieres?, está diciendo el hombre entre dientes. Si lo vuelves a hacer te denunciaré a la policía. El hombre repara en él, aparta de la mesa unos centímetros la silla que Laslo ha estado ocupando y se la ofrece haciendo un ademán, *prego.* Laslo apoya una mano en el respaldo. Myria no ha pestañeado durante la intimación. Una arruguita se ha formado encima de sus cejas y si sus labios esbozan una sonrisa irónica, no consiguen borrar de sus ojos una sombra de tristeza. ¿Si son anónimas cómo sabes que son mías? A otras habrás también prometido el oro y el moro, dice sin levantar la voz, dando prueba de ese autocontrol tan característico de ella. El hombre, la mitad del cuerpo buscando la salida, apuntando con un dedo a la culpable, se dirige al cielo diciendo *la menzogna è il suo pane quotidiano.* Laslo no sabe si debe de buscarle explicación al incidente o ignorarlo, sería lo más juicioso. Myria no parece conmovida por lo ocurrido. Al levantarse para partir, una mueca le deforma el rostro. Un calambre en el pie, no es nada, ya le irá a pasar. Le habría complacido que Laslo la descalzase y diera un masaje a su pie adolorido. En otra época, a él le gustaba besarle el empeine antes o después de hacerle el amor. A ella le indisponía un poco que él doblara la cerviz para posar los labios en la piel de sus pies. A diferencia de trece años atrás, Laslo deja pasar una oportunidad de demostrarle cariño.

Le ha parecido escuchar en la *salumeria* una mención a cartas anónimas. Está en la acera, abriendo la puerta del coche. Myria, sentada al volante, posa uno de los pies entre el pedal de freno y el de embrague. Tamborea el tapiz de goma con las punteras de los zapatos, la pierna izquierda bien extendida. ¿Incidente?, lo desestima con un breve movimiento de cabeza. Diálogo de sordos. El hombre era un excolega. Se propasó con una secretaria, lo que se dice propasarse. Ella se vio obligada a denunciarlo ante la dirección por su conducta inadmisible. Italia es aún un país muy machista, dice. Laslo se

obstina, cree haberle escuchado hablar de cartas anónimas. ¿Cartas anónimas? Habrá oído mal. El italiano, ya lo estás viendo, no se parece tanto al español, suelen ser frecuentes los *quid pro quo.* Puede haber confundido fonemas y entendiste todo al revés. Como te ocurrió una vez en Polonia, desvía ella la conversación. ¿Ya no recordaba ese malentendido en torno a una palabra? ¿No puso fin a tus estudios? Eso le había contado Laslo en Otrora. O quizás fuese mentira, ¿igual que todo lo demás? No, no. Caligari recuerda perfectamente lo ocurrido.

Se había inscrito en Historia del Arte luego de reprobar el examen de ingreso a la Szkoła Filmowa w Łodzi. Cambio de programa y cambio de ciudad. De la industrial, deprimente Lodz a la histórica, barroca Cracovia. Cracovia le traía reminiscencias de Praga, siempre añorada. Del proyecto de estudiar cine en una escuela de creación reciente —la cinematografía no tenía ochenta años—, a estudios clásicos en la universidad más antigua de Polonia, la Jaguelónica *(Jagiełłoński),* fundada en el siglo XIV por Casimiro III el Grande. En cierto modo, Laslo salía ganando. Más agradable y más rica es la vida en una ciudad ilustre que en una mediocre ciudad fabril. A esto se limitaba el beneficio.

Una de las causas de su fracaso en Lodz había sido su pobre dominio del polaco. El día del examen de ingreso a la escuela de cine, sus respuestas a las preguntas de cultura general fueron vacilantes y, siempre, quedaban truncas. Su dominio de la lengua no mejoró al trasladarse a la antigua capital del país. Si no le daba para seguir los cursos de cinematografía, no le bastaría tampoco para entender las clases de historia. Lo lógico habría sido que repitiese el curso de lengua o, en su defecto —ya bastante esfuerzo hacía el Estado polaco ofreciendo gratuitamente a los becarios extranjeros un año de aprendizaje del idioma—, que se le dijera Hasta aquí llegamos*, pana* Caligari. Le toca a usted decidir si quiere volver a su tierra o marcharse a otro país. Lo que pasaba es que, por una cuestión de prestigio, casi todos los alumnos de Lengua aprobaban automáticamente el examen de fin de año, cualquiera fuese su nivel. Las estadísticas demostraban así la excelencia de la enseñanza del idioma impartida en las aulas universitarias del país de Władysław Gomułka. (La estadística es el salón de belleza de la acción pública en todo el planeta. Una maña burocrática, habrían seguramente opinado los cubanos de Strahov). Para los suspendidos en el examen de ingreso quedaba la opción de escoger otra carrera. El segundo año en Polonia se convertía así en el año del descarte de los malos alumnos.

Durante una clase de Historia de las Técnicas, Laslo creyó entender máquina de vida —el genitivo de vida en polaco es życia— en lugar de máquina de coser, *maszyna do szycia.* Para un oído hispánico, el sonido de los fonemas ż y *sz* es semejante. Perplejo por la naturaleza de un invento que habría hecho del hombre no un émulo de Dios, sino Dios mismo, esperó a que terminara el curso para que una condiscípula francófona lo sacase de dudas y le devolviese el alma al cuerpo. Los ingenieros del siglo XIX habían inventado la prosaica máquina de coser. ¿Para qué continuar asistiendo a clases si no comprendía lo esencial? Una semana más tarde se embarcaba en un tren con destino a París. Nuevo ejemplo del poder de la palabra. Esta cambiaba una vez más el rumbo de su vida.

El ruido de un bulto pesado que cae al suelo, proveniente de una de las habitaciones, y un chasquido semejante al de un latigazo estrellándose contra una superficie dura lo despiertan y lo mueven a cambiar de postura en la cama. Está durmiendo la siesta en el cuarto de huéspedes bajo la protección del abuelo *bersaglier*. El decúbito supino pone en su línea de mira la ventana. Myria debe de haberle cerrado los postigos de madera para proteger su siesta. Solo una franja de luz externa penetra a través de las lamas de las contraventanas. Avanzando hacia él en la noche artificial, la franja de luz se agarra de su garganta y de sus brazos. Laslo suelta un gemido. Estira las manos buscando la lamparilla. Sentado en el lecho, los pies tocando el suelo, estudia la pieza preguntándose si Myria estará en el cuarto de al lado, la cabeza una olla de grillos, esperando su despertar. Se levanta presionado por la vejiga y busca el excusado en un largo pasillo que no había descubierto al llegar unas horas antes. No lo ha alcanzado todavía cuando se oyen unas voces que rampan por la moqueta convertidas en la aguja de un vúmetro indicando, en rojo, la saturación de una señal sonora. Ante la puerta de los padres, escucha a la *signora* Ferretti decir no temas, Umberto, no es nada. La voz de un hombre viejo articula con dificultad, ¿quién eres?, *aiuto*, *aiuto*! Soy yo, Laslo. ¿Se acuerda de mí?, dice Laslo. Y la madre de Myria le responde no le haga caso, miente mucho. Lo ha hecho venir a vernos y se ha marchado sin decir a dónde, seguramente a la playa. Le gusta exhibirse en la arena. ¿No quiere jugar una partida de ajedrez?, pregunta la voz vieja empleando la boca del abuelo *bersaglier.* Si pierde, se la lleva. ¿Y si gana? Hombre, si gana se quedará con el niño, o niña. ¿Cuál prefiere, el perro, el gato o el ratón? La hoja de la puerta se abre chirriando un poquito. Por su rendija aparece Myria ostentando su mejor sonrisa. Le ilumina los ojos. Ha venido a comprobar si ya está despierto, le ha

parecido oírlo hablar en sueños. El almuerzo va a ser servido en unos minutos, es por eso, pero tómate tu tiempo.

Él tarda unos segundos en comprender dónde está, quién es esta mujer recién maquillada que se ha sentado en el borde de la cama sin haberle pedido antes su consentimiento. Puede no haber acertado viniendo hasta Reggio a visitarla. De haber sido Myria quien hubiese hecho el viaje a París quizás no habría sido distinto. O puede que sí. ¿Siente algo por ella? El amor que los unió alguna vez murió hace más de una década. Al cerrarse sus compuertas, la afectividad de Laslo, dejada durante años sin oxígeno, fue quebrantada. Únicamente un milagro resucitaría hoy ese amor, y él ya no cree en los milagros. No debe velarse los ojos. Myria es una desconocida, el avatar irreconocible de una deidad que tuvo su vida en sus manos. La ruptura sentimental fue el episodio más doloroso de su existencia. Más doloroso que la muerte de Ada, pues la muerte, sacando al difunto de la escena del mundo para siempre, no tiene marcha atrás. De ella solo se vuelve en forma inmaterial, imaginada por quien sueña, dormido o despierto. Ante la muerte —«Fin final / hilo del diantre»—, el único recurso es el duelo. No fue una fatalidad la que lo alejó de Myria, sino una decisión de ella. Al romper con Laslo —con razón o sin ella, no hay explicación al desamor, si de eso se trató —, no dejó de vivir en Otrora al mismo tiempo que él. Un duelo no era posible. Por eso está Laslo trece años después de esa ruptura dialogando en Reggio con ella. Acaso engañándose acerca de sus motivaciones (de ambos).

Hablabas en sueños, le dice Myria al retirarse de la cama y dirigirse a la puerta del baño. La cierra por dentro haciendo el menor ruido posible al echarle el pestillo. Extrae del botiquín los frascos de medicamentos. Una media docena, alguno casi vacío, otro con fecha de caducidad vencida. Los mete en una bolsa de plástico y abre la otra puerta, la que da a su cuarto. Esconde los frascos en uno de los cajones de su cómoda, bajo las chompas apiladas en él de tres en tres. En la sala, a pedido de Larisa, alguien ha puesto "Comme d'habitude". El cantante, Claude François, un francés afeminado, la interpreta con voz de falsete. En Francia se vendieron doscientos mil ejemplares del sencillo la semana de su lanzamiento en noviembre de 1967, recuerda Caligari. ¿Será vanidad suya, o Myria está convencida de que Laslo ha soñado algunas veces con ella? Sí, miente él cuando Myria vuelve a la habitación y se le acerca.

Suban el volumen, ordena la dueña de casa dirigiéndose al sofá ocupado por los tórtolos. Myria está sentada en las rodillas de su enamorado, un brazo

uncido en su cuello. De espaldas a Larisa, esta no es, para ella, visible. No puedes negarme este baile, dice Larisa aproximando las puntas alicaídas de su busto a la nariz huidiza de él. A su edad es mal síntoma, necesita sostén, se alegra Myria despertando de golpe. Larisa quiere usar la danza para llegar a sus fines: empujarlo al baño deslizándose en puntillas por la sala de estar, atascada por doce o quince parejas embrujadas de música, alcohol y otros estimulantes. Llegados a destino, bajarle pantalón y calzoncillos y alcanzar el séptimo cielo emulando a una bruja sentada en su palo de escoba. Ari Menelao, el marido de Larisa Mustafah, hombre de muchas luces, escasos apetitos y poco resistente al alcohol, se zambullía en un sueño sin fondo en la habitación conyugal. No se enteraría de nada. Una vigorosa, e imprevista, reacción de su rival —lo siento, esta canción ya la teníamos comprometida, le dice Myria forzando a Laslo a enlazarle la cintura— le ha quemado el pan en la puerta del horno. Larisa ya no podrá encerrarse a doble llave con Laslo en el baño. Él, de plácemes en la burbuja musical donde Myria lo tiene prisionero, murmura sueño contigo de noche y de día. Le describe, hablándole al oído, algunos de estos sueños inventados —no todo— por su imaginación despierta.

Llevan juntos solo algunas semanas. A pesar de lo corto, ese tiempo les parece infinito y, por ende, sin comienzo ni fin. La pasión engendra temores en Myria, quien desconfía de la fidelidad de Laslo basándose en su experiencia con los pasadeños, proclives a dejarse tentar por la primera falda que deje al descubierto las rodillas. Manito von Nadir es el mejor —o peor— ejemplo. Si la traición de Manito apenas llegó a herir su amor propio fue porque ella no sentía verdadero apego por él. Ni siquiera fue una traición: no se pertenecían. Si la traicionara Laslo, no habría en el mundo pañuelos suficientes para enjugar sus penas. Ella no cree en la autenticidad ni del primer fotograma del sueño que él le está relatando. Sus celos le hacen sospechar que Laslo se ha conchabado con Larisa a sus espaldas. No podía ser casual el empeño puesto por la poetisa treintañera en bailar con él sabiéndolo en brazos de la mujer a quien Laslo pertenece en cuerpo y alma. Prefiere no imaginarlos juntos en la cama, ella debajo y él encima. O al revés. Laslo (mi Laslo) puede haber hecho el amor con Larisa antes de que Myria y él fuesen presentados una al otro en Omaha Beach. Después, y hasta esta noche, no. Mañana —o sea, los días venideros—, si ella se descuidara, *chi lo sa?* Pensarlo le produce una arcada. Greñas de osa, tetas de vaca, piernas de caña, repite Myria mentalmente para conjurar el embrujo. No está escuchando el relato de sus apócrifos sueños. Ha apoyado la cabeza bajo su mentón (de él) y mientras giran con la música ella

trata de corregir los pasos en falso que da Laslo. Myria ciñe su cintura con los brazos como si bastara con mezclar la arcilla maleable en que se moldearon ambas figuras para convertirlas en una sola, doble. Irguiendo la cabeza, le ruega, los ojos humedecidos, no me vayas a engañar con otra. Y de nuevo se apodera de Laslo, de pronto muy seguro de sí y dominador, la euforia triunfal que lo embriagó cuando hicieron el amor en casa de Quepa Barahona. La misma expresión arrogante la tuvo la vez que la modelo uruguaya —esa descarada— le hizo ojitos en el vestíbulo de su edificio. Larisa no me gusta, replica Laslo dando la espalda ostensiblemente a la poetisa aún no laureada. Ella los está observando con despecho, arrimada ahora al cuerpo gordo y fofo del dócil Ze Fonseca. No hablo solo de Larisa, dice Myria. Sus ojos echan chispas al mirarla de reojo. Con ninguna mujer, animal o cosa, ¿la está oyendo? Myria le exige una promesa formal. No, no le basta con una promesa. Júramelo, por lo que más quieras, Laslo, te lo ruego. Te lo juro por ti, le dice él.

Hacia este episodio jubiloso han derivado los recuerdos de Caligari, una ramita de trébol, de tres hojas, entre los dientes. Su expresión es serena, fiel reflejo de su pensamiento, el cual, al repasar su vida como lo está haciendo, no puede no formularse la pregunta de si su existencia ha tenido sentido o, por lo menos, un rumbo del que no se haya desviado hasta perderse. Hay hombres para quienes la pregunta ni se plantea. Algunos, desde la cuna, o casi, se sienten predestinados a cumplir un papel histórico. O, al menos, predestinados a cumplir la misión asignada a ellos por su naturaleza profunda o por un imperativo social o familiar. Y todos los actos cruciales de sus vidas parecen —puede ser un engaño— conducirlos en esa dirección. En la escuela, un condiscípulo de Laslo desarrolló una caligrafía de notario desde los primeros años de primaria: acabó heredando la notaría familiar. De Gaulle se soñó muy temprano «salvador» de su país y, en efecto, devolvió su dignidad a una Francia envilecida por la Colaboración. El caso de Laslo Caligari no se puede comparar ni con uno ni con otro. Si se toma en consideración la única constante de su vida, la literatura, se cae en la cuenta de que empezó a querer escribir historias cuando aprendió a leer —en el sentido de querer leer libros; su madre le había enseñado el silabario a la edad de cinco años—, mostrando así una predisposición. Por eso es que se le dio por garabatear en la contratapa de uno de los libros de cuentos de Perrault o de los hermanos Grimm —estos autores, más Hans Christian Andersen, abrevaron su primera infancia— la

frase: «Había una vez un señor llamado Joseph Hamilton». Es muy poco para diagnosticar una vocación precoz. Suficiente para observar que la idea de ser escritor empezaba a trotar en mi cabeza, piensa Caligari. Myria le dice, azuzándolo, nos están aguardando en la sala de estar.

En la mesita de centro su madre ha colocado una botella de *prosecco* hundida en un cubo para champán lleno de unos cubitos de hielo que empiezan a derretirse por la espera. Dentro de un vaso largo de cristal de Murano están plantados unos *grissini* crocantes *fatti in casa.* Ella misma los ha preparado la víspera en honor al visitante. En Otrora, la *signora* nunca lo recibió con tantos miramientos, se dice Caligari afectando no escuchar el timbre de la puerta. No era raro que le pusiese mala cara tras pasar revista a su atuendo con la minuciosidad de un sargento mayor de un batallón de marines. Si la ropa que viste Laslo hoy en Reggio es menos llamativa, sigue sin adaptarse a las normas de la conveniencia pequeñoburguesa. Este incumplimiento de las reglas, insoportable hace años —eran otros tiempos—, no da la impresión de disgustar esta vez a la *signora,* una mujer de unos sesenta y cinco años que el pelo teñido de castaño claro —en Otrora lo llevaba rojizo— hace parecer más joven. Lo ha recibido de pie, junto a la mesita. En uno de los sillones, encogido, la mirada ausente, el padre de Myria mantiene las manos cruzadas sobre su regazo. Es un anciano, pese a no superar, calcula Laslo, los setenta años.

Al volver de la puerta de entrada, que ha ido a abrir con retraso —quien tocó el timbre ya se ha marchado—, Caligari recuerda, acomodándose en la tumbona, un documental difundido en los 90 por la televisión pública francesa con motivo del décimo aniversario del acceso a la jubilación a los sesenta años. Su tema eran sus efectos en las clases populares. Las mujeres solían adaptarse sin pena a su nueva vida de ocio. Tenían tiempo para consagrar a los nietos y a una vida social antes esquiva. En su mayoría, vivían la existencia de acuerdo con su edad. Para los hombres, la jubilación solía ser el comienzo del fin. Algunos se enfermaban poco después de haber dejado el trabajo y morían sin haber podido disfrutar de ese tiempo concebido para vivir a sus anchas. Otros no conseguían adaptarse a una vida liberada del trabajo asalariado. Su existencia perdía su razón de ser. El documental mostraba a un septuagenario —la edad del padre de Myria— que, cada mañana, al alba, sacaba su bicicleta del garaje y se dirigía a la fábrica que le había absorbido casi cuarenta años de su vida. Paraba a unos cien metros de la entrada. Desde allí,

observaba el ingreso de los obreros en bici, en coche o a pie. Repetía el trayecto por la tarde para observar el cambio de turno. Su jornada se centraba en esta actividad sin objeto que paliaba el vacío en que se había convertido su existencia, privada de una labor productiva. Habiendo dejado de ser un *animal laborans,* este hombre —y muchos como él— ha perdido, si Hanna Arendt ha acertado en su diagnóstico, «La única actividad que (le) queda». No por ello la jubilación, una conquista social, es arma de doble filo. Todo bien engendra su propio mal. Es el sistema el que impide a la mayoría realizarse según sus capacidades en lugar de alienarse realizando un trabajo que la embrutece de tal manera que, cuando llega el momento de su liberación, añora los años que pasó echando los bofes en esa cárcel del espíritu que es una fábrica.

Por supuesto, tal no era el caso del *signor* Umberto Ferretti, ingeniero con una sólida carrera en Italia y en el extranjero. Pero también para él, *self-made man,* la jubilación se ha convertido en una antecámara de la muerte. El retorno obligado a Italia después de tantos años, lejos de sus máquinas, de los equipos de operarios que dirigía, de los centros de toma de decisiones, lo había postrado en la depresión. Y esta, en la decrepitud. Las manos ociosas, cruzadas en el regazo, como esposadas, son la penosa ilustración. *Hai una sigaretta?,* le pregunta a Laslo cuando este se acerca a saludarlo. Dos dedos temblorosos, tijereteando cerca de los labios del anciano, ilustran su deseo de fumar. *Laslo non fuma,* le dice Myria a su padre. Él lo recordaba alto, vigoroso, alerta. Un típico lombardo de huesos largos, pelo claro y ojos azules. Era de Milán. Verlo decrépito, sin luz en la mirada, casi sin voz, lo conmueve. *Laslo non fuma,* repite ella, contrariada, una mano acariciando el hombro descarnado del anciano. Laslo enlaza la mano libre de Myria. La oprime suavemente al captar la mirada oscura de su madre. A la *signora* parece molestarle el gesto de ternura de su hija por el padre. La hija, algo alterada —¿era de buen augurio que su madre hubiese sorprendido sus manos enlazadas?—, deja la sala de estar. Vuelve cinco minutos después con una chompa irlandesa, de gruesa lana de oveja. Ayuda al anciano a ponérsela. Se ha lavado la cara, demuestra la desaparición del maquillaje de los párpados y de las pestañas. Debe de haber llorado. Su madre acaba de encargar a Laslo la tarea de descorchar la botella. A ello se aplica él con extremo cuidado, no tiene mucha experiencia con los espumantes. Teme, si la descorcha con brusquedad —el líquido puede no estar suficientemente frío—, que el *prosecco* se desborde y moje la mesita de madera barnizada. Escancia vino en las copas de flauta, agua con gas en un vaso. La *signora,* la *figlia* y él brindan por el reencuentro. *Auguri,* murmura alguna de

las dos, probablemente la madre, acaso expresando así sus esperanzas. Dejado de lado, el *signor* Ferretti ha bebido su vaso de San Pellegrino y se entretiene arrancando con los dedos las pelotillas de pelusa de su chompa. Las arroja luego al suelo de un capirotazo, haciéndolas aterrizar junto a sus pantuflas de fieltro. La *signora* —mordiendo un *grissino,* las copas vacías posadas en la mesita— dice mirando a Laslo y enseguida a su hija, no está tan mal. Laslo no sabe si debe de tomar la frase por un elogio dirigido a él, arrancado por las circunstancias a alguien no acostumbrado a hacerlos, o si la *signora* se refería a la calidad del espumante. O del bastoncito de pan.

Para Myria, el juramento ha tenido el sabor de un manjar que le provocara cierta prevención. Al jurar por ella, Laslo le ha aliviado sus dudas y le ha asperjado placer por todo el cuerpo. Al mismo tiempo, el jurar —siendo ella quien se lo ha exigido— por lo que más quiere, puede ser una martingala para obtener que Myria se descuide y él pueda aprovechar esta suspensión de su vigilancia con el artero fin de abrirle las piernas flacas a la poetisa cuadragenaria.

Encerrados en su burbuja con capacidad para dos personas, no están siguiendo la música. Siguen el ritmo apresurado y secreto de sus latidos. Hace rato ya que no están en la fiesta pese a no haberla abandonado físicamente. Si la expresión de sus rostros dice algo, dice que no les importa saber dónde se encuentran. Están donde nadie más podría estar. Quince o veinte parejas giran, se pisan los pies, se pelean, se reconcilian, beben y se besan de la forma en que lo harían si el fin del mundo estuviese anunciado para mañana. Su número ha crecido, convirtiendo la salita de Larisa en una lata de sardinas vivas y bulliciosas. Una palmada en el hombro seguida, al volverse Myria, sorprendida por este manotón, de un abrazo de oso que hunde la cabeza de ella en los pectorales talla XXL de un ogro de la altura y el volumen de un camión, los obliga a volver a la pedestre realidad. Te presento a Gordon Califa, dice Myria en cuanto puede liberarse, las tetas magulladas, del abrazo de oso. Laslo, volviendo a pisar tierra, tiene la impresión de haber perdido veinte centímetros de estatura con solo mirar al gigante. Le llega a la nariz si estira el cuello.

Comparado con el resto de la concurrencia, Califa es un Gulliver recién desembarcado en Liliput. Parece haberse escapado de la Guerra Civil Española antes de poder trocar el uniforme de miliciano por un traje de civil. Ha llegado a la fiesta acompañado de su estado mayor, los camaradas Asunta Caramelo —su mujer, apodada Pasionaria, flaca y esponjosa— y Gregor Castañuelas,

exdirigente sindical del sector textil y en la actualidad desempleado. Califa lo llama Andreu (por Andreu Nin). Ellos son los tres únicos miembros de un partido revolucionario fundado, se dice, bajo la dirección de Califa, en el garaje de su casa. Instalados en el Mustang confiscado a su padre a fin de ponerlo al servicio de la Revolución, con *R* mayúscula, los tres habían firmado el acta de nacimiento del POUMO (Partido Obrero de Unificación Marxista, *O* por «de Otrora») mezclando el aceite y el vinagre. Alias Andreu cedió a regañadientes el puesto de secretario general que ambicionaba. No le quedaba alternativa. La tarde de la elección, el voto de Pasionaria inclinó el fiel de la balanza en favor de su marido. Desde ese día, Califa viste de miliciano: cristina decorada con una estrella roja montada sobre una hoz y un martillo, mono de dril caqui y, siendo ahora verano, alpargatas blancas de esparto. En invierno calza borceguíes y se cubre los brazos y el pecho con una casaca de aviador de cuero marrón y cuello de piel del mismo color. Laslo, respondiendo a la mano tendida, la aprieta con vigor. Murmura mucho gusto tragándose un ay de dolor. No sabe qué diría Nin de esta improbable asociación con Dolores Ibárruri. Su enamorada, ajena a las sutilezas de la revolución mundial en conflicto con el socialismo en un solo país, prodiga tiernos besos a la mano derecha del hombre de su vida, maltratada por el brutal apretón. Gordon Califa es capaz de triturar una nuez sirviéndose tan solo de un pulgar y un índice.

Un corte de luz, son ya frecuentes en Otrora —este es el segundo en lo que va de mes—, sume el departamento en la oscuridad dando pauta al trío de revolucionarios para ponerse a cantar a voz en cuello: «Anda jaleo, jaleo, / ya se acabó el alboroto / y vamos al tiroteo / y vamos al tiroteo». No se debe desperdiciar la menor oportunidad de ponerle zancadillas al sistema. Califa está echando humo por los ojos, espuma por la boca. Alza un puño conspirador y ruge en la penumbra, ¡No pasarán! La mecha encendida, Caramelo y Castañuelas, sincronizados con él como el coro del Ejército Rojo con su solista, corean, dando puñetazos al vacío, ¡No pasarán! ¡No pasarán! ¡No pasarán!

Myria ha prendido una mano de las trabillas del pantalón de Laslo. Tira de ellas si Laslo intenta dar un paso en cualquier dirección. Debe tenerlo a su lado, bajo control. Se le ha ocurrido, al advertir la impresión causada por el ingreso del gigante disfrazado de miliciano español, que puede sacar provecho de la personalidad extravagante de Gordon Califa utilizándolo para apartar a Larisa de su camino. La fuerza de atracción de Califa domina, desde su llegada,

la asamblea entera. La misma dueña de casa ha sido deslumbrada por él. Myria, pues, deduce dos cosas de este deslumbramiento: 1) Larisa no conocía a Califa hasta ahora, y 2) probablemente quiera, tomándose en consideración su *curriculum vitae,* llevárselo a la cama. Debe, en consecuencia, avivar la rivalidad entre las dos. Su intención es adormecer el interés de la poetisa quincuagenaria por Laslo haciéndole creer que ella (Myria), honrando su propia reputación de casquifloja, va a disputarle los favores de Califa con uñas y dientes. Myria conoce también 1) el estigma que, según fuentes bien informadas, atormenta a este último: la eyaculación precoz; Califa pretende superarla practicando un exacerbado, e infructuoso, donjuanismo, y 2) su obsesión por la Guerra Civil, constatada *in vivo* por ella hoy y con ocasión de una visita realizada a su casa en compañía de Paddy y Patty Milhench.

Ese día, al abrirse la puerta de entrada de la vivienda para dejar pasar al trío, se puso en marcha una grabación de canciones republicanas a las que "Bella, ciao» aportaba una caución internacionalista. Los muros de la sala estaban tapizados con fotos de la gesta revolucionaria amarilladas por el paso del tiempo. Una inmensa foto de Karl Marx presidía su muro principal. El retrato del autor de *El Capital* se hallaba flanqueado por sendas fotos de Lenin y de Trotski, a las que hacía frente un inmenso cartel ilustrado con milicianos armados de fusiles. En su parte inferior, el cartel llevaba inscrita la consigna: «¡Atacad! Soldados de la República», en grandes letras blancas. Mapas de estado mayor de los frentes de guerra españoles se conservaban, enrollados, en los revisteros, y uno, abierto, cubría el tablero de un escritorio de acero plomizo, de rudo estilo castrense. Viejos fusiles Mauser montaban la guardia en dos armarios de metal, listos para ser utilizados en batallas de una guerra imaginaria.

Califa no se hace de rogar cuando Myria le pide que relate sus hazañas en el frente. Cuéntanos tus recuerdos de la batalla de Brunete, su preferida, ella lo sabe, él ya le ha contado más de una vez la historia. Librada, ¿verdad?, en las cercanías de Madrid del 6 al 25 de julio de 1937, le refresca la memoria para hacerle morder el anzuelo. ¿Brunete?, iluminados por una llama interior que lo va abrasando sin por ello consumirlo, los ojos de Califa se encienden. Afirma haber peleado bajo las órdenes del futuro general Líster, comandante de la XI división del V Cuerpo de Ejército. Formaba parte de la I Brigada Mixta, también llamada Brigada Líster, precisa el gigante. Fue herido en las afueras de Navalcarnero, el 6 de julio, durante la progresión hacia Brunete. Aquí, dice, indicando la parte exterior del muslo derecho. Repite aquí, aquí, acaso

esperando que alguien quiera ver la cicatriz. Otros veinte mil soldados republicanos sacrificaron sus vidas o fueron heridos en esa gloriosa batalla, truena, resignado a no mostrar su herida. A Laslo le resulta difícil de creer. No la realidad de la herida. Hasta puede ser de bala si Califa hubiese sido víctima de un asalto a mano armada en algún período de su movida existencia. Difícil es creer en su participación en la batalla, se dice Laslo, frunciendo labios y cejas al mismo tiempo. Pasionaria confirma que Gordon tiene una cicatriz en el muslo, secuela de una herida de bala con orificio de entrada y salida. ¿Puede otorgársele algún crédito?

No siendo originario de la Península Ibérica ni residente en España —esto habría facilitado su enrolamiento de haber sido adolescente durante la guerra —, al momento de la batalla, Califa, para participar en ella, debía de haber tenido, mínimo, veintiún años. Tal era entonces, cree Laslo, la edad requerida para obtener un pasaporte y poder viajar solo, sin autorización paterna, al extranjero. De ser así, hoy Califa tendría cincuenta y cuatro. Es bastante mayor que él, delatan algunas arrugas, las primeras canas. Cierta pesadez del cuerpo se está cargando de grasa, principalmente en la barriga y en las nalgas. Puede estar muy bien conservado y aparentar diez años menos. O tener diez años menos y aparentar su edad real. Laslo hace un rápido cálculo. Esto daría cuarenta y cuatro años, como máximo, y situaría su nacimiento en 1925 o 26. Con diez años de edad, la única guerra en la que podría haber participado son las libradas en el patio de la escuela. Hablándole al oído, Laslo da parte a Myria de su incredulidad. Ella le hinca un codo en las costillas, déjalo, ¿el Quijote no se tomaba por un caballero andante? Combatía molinos de viento. Pronta a tomar el pelo, remetiendo los labios para que su voz apague todo timbre de malicia, pregunta a Gordon Califa, ¿qué edad tenías en 1937? Ya había superado la veintena, responde él sumiendo la barriga. Se come los años, viene en su ayuda Pasionaria, en pie de guerra.

En torno a ellos se han formado dos bandos. Uno ha abrazado incondicionalmente la causa republicana y canta con entusiasmo «Puente de los Franceses, puente de los Franceses, puente de los Franceses, / mamita mía, nadie te pasa, nadie te pasa. / Porque los milicianos, porque los milicianos, porque los milicianos, / mamita mía, qué bien te guardan, qué bien te guardan». El otro, con, a su cabeza, Fredo Pipa, partidario de la dictadura equidistante, a la que ha ofrecido, hasta ahora sin suerte, sus servicios, quiere reanudar el baile, interrumpido por el apagón. Ambos bandos se están disputando el control del tocadiscos. La sangre puede llegar al río si uno de los

exaltados pega un botellazo a alguien del otro campo, práctica muy común en las alegres fiestas de Otrora. Animan los jolgorios abundantes botellas de cerveza y de aguardiente. Vacías, suelen ser convertidas en proyectiles o en armas de mano de temible eficacia empuñadas por alguien con buena puntería. Obviando esta guerra pricocholina en gestación, Myria le dice a Califa se ve que tienes una buena cocinera. Propasándose —revela el ceño adusto de Pasionaria—, le toca la barriga prominente. No, si te sientan muy bien los kilitos de más, añade haciendo aletear las pestañas. Quiere que Larisa, que se come a Califa con los ojos, pueda ponderar la amenaza.

Justamente, alertada por un insulto cargado de referencias nocivas a la excelente reputación de la madre de uno de sus invitados, Larisa comprende de un vistazo que su tocadiscos corre el riesgo de convertirse en la primera víctima colateral de esta guerra civil en ciernes. Olvidando momentáneamente a Gordon Califa, aboga en favor de la paz llamando a sus hermanitos queridos —no hay en el habla pasadeña palabra que no merezca un diminutivo— a deponer las armas. No me destruyan el fruto de mis esfuerzos. Hay cervecitas en el refrigerador. Musiquita para todos los gustos, chicos, grita, de pie en una silla. Mostrando los muslos con imparcialidad a ambos bandos a fin de calmar los ánimos, advierte Myria. Ha vuelto a ajustar sus dedos en las trabillas del pantalón de Laslo, nunca se es demasiado prudente. Para Califa, enemigo del baile —distrae a las masas de la lucha por el poder, en su opinión—, ha llegado el momento de inmortalizar ante ella su paso por esta fiesta. Siente gran aprecio por Myria, no se cansa de repetir. Y otros sentimientos menos inocentes, está sospechando Laslo. Gordon Califa se dirige al baño acompañado de su inseparable séquito. Caramelo marcha pegada a sus talones. Castañuelas, detrás de ella, imita el paso de ganso. Laslo, que le está agarrando tirria a los tres —a Califa por su envanecimiento, a Pasionaria y Andreu por su servilismo—, se deja arrastrar por su enamorada, el olfato raras veces la engaña. En la cocina desierta —el baño está ocupado por una pareja bulliciosa y turbulenta—, Califa ordena a Castañuelas, Andreu, la cajita. Un cofrecito de plata aparece en escena, lleno de un fino polvo blanco. Califa chasquea los dedos y en la mano de Pasionaria aparece una cucharilla típica de Otrora, concebida, afirman los entendidos, para el uso que se le va a dar. Califa hunde la punta en el cofrecito. La retira con sumo cuidado por temor a perder un solo cristal del invalorable polvillo. Lo lleva ceremoniosamente a su nariz, convertida en aspiradora. Los talones despegados del suelo, exclama, ¡Viva la camarada coca! Repite la operación en la otra narina, absteniéndose esta vez de

todo comentario. Lo que queda del polvillo se lo frota en las encías con un dedo. Usa el pulgar y el índice de la mano derecha para restregarse vigorosamente la nariz. Enseguida, ofrece la cucharilla vacía a Myria, y dirigiéndose pedagógicamente a Laslo, cuyas muecas han traicionado su rechazo de la droga, afirma camarada, la blanca despierta las neuronas, por eso la burguesía la proscribe, no quiere un proletariado despierto. Su consumo es un deber revolucionario, sobrentienden los convencidos. ¡A jalar, a jalar, combatientes de la República!, ¡la cocaína debe ser del pueblo!, concluye Gordon Califa alargando un brazo. Alcánzale la cajita, ordena a Castañuelas señalando con un dedo a Myria. Es alias Andreu quien transporta siempre el cofrecito en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Ya les ha ocurrido en una ocasión al circular en coche que fuesen detenidos por las fuerzas represivas (exceso de velocidad, alcoholemia, infracción de las reglas de tránsito, hay infracciones hasta para escoger). El incidente fue la comidilla de los círculos progresistas de Otrora durante semanas. Califa disculpó la posesión de cocaína negando su propiedad y atribuyéndosela, con una mirada de reojo, condenatoria, a Castañuelas. Pretendió, para remachar su buena fe, no conocer a este sujeto. Aceptó darle un aventón y ya ve usted, jefe, el desconocido lo ha metido en un aprieto. No se puede uno fiar de nadie. Hasta el diablo viste alba y estola... o algún argumento equivalente. Pocos saben, y Califa se cuida de revelarlo, que Castañuelas es hijo de un capataz de la hacienda El Alamein. Los Califa, sus ahora expropietarios, fueron grandes productores y exportadores de algodón Tangüis antes de la llegada al poder de los militares. La hacienda —diez mil hectáreas de las mejores tierras— ha sido transformada en cooperativa por la junta autodenominada, con involuntario humor, equidistante del capitalismo y del comunismo. Por su confiscación —injusta, según los Califa, incluido Gordon, pero por razones inversas que vienen a ser las mismas—, esta familia ha recibido una multimillonaria compensación en bonos industriales hábilmente convertidos por los Califa en dólares. Los fondos han sido desviados de su finalidad inicial —invertirlos en la industria nacional, para su desarrollo— y colocados en bancos extranjeros gracias a la complicidad de testaferros a quienes Benedicto Califa, padre de Gordon, ha pagado, se rumorea, una jugosa comisión. La cooperativa, dirigida por un coronel de artillería formado para hacer la guerra —en la escuela militar aprendió, espera sin hacerse ilusiones la opinión pública, a manejar un tanque, no a utilizar un tractor—, ha sufrido una caída exponencial de su productividad desde que fue creada luego del golpe de Estado y se encuentra,

tan poco tiempo después, al borde de la bancarrota.

No te metas eso en la nariz, le dice Laslo a Myria, alejando su brazo del cofrecito. Es posible que hasta este momento ella no conozca el recelo de Laslo contra las drogas duras. Ha visto con sus propios ojos que consume las dulces de cuando en cuando para, le ha dicho él, no pasar por *faruco* (fariseo) o aguafiestas. Las duras le producen un rechazo total sustentado en prevenciones relativas a la salud, pretende, no en reglas de hipócrita moral. Si se autoriza el alcohol no hay razón para prohibir el consumo de estupefacientes. El alcohol causa más muertes y enfermedades que los segundos, las estadísticas lo prueban. Aunque la cocaína sea una droga dura con fama de no provocar adicción, más allá de una adicción psicológica, y arrastre el prestigio de haber sido consumida por Sigmund Freud y Sherlock Holmes, este prestigio no se la vuelve más atractiva. Si se las mira bien, piensa Caligari, las consideraciones morales pequeñoburguesas: drogarse es malo e impropio de gente sana, quizás no sean completamente ajenas al rechazo tajante de Laslo a probar la cocaína. Ha habido algo apremiante en su reacción, atribuible a un prejuicio muy arraigado. Myria no tiene los mismos reparos. Sin ser consumidora habitual, ha probado cocaína en fiestas siempre que un alma altruista la ha hecho circular, por lo general en el baño de la casa. Ese lugar es el más adecuado para estos aquelarres. Ofrece privacidad, seguridad y una taza donde posar las nalgas si el cerebro reclama asiento. Lo que esta droga puede haberle procurado a ella, si le ha procurado algo comunicable y no la inhala sobre todo por novelería, es un misterio para Laslo. Ella se ha liberado de su agarre y se lleva la punta de la cucharilla a las fosas nasales demostrando una desenvoltura que va a abrir entre los dos, por vez primera, una brecha, un resquicio aún susceptible de ser obstruido. Un verdadero amor no se cancela al tropezar con el primer obstáculo.

Prueba, le dice ella después de haber inhalado el polvillo y sacudido la cabeza, los ojos dos lunas llenas que le ocupan la mitad de la cara. Es pura vida, Laslo, prueba. Califa, que está frunciendo la nariz como si un moco le obstruyese los conductos, hace un guiño y levanta el mentón. Castañuelas, dejando de comerse la uña del pulgar, alcanza el cofrecito a Laslo y la impávida Pasionaria le pasa la cucharilla de plata vaciada por Myria. Defraudada por la negativa de su enamorado a imitarla, ella no puede reaccionar a tiempo. Está sobándose las sienes, los ojos cerrados, cuando él abre la puerta de la cocina y se marcha dando un portazo que le corta a ella el resuello. Al verlo partir sin la italiana —vive tan adherido a Myria que parece una estampilla pegada en un

sobre postal—, Larisa planta en medio de una guaracha a un Fredo Pipa más empalagoso y huachafo que nunca. Un incidente grave ha tenido lugar allí dentro, deduce al leer las facciones tensadas de Laslo. Haciendo un ademán, ordena a Ze Fonseca controlar la cocina. Sigue los pasos a Laslo imaginando que, enfadado con su enamorada, por despecho no le pondrá objeción a encerrarse con ella (Larisa) en uno de los confortables ascensores del edificio. Son tan grandes que parecen habitaciones de hotel. Si se oprime un botón se lo bloquea entre dos plantas. El pasamanos podrá acoger sus nalgas si se les ocurriese hacerlo de pie. El mismo botón lo volverá a poner en marcha. Y nadie interrumpirá su equitación a esta hora. Solo hay cuatro o cinco viviendas en el edificio. Dos llevan vacías un mes. El resto son oficinas, desiertas desde las seis. No hay esta noche espacio mejor para llevar adelante su cometido.

A Myria, el portazo de Laslo le hace abrir los ojos. Pudo haberle dicho no a Califa cuando este le acercó el cofrecito repleto de estimulante polvo blanco. No quise pasar por una cagona, con perdón, y he aquí el resultado, se arrepiente. Le prometerá al amor de su vida someterse a una desintoxicación si de ello dependiese que se amiste con él. Se lo jurará de rodillas si no bastase con su palabra de honor. Amenazaría con abrirse las venas si Laslo se obstinara en dejarla. Está convencida de que eso quiere él. Cruza la sala a la carrera y consigue darle alcance en el ascensor antes de que la puerta de acero celeste se cierre completamente. Un pie fuera, trata de murmurar, hecha un mar de lágrimas, la palabra perdón. Y un milagro se produce. De la manera más natural, Laslo la toma por las muñecas, tira de ellas, no encuentra resistencia y la aprieta tiernamente contra su pecho. El incidente ha sido olvidado, o quizás nunca tuvo lugar. Habrá sido un mal sueño, del que Myria está despertando, feliz. La puerta se cierra con ellos dentro del ascensor y este se detiene súbitamente entre dos plantas. No me hagas daño, le ruega ella con un hilo de voz, en vano. Laslo no se toma el trabajo de interpretar su mensaje. ¿Queja o súplica? Puede no haberla escuchado.

La frase «No me hagas daño» ha sido pensada en francés *(Ne me fais pas de mal)* por Caligari, para quien la lengua de Flaubert es de uso diario en su forma oral y, en su forma pensada, interfiere continuamente sus divagaciones mentales, en particular con ciertas expresiones o frases hechas, que automáticamente aparecen en su cabeza en ese idioma. No sería ocioso apuntar que tiene con el francés una relación de proximidad cuya raíz remonta a la infancia. Fue educado en un colegio de curas franceses que impartían

clases de esta lengua seis horas por semana. Recibió estas clases, sacándose las mejoras notas, de los siete a los catorce años, momento en que los curas, hartos de soportar la insolencia y la mala conducta de su díscolo alumno, reñido con la disciplina y, ya entonces, con el respeto de las buenas costumbres y de la moral católica, pusieron fin a su escolaridad en esa institución de prestigio. Nunca había practicado este idioma fuera de las aulas y por ende, jamás se le ocurrió que podría emplearlo para la comunicación. El otro idioma de su infancia fue, claramente, el inglés, hablado en casa con su abuela británica. Con su padre, británico también, pero establecido desde muy joven en Otrora, siempre habló en castellano. Debió esperar su llegada a Polonia para descubrir que el francés no era para él una lengua ajena. Los becarios magrebíes lo hablaban y, al dirigirse a él en esta lengua, comprendió inmediatamente que la entendía y, mejor aún, que la hablaba, para emplear una expresión de Pavese: «Como por Pentecostés». Avivado así el seso, Caligari recuerda que hubo un anuncio previo en Cheb nunca tomado en consideración hasta ahora.

Su padre estaba, aquel verano de 1966, pasando vacaciones en Europa y se ofreció a conducirlo, a través de Alemania, hasta la frontera checa. Se separarían allí, frente a la Cortina de Hierro. Laslo cruzó a pie la tierra de nadie. Luego de manotear un adiós a su padre, quien había bajado de su coche de alquiler para despedirse de su primogénito, se presentó con su pasaporte a la garita de control. Cuando quiso recurrir al inglés para explicar que no tenía visado, uno de los soldados de guardia le dijo *Kein englisch* y señaló a un colega diciendo, en alemán, *Französisch.* Fue, pues, en este idioma, nunca empleado por él hasta ese entonces fuera de las aulas del colegio de los Sagrados Corazones, que Laslo Caligari explicó su intención de llegar a Praga. En la Unión Internacional de Estudiantes lo aguardaba, creía él, igual que su porción del *plum-pudding* preparado los domingos por su madre siguiendo una receta de su abuela, una beca para estudiar cine en la capital checoslovaca. En ese mismo idioma, reducido a una decena de palabras y al uso del infinitivo, un segundo soldado presumiblemente bohemio le notificó que obtener un visado costaba veinte dólares o su equivalente en marcos alemanes o en coronas checoslovacas. Pagó y, unas horas más tarde, dormía —a ras del suelo— en la ciudad universitaria de Strahov.

En Polonia, el francés fue, en su trato con magrebíes y algunos polacos, su *lingua franca.* Al llegar a París, dos años más tarde, la práctica obligada del idioma de Flaubert relegó el empleo de la lengua de Shakespeare al contacto esporádico con anglosajones y a la lectura, frecuente, de novelas inglesas y

americanas. De haber vivido con Myria, con los años el italiano habría ocupado el lugar que ocupa hoy el francés en su vida. Se habría instalado con ella en Italia de haber prosperado su amor. Ninguno de los dos aspiraba a morir en Otrora. Por alguna razón que no le queda clara, cuarenta y cinco años de práctica cotidiana del idioma francés no han hecho de este su lengua de escritura. Tampoco lo es el inglés, hablado desde la cuna. Impensable sería para Caligari escribir en otro idioma que el castellano. Un castellano con pocas reminiscencias del hablado en Otrora. Equidistante, habrían dicho los chistosos militares ni comunistas ni capitalistas, del castellano de América del Sur y del de la Península Ibérica.

Es la lengua italiana —la suya—, hablada con acento romañol, no el castellano, ya casi olvidado por ella, que emplea la *signora* Ferretti al hablar con Laslo. Están sentados los cuatro a la larga mesa del comedor, de estilo municipal. En la medida de lo posible, la madre de Myria filtra una palabra o una frase española en su conversación. Confía, basándose en la proximidad de ambas lenguas romances, en que Laslo pueda seguir su charla entrecortada por largos silencios. Ella comprende lo que él dice en castellano y si hay una duda, es Myria la encargada de subsanarla, tarea que realiza, la verdad, con solvencia. A diferencia de su madre, Myria tiene una práctica regular del idioma de Laslo. En la Fiat, donde su hermano el ejecutivo le ha conseguido una pega a tiempo parcial, es ella la que recibe a los clientes sudamericanos, concesionarios de la marca italiana o aspirantes a serlo. Se ha metido en muchos líos, comenta la madre, siempre pronta a buscarle tres pies a los actos de su hija. Por la expresión de la *signora* —ha levantado los ojos al techo luego de fijarlos brevemente en el regazo de Myria—, Laslo piensa en líos de pantalones. ¿Será posible que la madre de Myria le haya abierto las puertas de su casa abrigando la esperanza de que su hija y él escriban un cuento de hadas —Myria ya tiene más de treinta años y su madre querrá verla casada, formando su propio hogar — y, al mismo tiempo, sabotee esta empresa no dejando pasar una oportunidad de menoscabar a su hija? Las veces que habla de su Gianni da la impresión de estar hablando de Cavour, el artífice de la unificación italiana. Myria se muerde los labios cuando escucha el nombre de su hermano mayor. El *signor* Ferretti, emergiendo de cuando en cuando de su bruma mental, dibuja una sonrisa en forma de media sandía y suelta una palabra en castellano de ninguna manera relacionada con la conversación. Si lo está, el vínculo se halla perdido en los recovecos de su cerebro y nadie es capaz de identificarlo. En sus ojos, un destello de vida se apaga con la rapidez de la llama de una

cerilla golpeada por el viento. Hunde el mentón en el pecho y se enfrasca en un diálogo mudo con su plato. Su hija le demuestra una solicitud ausente del trato que sostiene con su madre. Con ella la relación está lastrada por la desconfianza y por la animosidad sin tregua de la madre hacia la hija. A Myria un rictus le deforma la boca cada vez que su madre expresa una opinión o quiere hacer una broma, a menudo a sus expensas.

Hay cuentas por saldar entre las dos. Las deudas constatadas por Laslo en Otrora hace mucho tiempo no han sido canceladas al volver la familia Ferretti a Italia. Tal vez suman hoy nuevos perjuicios, resultado de nuevas afrentas, piensa él al servirse, *prego, prego,* dice la *signora* Ferretti, los *antipasti.* Un verdadero banquete. *Il secondo piatto* aguarda su momento en la cocina. Es la primera vez que Laslo va a comer el *risotto* preparado al estilo de Milán, con tuétano de buey. Se puede maridar con un Lambrusco, vino espumante, algo dulce, le explican las dos mujeres. Aquí lo llamamos la Coca-Cola italiana, bromea la *signora.* Volviendo la cara para mostrarla a Laslo y, al mismo tiempo, escamotearla a la mirada de su madre, su hija se muerde el labio inferior con los dientes delanteros, ja, ja. Él vuelve a escanciar vino en su copa —un Romagna Sangiovese DOC— cuando ella se lo pide. No bebas tanto, la reprende su madre. Vas a dar vergüenza en público. ¿Ya le has contado de tu consumo de calmantes? Ha dicho calmantes y no neurolépticos.

Laslo había dado con ellos en el botiquín del baño, disimulados en una caja de *kleenex.* Una torpeza al tantear la balda de vidrio con la mano, unida al peso de los frascos, la hizo caer al lavabo. Él examinó los medicamentos por curiosidad y los devolvió a su escondite sin mencionarlos a Myria. Ella quizás se sienta movida dentro de un rato a justificar este consumo heterogéneo de fármacos. Si se franqueara, a solas con él, quizás quiera revelarle la causa, real o supuesta, de sus conflictos emocionales. Felizmente están pasando a los postres: una *zuppa inglese.* El *signor* Ferretti se ha dormido antes de acabar su *risotto,* el mentón sobre la servilleta anudada al cuello. Esta circunstancia, movilizando los cuidados de su esposa, pone término a la comida. Son las 16 y 35, constata Laslo en el reloj de pared. Subamos, le dice Myria. Antes de salir quiero mostrarte mi cuarto.

Segundo movimiento

Laslo no ha cuestionado la pertinencia de este súbito afán de introducirlo en su habitación, mantenida bajo llave esta mañana cuando ella lo hizo instalarse en el cuarto de huéspedes aduciendo un comprensible respeto de las conveniencias. Se deja llevar escaleras arriba frotando la balaustrada blanca con la mano libre. Tiene la mirada puesta en la nuca de Myria, que exhibe un tentador lunar marrón bajo la raíz del pelo, entre las trenzas doradas. Ella hace un ademán al ganar el pasillo, donde las paredes exhiben una galería de descoloridas fotos en blanco y negro —atravesadas por versos escritos a mano — de las diversas promociones de poetas que han escogido el Liguria para sus reuniones. Una sola puerta separa nuestros dormitorios, dice Myria aludiendo a la del baño común, obstáculo fácilmente vadeable, saben ambos. Penetra con Laslo en un antro ruidoso donde un humo de tabaco trasiega olores de alcohol.

Había sido introducida en el círculo del Liguria por Manito von Nadir en la época de sus amores. Él se apresuró en sacarla del Palace la noche que la conoció. El anticonformismo de ella encontró en el nuevo bar un terreno propicio a su modo de moverse en el zoológico humano. No lo había encontrado en los vecinos Salzburgo y Palace, donde el esnobismo provinciano acabó indisponiéndola. Destilan convenciones cargadas de prejuicios de casta, huelen a naftalina, le dijo a Manito esa noche. El Liguria, en cambio, era un bar de medio pelo frecuentado por poetas jóvenes sin obra y sin plata. A ella le gustaron los modales silvestres y el vapor de promiscuidad desprendidos por los feligreses. El nombre del bar, por si fuera poco, le trajo reminiscencias de su país natal.

Las veces que Laslo, antes de partir a Praga, había echado una ojeada al local, la visión de su fachada descolorida y agrietada y el ambiente enrarecido de la sala lo desanimaron. No se le ocurrió que en ese tugurio pudiera estarse gestando una nueva literatura pasadeña, de la cual apenas si tenía noticia. En su casa se leía libros de autores anglosajones o franceses. En el colegio, el curso de literatura no lo había animado a la inmersión, con escafandra, y aun menos sin ella, en las aguas pesadas del costumbrismo pasadeño. En la Facultad de

Letras había asistido a recitales de poetas algo mayores que él. Por uno de ellos sintió una juvenil admiración que lo hizo enmudecer cuando se lo presentaron en casa de un amigo del colegio. El poeta, convencido de su (in)genio, dándose ínfulas le habló de literatura y de sus muchas mujeres, halagado por su turbación. La lectura de algunas de sus obras solo suscitó en Laslo la impresión de que se trataba de un fuego fatuo. A esto se limitaba su trato con las letras de Otrora, estima Caligari.

El Liguria era un bar muy espacioso; su decoración era somera. Caligari recuerda sus mesas de acero dispares y sillas que alguna vez tuvieron respaldos acolchados de marroquín azulino. Algunas no tenían parentela visible con las demás. En varias de las mesas se estaba jugando a los dados. Estos rodaban en medio de un maizal de botellas de cerveza, aguardiente o ron sembrado en los tableros de formica celeste.

Myria y Laslo se han instalado en la barra, acogidos con un apretón y un abrazo por Paddy Milhench. Ella informa a su enamorado de que cuatro o cinco mesas instaladas cerca de los aseos están reservadas a los vates, muchos de ellos de la generación llamada de los poetas niños, le dice. Esta proximidad posiblemente no sea gratuita, opinan los poetas de la vieja guardia que ella había frecuentado en el Palace. Estos aedas (sic) cultivan sonetos, octavas reales y otras antiguallas. Desde sus tambaleantes cátedras dispensan una crítica académica de los poemas escritos por sus noveles competidores. La conversación de estos últimos —los últimos serán los primeros— le parece a Laslo aparatosa y caótica.

Myria le ha soltado las riendas, no hay moros en la costa todavía. Si llegara a haberlos, un dedo enganchado en las trabillas de su pantalón lo obligará a no alejarse de ella. En aquella mesa, dice Paddy señalando una del fondo, se está negociando la posible fusión de dos nuevos movimientos poéticos hasta ahora hostiles o que se ignoraban mutuamente.

El uno gira en torno a la revista *Flama,* una hoja mimeografiada surgida hace año y medio en la Facultad de Letras de la Universidad Pulgarcito I al calor de la revolución cubana. Se ha ido alejando de esta desde la represión brutal de la Primavera de Praga, el año pasado. Ello la honraba, piensa Caligari. El grupo promovía desde entonces un arte independiente cuyos ingredientes habían sido tomados del manifiesto firmado en los años 30 por Breton y Trotski, aliñado con especias pasadeñas a fin de no parecer calco ni copia. «El nuestro es un arte independiente comprometido con las ideas avanzadas de nuestro tiempo, pero vacunado contra las incorporaciones

ideológicas y partidarias venidas de fuera», afirmaba el editorial de su número 3. Habrá otros dos. Sus miembros eran, mayormente, poetas de la capital. Dos de ellos asumían posturas declaradamente cosmopolitas. Aunque opuestas a las sutilezas estéticas, aclaraban, oscureciéndolas.

El grupo rival había sido bautizado Obra 0 por los aedas del Palace, recuerda Caligari. Lo componían chicos provincianos llegados a Otrora con la consigna paterna, o materna, de graduarse de abogados o de maestros de escuela. Al pisar suelo capitalino, la altura de los edificios apabulló a los más turulatos, aquellos nunca antes alejados de sus terruños. El ninguneo que les depararon los capitalinos de cuna alimentó en ellos un resentimiento. Su impronta se percibía en la expresión reivindicativa de sus poemas, comprobará Laslo cuando los lea. Mañuco Veronal era el jefe de este grupo. Carismático exalumno del Colegio Italiano, era el único capitalino de la manada. «Poeta consentido por sus padres», dice uno de sus versos más celebrados. Guapo, semianalfabeto, había cedido la misión de pensar los fundamentos y los alcances de la nueva poesía, y de transcribirlos en blanco y negro, a Kaki Angamos, un norteño bastante leído. Angamos, autor de los manifiestos de Obra 0, había teorizado la forma del poema integral, que debía ser a la poesía lo que el pan negto es al pan blanco, opinaba Paddy, malévolo. Se me escapa, declaraba Mañuco Veronal cuando se le pedía que explicara su naturaleza en su calidad de líder del movimiento. Por lo demás, la prosa de Kaki Angamos adolecía de rigor, cosa corriente en Otrora. Caía a veces en la cantinflada, según las malas lenguas. Myria no puede confirmar ni infirmar esta *vox populi*. Apenas lo he leído, afirma en respuesta a una pregunta de Laslo.

Mientras le ha durado a él el dinero traído de Europa, han frecuentado el Palace o el Salzburgo, bares a los que Myria, resuelta a no volver a pisarlos, se ha dejado arrastrar por amor. En el Rojo y Negro, el cabaré favorito de la bohemia culta, Laslo ha quemado sus últimos cartuchos. Su padre y su madre le han opuesto una negativa conjunta a financiar su ociosidad. Le ha llegado la hora de ajustarse el cinturón. Debes encontrarte una pega, ha sugerido Myria, descontenta de hallarse últimamente obligada a pagar por los dos. Un primo de Laslo, redactor jefe del diario *El Globo,* el de mayor circulación del país —primero vicemonarquista y enseguida partidario de la dictadura militar—, le ha ofrecido empleo en las páginas culturales del periódico a condición de que Laslo arríe las banderas de su desprecio por la cultura pasadeña. Tomado a la ligera en tiempos del virreinato, ese desprecio sería inaceptable para el rudo patriotismo castrense. No es que Laslo no quiera trabajar. Tampoco muere de

ganas de hacerlo. Nunca ha sido ni será un burro de carga, explica a quienes se lo reprochan. Teme al abismo que le abriría bajo los pies el estar alejado de Myria varias horas seguidas, inevitable de trabajar en una oficina, ya sea esta la de un diario, y sea cual sea la paga al final del mes. Si no está con ella, no está en nada. Su ausencia lo sume en una astenia paralizante. La única actividad posible en dichos casos es controlar el avance de las manecillas de su reloj, sacudirlo y acercárselo al oído para asegurarse de que funciona. Las ganas de vivir vuelven progresivamente conforme se acerca la hora de su reencuentro. Estando con Myria, nada, fuera de ella/ellos, sabría existir.

Laslo no deja translucir esta dependencia emocional cuando están juntos. Con Myria a su lado finge distanciamiento. Ha tenido ocasión, en la fiesta en casa de Larisa, al marcharse dando un portazo cuando Gordon Califa sacó de su sombrero de copa el cofrecito lleno de cocaína, de constatar su poder. Y si, por este motivo, las piernas de Myria se aflojan, dando la impresión de ya no poder sostener el peso de su cuerpo, él, sabiendo que lo favorece la coyuntura, condesciende a imprimir un beso en sus labios. Sabe, en consecuencia, sacar provecho de la situación; si hace falta en la cabina de un ascensor detenido entre dos plantas. Aquella noche en casa de Larisa no encontró otra alternativa. Por supuesto, es Myria quien lo llama por teléfono a cualquier hora del día para controlar sus movimientos, quien lo cela, quien le da muestras incesantes de su amor desmedido. El Liguria ha sido escenario de varias disputas provocadas por sus celos inmotivados.

Precisamente, un debate conmovía las mesas del bar desde la aparición de Obra 0 el año anterior. Jóvenes versus viejos. Vanguardia versus academia. Marginalidad versus oficialidad. A diferencia de los poetas jóvenes, los aedas de la vieja guardia del Palace habían escrito y publicado —no siempre a cuenta de autor, remachaban algunos poetas rivales, pérfidos— dos o tres plaquetas —a veces cuatro o cinco— cada uno. Habían cosechado laureles y los mejor ubicados, causando indignación en los poetas jóvenes, se habían echado a la cama a disfrutar de ciertas prebendas: cátedras vitalicias, agregadurías de Cultura en embajadas, jefaturas de Comunicación en organismos del Estado. Se habían convertido por ello en blanco ideal de los disparos de Obra 0. Este grupo era más propenso a descerrajar sus Colt que el de Flama. Los poetas jóvenes —por algo son jóvenes— han publicado muy poco, a cuenta de autor. Si se puede, los aedas han leído menos, por algo son pasadeños. En materia de prebendas aún no había llegado la hora de los primeros. Puede ser que entretanto se encontrasen en la situación descrita por uno de los segundos, con

cínica lucidez, en uno de los poemas más denostados por los poetas niños: «Quiero venderme / pero nadie me paga mi precio».

Myria, enfrascada en una conversación con Patty, se ha sentado a una de las mesas reservadas a los vates en la que algunos de ellos bombardean con su artillería pesada las posiciones injustamente privilegiadas de sus mayores. Paddy, yendo hacia ellas flanqueado de Laslo, está afirmando que el autor del «Poema para sostener una pared», Quincas Amargo, tiene fama de ser la eminencia gris de la nueva poesía pasadeña. En el Liguria es recibido por tirios y troyanos con la veneración debida a un profeta sin por ello haber mostrado más que esos cuatro o cinco versos publicados en el desvaído muro de un departamento, dice en tono burlón.

Marcando su territorio, Myria se va a sentar en el regazo de su enamorado. Sus dientes perfectos, blancos como el bicarbonato de sodio, parecen advertir a eventuales intrusas que las rodillas en las cuales está desde ahora sentada son su PROPIEDAD PRIVADA. Se muestra ajena, hay mejores placeres, al debate entre las dos camadas de poetas niños instalados en el llamado rincón de los vates. Rincón de los vasos, en versión de los aedas, acostumbrados a ver la paja en el ojo ajeno. Mirando hacia ese denostado rincón desde una de las mesas, un cuadragenario que viste chaqueta raída de maestro de escuela murmura con disgusto ahora cualquier pelotudo es poeta. Quizás esté pensando en Mañuco Veronal. El líder de Obra 0, enfrascado en las negociaciones con los poetas de Flama, da la impresión de atusarse inexistentes bigotes con los dedos al hablar gesticulando. Vehementemente, intenta suplir sus deficiencias teóricas por chistes que lo hacen reír, y no solo a él, a carcajadas. Si no tiene cultura, tiene, y esto nadie lo discute, sentido del humor. Confrontado con él, el menor de los Caligari, Rulos, una mano torturada apretando el cuello de Mara Moacyr —eres estoica, le dice Laslo—, martilla sus engañosos argumentos (socio)estéticos lamentando abiertamente la ausencia de Kaki Angamos. La estética por sí sola era considerada un vicio decadente por ambos grupos, precisa Caligari hablándose a sí mismo según su vieja costumbre. En poesía, la técnica era irrelevante, solo contaba la expresión espontánea de emociones fuertes. Con Mañuco, constata Rulos, no hay debate posible. Toda fusión cae al agua por la imposibilidad de definir un marco teórico dentro del cual negociar. Finge ignorar la presencia de su hermano mayor. Este tampoco hace nada para poner en evidencia su parentesco. Siendo ambos muy diferentes morfológicamente, si no se los conoce nadie deduciría que son hermanos. En casa no se dirigen la palabra.

Larisa acaba de sumarse al grupo. Se ha sentado frente a Laslo y juega con un posavasos de cartulina. Está vaciando de un trago su primer cubalibre. Prosoviética, amiga de los Poetas del Pueblo, no pertenece a ninguno de los dos grupos beligerantes. A la derecha de Laslo, separada de este por las rodillas de Myria, está sentada Patty Milhench, toda ojos, nariz y oídos. La separa de Paddy el tablero de formica de la mesa. Myria le ofrece de beber a Laslo de su propia boca un trago de cerveza, su saliva le ha reducido el amargor. El trasvase del líquido se repite varias veces, de la boca de Myria a la de él y viceversa, y parece abrirle a Laslo un apetito que no es de comida. Ninguno de los dos tiene nada que aportar a la hermenéutica del desigual debate. Rulos Caligari ya parece cansado de explicar una y otra vez a Mañuco Veronal las premisas de la poesía en su versión Flama. Me rebota, abre Mañuco la bocaza, lamentando secretamente la ausencia de Kaki Angamos, opuesto —ello explica su ausencia — a la fusión de Flama con Obra 0 y a su liderazgo (de Mañuco), basado tan solo en el carisma. Es Angamos quien ha aportado a Obra 0 todo el aparato teórico y una mística incompatible con la frivolidad y la ignorancia de Veronal y con la inconsistencia ideológica, o juzgada por él así, del grupo rival.

A Laslo le han entrado ganas de aliviar la vejiga. Para que pueda levantarse, Myria debe abandonar un instante las rodillas de él. Los aseos están al lado, le dice. Me dejaré guiar por el hedor, ríe Laslo, que olfatea el aire imitando a un perro. No te vayas a dejar tentar por los de damas, replica Mañuco Veronal, sentado no lejos. Es la primera vez que le habla, una sonrisa pícara desvelando sus dientes equinos. Esta sonrisa es interpretada al vuelo por Myria. Sintiéndose amenazada, ya no desvía los ojos de su enamorado.

Veronal es dueño de un encanto a prueba de balas. Lo usa para seducir, selectivamente, a quienes se le aproximan atraídos por su don de gentes. Pero no ha bastado para seducir mucho tiempo a Kaki Angamos, dotado de menos humor que una piedra. Lo más probable es que su magia haya sido anulada por una insalvable barrera de clase. Populachero como es, Mañuco Veronal no deja de ser un chico bien, y esto no es un reproche. Se nota en su estilo de vida: forma de vestir, acento, modales. Se contaba, sin el apoyo de ninguna prueba fehaciente, que durante una fiesta en casa de los padres de Mañuco, Kaki Angamos, a disgusto en un hogar acomodado cuyo confort moderno provoca en él, instintivamente, un escozor al que, a toda costa, debe encontrar un remedio, fue descubierto por alguien rasgando con una hoja de afeitar el forro de cuero color dulce de leche del sofá estilo Club en el cual papá Veronal tenía la costumbre de dormir sus siestas. Mañuco prometió un arreglo de

cuentas ejemplar. La falta de lealtad a quien lo hubo invitado a su casa con los brazos abiertos no podía quedar impune. Pía Pitagor, mujer de gran calidad humana y su futura esposa —se casarían poco antes de viajar a España en barco, Veronal le tiene miedo a los aviones—, lo hizo entrar en razón sentados una mañana, a iniciativa suya, en el desvalido sofá, aún no dado de baja. Kaki se había dejado ganar por el resentimiento. Aunque el resentimiento sea una pasión triste —y Pía mujer de cultura—, en este caso se explicaba por las enormes desigualdades, y los prejuicios concomitantes, arrastrados en Otrora desde épocas coloniales, y siempre vivos. El pluricentenario desprecio por las clases populares le servía de levadura. Lo hecho era una barbaridad. No obstante, la víctima era solo un mueble, un objeto. Podía ser reemplazado. Lo mejor era perdonar y olvidar. Eso hizo Mañuco Veronal, demostrando su generosidad intrínseca: perdonó y olvidó. No ha bastado con este perdón para atraer a Kaki Angamos a la mesa de negociaciones.

De esta, tras ver partir a Laslo a los aseos, se ha ausentado Myria, atraída por el juego de dados disputado en la mesa del maestro de escuela, asimismo improvisado detractor de la joven poesía pasadeña.

Terminado su almuerzo, imbuido de las malas noticias del día, antes de volver a recostarse en la tumbona, Caligari ha querido relajar las piernas recorriendo el prado desde la terraza, en la parte de atrás, hasta su parte delantera, bañada por una suave luz dorada. Se detiene junto a la cerca a contemplar el bosquecillo situado al otro lado de la rúa desierta. Hace unos años, uno de los castaños del bosquecillo, muriendo de pie, se desplomó, arrastrado por su peso. Su tronco sin vida se acostó sobre el jardín bloqueando la vía. Por suerte sin provocar daños. El vecino, armado de una motosierra, acudió en su ayuda para dividir en leños el árbol caído, que luego ambos se repartieron equitativamente. El invierno siguiente, muy frío, la madera fue quemada en la chimenea, propagando calor en sus respectivos hogares. En enero, la nieve cubría los campos y emblanquecía los tejados, cosa rara en Normandía, afectada por el cambio climático global, de dramáticas consecuencias para su agricultura. El grueso tocón, a medias recubierto por la maleza, aún es visible si se lo busca bien.

La visión de esta primera línea de castaños de al menos veinte metros de altura que a través del espacio entre uno y otro árbol deja ver la vegetación del sotobosque, le recuerda a Caligari los cuadros hiperrealistas de Miqui Grei, un amigo nacido en Bruselas, de padres pasadeños, ya fallecido. No siendo

persona dotada de una gran imaginación ni de una empatía descollante hacia el género humano, cuando volvió a París en los 70, Miqui Grei escogió la naturaleza como objeto de su pintura. No grandes paisajes. No representaciones panorámicas. Ni, propiamente hablando, naturalezas muertas, que son composiciones imaginarias. No tenía una *weltanschauung* de gran envergadura, susceptible de ser sublimada en imágenes. Tampoco inclinación por la metafísica. Era una persona modesta y melancólica, enemiga de la grandilocuencia. Hijo de un pintor abstraccionista que lo despreciaba —y de una madre indiferente, divorciada tempranamente del marido—, durante gran parte de su vida se negó a reconocer que su vocación le había sido transmitida por un padre que odiaba. La substituyó por la fotografía. Cuando no pudo seguir velándose los ojos —a semejanza de esas personas transgénero, casadas y con hijos, hartas de fingir que son lo que no creen ser y que un día optan por la reasignación de sexo—, Miqui Grei convenció a su mujer de que lo suyo era pintar, no fotografiar. Ambos se embarcaron rumbo a París con su hija pequeña y lo poco que pudieron meter en las maletas y en los bolsos de mano.

Llegados a la capital francesa, la vocación de Miqui Grei, inclinado hacia una opción estética radicalmente opuesta a la de su padre, se vio confrontada con las leyes implacables de la supervivencia. Pasaron años antes de que él pudiera costearse un modesto taller y reservar algunas horas del día a óleos, lienzos, paleta y pinceles. Cuando volvía a casa luego de una agotadora jornada de trabajo, solo pensaba en darse una ducha, meterse en la cama y dormir hasta la mañana siguiente. Entretanto, ganándose el pan en empleos que, por ser manuales y repetitivos, no requerían de un esfuerzo intelectual, estaba, poco a poco, descubriendo cuál sería el tema, invariable, de sus cuadros: los bosques. Reducidos a un elemento único: los árboles. La iluminación se produjo con ocasión de un fin de semana en Holanda —adonde viajaron padres e hija en tren—, viendo y reviendo en el Kunstmuseum de La Haya la obra figurativa de Piet Mondrian, pintada por el artista holandés antes de dar el paso definitivo hacia el abstraccionismo más radical. Lo fascinaron las líneas verticales de los árboles plantados por el pincel de Mondrian en la horizontalidad del suelo. Grei iba a reducir la paleta a colores sin brillo que no creasen la ilusión de luminosidad. No iba a pintar árboles aislados, individualizados, sino murallas de árboles en pie. Como la que, frente a su casa, está desde hace unos minutos contemplando Caligari, quien proyecta en ella los recuerdos de las telas de su amigo, todas de formato mediano. Siempre

el mismo: 60x50 centímetros.

Tupidos y sombríos, los árboles de Grei son metáforas de un mundo que no abre sus puertas, que no se deja penetrar. Aunque no esté completamente cerrado, si por azar se acertase a entrar en él, no se podría salir. Su obsesión por el detalle, o, si se prefiere, su minuciosidad, sumada a su falta de imaginación, llevaban a Miqui Grei a fotografiar antes —imitando a algunos hiperrealistas — el modelo real que iba a representar en el lienzo. Siempre al óleo. Y a suprimir casi por completo la subjetividad. Lo representado en el lienzo son árboles copiados del original igual que la oveja Dolly, animal vivo, fruto de una clonación, es copia idéntica de sí misma. Los árboles de Grei, si no se podían tocar —se tocaría su lienzo y su óleo—, creaban la ilusión de que se podían abrazar, talar. O trepar por ellos de rama en rama para luego bajar pegados a su corteza. Una de las características de estas representaciones hiperrealistas de robles, arces, olmos y hayas de los bosques de Vincennes y de Boulogne —localizados en las afueras de París y, por ende, de fácil acceso para Grei— es que el artista ha reducido al máximo el soporte horizontal. El suelo, principio matricial en la pintura de Mondrian, desaparece por completo en muchos de los cuadros de Miqui Grei. La exclusiva verticalidad de la representación pictórica crea así una sensación de imposible suspensión, de maraña aérea marrón, negra y verde gris. Infranqueable reja de prisión. Donde estaba encerrado su arte. Pobre arte. Condenado a la insignificancia, porque el mismo Grei, debido a circunstancias en gran parte desconocidas por Caligari, se hubo condenado a ella.

Más que la literatura, las artes plásticas se han convertido en mercancía cuyo valor de cambio es decidido, igual que el de un *smartphone,* un auto o una barra de pan, por las leyes febriles del mercado. Como ocurre a todo mercado, en el de las artes hay que concurrir. Solo triunfan en él los más aptos para la competencia, no siempre los de mayor talento. Descolgar el teléfono, hacer vida mundana, llamar el ascensor para luego devolverlo no iba con la personalidad de Miqui Grei. Si intentaba hacerlo, parecía un cojo tratando de abordar un tranvía a la carrera. Era hombre de pocos amigos, de trato difícil, no verdaderamente díscolo, aunque lo pareciese. Un fuerte coeficiente de adversidad lastró toda su existencia. Del centenar de cuadros pintados por él, y heredados por su viuda y su hija, ninguno fue expuesto en una muestra individual. Una decena alcanzó a ser colgada en los muros de un restaurante, de un *bar à vins* o de la agencia de viajes dirigida por un amigo que organizaba *charters* a Otrora. Alguno —en total, quizás, una media docena— llegó a ser

vendido a un coleccionista aficionado que lo habrá destinado al muro de su sala de estar. Al cabo de unos meses, encontrando que el cuadro era demasiado triste o complejo para ser decorativo, lo habrá arrumado en un desván.

Se puede afirmar con certeza que Grei no bebió jamás una copa de champán en el *vernissage* de una muestra suya. Su obra —apreciada por los pocos colegas que visitaron su taller; dos de ellos, una pareja gay de pintores polacos, afirmaban, admirativos: «Su mano derecha es una auténtica *maszyna do życia*»—, nunca habrá sido objeto de una retrospectiva. Ni su nombre inscripción central de un cartel anunciándola. Su muerte ocurrió en el hospital público donde le trataban un cáncer de pulmón provocado, presumiblemente, por las dos, y hasta tres, cajetillas diarias de *Gitanes maïs* que fumaba sin cesar mientras pintaba. Pintar era para él la única justificación de su existencia, su único momento de libertad y, acaso, de verdadera dicha. Solo dejó de hacerlo cuando su mano no pudo ya sostener un pincel. En cierta forma, como escribió Juan Goytisolo al rendir homenaje a Reinaldo Arenas, cayó en el campo de honor.

De él ni siquiera puede decirse que haya sido olvidado. Se olvida solo lo que se conoció. Para ser conocido se debe primero existir. Miqui Grei, cuesta decirlo, nunca existió. Su nombre y los títulos de sus cuadros no figuran en *ArtPrice.* Hoy revista virtual, este portal de referencia tasa las obras de arte y emite así, en sentido figurado, certificados de nacimiento artístico. Si alguien buscara los cuadros de Grei con intención de comprarlos, o con cualquier otra intención, no tendría modo de encontrarlos. Triste destino le espera a su pintura, suponiendo que esta no haya sido, tantos años después de su muerte, pasto de roedores y de ácaros. Destino a comparar con el éxito fulgurante de tanto adefesio —las gordas de Botero, las esculturas de plástico de Jeff Koons, las representaciones histéricas y de pobre factura del cuerpo martirizado de Frida Kahlo— vendido a precio de oro en galerías de arte y casas de subasta del mundo entero. Hay quien encontrará similitudes, ilusionándose, entre la vida de Grei y la miserable existencia de Amedeo Modigliani: murió de hambre en París y hoy sus cuadros son objeto de culto y cuestan más que un collar de diamantes. ¿No podrá ser este, *mutatis mutandis,* el destino de la obra de Miqui Grei?, pregunta a Caligari el imaginario personaje, optimista a toda prueba, con el cual Caligari está dialogando en voz baja mientras recoge del pasto una manzana en buen estado y gesticula discretamente. Pese a no haber un alma en la aldea a esta hora, teme ser descubierto hablando consigo mismo. Está volviendo a su tumbona. Es apenas la una de la tarde. El sol no se acostará

antes de las nueve. Almuerza a estas horas para no perderse, a las 12:30, el noticiario de France Culture, desde marzo focalizado en la pandemia de covid-19. Si no se habla del coronavirus se habla de otro virus peor, las bravatas de Donald Trump. Tiene aún varias horas de reflexión por delante.

No, se responde a sí mismo. Grei no murió de hambre. Nunca le faltó trabajo. Era hábil con las manos y esforzado. Tampoco estamos hoy en la *Belle Époque.* Y Modigliani... Modigliani era italiano, no pasadeño. Ser de Otrora —país situado en ninguna parte, habría dicho de él Alfred Jarry— puede costar muy caro. Uno de los más connotados poetas pasadeños, Yuri Copernico, afirmó alguna vez con tristeza que no se es pasadeño impunemente. La tristeza tiñe de gris humedad toda su poesía, de allí el apodo irónico, Lloros, dado al bardo por uno de los aedas del Palace. Miqui Grei citaba a menudo esta frase de su poeta preferido, objeto de un culto cuasi religioso en Otrora. Cada año se realizan peregrinaciones a su pueblo natal y algunos desnortados le piden milagros, otros, la revolución. Al citarlo, Grei adoptaba la expresión del bardo en las insignias con su efigie vendidas en su semi ruinosa casa-museo. El gesto ceñudo de Copernico es en ellas el de un hombre que sufre de una severa dispepsia y combate desesperadamente las ganas de tirarse un pedo. El tono de la voz de Grei, su cabeza hundida en sus hombros en tales ocasiones —frecuentes al final de su vida—, sus dedos enredados en un nudo que ilustraba su propio malestar existencial, eran indicio de que esta maldición también se ensañaba con su persona.

Caligari cierra este paréntesis. Laslo está entrando —a ello se debe— en los aseos del Liguria cerrando la boca para protegerla del olor a amoniaco. No ha respirado hasta encontrarse fuera. Al dirigirse a la mesa de los poetas jóvenes, enfrascados en su diálogo de sordos —o monólogo, Mañuco Veronal ya casi no participa—, ve a Myria jugando a los dados con el maestro de escuela y cuatro amigos, o tal vez colegas, sus ternos lustrosos parecen cortados por el mismo sastre. Ella está agitando un cubilete de cuero. El rostro vuelto hacia él, aprieta con vigor el pomo de la cerradura antes de hacer entrar a Laslo en su cuarto. En otro tiempo, Laslo habría ingresado en él como si se le abriesen las puertas del Edén. Se ha detenido cerca del umbral, de perfil, controlando el pasillo, los dados hacen un ruido de cubos de hielo en una coctelera. Solo cuando ella le pide que cierre la puerta y se acerque se atreve él a dar dos pasos en dirección a la cama. Hasta ahora ningún hombre había entrado acá, le dice Myria abarcando la pieza con un amplio ademán. ¿Será verdad? Laslo no tiene modo de saberlo.

Las paredes de la habitación lucen un color helado de fresa. La puerta y los marcos de las ventanas y sus postigos son blancos. Lo mismo el escritorio de escolar y la repisa colgada del muro contra el cual está apoyado el escritorio. Laslo se vuelve a detener en el centro de la habitación, admirado de cuanto está viendo. Tiene la impresión de haber entrado en el cuarto de una niña pequeña, acaso desaparecida, de allí esta atmósfera cuajada, con visos de inmutable. Por un instante —pues es imposible—, tiene el temor de que Myria vaya a alcanzarle el retrato de una niña o niño y a decirle es nuestro hijo. Acaba de resucitar. Está en casa de sus tíos en Turín. Saliendo de aquí iremos a buscarlo. Ha sido solo un escalofrío, gracias a Dios, provocado por una idea sin fundamento. Ya se ha repuesto. Recordando las prevenciones de Myria, ha asignado la habitación a un varoncito. Aunque por el rosado y la ausencia de celestes y azules pastel en la decoración de la pieza su color indicaría que aquí duerme una chica. Está paseando una mirada interrogadora por los muebles, el fatigado osito de felpa acostado en la cama, los juguetes alineados sobre la cómoda color frambuesa, el móvil de madera colgado del techo. El aire hace tintinear sus animalitos de hojalata, multicolores. ¿Eres madre de una niña?, pregunta por curiosidad. No está obligada a responderle, le dice. En una de las baldas de la repisa identifica varios títulos de la serie *La banda dei cinque,* de Enid Blyton. Él los devoraba, a la edad de ocho, nueve años, en inglés, después de tomarlos prestados de la biblioteca del Consejo Británico. A ella acudía con su abuela cada semana. Qué pregunta, responde Myria. ¿No te acuerdas? Si hubiese tenido una hija la habría asfixiado al nacer. Él ha tomado uno de los libros de la repisa, *I cinque all'isola di Kirrin.* Lo había leído de niño con el título de *Five on Kirrin Island Again.* Da en él con una estampa de primera comunión. Una niña rubia, vestida con una túnica blanca, un rosario colgando de las manos juntas, ora, los ojos verdes, de ángel, dirigidos al cielo. Debe de ser ella. La ilustración habrá sido tomada de alguna fotografía de la ceremonia religiosa, hará más de veinte años.

Myria le está recordando que en Otrora decía querer c*uatros* hijos. Cuatro, le corrige Laslo su uso impropio del plural, un toque de nostalgia en la voz. Hoy le bastaría con uno, su instinto maternal se ha debilitado. Pronto habrá desaparecido, dice ella, con la edad. No es esta la mejor época para traer niños al mundo, replica él. Y ella, adivinando el efecto producido en Laslo por el decorado de su cuarto —copia fiel de una casita de muñecas—, le explica que esta casa la mandó construir su padre antes de que ella y su madre se reuniesen con don Umberto en Buenos Aires. Yo era una cría así de alta, dice colocando

el canto de una mano debajo del busto para indicar su edad en aquel entonces. Tres cuartas partes de la familia Ferretti volvía de vacaciones cada verano. El cuarto restante o estudiaba en la facultad o ya trabajaba en la Fiat. Ella se reencontraba con su pasado al atravesar el umbral de su casa de muñecas, como si el tiempo se hubiese detenido. Se encerraba con su osito y sus juguetes dos meses más tarde, la víspera del regreso a Buenos Aires o a Otrora, invariablemente en un vuelo de Alitalia. Se despedía de ellos entre lágrimas, hasta el año siguiente. Fui creciendo. Se hizo adulta. Su habitación sigue siendo la de antes. Yo, en ella, la niña que era. Mi madre quiere cambiar el color de las paredes y renovar todo el mobiliario. Dice que si no, no creceré nunca. ¿Y quién le ha dicho que debo crecer? Yo no quiero llegar a vieja. ¿Quiere darle a comprender con ello, Me suicidaré antes de alcanzar la edad de mi madre? Laslo guarda el libro en la mano, apretado contra su pecho, convertido en escudo. Desconoce cuáles son las intenciones de Myria. Un defecto pasadeño —combatido tanto tiempo por él, sin éxito— le impide expresar claramente sus deseos y sus expectativas. Tal vez tiene miedo a envenenar el trabajoso intercambio de impresiones habido entre los dos desde que él desembarcó en la estación. Las horas que le quedan en Reggio se le convertirían en un purgatorio. ¿No lo es ya esta situación ambigua? Lo obliga a dar muestras de amabilidad, de contentamiento, a disimular su parecer a fin de no encender la mecha a discusiones inútiles si se dejara llevar por la exasperación. Con Myria toda discusión podía hacerle perder el control de sus nervios. Las noches trepidantes de Otrora eran testigo. Entre los dos subsistían vivos enconos, heridas abiertas o no totalmente restañadas. Mejor es ser prudente.

Salgamos, dice ella recogiendo de una silla su morral de gamuza. Lo abre y verifica su contenido. Están las llaves del coche, su carné de conducir, el pintalabios, la billetera. El encendedor Dunhill chapado con plata, regalo de un admirador, lo hará pasar ante Laslo por un legado de su abuelo *bersaglier*. El plan es presentarle a Alessia, su mejor amiga, que había favorecido este reencuentro. Seré tu madrina de matrimonio si se casan, le decía medio en broma medio en serio cuando hablaban de la visita de él. Lo ha previsto todo y Laslo no sabe si debe alegrarse. Han bajado las escaleras sin hacer ruido y ya están saliendo por la puerta principal. Arriba, en la primera planta, la *signora* abre la cortina de una de sus ventanas. Pillada por Laslo observándolos, agitando la mano echa a volar un hasta ahora. Myria le ofrece a él las llaves del coche, por si quisiese conducir. Le he hablado mucho de ti, dice abriendo la

puerta del Fiat. Espero que mal, sonríe Laslo. Ha declinado su propuesta de ponerse al volante. Su desconocimiento de la ciudad nos retrasaría. Por la mañana, antes de partir a la estación, movida por los nervios, Myria telefoneó a Alessia y le confesó su temor a estar cometiendo un error. Lo nuestro acabó a las patadas, le dijo a su amiga. Alessia, ofreciéndole su apoyo, les dio cita en un café de la Piazza Fontanesi, en el centro histórico. A las seis, pase lo que pase. Sean puntuales, le dijo, cansada de siempre esperarla. Myria pretendía haberse contagiado la impuntualidad en Sudamérica. Allá son peores que los *terroni,* decía.

Les toma quince minutos llegar a la plaza. Rectangular, con pórticos en dos de sus lados, es de concepción relativamente reciente. Las fachadas de sus edificios de dos o tres plantas, de estilo neoclásico, están pintadas de rojo, ocre amarillo o rosado y marfil. Si hace buen tiempo, varios bares y restaurantes despliegan mesas y sillas entre los árboles del cuadrilátero pavimentado. Como es sábado, la plaza está muy animada. Alessia los espera sentada a la mesa de uno de los cafés, un MS encendido en los dedos. *Morte Sicura,* bromea con Laslo mostrándole enseguida el diseño de la cajetilla para que comprenda. Debe de bordear la treintena. Es trigueña. Su melena negra, rizada, parece la de una gitana y lo mismo sus ojos color cacao. Sus piernas largas hacen suponer que es más alta que su amiga. Myria le pide un cigarrillo, extrae uno del paquete haciendo una mueca. Ha vuelto al tabaco otra vez, sí, de algo hay que morir, ríe. Uno de los maestros recoge su cajita de cerillas de la mesa, fricciona un palillo en la franja de fósforo y le acerca la llama.

Están jugando a la generala pequeñas cantidades de dinero. No he jugado nunca a los dados, responde ella a una pregunta echando una bocanada de humo. El del terno raído, viéndola interesada en la partida, le pide que juegue en su lugar este lance. Su mano virgen le traerá suerte, dice. Por ser jovencita, linda y extranjera ninguno se opone a esta infracción de una regla tácita. ¿De dónde es usted?, le preguntan. ¿Americana? ¿No? ¿Canadiense, entonces? Sueca, ha respondido para lubricar su imaginación. Ella arroja al suelo la ceniza de su cigarrillo y echa una mirada de indiferencia a la mesa de los poetas jóvenes. Flama y Obra 0 parecen haber roto las negociaciones. Myria se sienta en la silla que le ofrece uno de los maestros, introduce en el cubilete los dados esparcidos sobre la mesa. Se estrena tirando un *full* servido, dos 4 y tres 5. No es poca cosa —conoce las categorías del póquer—, tampoco es suficiente para ganar la partida. Para imponerse, el maestro del terno raído necesita por lo menos una generala. Cinco del mismo palo, le dice. Le pide que recoja todos

los dados y que los vuelva a jugar. Le quedan dos tiros, le explica, con una generala armada bastará. Ella cruza el dedo medio en el índice de la mano izquierda antes de recoger los dados uno a uno con la otra mano. Cree convocar a la suerte valiéndose de esta cábala. Los cinco maestros, o que lo parecen a Laslo, sostienen en el aire sus vasos de cerveza. El cubilete da cabezazos de coctelera sin decidirse a volcarse. Ya debe arrojarlos, amiga, le dice a ella —no se atreve a tutearla— el del terno raído, impaciente. Laslo ha dado un paso adelante haciendo mucho ruido para señalar su presencia de macho alfa. Está, de pie, detrás de Myria, posando las palmas de sus manos sobre los hombros calientes de ella. Bajo su piel la sangre late con prisa. Necesito una generala, le dice ella sin volverse, como si le estuviese pidiendo los dados de la fortuna o un amuleto de probada magia. Mientras le habla efectúa un tiro rápido y vertical, muy corto, cubriendo los dados con el cubilete antes de echarlos a rodar sobre la mesa. Así ha visto hacer a uno de los timberos. Retira el cubilete amagando un ademán que podría hacer pensar que está destapando con mucha precaución una olla de avispas. Echa el torso hacia atrás, los ojos cerrados. Unas perlitas de sudor han aparecido sobre su labio superior, que más de uno de los timberos querría besarle.

Alguien exclama, haciendo eco al grito de asombro de Laslo, ¡generala! Y dos vasos de cerveza casi vacíos chocan un salud por encima de la mesa. ¡Te lo dije!, exclama el del terno raído recogiendo los ochenta revolucionarios de la apuesta (veinte por dólar en el mercado negro contra dieciocho la semana anterior). ¡Te lo dije, compadre, mano virgen no tiene pierde! Myria sonríe, petulante. Desde que se acercó a los timberos ha sido la estrella de la mesa, ahora es la reina de la noche. Tiene a los maestros a sus pies disimulando, avergonzados, el cuello gastado de las camisas, los codos lustrosos de las chaquetas. Les asusta la secreta audacia de desearla. Ella anda por las nubes, a alturas estratosféricas, estremecida por una euforia que allana sus inhibiciones y la inunda de placer. Laslo tiene los pies bien puestos en tierra. Sabe que esta admiración —si ofendida por algún motivo que haga sospechar un desprecio de clase: no aceptar la invitación a un trago, una risa considerada fuera de lugar— puede transformarse en inquina y volverse contra él. Le está mostrando la hora en su reloj de pulsera. Debemos partir, ordena. Paddy Milhench los está esperando. Esta noche van a dormir en su casa. Patty ya está al corriente. Pero Myria le ha tomado gusto a los dados y al efecto producido por sus encantos en estos pobres diablos. Quiere seguir jugando hasta que cierren el bar o se agote el dinero. Si bien solo se apuesta pequeñas cantidades,

la idea de jugar por plata la excita más que la perspectiva —un invento de Laslo— de pasar la noche en lo de los Milhench. Los maestros se muestran encantados de integrarla en su grupo. Quizás han oído hablar de ella. Las calumnias de Fredo Pipa, humillado por su desplante, pueden haber llegado a sus oídos. En el Liguria —en Otrora— todo se sabe. Querrá alguno de ellos, el menos tímido o el más achispado, echarse un lance con la esperanza de seducirla. La estarán imaginando, desnuda, adoptando poses lascivas en la cama. Ya para, le dice Laslo apretándole el hombro para obligarla a levantarse. No se esperaba que ella se liberase de su mano con un movimiento brusco de los hombros y del codo, exponiéndolo al escrutinio desfavorable de los maestros. Los cinco han enderezado el torso. Deslizan unos centímetros sus sillas alejándolas de la mesa. Se los ve decididos a intervenir todos a una para romperle la cara si Laslo se muestra atrevido. Han tomado partido por ella. O, lo que es peor, contra él.

Myria acaba levantándose. No era su intención fomentar una pelea entre Laslo y los cinco timberos, muy entonados por la cerveza y el ron libados desde temprano y excitados por su presencia. Ninguno de los vates acudiría de las otras mesas en su auxilio. Paddy Milhench, el único susceptible de unir sus puños a los suyos, ha partido hace unos segundos con su hermana. Si debiera defenderse solo, llevaría todas las de perder. Hace un ademán, ella quiere lavarse las manos pringosas, señala los aseos con el mentón. El cubilete estaba asqueroso, dice andando. Él la sigue, le da alcance, le abre la puerta del excusado. De nuevo, daría su vida por ella. Voy a montar la guardia, le dice sin quitar los dedos del pomo de la cerradura. Ha hecho bien en no dejarla sola, la cerradura de la puerta está averiada. Por qué tardas tanto, le pregunta unos segundos después, queriendo hacer pasar su impaciencia por solicitud. Me estoy dando una ducha, replica ella tomándole el pelo.

A unos pasos del baño, las negociaciones de paz han sido rotas —se sabe desde ya en el Palace— y no volverán a reanudarse. La mesa ocupada por Flama y Obra 0 se está vaciando. Rulos se dirige a caja, contrariado. Sus planes de conquista se han estrellado contra la inepcia de Veronal y la clamorosa ausencia de Angamos. Mara, su mujer, siguiéndolo, al pasar cerca de Laslo, le hace un guiño. Laslo prefiere ignorarla. Escucha cada interrupción del carraspeo del chorro de agua proveniente de los aseos y espera que sea el último. Myria, una vez fuera, pegando su cuerpo al de él, le pide un beso. Está dispuesta a perdonarle su impetuosidad, le dice, Laslo no sabe si en broma o en serio. Myria mete una mano en un bolsillo de su vaquero crema (de ella) y

aprieta el puño al sacarla. No está segura de que vaya a obrar con propiedad. De verla, su madre pondría el grito en el cielo. Mantiene los ojos abiertos mientras se besan, dirigidos a caja, donde Rulos y Mara hacen cola para pagar sus consumiciones. Mientras Rulos habla con el cajero, Mara se ha vuelto, pensando que Laslo está solo. Myria descubre —lo sospechaba, lo sospechó desde que llegaron— una expresión voluptuosa en los ojos de su concuñada. Furiosa, pega la mano contra la boca abierta de su enamorado e introduce en ella su braga. Se la quitó, humedecida, en el baño, con la intención de transmitírsela como una prenda de su deseo. Para que puedas sentirlo, pensó decirle. Ahora quiere asfixiarlo con ella. Laslo, desconcertado por este rapto de celos, inmotivado, piensa con razón, manosea la prenda. Su humedad acaricia las yemas de sus dedos. ¿Qué hacer con ella? Myria parece aguardar algo nuevo, él no se figura qué. Acaso un gesto fuerte que la transporte. Su boca no emite un sonido, no se le mueve un músculo de la cara, sus dedos no se deciden. Le enlaza la cintura con la mano en que aprieta la braga y se dirige con ella a la mesa de los poetas niños, ocupada aún por dos anónimos secuaces de Rulos. Uno de ellos ha enterrado el pico sobre la mesa. Mañuco Veronal se está rascando la cabeza. ¿En qué momento se habría jodido la negociación? Nunca sabrá si esta se ha roto por culpa suya o debido a la intransigencia de Rulos Caligari.

Poco importa. Atraídos por el Liguria como por el vacío quien se acerca al abismo, a partir de esa noche, Laslo y Myria, convertirán este bar en su cuartel general nocturno. Frecuentarán allí, manteniendo cierta distancia, a los poetas de Flama, quienes han dado nueva vida a este local desertado años ha por los Poetas del pueblo. Sus ilustres antecesores están hoy jubilados o cubiertos de dudosos honores por un Partido Comunista enfeudado al régimen militar y, desde su fundación, a Moscú. Los poetas de este grupo —unidos, tras la desaparición de la revista, por vínculos de amistad conservados en alcohol— animan en el Liguria una tertulia salvaje centrada en apasionadas discusiones sobre poesía. Han realizado la proeza de desterrar de ellas toda reflexión sobre estética, esa enemiga de la emoción, creen unánimemente. Noción fundamental a ojos de Laslo, poeta a sus horas —por el momento— y partidario del arte por el arte.

Los de Obra 0 se reúnen a beber y discutir en una cantina aún más sórdida, situada a dos cuadras, el Mil Esponjas. (Esponja es un bebedizo preparado en Otrora en base a un emoliente tibio enriquecido con gengibre y aguardiente de caña al cual el pueblo atribuye supuestas virtudes afrodisiacas.

No es gratuito el nombre de la cantina. A veinte metros de su puerta hay una estación de taxis colectivos que conducen, a partir de las seis de la tarde, al barrio rojo). El Mil Esponjas queda abierto, los días de semana, hasta las dos de la mañana. Los viernes y los sábados no tiene hora fija de cierre y gracias a este horario flexible acoge a los últimos clientes del Liguria. Los poetas de Flama, más Laslo y Myria, a menudo acompañados de los Milhench, con quienes Laslo ha hecho buenas migas, suelen, a esas horas en que casi toda la ciudad duerme, recorrer las dos cuadras que separan los dos bares para encontrarse en esta cantina con sus antes enconados rivales de Obra 0. Han rebautizado al Mil Esponjas, en sus conversaciones privadas, con el poético nombre de Melibea. Melifea, han retrucado de inmediato los aedas del Palace.

Flama y Obra 0 han enterrado el hacha de guerra desde que Kaki Angamos denunció, en un combativo manifiesto titulado *Contra los traficantes*, las componendas de Mañuco y su «Banda de arribistas movidos por el ansia de honores y de prevendas (sic)». Los ataques le han valido a Angamos un puñetazo de Veronal —el primero propinado por este en su vida— como liquidación por todo concepto. La ruptura, muy debatida en el mundillo literario de Otrora capital —¿lo acostó por la cuenta o, según pretenden los partidarios de Kaki, Angamos esquivó la trompada?—, le ha quitado hiel a la relación de los poetas de Obra 0 y de Flama. Uno de los miembros de la redacción de la fenecida revista, pasado a las filas del enemigo, ha reemplazado a Kaki Angamos en el papel de mentor teórico del obracerismo. Su primera contribución —una carta abierta titulada "Nos llega al huevo"— le ha servido para responder, con un florido lenguaje, a los ataques de Angamos. Este los acusa de traición a los «Principios sagrados» del grupo que fundó. Ahora, cuando los poetas de ambos bandos se hallan en la última lona, lo cual es frecuente, suelen organizar —haciendo causa común para comprar aguardiente—, sesiones de *binge-drinking avant-la-lettre* en la vecina plaza de la Universidad. *La piazza più graziosa e viva di Reggio,* le está diciendo Alessia intentando congraciar a Laslo con la Piazza Fontanesi. Él no parece muy contento de encontrarse en medio de este hormigueo de gente animada y ruidosa en el que destaca su voz estridente (de ella).

Alessia sospecha que Laslo pretende, cuando ella le habla, no comprender su italiano. Lengua sin par. La practicada en el norte y norte-centro de la península, el *Mezzogiorno* es otro cantar, suele responder de ser interrogada. ¿Acaso le habla ella, una piamontesa, en napolitano? No conoce una sola palabra de español y esto dificulta la comunicación con él. Laslo debe aguzar el

oído si quiere salvar el obstáculo de su acento piamontés y se embrolla al pasar del empleo pasivo al empleo activo de la lengua italiana. Las veces que una palabra ha atascado el flujo de la comunicación en uno u otro sentido, Myria se ha prestado con gracia a servir de intérprete. Quizás harías bien en cuidarte de él, piensa Alessia. Es una intuición, un pálpito. Alessia no encontraría los argumentos idóneos para fundamentarlos, no se explica un presentimiento. Los suyos raramente suelen equivocarse, eso es todo. Antes de serle presentado tenía una opinión positiva del Laslo descrito por Myria en sus largas conversaciones previas a su visita y muy idealizado por ella, lo está confirmando. Le ha bastado que él rehuyese su mirada luego de estrecharle la mano haciendo gala de —¿involuntaria?— brutalidad para empezar a tomarle manía. Alessia no consigue transmitirle estos presentimientos a Myria. Su morse compuesto de morisquetas y guiños no es comprendido o es mal interpretado. Laslo le está retribuyendo sus desplantes con su silencio hostil y una mirada esquiva. Alessia opta por ignorarlo. Ya no se cansa de repetir en alta voz, como si se hallara sola en la mesa, echando a volar una mano a diestra y siniestra, *Ciao, caro. Ciao, cara. Come vai? Quello!, lunga vita a la Padania!* Gira la cabeza a derecha e izquierda, ayudándose con las manos al hablar. Reparte besos. Estrecha diestras. Parece conocer a toda la ciudad. Cada tanto, mira a Laslo por el rabillo del ojo. No quiere perderse sus tics, sus mohínes, son para ella una piedra de Rosetta.

Están por pedir de beber. Myria le está recomendando a Laslo el *spritz bitter.* Te va a gustar. En este bar lo preparan muy bien, le dice. A él lo tienta un *cappuccino.* ¿Un *cappuccino*? Alessia se revuelve en su silla, parece haber recibido en la piel un chorro de agua quemante. *Sei un prete?,* ironiza al obstinarse él en pedirlo al mesero que se ha acercado, un paño doblado colgando del brazo, a tomar el pedido. El *cappuccino* se bebe, en Italia, solo por la mañana, añade de la forma en que le diría *stronzo,* de noche no hay necesidad de protegerse la piel con crema solar. Me da igual, dice Laslo. Está enfurruñado. Encogido en su asiento, da la impresión de que lo hubieran embutido en una ropa demasiado pequeña.

Myria trata de explicar a su mejor amiga, con declinante convicción, que Laslo es alguien muy sano, muy natural, a diferencia de nosotras no necesita sustancias estimulantes, no fuma, casi no bebe alcohol, por eso me enamoré de él, miente sin poder rectificar ante ella la imagen deslucida de su ex enamorado, quien se muestra tan distinto al joven brillante y emprendedor del que Myria hablara con Alessia antes de esta visita. Algo le dice que le han

cambiado el bebé en la maternidad. Alessia está sorbiendo un trago de su *spritz,* en los ojos, puestos en él, la expresión de alguien que buscara en la oscuridad una llave perdida. Quiere decir algo amable para aliviar el visible desengaño de su mejor amiga, solo se le ocurre preguntar si era esta la primera visita de Laslo a Italia. No, responde él. De mala gana, se obstina Alessia en creer. Ya estuve una vez, hará unos quince años, cuenta Laslo.

Estudiaba en Polonia. A la vuelta de un infructuoso viaje a Copenhague, emprendido con la ilusión de trabajar durante las vacaciones, se puso de acuerdo con dos amigos mexicanos para visitar Roma. Los tres compartían habitación en la residencia estudiantil del n° 8, Ulica Kopcinskiego. Desplegando un mapa de Europa sobre una de las camas, trazaron un itinerario. Laslo esperaba una pequeña remesa de dinero prometida por su padre. Con esos dólares y unos pesos que inútilmente intentarían cambiar en cada escala de su periplo formarían una bolsa común que les daría para costearse parte del viaje en tren. El resto del trayecto lo harían en autostop.

Cuando llegó el cheque de American Express, los tres alistaron sus respectivas mochilas, compraron algunas provisiones —más baratas en Polonia que en Occidente— y, saliendo por el portal de la residencia estudiantil, enrumbaron una mañana hacia la estación de ferrocarril. No tenían mucho dinero. En la Łodzi Centralna se pagaron sendos billetes de tren hasta Viena. Harían una escala de algunas horas en Praga. Al día siguiente, en la capital austríaca, constatando su inopia —entre los billetes de tren y la corta escala en Praga, culminada con una cena en el Hotel Europa y una parranda en U Fleku, habían agotado sus recursos—, Laslo acudió a la embajada de su país a pedir dinero prestado al jefe de la legación, un literato de buena reputación en Otrora, cuya obra él solo conocía de oídas. El diplomático lo recibió con exquisita amabilidad y, al enterarse de su afición por la literatura, le regaló —y dedicó— uno de sus libros, el más conocido, una biografía del mariscal-príncipe Joselito II, llamado el Libertador por haber impuesto a su padre la manumisión de los esclavos negros de Otrora a mediados del siglo XIX, diez años antes que en Estados Unidos, treinta años antes que en Brasil y menos de un cuarto de siglo después de haber sido abolida la esclavitud en Inglaterra, primer país en abolirla definitivamente. No en todo andaba tan atrasado su virreinato natal, comprendió ese día gracias a la información histórica proporcionada por el embajador. Laslo nunca se había interesado seriamente hasta entonces por la historia de su país. Sigue siendo, hasta cierto punto, el caso, se dice Caligari.

Los doscientos *schillings* prestados por el diplomático —sin esperanza de recuperarlos— les permitieron costearse el viaje hasta Brennero, en la frontera italiana. Allí empezaría el periplo en autostop. El equipo se vio obligado a separarse, tres personas eran mucho bulto para caber en un solo coche, los que paraban ofrecían cargar con uno, máximo dos pasajeros. Quedaron en encontrarse en Roma si no coincidían antes en alguna ciudad, el azar decidiría cuándo y dónde. Hallándose solo, frente a la garita de la aduana, aguardando un auto que se apiadase de él, un aduanero italiano le preguntó por su procedencia. Debía de tener la edad de su padre, lucía un mostacho decimonónico y una expresión afable a medias cubierta por los pelos negros del bigote. Conocía Otrora, le dijo al escucharle decir que era pasadeño. Había estado unos meses en el virreinato impartiendo formación a los servicios de aduana. Su castellano, lastrado por un fuerte acento italiano, era pasable. Laslo le habló de Polonia, de su estancia de varios meses en Praga, de este viaje que estaba haciendo con dos condiscípulos mexicanos, motivados los tres por el deseo de conocer Roma, la Ciudad Eterna. Viajaban de esta manera porque se les había acabado el dinero, terminó por confesar.

El aduanero, que no conocía los países del Este, no tenía una buena opinión de ellos. Si fueran el paraíso terrenal la gente no querría escapar de él y los comunistas no tendrían que recurrir a una cortina de hierro para retenerlos, afirmó. Laslo estaba de acuerdo. No pensaba pasar mucho tiempo más en Polonia, le dijo. No dijo lo mismo de Praga. El aduanero le preguntó si no era penoso hacer autostop, los momentos de espera debían de parecer atrozmente largos bajo ese sol agobiante. En su juventud casi no se practicaba esta manera de viajar. Había menos autos, dijo él. El aduanero le pidió que no se moviera de su sitio, *aspetta un istante,* se internó en su garita y volvió unos segundos después con una flamante radio a transistores Hitachi confiscada a algún contraventor. Te la regalo, le dijo, así podrás endulzar con música las esperas. No se contentó con ello. Consiguió, a cambio de cerrar los ojos, que un automovilista culpable de una infracción venial lo condujera a Bolzano, setenta y cinco kilómetros en dirección al sur. Allá, un policía de una brigada móvil, viéndolo estirar un fatigado pulgar a la entrada de la carretera nacional, le preguntó si no querría venderle el aparato, su patrullero no estaba bien equipado y él, a menudo, controlando con un ojo la circulación, se aburría. Luego de revisarlo y de constatar que la radio, casi nueva, funcionaba perfectamente, le ofreció el equivalente de sesenta dólares por ella. Laslo aceptó inmediatamente separarse de la Hitachi por esa suma caída del cielo. Se

estaba haciendo de noche. La oscuridad suscitaba desconfianza en los automovilistas. No tenía sentido tirar dedo a esa hora tardía dado que ahora podía pagarse un hotel. Invirtió una tercera parte de su capital en una pequeña habitación con ducha cuyo principal defecto era dar a un patio interior, y dos o tres de sus dólares en un plato de *spaghetti al ragù,* devorado en una *tavola calda* que estaba por cerrar. Regresó a su hotel, se tumbó en la cama y no volvió a abrir los ojos hasta el día siguiente.

El trayecto hasta Venecia no se le habría vuelto más corto de haberlo hecho en tren, de un tirón. A veces, dos o tres coches paraban al mismo tiempo y se ofrecían a transportarlo. Al llegar a destino era cerca de mediodía. En Venecia hacía un calor agobiante magnificado por los efluvios irrespirables de las aguas estancadas de la laguna. Pues sudaba a mares, se dio una ducha en unos baños públicos cercanos a la Piazza San Marco. El efecto refrescante no duró mucho. Al volver a la calle, los rayos del sol lo volvieron a derretir en pocos minutos. En la plaza conoció a un vagabundo brasileño con quien se asoció para montar un juego participativo que hiciera creer a los transeúntes, en su mayoría turistas extranjeros, que el dinero que les arrojaban no era limosna, sino el justo pago por un esparcimiento. Se costeó unas noches en un albergue con esas liras, fruto de sus (dudosos) esfuerzos. Hubo tres escalas más antes de llegar a Roma. Otra vez sin dinero, en Verona pasó la noche en un jardín público cerca del Balcón de Julieta. Durmió en uno de los bancos de madera como si estuviese en su cama. Pasó dos noches en Florencia —donde visitó los Uffizi— y una mañana entera en San Gimignano, la Ciudad de las Mil Torres, transportado en cuerpo y alma a una época medieval —a ella remontan los muros de piedra de la villa y muchos de sus edificios— que con sus paladines y castillos había inspirado sus fantasías infantiles. Al llegar a Roma, exhausto, quemado por el sol y torturado por las picaduras de insectos, pedir limosna valiéndose de diversos pretextos resumidos en unas cuantas frases escritas con tiza en las aceras —el de un viaje iniciático con ribetes místicos reportaba más que cualquier otro— se había convertido en su modo de sobrevivencia.

La caridad es una virtud compleja, piensa Caligari. Ha extraído un pañuelo de su bolsillo y empleando una punta humedecida con su saliva, sin cambiar de postura en la tumbona, intenta quitarse la brizna de polvo que le irrita el ojo desde hace un rato. Pestañea de nuevo para activar el lagrimal. Por regla general, se dispensa con cuentagotas: son muchas las almas por socorrer y limitados los medios de acudir en su ayuda. A Laslo le reportaba en Italia apenas para mantener el hambre a discreta distancia. Si limosnear no lo

avergonzaba es porque, contradiciendo las apariencias —estaba demacrado y sucio, su última ducha databa de su visita a Venecia—, él no era un pordiosero, alguien condenado a depender de la caridad para sobrevivir. El retorno a Polonia le pondría fin. Observado de cerca, limosnear algo tenía de un juego, como el de visitar un cementerio a medianoche, o de una prueba, como la de aguantar la respiración el mayor tiempo posible. Juego o prueba pueden ser interrumpidos en todo momento de volverse intolerables. Otros muchachos de su edad, o mayores, tenían el mismo aspecto que él —algunos se decían *hippies,* otros no; él, no— y más de uno pedía limosna haciendo pasar el recurso a la mendicidad por un ejercicio vinculado a un propósito sobresaliente o a un proyecto peregrino: financiarse una visita al Santo Sepulcro, una excursión al Kilimanjaro o cruzar el Rub al-Jali a lomo de camello, el dinero sería destinado a la compra de una montura. Nunca se lo pedía por hambre o por necesidad.

Estaba en Roma —¡en Roma!, no lo podía creer—, contemplando las aguas del Tíber. Había alcanzado su meta. Dejándose llevar por la corriente se instaló en las gradas de la Piazza di Spagna —todos los caminos llevaban allí —, bajo la doble protección de la iglesia de Trinitá dei Monti, a la espalda, y, enfrente, de la Fontana della Barcaccia. Las aguas de la fuente atraían a *hippies* y trotamundos, en ellas podían lavar el cuerpo y la ropa. También los atraía el flujo inacabable de turistas de todas nacionalidades que, de cuando en cuando, les arrojaban unas monedas. Aunque la fauna de mendigos era numerosa y diversa ninguno contendía por una ubicación más aventajada que otras. No se les habría ocurrido delimitar, como si ejerciesen potestad sobre un territorio —si es preciso, defendiéndolo a trompadas—, el lugar que ocupaban. El que se movía, al volver, una hora, un día o una semana después, se acomodaba donde hubiese sitio sin suscitar conflictos. La inactividad, sancionada con inoportunas siestas, no facilitaba el reposo nocturno. De por sí, era un tormento, cada noche, conciliar el sueño en uno de los ciento treinta y cinco incómodos peldaños de piedra de la pluricentenaria escalinata. Pasó cinco o seis días así, vegetando bajo el sol inclemente, presto a mostrar a la policía su pasaporte —un sello señalaba su fecha de entrada en Italia— las veces que esta efectuaba un control de rutina. No sabía nada de los mexicanos. Su cita en Roma, ciudad de más de dos millones de habitantes, era un deseo, algo casi igual de abstracto que la milenaria esperanza de los judíos de reunirse el año próximo en Jerusalén. Posiblemente se habían, Manuel de Jesús Lara y Edgar Galindo —el orden es cronológico—, vuelto a Polonia, desalentados por las

condiciones del viaje. Laslo empezaba a preguntarse si no era eso lo que debía hacer él también.

A Caligari hoy le parece curioso que Laslo, su avatar, en ningún momento se planteara la interrogante de saber qué hacía en Roma no haciendo nada, resignándose a una inmovilidad casi absoluta, ocupado en contar los latidos de su corazón, tan admirablemente regulares. Pregunta que sí se hace Caligari en su tumbona. La respuesta, cincuenta años más tarde, es que viajaba sin más meta que el viaje. Estaba ahí —no en Roma, no en la Piazza di Spagna, no en su escalinata—, ahí, en el espacio inmaterial que ocupaba su alma dormida, inerte en una de las gradas. Desde esa nave acompañaba la doble rotación de la Tierra. Viajaba sin moverse. Movíase sin viajar. Ya no le importaba no saber si se reencontraría con sus amigos o cuándo o dónde o cómo. Ni si un día volvería a Polonia. O a su hogar, con su familia, si aún tenía una. O a Ada, de quien estaba sin noticias. Nada tenía importancia. Su mirada vidriosa podía hacer creer que se hallaba bajo los efectos de algún estupefaciente.

Una mañana, o una tarde, volviendo lánguidamente la cabeza, atraído por algún ruido, vio a los mexicanos descender por las escaleras y le pareció que, donde hubiesen estado, la habían pasado mejor que él. Se habían separado en Brennero hacía dos semanas. El reencuentro fue pródigo en abrazos, risas y, desde el día siguiente, en visitas turísticas. Con Manuel y Edgar, sin abandonar el cuartel general de la Piazza di Spagna, visitó la Roma eterna. Sus dos mil quinientos años de historia desfilaron sin solución de continuidad ante sus ojos y los de sus dos compañeros. Un día viajaron de gorra hasta Ostia y los mexicanos se bañaron en el mar Tirreno. Él se quedó en la arena guardando sus cosas. Tú sabes por qué no me bañé, le dice a Myria. Y ella, para poner a Alessia al tanto, le dice Laslo le tiene fobia al mar, por poco no se ahogó en el Pacífico siendo adolescente. No me he vuelto a bañar en el mar desde nuestro día de playa, le recuerda él recuperando la palabra.

Un domingo, devueltos a su inercia, estando sentados un peldaño más abajo que de costumbre, más cerca del pavimento que rodea a la fuente —la temperatura bordeaba los 40 °C a la sombra y era obligación refrescarse varias veces en sus aguas—, un *jeep* montó dos de sus ruedas sobre la acera y se detuvo. Un hombre de mal talante, de entre cuarenta y cincuenta años, vestido con ropa deportiva, bajó de él y se dirigió a Laslo. Le preguntó en italiano si era *hippy.* Le habló con cierta brusquedad y Laslo le respondió, hostil, que no lo era. El italiano le preguntó si había hecho su servicio militar. *Why the hell do you care?,* le contestó Laslo en inglés, *it's none of your business.* El italiano hizo

un ademán de fastidio —parecía persona poco acostumbrada a los desaires—, se encaminó a su coche y abrió la maletera. Laslo creyó un instante que iba a sacar un fusil de asalto y a disparar al montón, empezando por él, un vagabundo, una polución social, para matarlo. Lo tranquilizó un poco que extrajera una voluminosa funda cerrada de lona verde olivo que contenía una carga cilíndrica, aparentemente de cierto peso. ¿Sabes montar una?, lo interrogó el hombre, el ceño adusto, acaso preguntándose si todo eso valía la pena, y le arrojó el fardo. Este cayó a sus pies, sobre el peldaño inferior, haciendo un ruido blando. Oh, prodigio, la funda contenía una tienda de campaña del ejército italiano. Fue como si les hubiesen regalado una casa. Instalaron la tienda en la Salita del Pincio, sobre la hierba.

¿Han estado ustedes en Roma?, pregunta Laslo a las chicas, animándose. No, dicen ellas. Más cerca les quedaba Milán, verdadera capital de Italia. Laslo no las está escuchando. El Pincio es una colina ajardinada, recuerda Caligari, desde la que se ve la Piazza del Popolo, situada más abajo. A partir de ese día él y los mexicanos durmieron allí, en una precaria intimidad, hasta su regreso a Polonia.

La palabra prodigio trae a la mente hechos, acontecimientos extraordinarios, sobrenaturales, milagros de origen supuestamente divino, todos sobresalientes. Vencer a un dragón, viajar por los aires montado en una oca, ser raptada por Zeus —transformado el rey de los dioses en un toro blanco— o suspender la caída de un albañil trepado en un andamio mientras se va a pedir al prior del convento la autorización de concluir el milagro de salvar al pobre hombre, son palabras mayores. Nadie, hoy —salvo algunos en EE. UU., probablemente—, podría creer en su realidad. Sin embargo, piensa Caligari, los prodigios existen en otra escala, modesta y al alcance de todos, si se los quiere *ver.* Pueden parecer, y son, insignificantes, nada comparables al beso del príncipe azul que despierta a la Bella Durmiente de un sueño de siglos; no cambian una existencia como el «Ábrete sésamo» que hace ingresar a Alí Babá en la caverna de la fortuna. Los prodigios modestos a lo sumo modifican una jornada, una hora, unos minutos. El DRAE da, en su segunda acepción, una definición de este vocablo derivado de la palabra latina *prodigium*: «Cosa especial, rara o primorosa en su línea».

Caligari ha identificado dos prodigios en su viaje por Italia. El primero fue obra del aduanero que le regaló a su avatar una radio a transistores. Vendida en Bolzano, la radio se convirtió en sesenta dólares contantes y sonantes, gracias a

los cuales Laslo pasaría una noche en un hotel y se pagaría una cena, en lugar de dormir a la intemperie con el estómago vacío. El segundo adoptó en Roma la forma de una tienda de campaña que un italiano desconocido obsequió a los tres mochileros luego de vencer su disgusto por la mala acogida que le dio Laslo. Esa tienda les permitió acampar en la tranquilidad de las laderas del Pincio durante las dos semanas que pasaron en la capital italiana. Durante el día la escondían entre los matorrales y por la noche la montaban de nuevo sobre la hierba para dormir en mejores condiciones que en la dura escalinata de la Piazza di Spagna. La abandonaron al regresar a Polonia, montada y vacía, en el lugar donde dormían. Otro, otros harían buen uso de ella.

Se puede cuestionar la calidad de prodigios que Caligari atribuye a estas situaciones ocasionales e inscribirlas en el registro incierto del azar, de la casualidad o de la suerte. No ha entrado a tallar un designio superior en su concepción, no son actos premeditados por una voluntad sobrenatural. Se les puede llamar prodigios, modestos, del orden de lo humano, por su calidad de actos inesperados que llegan en el momento oportuno. Productos, al mismo tiempo, del azar —¿por qué Brennero y la Piazza di Spagna?, ¿por qué Laslo?, ¿por qué dos veces durante tan corto periplo?— y de una intención. Llamarlos casualidad, suerte, rebaja su contenido altruista, elimina el efecto estimulante de su sencilla magia, semejante a la amena sorpresa que suscita un prestidigitador de salón haciendo desaparecer de su mano la moneda que va a hacer aparecer en la oreja de un niño. La radio, la tienda de campaña, al cambiar de propietario —de quien no las necesitaba a alguien que, en mayor o menor medida, las necesitaba—, modificaron, para bien, una situación. Fueron actos dictados —no es absurdo pensarlo, se dice Caligari— por una empatía. El aduanero simpatizó con Laslo y quiso aligerar su viaje. El anónimo cuadragenario romano se apiadó de él. Lo mismo se habría apiadado de cualquier otra persona que se hubiese encontrado *In the right place at the right time.* En el debido lugar en el debido momento. Le procuraron una cuota de desahogo.

Muy diferente es esta situación desairada, incómoda, en la cual se halla ese otro Laslo, quince años mayor, sentado a la mesa de un bar en la Piazza Fontanesi, contando sin muchas ganas sus aventuras. Fastidiado, sí, a su edad, por la mirada inquisidora de una mujer que parece interpretar en su desfavor todas y cada una de las peripecias de su primer viaje a Italia y condenarlas en su fuero interno pensando, a lo mejor, debe de ser todo mentira.

Myria está callada, observándolo. Se pregunta acaso si no es inútil seguir

esforzándose por seducirlo otra vez. Tarea imposible, piensa, quizás. Laslo ya no es el de Otrora, su primer, su verdadero, su único amor. Aún menos es aquel simpático vagabundo melenudo y harapiento despatarrado en la escalinata de la Piazza di Spagna que Caligari no se priva de reinventar supliendo las lagunas de la memoria, poco fiable, por los sólidos argumentos de la ficción.

Ahora mismo, rascándose un brazo picado por algún bicho veraniego —se multiplican con el calor y son uno de los inconvenientes de la vida en el campo, por lo demás satisfactoria—, le parece estar inventándolos a ambos, el de treinta años de edad y el de veinte. Ninguno de los dos es él. Ambos fueron y ya no son. Él es. Y este que es no puede, a sus setenta y tres años, cómodamente instalado en una tumbona desplegada en su vasta terraza, protegido del sol por la sombra de una frondosa acacia, meterse en el pellejo de aquel Laslo de veinte capaz de dormir a pierna suelta en una escalinata de piedra, al aire libre, como si estuviese alojado en el dormitorio común de un albergue juvenil. La sola idea de volver a dormir en la intachable celda de aquella prisión danesa a la que fue a parar antes de su primer viaje a Italia le provoca hoy a Caligari síntomas de claustrofobia.

Había dado con sus huesos allí tras ser arrestado por vagancia en Copenhague. Se encontraba en esa ciudad con la idea de procurarse un empleo durante las vacaciones de verano. Se quedó sin dinero a los diez días debido a la carestía de la vida en Dinamarca. De turista pasó, de un día para otro, a ser un inmigrante clandestino —hoy suena a amenaza—, pues habría sido incapaz de mostrar, en caso de control policial, los diez dólares diarios exigidos a todo visitante extranjero como prueba de su solvencia. Fue arrestado, al tercer día, en el rellano de un edificio luego de ser denunciado a la policía por algún vecino convencido de estar cumpliendo con su deber. ¿No obraba en pro de la seguridad ciudadana? Habrase visto: un vagabundo durmiendo en el cañón de escalera, sobre el suelo de baldosas; un forastero, a juzgar por su aspecto. ¿Quién podría garantizar la inocuidad de ese bicho raro? Laslo se había refugiado allí a fin de pasar la noche al abrigo del frío reinante en las horas nocturnas del verano boreal ese año de 1967. La temperatura descendía, de no más de 20 o 21 °C durante el día, a 12 o 13° en la noche, y acaso a no más de 9° una hora antes del alba, la hora más fría, impidiendo todo reposo. Pasó ese fin de semana en una cárcel céntrica aguardando su comparecencia en un tribunal a primera hora del lunes. El penal, por comparación, le pareció un

hotel o un centro de rehabilitación. Leía —la prisión contaba con una biblioteca bien provista de libros en inglés—, comía tres veces al día, dormía entre sábanas limpias en un catre de hierro colgado, gracias a dos aros de soporte, del espeso muro de piedra. No tuvo ocasión de juntarse con los otros reclusos. El lunes, un tribunal de flagrancia ordenó su expulsión de Dinamarca y la prohibición de volver a ese país escandinavo en los próximos diez años. El día siguiente, temprano por la mañana, dos detectives de civil lo escoltaron a la estación de tren y se embarcaron con él hasta que el tren cruzó la frontera con Alemania, límite de su jurisdicción. Los policías bajaron allí. Laslo hizo libre el resto del viaje hasta Lodz. En los bolsillos tenía las ciento cincuenta coronas danesas que le fueron asignadas por el tribunal —con cargo a reembolsarlas cuando su situación volviese a la normalidad— para satisfacer sus necesidades: comida, bebida, cigarrillos si era fumador, durante las ocho o diez horas de viaje. (Cuando quiso repetir el plato en Roma y se presentaron, él y los dos mexicanos, en la *questura,* hambrientos y desesperados, confiados en que la policía los trasladaría, esposados, a un penal en espera de ser juzgados y expulsados, el oficial que los atendió, un meridional asombrado por su imprudencia, les preguntó si sabían que se hallaban en Italia. Esto no es Dinamarca, les dijo. Aquí más vale no caer en prisión, unos chicos como ustedes, estudiantes. Por si acaso, sepan que en una cárcel italiana se camina con la espalda pegada a la pared. Y que ni soñasen con ser repatriados a Polonia. En Italia no se exigía un mínimo de recursos para permanecer en el país. Así que a buscárselas, *ragazzi*).

Caligari no ha cesado de rascarse la roncha aparecida en la piel de su brazo tras ser picado por algún insecto local o inmigrado a la campiña normanda movido por las condiciones climáticas y la búsqueda de sustento. Es verano aquí y el calor exacerba los perfumes de las flores, provoca sudor en los humanos y activa la circulación de su sangre, atrayéndolos. Suelen tomar su piel por un opíparo manjar. La desinfectará más tarde con alcohol y mercurocromo de ser necesario. No tiene tiempo para ocuparse de ella por ahora. Su pensamiento divaga en otra dirección. Se está amarrando otra vez al recuerdo de este hombre que se encuentra de visita en Reggio nell'Emilia hace cuatro decenios.

Laslo silencia ante Myria y su amiga su creciente deseo de regresar a su favorable normalidad, compuesta por la agencia de noticias en la que se ganará la vida hasta su jubilación, su pequeño departamento en el bulevar de la Villette, sus libros, sus poemas colgados con chinchetas de la pared —ha

publicado un segundo poemario, todavía no escribe prosa, ya no va a tardar—, las noches afiebradas del Chez-Georges —bar de la rue des Canettes por el cual ha desfilado la crema y nata de la *chanson* francesa—, sus amores libérrimos con Jutta-Ingrid.

La existencia de la libertina muniquesa está siendo objeto de cuchicheo entre las dos amigas italianas. Ambas han pedido una nueva ronda de *spritz*. Está enamorado de una *tedesca,* ha contestado Myria a una interrogación de Alessia hecha en voz baja, creyendo a Laslo abstraído en sus pensamientos. Alessia ha querido saber si estos sentimientos son correspondidos. No me lo ha dicho. Sí, supongo. Myria muerde con fuerza la pajita de su vaso, mide la marca dejada en el plástico por sus dientes. Creo que se van a casar, añade, reprimiendo, le parece a Laslo, un suspiro. Él tiene claro que ella no ha jugado esta carta —la cita en Reggio— apostando solo a sus encantos, que los tiene, y algún efecto harán en él, ya se verá esta noche. No fueron sus encantos los únicos agentes del destino en Otrora, cuando se conocieron.

Aquella vez la chispa prendió como si ellos fuesen madera seca. Si se los interrogase hoy, probablemente ni ella ni él sabrían decir con exactitud cuánto tiempo duró su combustión. Bastarían los dedos de una mano para calcularlo, cree Caligari. El episodio, a pesar de su brevedad, les ha dejado, por su intensidad, una huella profunda, imborrable. Acaso Myria, tras escribirle creyéndolo en Otrora y recibir la llamada de él desde París, iré a verte a Reggio este fin de semana, haya equiparado su cita con el encuentro en el firmamento de los dos planetas mayores del sistema solar. Júpiter y Saturno repiten su conjunción magna aproximadamente cada veinte años. ¿No podría también repetirse la suya? Su movimiento orbital la dirige hacia él. Le ha escrito, lo ha invitado, ha ido a recibirlo, se le ha estado insinuando con cierto decoro. Sabe lo que quiere y cuáles son los pasos a seguir, los errores a evitar. El pronóstico no es tan claro tratándose de Laslo. Su órbita planetaria es menos franca, hay en ella otro astro, Jutta-Ingrid —tres años de amores peregrinos—, ejerciendo su poder de atracción. Sin equivaler al ejercido por Myria en Otrora, este es fuerte. Si se siguiera esta lógica, se podría pensar que Laslo tanteaba el terreno tal un inversionista al que se le hace espejear una inversión en Bolsa. ¿Valdría esta la pena? ¿Compensarían los réditos de una arriesgada inversión en Italia la pérdida de sus valores muniqueses? Él admitiría, si se lo interrogase, haber ido a Reggio a explorar el terreno con alguna esperanza de ser devorado otra vez por un Amor esquivo desde su ruptura con Myria. De ella con él, para ajustarse a la verdad. Diría, conminado a precisar sus motivaciones, no es amor

lo que siento por Jutta-Ingrid, por eso no lo escribiría con A mayúscula. Se cuidaría de decir que al partir de París estaba casi convencido de la inutilidad de este reencuentro con la italiana. Al que ha acudido con premura. Alguna expectativa, y no tan mínima, habrá puesto en la cita si la estaba honrando con su presencia tan puntualmente.

Trata de convencerla diciéndole irás a verme y yo vendré a verte durante las vacaciones. Te escribiré cada día, añade él al despedirse los dos ante la puerta de su casa (de ella), cerca del malecón donde hace unos minutos se han cruzado con una vecina de los Ferretti, la señora Mesalina Cuneo. Apodada La Paloma, le ha contado Myria al divisarla en la lejanía. Ella aún no los había visto. Myria se complacía incomodando a la gente con su lengua de avispa. Se nutría de chismes y de rumores si podían servirle para divertirse a costa de alguien. Daba siempre muestras de un gran aplomo al soltar sus pullas cargadas de doble sentido. Laslo era más respetuoso de las jerarquías de edad. Voy a jugarle una pasada, le dice Myria, y lo embarca en ella sin pedirle su parecer. Se detiene, adrede, a darle los buenos días a la señora Cuneo, una cuadragenaria de buen ver, de padre ligur —esto explicaba la afabilidad de su trato con la *signora* Ferretti—, madre de dos hijos varones. El mayor, esquizofrénico, era poeta. Firmaba sus versos, suprimiendo su primer nombre y el apellido paterno, con el pseudónimo de Angelo Cuneo, en homenaje a la madre. Poseía un talento de alienado. El *establishment* literario pasadeño lo ignoraba. Con el tiempo pasaría, tan injustificadamente, a considerarlo el Lautréamont local... Local, no se discute, afirmaba Myria empleando una litote. Será por ello que no has pillado su repertorio, reía Laslo a su costa. Compararlo, por su poesía y milagros, con Leopoldo María Panero habría sido más justo. Tenían prácticamente la misma edad, recuerda Caligari.

Angelo Cuneo se escapaba del psiquiátrico a menudo y deambulaba en piyama y descalzo por las calles de su barrio. O, por el centro de la ciudad, de traje y corbata y calzado con *hawaianas*, cuando le daban el alta. Su proceder suscitaba reacciones agresivas de algunos transeúntes adeptos de los estrictos códigos indumentarios pasadeños. Las chanclas de estilo japonés, de acuerdo con una regla no escrita —conocida de todos—, eran toleradas en la playa y únicamente si quien las calzaba era mujer. Un hombre calzado con *hawaianas* suscitaba apenas menos rechazo que si vistiese falda. Podía ser objeto de la vindicta pública. Alias Angelo Cuneo había vuelto a casa más de una vez cubierto de escupitajos y completamente descalzo... A ver si así se le quitaba la mala costumbre. Pasearse en piyama por las calles del balneario era menos

grave, el acto de un orate. Lo sancionaba la chacota, nada más.

Su hermano menor, apodado Pimbolo, un gordo afable y abúlico, sin profesión ni intenciones de abrazar ninguna, llamaba a su padre Harpagón debido a su avaricia. El digno señor, cuyo apellido de soltero era Cereno, había sido en su juventud un hombre guapo a juzgar por la pinta de Angelo. Se le parecía tanto que su padre no habría podido repudiarlo (no era el caso de Pimbolo). Harpagón había sido asimismo hombre de ciertos recursos, hacían pensar los dos grandes balcones orientados al mar y la superficie de su departamento, con vista a la playa si la neblina no encapotaba cielo y tierra. Según Myria, su esposa había dilapidado la modesta fortuna conyugal en lujos y francachelas. Esto posiblemente fuese invento suyo. Y lo mismo el motivo, volar de rama en rama, del apodo La Paloma.

La titular de este sobrenombre quizás inmerecido solía conversar con la madre de Myria intercalando en su cháchara trivial vocablos genoveses, aprendidos de su abuela paterna. Ella los creía italianos. No sentía mucho aprecio por la hija de los Ferretti. La llamaba —no sin segunda intención— Myrita. Mirita es un diminutivo cariñoso de Mirín, e igualmente una forma pasadeña de referirse a las entrometidas, «Fulana es una mirita de los mil diablos», «Vaya mirita que ha resultado». A diferencia de la mayoría de cultores de la práctica de inmiscuirse en todo —en Otrora, legión—, Myria era metiche no por una necesidad malsana de enterarse de la vida y milagros de los demás. Hacía acopio de municiones para poder luego disparar sus pullas a mansalva y reír de la mojigatería de sus víctimas en su cara. Es probable que la *signora* Ferretti le haya hablado a la señora Cuneo en términos poco favorables de su hija, una *ragazza* difícil, un dolor de cabeza. La *signora* solía hacerlo sin importarle mucho con quién, por el gusto de desfogar sus penas. Su vecina la habría tomado al pie de la letra.

Buen día, le dice Myria cuando se detiene para saludarla, cortándole el paso. La señora Cuneo responde al saludo de la joven sin dar muestras de querer envolverse en una charla con ella. Saldría perdiendo si pisaba el palito, lo sabe. No posee la agilidad mental de la chica ni su lengua afilada. Está por retomar su camino. ¿Por qué la llaman a usted La Paloma, señora Cuneo?, le pregunta Myria volviendo a cerrarle el paso, los labios abiertos de par en par. La esposa de Harpagón, las orejas enrojecidas, frena como si la luz de un semáforo hubiese pasado al rojo de repente y ella viviese en la civilizada Suiza, no en Otrora. Tarda unos segundos en responder. La mirada de Myria irradia candor. Laslo no sabe dónde meterse. Será porque soy tan blanca, acaba por

contestar apurando el paso.

Esto ha ocurrido no hará cinco minutos, caminando los dos, separados, por el malecón. Myria había interrumpido bruscamente una sesión de besos y declaraciones de amor un cuarto de hora antes, en el parque municipal, a unas cuadras de allí. Habían estado apoyados en el ficus que en otras ocasiones, en la soledad de la noche, servía de soporte a su espalda, sus piernas trabadas en la cintura de Laslo, los pantalones caídos, su lengua enredada en la de ella. Él le había comunicado, luego de una larga procrastinación, su decisión de partir a San Cristóbal, de allí la reacción de ella, tan brusca. ¡¿A trescientos kilómetros de aquí?! Laslo le rogó que lo dejase terminar. Su intención era inscribirse en la Universidad Regional de esa ciudad colonial. La Facultad de Letras alberga, le había dicho para justificarse, el único Departamento de Filología Hispánica de Otrora. ¿Pensaba que la calmarían los destellos de una carrera? Caligari está convencido de haberla visto llorar al escuchar la noticia. Cree recordar que ella empleó los dedos para contar los inconvenientes: ¡trescientos kilómetros de carretera sin asfaltar, aludes frecuentes a casi tres mil metros de altitud, líneas telefónicas colapsadas un día sí y otro también! Y haberla visto enfurecer: ¡¡debiste consultarme primero!! Las lágrimas, es inobjetable, las consumió en un instante la erupción de lava. No necesito tu permiso, le había respondido Laslo, desafiándola. Y Myria había amenazado con romper si él se iba. Se marcharía a Italia y no se verían nunca más. Su madre estaría de acuerdo, nunca había aprobado su relación, afirmó ella bajando y subiendo el mentón para enfatizar sus palabras. Su padre no se opondría a dejarme partir. A Laslo, la amenaza no le pareció fanfarronada, sintió que la tierra se lo tragaba. Le había escuchado decir en más de una ocasión que la *signora* quería mandarla de regreso a Reggio. El único obstáculo parecía ser don Umberto, quien deseaba guardar a su hija a su lado. ¿Habría cometido un error proyectando trasladarse a San Cristóbal sin haberle consultado primero? Por primera vez no controlaba la situación. Laslo le explicó los motivos de su iniciativa, dejó de llamarla decisión. Lo hacía por los dos. Si querían continuar, casarse, tener hijos —cuatro, dijo abriendo los dedos de una mano y restándoles el pulgar—, él necesitaría una profesión, ganarse la vida, un sueldo decente. Ella no se cansaba de repetírselo. ¿La filología da para comer?, le preguntó Myria con sorna. Si la filología era su vocación, mejor habría hecho inscribiéndose en La Sorbona. Ya quiero verte en San Cristóbal, añadió de improviso ignorando las protestas de Laslo. Él trastabilló al levantarse para seguirla cuando ella le dio la espalda. Myria había apoyado con fuerza los tacones al caminar para hacerlos

resonar en el suelo de cemento. Señalaba así su determinación.

Se cruzan, cerca de su casa, con la señora Cuneo, quien paga los platos rotos, no es la primera vez. Myria, riendo para sus adentros de La Paloma, esquiva los besos desesperados de Laslo. Para quitárselo de encima le promete reflexionar. Si estudiar filología no era una buena idea, estudiar otra carrera sí lo sería, piensa. ¿No podría Laslo inscribirse en la Escuela Diplomática en lugar de pensar en una carrera sin porvenir? Ella creía a U Thant, secretario general de la ONU, más útil a la sociedad que Friedrich Nietzsche. Por lo menos, el birmano ganaba más de lo que podía haber cobrado el turbulento profesor de Filología por dictar clases en la Universidad de Basilea. Caligari imagina que ella se soñó un instante embajadora en Roma, invitada al Vaticano por el papa de turno, su madre se moriría de envidia. Irás a verme y yo vendré a verte durante las vacaciones, le está repitiendo Laslo ardientemente. Te escribiré cada día, promete haciendo caso omiso de la ineficiencia del servicio de correos pasadeño. Myria hace aspas con una mano para despedirse en el umbral de su puerta. Tú verás, Laslo. Luego no digas que no te advertí. Sabes lo que puede pasar, añade empujando la puerta de vidrio. Un tic convulsiona los labios de su enamorado.

El mesero vuelve con otra rueda de *spritz* y un segundo *cappuccino* para Laslo. Recoge los vasos vacíos y, antes de posar el nuevo pedido en la mesa, la frota con un trapo húmedo. Es un hombre de pocas palabras, de mediana estatura, trigueño, de cabellos negros, rizados, y frente estrecha, mirada dura. Alessia le pregunta si es del *Mezzogiorno*. De Basilicata, responde el mesero como si hablara consigo mismo e insinuase, su voz apagada, una amenaza. De Matera, precisa al alejarse, mirándola por encima del hombro con desconfianza. Quizás no hubiera relación con su procedencia meridional, pero la velada deriva pronto hacia un juego que entretiene a las dos amigas, y a muchos italianos del norte, si la conversación va arriando las velas y se requiere de un golpe fuerte de viento para reanimarla. Laslo lo está descubriendo. Observan a los paseantes e identifican a quienes, por su facha, traicionan su despreciable condición de *terrone.* Palabra mágica, desata despectivas expresiones las veces que un desdichado de pellejo lijoso y trigueño, de porte demasiado rural, es hábilmente desenmascarado. La rubia de ojos verdes o la trigueña de pelo negro y de tipo agitanado exclaman, aplaudiendo y zapateando, ¡este sí, seguro! El jueguito nada tenía de inocente, piensa Caligari con disgusto. En otras circunstancias, los cuchicheos podrían ser cartas anónimas enviadas a las autoridades con el nombre y apellido y la dirección de

las víctimas. Identificadas no para reírse de ellas, sino para reventar un absceso, se solía decir en otra época. A Jutta-Ingrid no se le habría ocurrido participar en un juego así, se dice Laslo. La está comparando favorablemente con Myria, es de justicia. Puede que cometa un error al deducir con excesiva indulgencia, a partir de una extrapolación arbitraria, la superioridad de la desnazificación sobre la desfascistización. Laslo pregunta a Alessia, con la voz que pondría de querer enterarse del nombre del presidente del Consejo de Ministros en funciones, ¿cuál es el gentilicio de Calabria en italiano? No dice más. Las ha interrumpido estando ellas debatiendo si es un *terrone* aquel desgraciado que atraviesa la plaza. Myria desaparece enseguida en el vestíbulo del edificio y a él su amenaza, «Sabes lo que puede pasar», le forma un nudo en el estómago.

El nudo lo atormentó durante el largo trayecto de ida en bus hasta San Cristóbal. No se le quitó al apearse y caminar hacia la casa de una pareja de parientes de Mara, su cuñada. Los folletos turísticos ensalzaban la plaza de armas, el palacio del ayuntamiento, las diez iglesias rococó de su centro histórico, su gastronomía, famosa en el mundo entero, sostenían. Parecían escritos por algún discípulo del psicólogo francés Émile Coué, inventor de la autosugestión. Todo le parecía siniestro en la Ciudad Heroica. El edificio más alto no superaba las tres plantas. Ninguno tenía ascensor. Muchas calles carecían de alumbrado eléctrico. Otras, de pavimento. ¿Y cómo dormir si pensaba sin cesar en Myria? La echaba de menos. Hablaba en voz baja como si ella estuviese a su lado compartiendo la estrecha cama puesta a su disposición por los parientes de Mara y le pidiese explicaciones por su conducta injustificable. El chirrido cargoso de una lechuza, que a intervalos regulares rompía el silencio de la noche, lo toma Laslo por un signo de mal agüero. El grito acendra su deseo de no volver a separarse de Myria. Cuando estuviese de regreso le diría cuánto la amaba, cómo lamento las horas perdidas lejos de ti. El tiempo se le estancaba cuando no estaban juntos, trababa sus ideas, entorpecía sus pasos y mutilaba su sueño. Iba a tomar el primer bus de vuelta, el de las ocho de la mañana.

Está de regreso en Otrora, el día siguiente, hacia mediados de la tarde, justo a tiempo para llamar a la puerta de la familia Ferretti sin importunar a la *signora.* Su futura suegra se reúne ese día de la semana con algunas de sus paisanas para jugar a la *scopa.* Luego de tocar infructuosamente a su puerta, por indicación de ella, va a buscar a Myria al malecón, cerca del Casino. Myria se encontraba chismeando con Toni Saturno, un galán de telenovelas que vivía con su madre viuda en una de las casas de estilo Tudor del malecón, mandada

a construir a comienzos de siglo por un italiano venido a más, llegado a Otrora con lo que llevaba puesto. El italiano vendía meses después sus helados por la playa en una carretilla refrigerada que pronto se multiplicó por dos, por diez. Dirigía pocos años más tarde la mayor fábrica de helados y de dulces del país y había cedido su casona, por un alquiler simbólico, a los Saturno, vieja familia pasadeña venida a menos y aún con ínfulas. El tal Toni se entendía con Myria a las mil maravillas. No tenía buena reputación en el balneario porque no ocultaba su homosexualidad. Hacía aspavientos al hablar y gesticular para que no cupiesen dudas, suscitando vergüenza en su padre y hermanos. Casados y con hijos, estos lo habían repudiado. Es una bala perdida, había comentado Laslo cuando Myria se lo presentó una tarde y, al despedirse, Toni lo retribuyó con un chisporroteo de miradas lúbricas. Ahí donde lo ves ha hecho cornudo a más de uno, respondió ella, divertida. Debe de ser muy buen actor, replicó Laslo. Me ha pedido que cuando me canse de ti le deje el campo libre. ¿Ah, sí? Ella no habría bromeado con tantas ganas de haberse tratado de Larisa Mustafah o de Flora Nepomuceno, otra de las liberadas del grupo, por más que Laslo le jurase —no era imprescindible que lo hiciera, se notaba— que ni la una ni la otra le gustaban. El recelo de Myria, viéndolo bien, no estaba tan descaminado, piensa Caligari. De no haber ella flechado con tanta puntería el corazón de Laslo, este no le habría puesto reparos a Flora, muchacha desde todo punto de vista muy merecedora. Si Flora no le gustaba no era porque no le gustara, era porque él había puesto entonces sus pensamientos, sus ojos, sus oídos, su boca, su corazón flechado, y otro músculo activado por este, a disposición única de Myria. Solo ella existía. En sus manos se hallaba el mando a distancia que manejaba sus tejidos primordiales (de Laslo). Así, una palabra suya, como el control remoto de un televisor, le encendía la sangre o, por el contrario, se la apagaba.

Acabo de bajar del bus, le dice a ella fingiendo soltura y dominio de la situación. Myria no finge sorpresa al verlo aparecer en el balneario cuando ella lo suponía en San Cristóbal empezando a labrarse un porvenir para los dos. La sorpresa se ha dibujado en sus ojos. Ha disimulado la ternura que le suscita su presencia inesperada. De haber traicionado sus emociones, Laslo se habría creído con derecho a todo. Oculta su gozo cuando él le pregunta, algo descompuesto, sacudiendo los hombros, ¿no te da gusto verme? Sí, claro. Calabrese, responde Alessia. Eso me parecía, dice él vaciando de un trago el resto de su *cappuccino*. Alessia no se ha dado por aludida. Es posible que no haya relacionado la pregunta de Laslo con su apellido y que el juego se haya

interrumpido porque ya no las entretenía. ¿Se te olvidó algún papel?, pregunta Myria. ¿Cuándo vuelves a San Cristóbal? No quiere inventarse fantasías, el retorno de su enamorado a Otrora puede obedecer a algún percance administrativo o íntimo. Habrá olvidado los calzoncillos en casa o su adorado ejemplar de *Transparent Things* dedicado por Vladimir Nabokov a una pareja de amigos, Marguerita y Martin Newstead —el autor de *Lolita* había ilustrado su dedicatoria con un dibujo suyo a todo color de una *papilio demetrius*— y comprado a un *bouquiniste* de París, o el dinero para su inscripción en la Facultad de Letras. Si hubieses llegado más temprano no me habrías encontrado, estaba en Alitalia, reservando mi pasaje, afirma ella con indiferencia. Le muestra un papel que lleva el membrete de la aerolínea. He vuelto para quedarme, balbucea Laslo, no sé vivir separado de ti, murmura. Myria no dice nada. Estimulada por el humo del cigarrillo que está fumando Alessia, extrae un MS de la cajetilla posada sobre la mesa. Lo enciende con su mechero plateado constatando que la conversación ha fallecido de muerte natural, intoxicada por las burlas dirigidas por ellas a los *terroni.*

Lamenta su error. No había sido una buena idea presentarlo a su amiga. Ni dar de sí misma la imagen, falsa, de simpatizar con la extrema derecha. Laslo se decía de izquierdas como tantos sudamericanos. Ella había pretendido lo mismo en Otrora para ganarse su confianza y la de los demás. Asistió en alguna ocasión a una reunión de célula del POUMO motivada por la curiosidad y pensando en la excitante secreción de adrenalina que le provocaría el temor a ser capturados por la policía de la dictadura militar, bastante benigna en su maltrato a la ultraizquierda, pero esto quizás ella no lo supiera. No le importaba la política. Nunca fue tema de debate en su hogar. Había votado un par de veces —en 1976 y en las legislativas anticipadas de 1979— por el Partido Comunista Italiano. No por convicción, por llevarle la contraria a su madre. La *signora* puso en las urnas, en ambas ocasiones —generalmente se abstenía—, una papeleta del Partido Demócrata Cristiano. Seguía la consigna de su hijo, yerno del candidato local y su posible sucesor cuando este se decidiese a colgar los botines. Muy pronto, espera la *signora.*

Laslo llama al mesero y paga las consumiciones añadiendo una propina generosa, la estima compensatoria. Pone mala cara cuando Myria decide llevar a Alessia a su casa. Son diez minutos en coche si no hay atascos, le dice ella. Alessia, achispada —ha bebido demasiado—, no se hace de rogar. Ante la puerta de su edificio, una construcción de piedra color de almendra pelada, de prestigio, él se fuerza a sonreír al despedirse con un gélido *arrivederci.* Alessia

dice *ciao,* Myria. Forma un teléfono con los dedos y le hace un guiño al alejarse de la puerta del Fiat. *Domani,* le dice, *alle due? Come?* Myria ha bajado su ventanilla, *va bene,* hace una morisqueta. Mañana va a ser un día difícil para ella, pase lo que pase la suerte está echada. Laslo tomará el tren de vuelta antes del mediodía. A las diez de la noche habrá llegado a la Gare de Lyon. ¿Habrá una postal de la *tedesca* aguardándolo en su buzón? Cierra un puño y aprieta los dientes. Tiene ganas de tomarlo por las solapas y de decirle eres mío, te guste o no. Eso habría hecho en Otrora con posibilidades de victoria. Aún le queda una baza por echar, ya no sabe si es un as, probablemente sea demasiado tarde para jugarla, no podía descartar que él rechazase el envite. Pone el motor en marcha. El Fiat, rezongando al arrancar —ella debe de haber sincronizado mal el encendido y la presión del pie sobre el acelerador—, no tarda en alejarse por las calles oscuras de una zona de Reggio recorrida, sabe él, por primera y, con toda seguridad, última vez. Laslo ha estado ensimismado, jugando con la puertita de la guantera. Suelta eso, le ordena ella, incordiada por ese abrir y cerrar del habitáculo. Guarda en él, envuelta en papel *kraft,* una botella de vodka Smirnoff. No quiere que él la descubra.

Lo ocurrido en el bar —un *quid pro quo:* no por apellidarse Calabrese se es de Calabria—, la ha puesto nerviosa, muy irritable. Este es el peor momento, se dice, para dejarse llevar por la frustración. No está muy contenta de haberse burlado tan notoriamente de los *terroni.* No somos iguales, lleva ella metido en el cerebro desde chica. Lo único que tienen en común con nosotros es la lengua italiana. Este sentimiento de rechazo, muy acendrado en las provincias del norte, se había propagado tal un reguero de pólvora, sin que nadie lo advirtiera al principio. Recuerda su sorpresa, en la escuela, al escuchar hablar, por primera vez, a una condiscípula recién llegada de Lecce. En lugar de decir *cavallo* pronunciaba *cavaddu,* ganándose las burlas de toda la clase. Fue una de las primeras en llegar a las aulas, a comienzos de los 60. La masiva inmigración interna databa de esos años. Dos décadas han bastado para estigmatizar a esta población considerada arcaica, sucia e ignorante. Estando tan acendrado en ella este rechazo —comparable al suscitado por los magrebíes en Francia—, ¿por qué le es imposible negar que Caracciolo, pintor napolitano como el gran poeta Giacomo Leopardi, los escritores sicilianos Pirandello, Tomasi o Sciascia, los músicos Scarlatti, Pergolesi, eran compatriotas suyos y no simples italohablantes? Italia sería menos sin ellos. No sería Italia, simplemente, trata ella de extraer su pensamiento de las aguas pantanosas en que lo ha encerrado el prejuicio. ¿Se puede imaginar la grandeza de la Antigua Roma sin sus

provincias meridionales y septentrionales? Es un dilema. Si defiende la italianidad de Leopardi y cia., igual le avergüenza saberse compatriota del *terrone* que habla gritando, se quita los zapatos estando sentado a la mesa o se suena los mocos tapándose una narina y proyectándolos al suelo. ¿Ha querido ella saber alguna vez cómo trataba la población francesa a los inmigrantes italianos en las primeras décadas del siglo XX?, gente igual a ella o a sus padres, provenientes, en su mayoría, del norte de la península. Pues no mejor de lo que ellos tratan a los *terroni,* piensa Caligari en su lugar. Es un jueguito estúpido, dice Myria oprimiendo el volante, no tiene ninguna excusa, lo sé. Ella y Alessia se han dejado llevar por esta mala costumbre que todo el mundo practica en el norte del país. Hasta quienes no tienen razón de hacerlo, como él ha comprendido sacando conclusiones apresuradas acerca de su amiga. En su voz hay un ruego, una desolación que no sabe ocultar. La hace retroceder a los tiempos en que ella lo celaba en Otrora, persuadida de que Laslo se aprestaba a engañarla con otra, acaso con más de una. Se convenció de su error, se curó y la situación cambió de medio a medio. Está ahora escuchándolo contrita.

Laslo subraya cada palabra, marca una pausa después de cada coma. Parece un tribuno de la plebe hablando ante el micro de una emisora radial que lo estuviera entrevistando en el atrio del Senado romano. Se diría que nunca se ha burlado de nadie de la manera como Myria y su amiga se han mofado de los *terroni.* ¿Es así? Sabe que no, su comportamiento en esta materia no ha sido siempre ejemplar. Su única circunstancia atenuante, cree Caligari —si lo es, se podría discutir—, es haber sabido darse cuenta de ello a tiempo y haber procurado enmendar su propia conducta sometiéndola a una severa autocrítica, sin complacencias, alejándola de las emociones primarias como se aleja a los niños de las malas juntas. Muestra tanta precaución que su prudencia, por su ensañamiento en levantar barreras a esas emociones, revela una desconfianza inconsciente por cuanto viene del pueblo, ese ente difícil de definir sociológicamente si no es por su irreparable incapacidad de razonar y su tendencia a obrar dejándose arrastrar por las bajas pasiones.

Nadie, nadie tiene razón alguna para manifestar desprecio por el origen de una persona, dice Laslo con pedantería manoteando el salpicadero. Suspira y añade, amenazando con el índice a una Alessia ausente —posiblemente esté cabeceando delante de su televisor—, no por llamarse Calabrese las razones de despreciar a los *terroni* son más tolerables. Al contrario, son reacciones esquizofrénicas, concluye, magistral. Ha puesto los puntos sobre las íes. Por

una cuestión de principios, se persuade, satisfecho. Deja de azotar el aire con el dedo y observa un instante el efecto que han tenido sus palabras. Quien esté exento de pecado, arroje la primera piedra, podría replicar Myria a su filípica. Si no lo hace es porque quiere cerrar este capítulo. Aún no se ha dado por vencida. Queda la noche por delante. Está —la boca cerrada, los pies juntos tocándose los tobillos— accionando el limpiaparabrisas sin ningún motivo. Han llegado a su casa y ella ha aparcado el auto en el garaje, al lado del Fiat negro de su madre. Don Umberto ya no lo conduce, no está en condiciones. Laslo se desabrocha el cinturón de seguridad.

No sé vivir separado de ti, implora, desarmado por ese desinterés tan patente. Esperaba ser acogido con los brazos abiertos. Le habría prodigado besos y caricias y declaraciones de amor. Cerca del mar, el aire, húmedo, estando ambos inmóviles —ella fingiendo indiferencia—, le cala los huesos. Sus brazos cuelgan inertes, semejantes a medias olvidadas en un colgador. Myria no da la impresión de sentir frío. Levanta los ojos al cielo con la expectativa de cuando aguardaba el estallido de los fuegos artificiales la noche del 2 de junio, día de la fiesta nacional italiana, la *Festa della Repubblica.* Parpadea dos veces y baja los ojos, ansiosa. Laslo está repitiendo no pensaba regresar a San Cristóbal. Venía para quedarme contigo. ¿No era lo que ella quería? O puede que prefieras romper, da un paso atrás. Myria se examina los dedos. El papel de Alitalia, plegado en cuatro, asoma su amenaza por el bolsillo de su pantalón. La parada del bus está a sus espaldas. En la caseta, un hombre gárrulo, acompañado de dos mujeres mudas, pendientes de sus palabras, estira una mano. Un Büssing que comunica con el centro de la ciudad se está acercando en su dirección, sus luces intermitentes encendidas. No iré a despedirla al aeropuerto. No la llamará. No le escribirá. Laslo ya tiene un pie en el estribo. Espera, espera. Myria lo toma por la manga de la chaqueta y tira de ella para retenerlo. Zonzo, no iba a regresar a Italia. Ha sido todo una manera de demostrarle la decepción que la embargó al verlo partir ayer. Ha querido castigar su desplante. Lloró toda la noche, le miente. Ella no era muy de llorar. Ya estás aquí, de vuelta. Ya se me pasó. Tampoco yo puedo vivir sin ti, lo besa. Tiene ahora ambas manos aprisionando las mangas de él.

Al verlos así, inseparables, en el Liguria nadie duda de que sean el uno para el otro. Somos el uno para el otro, se ríen ellos de sí mismos, sentados a las mesas de los vates. No se pierden ningún acontecimiento que tenga de escenario a este bar. Sus propietarios —descendientes de genoveses— planean remodelarlo en un futuro muy próximo. Pretenden convertirlo en barra

americana, más rentable, estiman, calculadora en mano, flanqueados una tarde de un arquitecto de interiores. Y puesto que los vates están obligados a ir buscando desde ya un nuevo tablado para sus disputas, unos y otros exploran locales con la perspectiva de dar con el bar ideal. Esperan encontrar uno poco exigente en materia de modales y costumbres, de precios moderados, abierto día y noche, menos sórdido que el Melibea. Hallan uno con estas características en las cercanías de la plaza de la Independencia. Mañuco Veronal ha llevado allí a una conquista y Paddy a Patty, con el mismo propósito, según Fredo Pipa, afanado en atribuirles un incesto. Se queda abierto hasta la madrugada, no cierra por Pascuas y resultará bastante más barato que el futuro Liguria Lounge cuando este reabra sus puertas después de concluidas las obras de remodelación, aún no entabladas. Laslo y Myria siguen el ejemplo de los demás. Acodados en la barra del Saratoga, unidos por la cintura, parecen perfectos siameses. Si los siameses, una anomalía, pueden ser perfectos.

Él —tan puntual, y orgulloso de serlo, recuerda Caligari— llegará con atraso una noche a una reunión organizada expresamente en el nuevo bar por el joven crítico literario Huberto Telemaco con el fin de cerrar la lista de poetas incluidos en la antología que va a publicar próximamente la editorial Abracadabra. Su proyecto es centrarla en el llamado poema integral concebido en un sueño de opio por Kaki Angamos. Tito Querubín ha conseguido que Telemaco lo excluya de la antología, titulada *Estos nuevos,* por ser Angamos el autor de arteros ataques dirigidos contra Obra 0. La mayor parte de los antologados forma parte de este grupo controlado ahora por Querubín con el aval de Veronal.

Al «Poeta consentido por sus padres» le ha dado una rabieta. Se ha marchado del Saratoga antes de que terminara la reunión disgustado por el trato de favor que le ha reservado Telemaco a Querubín. ¡Le ha atribuido diez páginas en su antología! Esta va a ser financiada *pro rata parte* por casi todos los antologados. Una manzana de la discordia se esconde en este *casi.* Primero y principal, se ha esforzado por explicar Telemaco, una antología no podía tener la extensión de una enciclopedia. Otrosí: solo algunos elegidos por las musas estarían exentos de toda contribución financiera —Mañuco Veronal, el propio Querubín, Virgilio Babilón— en virtud de su notoriedad. Algunos de los descartados, a los que se asocian dos o tres de los «a cuenta de autor», ya empleaban sin reparos el apodo «Hueberto» puesto a Telemaco por los aedas del Palace cuando Laslo hace su tardío ingreso en el Saratoga.

La entrevista con su primo en la redacción de *El Globo* se prolongó más allá de lo previsto, explica él. Myria ha estado esperándolo desde que llegó con Patty, por una vez puntuales. La reunión prometía. Lo perdonará luego de recibir su cuota de besos y una yapa como resarcimiento. Se la merece, ¿no?, la espera ha sido larga. Te has perdido lo mejor, le dice ella. Patty aprieta el antebrazo de su amiga. Si Laslo constata que en el bar reina todavía un desconcierto, aún no conoce su causa. Ni menos los detalles del incidente que Myria va a relatarle con pelos y señales.

Zanjada la delicada cuestión de quién inscribirá su nombre en la historia literaria de Otrora y quién no, el nuevo teórico de Obra 0 se propasó con Patty disgustado porque ella, al entablarse una acalorada discusión, bien rociada con alcohol, sobre el valor de los autores elegidos por Huberto Telemaco, la culminó refutando, una a una, las preferencias estéticas de este último. Le parecía que coincidían hasta la sospecha con las de Querubín. Tardío adepto a la teoría del poema integral, remató ella. Querubín se creyó ridiculizado. Es más, ridiculizado por una mujer; es más, capitalina; es más, burguesita. Hizo amago de ligarla creyendo que así salvaría la cara, roja de indignación. Podría hacer pasar de esta manera su derrota intelectual por una galantería destinada a conseguir que la melliza le concediera sus favores. Intentó, dispuesto a permitirse todo, posar una mano emprendedora en las rodillas desnudas de Patty. Ignoró, adrede, la presencia de Paddy Milhench al otro lado de la mesa. El mellizo bromeaba con Flora Nepomuceno y Modesto Amancaes, uno de los Poetas del Pueblo. El rechazo, sin tutía, de la melliza, que le propinó a Querubín una sonora bofetada, arroja al agua su ardid. Querubín, enfurecido, la trata de puta, pierde la mesura, ya no mide sus palabras y al insulto le añade, ahora a voz en cuello, el adjetivo degenerada. Con el cual alude, comprenden los presentes, a los rumores de incesto propagados por Fredo Pipa y que persiguen a los mellizos. Varias cabezas se vuelven a mirarla con curiosidad. De tres o cuatro mesas llegan comentarios subidos de tono. Intolerables, le comenta Myria a Laslo. El puñetazo de Paddy alcanzó a Querubín en la mandíbula en el momento en que este, de pie, adelantaba el busto, detalle que hace suponer que tenía malas intenciones. La fuerza de la trompada lo levantó en vilo y lo hizo caer patas arriba, arrastrando una silla en su caída. Los seguidores de Querubín no se esperaban ver a su líder en el suelo, fuera de combate, ni a que Paddy, los puños en guardia, los mantuviera a raya.

Entre los poetas dejados de lado por «Hueberto» Telemaco causa grata sorpresa la demostración, muy bien fundamentada, le confirma Myria a Laslo,

escéptico —toma a Patty por una cabeza hueca—, de que la poesía de Tito Querubín y sus compinches no cuadra ni remotamente en el marco preciso del «megalómano» poema integral concebido como *divortium aquarum* de la nueva y de la vieja —y caduca— poesía pasadeña por el apestado Kaki Angamos. Un refractario al agua y al jabón, decía de él Mañuco Veronal con desprecio de clase. Solo Angamos, en algunos poemas de su primer libro, *De paseo por el mundo,* y Veronal —en el supuesto de que hubiese comprendido algo, piensa Caligari— han intentado, sin mucho éxito, llevar a la página los fumosos preceptos socioestéticos elaborados por el primero de los nombrados. La más joven promesa del movimiento, Virgilio Babilón, como mucho, imitaba a los *beatniks,* afirmó Patty cuando ya nada la atajaba. Menos que nada las miradas furiosas y los labios temblantes de su contendor. Según el relato hecho por Myria del incidente, la primera reacción de Querubín, al levantarse del suelo con cara de haber bebido de un trago una botella de cachaza, fue marcharse del Saratoga, la mandíbula torcida, las rodillas flojas, el paso vacilante, sostenido por las axilas por dos de sus partidarios. No volvió a aparecer en el bar durante varias semanas. Mañuco Veronal se las ha estado viendo negras al tener que defender sin municiones teóricas, en base a risas y chistes, ideas que resbalan en su piel igual que las gotas de lluvia en las plumas de un pato. Muchos eran los poetas que se complacían en refutarlas ahora sin disimulo, envalentonados por la indisponibilidad de Tito Querubín. Hasta la pelea con Paddy Milhench, Querubín se preciaba de no tener pelos en los puños. Este revés lo ha vuelto más prudente.

El retorno de Veronal al Saratoga tras un apartamiento de varias semanas dará lugar a ese Recital del Siglo del que todavía hablan algunos en Otrora. Lo concitó una simple carambola del azar. El poeta Manolo Cienfuegos había publicado en una revista literaria un artículo en el cual ninguneaba los poemas de Veronal. «Al comenzar a leerlos me pareció que estaban escritos con los pies. Al terminar, comprendí mi error. Veronal solo había usado el pie izquierdo», escribió en *El Hueso de la Palabra.* Mañuco Veronal reparó la noche de su retorno al Saratoga en la presencia de su rival. Manolo no era cliente asiduo de este bar. Mostraba el local en aquella ocasión a unos poetas franceses que parecían proteger sus carteras al circular entre las mesas. Veronal se acercó a él y lo retó a leer en un estrado. El público decidiría al final quién era la estrella más brillante del nuevo firmamento poético pasadeño. Cienfuegos recogió el guante y ambos fijaron una fecha que quedaron en confirmar. Se empezó a hablar de duelo. De la poesía, rieron los aedas jugando

con las palabras al enterarse de que no habían sido invitados a participar en la lectura. Duelo en el sentido de combate singular, retrucaron, indignados, los vates de Obra 0, algunos de los cuales escriben combate con *n.*

La lectura concitó gran revuelo en cuanto fue anunciada con bombos y platillos en los círculos literarios de la capital. El evento habría de tener lugar, por uno de esos giros que da la vida, en el hasta hacía poco proscrito, por oficial y burgués, Palacio de la Cultura, la Civilización, las Artes y las Ciencias (PCCAC). Giros da la vida todos los días, son moneda corriente. Este, de 180°, fue excepcional. A la elección del PCCAC —de por sí una herejía, ¡organizar un evento iconoclasta en un templo de la cultura oficial!; desde su incómoda posición de profeta desarmado, Kaki Angamos lo condenó— se añadía la personalidad de quien puso el local a disposición de los duelistas, ¡Gonzalo Trafalgar! Gonzalo Trafalgar, una de las bestias negras de Obra 0, era para ellos el almirante Villeneuve de la cultura pasadeña, el hombre destinado a echarla a pique. Trafalgar, un oscuro burócrata, acababa de ser nombrado director del Departamento de Cultura, etcétera, del Ministerio de Turismo. (En Otrora se confunde arqueología y cultura y la arqueología se valora por su atractivo turístico, de allí la subordinación de la cultura al turismo). La inepta dictadura militar estaba perdiendo el apoyo popular inicial debido a la degradación de la situación social del país, consecutiva al boicot económico estadounidense, no previsto por los gorilas metidos a políticos con la convicción de que su «Tercera vía» los mantendría a igual distancia de los truenos de Washington y de los abrazos de oso de Moscú. Trafalgar, un hombre muy corrido, ex todo y pro todo, ayer pro vicemonarquía, hoy pro patria, intuyó el provecho a sacar de un reto inicialmente lanzado por Mañuco a su tocayo Manolo, el más destacado vate de la generación inmediatamente anterior a la de los poetas niños. (En Otrora, las generaciones literarias se suceden cada cinco años y caen en el olvido cada tres).

Trafalgar no les ofreció en bandeja la sala de actos del palacio seducido por los bonitos ojos de los dos contrincantes. Pensó instrumentalizarlos astutamente para demostrar la importancia que acordaba el régimen castrense a la cultura. Esperaba atraerlos hacia una colaboración que pusiese fuera de juego sus veleidades opositoras. Mataría dos pájaros de un tiro. Contaba con la complicidad de Fredo Pipa, su flamante protegido, quien tampoco daba puntada sin hilo. Trafalgar le pidió a Pipa que le presentara a los tocayos y sirviera los cafés. Él se encargaría de ofrecer los habanos. Personalmente, esperaba llenarse de prestigio por haber organizado este evento histórico. La

gente diría al terminar, admirativa, ¡qué olfato tiene este tipo, la madre que lo parió! A Pipa le tocarían las migajas del banquete. Todo el mundo saldría ganando. La fama de Manolo Cienfuegos, premio Casa de las Américas, el carisma de Mañuco Veronal, campeón del autobombo, y el concierto de trompetas y atabales desatado por Obra 0 para publicitar el recital garantizaban una asistencia masiva.

El día del evento, Myria y Laslo han estado retejiendo sus lazos tumbados desde temprano en una de las camas del acogedor departamento prestado por un compatriota de ella, Alessandro —alias Sandro— Botticelli. Ella a veces hablaba de él como de un medio pariente. El italiano, un ingeniero milanés amigo de don Umberto, había partido en viaje de negocios a Río de Janeiro y prefería que alguien de confianza cuidara el piso durante su ausencia. Por la tarde, a Myria los arrestos eróticos de Laslo empezaban a cansarla —estaban por dar las 6, constata echando un vistazo al reloj de pared—. Su respiración uniforme, sus ojos volteados hacia dentro y el pabellón todavía medio izado en su honor la mueven a levantarse. Sin cambiar de posición, decúbito supino, trata de quitárselo de encima, su peso me aplastaba. Laslo se resiste a cambiar de postura, la del misionero le iba muy bien. Quiere penetrarla de nuevo como si cayera de su peso. Es la gota que desborda el vaso. Myria, apartándolo de un empujón, le reprocha su falta de consideración. Ella no era un zapato en el que se mete y se saca el pie a voluntad, le dice, la cabeza acostada en un brazo doblado sobre la almohada. Creí que tú también querías, replica él, muy fastidiado. Otras veces había observado su reticencia y ella no le había impedido obrar siguiendo sus instintos. Nueva es la negativa de Myria a entregarle la llave de sus muslos. Ya no soporto vivir a salto de mata, le reprocha ella esta tarde, buscando cada vez una cama donde hacer el amor, compartiendo su intimidad con los Milhench —alternativa cerrada, los padres han vuelto de su viaje a Europa—, presentándose en la oficina de Quepa Barahona para recoger la llave de su departamento. Quepa exige su presencia, no acepta transmitirle las llaves a Laslo si se presenta solo en el periódico. Vete a saber qué le inspirará mi comparecencia. Es un cerdo, ¿y tú?, bien, gracias, dice ella. Laslo se ha encogido bajo las sábanas, hecho un ovillo. Myria no quiere dejarse ganar por la ternura, esa arma de doble filo ya le ha plantado su punta en las costillas en otras ocasiones, dejándola desorientada. Ella odia sentirse expuesta así. El timbre de la puerta ha sonado una vez, dos veces. La tercera vez suena un largo rato y luego el timbre deja suspendido su silencio. Puede tratarse del portero. No es seguro que la pareja lo haya escuchado. Laslo

está aguardando con temor lo que Myria va a añadir.

¿A ti te parece?, dice ella, incorporándose y recostando su espalda en las almohadas. No es normal. Ya no quiero ir los domingos a lo de tu madre, angustiados por la hora, a merced de la criada o de tu hermana. No quiero regresar aquí mañana. No volveré a apoyar mi espalda en el tronco del ficus, acechando los ruidos. A ti a lo mejor te gusta o no te importa. A mí, sí. Eso se terminó. Ya no soy una adolescente. Soy una mujer. Es una casa como esta —Myria hace un amplio ademán— lo que ella quería para los dos, la piedra de toque de un proyecto de vida coronado por un hogar, una familia. Para mí quiero un hombre, un padre para mis hijos, Laslo. Tú, si madurases, piensa. Laslo, desconcertado por sus palabras, no sabe qué decir.

Se les está pasando la hora. Deberán correr si no quieren llegar tarde al duelo del siglo, alerta ella. Abandonan la cama de un salto. Montan en el ascensor, mudos, semejantes a dos desconocidos que se fuesen a separar en la planta baja de un edificio para no volver a verse más. Voy a cambiar, promete Laslo en la calle, conmovido por sus quejas. Aceptaré la oferta de mi primo, le asegura. Se está resignando a separarse de ella ocho horas cada día, más las noches, si se exceptúa algún período como este, propiciado por la afortunada confluencia de una ausencia de los padres de Myria —invitados a unos días de playa por amigos— y el regalo del cielo envuelto en el papel de seda de un viaje a Río. Myria ha parado un taxi y monta en el coche. Ha estado pensando en el ascensor, y sigue pensando, que su deseo de un hogar, de una familia, aunque auténtico, no basta para hacerle olvidar su verdadero sueño: encontrar al hombre que encenderá una hoguera en su caverna fría. Una sien apoyada en el cristal estriado de la ventanilla del taxi, una mano inerte posada en el muslo de él, se dice que Laslo no comprende el drama que es para ella esta búsqueda del placer, siempre pospuesto, malogrado. El placer que se da es la recompensa por el placer que se toma, está convencida. ¿Ama acaso quien no siente placer? ¿El otro puede amar si el placer es solo suyo? El deseo de unión en cuerpo y alma no lo satisface un coito a medias. Ella buscará siempre en otros lo nunca alcanzado. Él querrá probar en otras el sabor que me es ajeno. Marcará siempre a los dos la conciencia de lo nunca recibido. ¿Era así?

Él le ha tomado la mano y ella teme lo peor, un gesto obsceno, en el taxi. A Laslo le gustan esas cosas. Goza intensamente cuando me aplasta la espalda arrimándola al ficus del jardín público. Debe de tentarlo cogerla en el coche. Siente trepar a su garganta una pequeña desilusión. Él ha entrelazado sus dedos en los suyos, va llevando su mano (de ella) a sus labios. Besa la piel de su

dorso, un roce casto, corto y tierno. Mantiene aprisionados los dedos de ella entre sus garras. Siempre ha tenido presente su «defecto». No lo consideraba una tara, reflexiona Caligari. Para él, ese «inconveniente» —si se prefiere emplear un eufemismo aún más discreto— no es un obstáculo susceptible de amenguar o de desvirtuar su amor. Por eso alguna vez le ha dicho al oído no me importa. El enunciado ha sido torpe, es verdad. A menudo lo son las expresiones de cariño. Pues le importa. Es decir, le importa por ella, no por él. En él, su «inconveniente» no cambia nada. Al contrario, podría jurárselo, Myria. Me enternece. Su amor por ella es único y absoluto. ¿No podría entonces buscar la forma de hacerle superar su «inhibición»?

Están por llegar. Ella busca en su bolso y paga la carrera. Habrá embarullado la baraja para no hablar de aquello que yo sé, cree él. Lo ha sabido desde aquella tarde en lo de Quepa Barahona. Es la causa profunda de sus celos incontrolables. En eso reside su temor a perderlo si él encontrara mejor sintonía en otra piel. Laslo no se atreve a decírselo, no están solos en el taxi. No esa noche. Ella no osará traerlo a colación. Ya nunca abordarán el problema en sus conversaciones: les queda poco tiempo. El reencuentro de ambos en Reggio nell'Emilia, al volver de la Piazza Fontanesi, instalados en la terraza, cubiertos por sendas mantas para no enfriarse, cambia todo. Nunca hablamos en Otrora de tu frigidez. Acaso fuera ese nuestro error. De eso habrían debido hablar francamente la noche del recital, Caligari se golpea la frente con el puño calculando los años que han pasado desde ese día, deseando volver a vivir esa jornada otra vez. ¿Qué le hace pensar que se podría corregir el pasado si se lo viviese de nuevo? Volveríamos a vivir lo mismo. Cometeríamos los mismos errores. Ascenderíamos a las mismas cumbres a fin de saborear los mismos triunfos. Mascaríamos de nuevo el polvo de las mismas derrotas. El taxi los deja en la puerta del Palacio de la Cultura, la Civilización, las Artes y las Ciencias, por qué privarlo de sus oropeles. El Recital del Siglo está por comenzar.

Nadie sabrá nunca si Manolo Cienfuegos se olió lo que iría a pasar en el estrado. De habérselo olido, ¡quitarse el sombrero!, no se arrugó, para decirlo con una expresión muy pasadeña. Pues hubo gato encerrado. Su tocayo Veronal —odiaban ser llamados tocayos—, convencido de que una nueva escuela literaria no se impondría de no mediar un sonado escándalo, había proyectado uno en secreto. Arbitrariamente, más tarde, tal vez para justificarse, lo llamó *performance.* Alguien de su entorno, un poco mayor y con más luces, le había contado de las fechorías cometidas por los dadaístas para denunciar el

«arte adormidera» en el París intelectual de la primera posguerra. Le contó que esos ruidosos vanguardistas se presentaban donde nadie los había invitado, una exposición, un recital, un estreno, con el objetivo expreso de aguar la fiesta y de proclamar en alta voz sus principios estéticos revolucionarios. ¡Ya está!, exclamó Veronal palmeándose los muslos, algo intrigado por el significado del término *dadaísta.* Lo empezó a atribuir a quienes gustan dar: dar de sí, dar dinero, etcétera. Él iba a trasladar al escenario del duelo poético, para «dárselo» al público, el espíritu iconoclasta del movimiento fundado por él hacía un año. Nadie lo había hecho antes que él, nadie, se golpeó el pecho con los puños, Veronal. La palabra hecha acto, la idea materializada, le sopló Tito Querubín algunas fórmulas gaseosas en previsión de alguna entrevista en los diarios o en la radio estatal. La celebridad de Obra 0 —para empezar, la suya, pensó Angamos al enterarse de que la lectura tendría lugar— quedaría asegurada.

Gonzalo Trafalgar pudo comprobar entre bastidores, frotándose las manos, que todo marchaba sobre ruedas en el flamante «santuario de las bellas artes» —la frase era de Fredo Pipa—, donde el público esperaba con impaciencia el duelo singular. Constata una sola imperfección en este mecanismo bien coordinado. El telón de boca, de estilo alemán, al ser bajado, producía un ruido de poleas. Quizás necesitaban ser aceitadas. Iba a señalarlo al intendente. Pareces una alegoría de la felicidad, le dijo alguien. Se escuchaban algunas toses en la sala. Y murmullos. Unos aplausos, más fuertes cuando la claque de Obra 0 se animó al aparecer su líder, levitando de placer, en el entablado. Mañuco Veronal, seguido de Manolo Cienfuegos, no menos aplaudido, entra en escena agitando las manos. El himno nacional, puesto a tope para recibirlos, acalla los aplausos y pone a todo el mundo de pie, la mano derecha sobre el corazón. (La costumbre, paradójicamente, había sido importada de Estados Unidos por una junta militar antiamericana). El poeta yanqui Clayton Eshleman, afincado por esa época en Otrora, en signo de respeto deja de masticar el *popcorn* que preparaba él mismo en la cocina de su casa y transportaba en una bolsa de papel a donde fuera. Algunos sospechaban que ese era su único alimento. Hacía poco, durante la proyección de *El silencio,* de Bergman, en un cine club, Myria se había visto obligada, pese a los pellizcos de Laslo, a pedirle a Eshleman que dejara de hacer ruido. El yanqui se disculpó y no volvió a tocar sus palomitas de maíz hasta que la película acabó. A él se le debe la primera, y única, traducción al inglés de Yuri Copernico.

Laslo y Myria, retrasados, se resignan a mantenerse de pie no lejos de la entrada, la espalda de ella apoyada en el pecho de él. Trafalgar, en el centro del

escenario, acerca su boca al micro, un papel en la mano derecha. Fredo Pipa le ha preparado un corto discurso que destaca la orgullosa identidad cultural del indómito pueblo pasadeño, el cual, bajo la dirección de sus preclaras autoridades revolucionarias, distingue esta noche a dos de sus vates más prominentes, orgullo de las letras del planeta, Manolo Cienfuegos y Mañuco Veronal. Tal el público del coliseo romano, vosotros deberéis elegir, con vuestros aplausos, al triunfador de esta justa entre dos gladiadores del verbo. Que gane el mejor, exclama Trafalgar cediendo el micro a Cienfuegos, programado para leer primero. Cienfuegos inclina la cabeza, canchero. Dice con humor a pedido del público empezaré por un poema que voy a dedicar a todos los maridos abandonados (aquel que dice: «Desde que me dejaste / las hojas de afeitar me duran más»). Concluye su lectura media hora después leyendo dos poemas de su libro premiado en La Habana, *Cementerio de elefantes,* una primicia, el poemario aún no está en venta en Otrora. Cienfuegos agradece con una venia la ovación del respetable al terminar su lectura y Mañuco Veronal, para no pasar por envidioso, aplaude hidalgamente, dos o tres golpecitos con las yemas de los dedos en su palma abierta, tampoco quería exagerar. Toma el micro que Manolo Cienfuegos le cede con una venia acompañada de una sonrisa cachacienta. Prueba el sonido y ajusta la altura del soporte, Cienfuegos le lleva diez centímetros. Dice buenas noches, señoras y señores. Si han creído haber estado escuchando poesía se equivocan. ¿Quieren poesía? ¡¿Sí?! Díganlo más fuerte. ¡¡¡Sí!!! Más fuerte. ¡¡¡¡¡¡Sí!!!!! Ya. El recital recién comienza ahora, proclama. Y se pone a leer ese poema que dice: «Me siento huérfano cuando no estoy contigo / y no puedo oler los perfumes de tu calzón». La claque de Obra 0 aplaude a rabiar. Myria, los labios en trompa, muy cerca de la salida, donde siguen de pie, aprieta la mano de Laslo. Le murmura en el oído, ¿crees que se refiere al calzón de su mamá?, no se lo cambiará muy a menudo. Laslo suelta una carcajada. Lo que sigue no debe de ser mejor, está por replicar.

Un hombre uniformado de infante de marina, armado de una pistola, saliendo de la nada, se acerca al escenario, levanta a medias el brazo derecho, apunta cerrando un ojo y dispara dos veces. Veronal se desploma al segundo tiro, el vientre manchado de sangre, el rostro deformado por una mueca. El público, paralizado por la primera detonación, temiendo una masacre, echa a correr hacia la salida, pisoteando cuanto se le pone en el camino. La claque de obraceristas se abalanza de montón sobre el asesino, lo aplasta contra el suelo, los más furibundos le sueltan una andanada de trompadas y puntapiés. Todos

gritan, al unísono, ¡ha matado a Dios! ¡Ha matado a Dios! La noticia se expande por todo el recinto y gana la calle en un santiamén. Mañuco Veronal, muerto o agonizante, no se sabía muy bien —los poetas que acudieron a socorrerlo lo tapaban con sus cuerpos— es evacuado enseguida. Al desmandarse, el público, que grita, ¡están armados!, ¡hay muertos!, siembra el pánico en las calles aledañas al PCCAC, provocando una marea humana. Los desprevenidos peatones creen estar envueltos en una insurrección popular o en la represión brutal de un mitin o una huelga. Corren para alejarse del epicentro toreando a los autos. Los vendedores de biscochos y de emoliente buscan un lugar seguro para su mercadería. Las cortinas metálicas de los comercios —algunos quedaban abiertos hasta la medianoche— son bajadas por sus propietarios, que temen desmanes. Se arma un pandemonio, ¡en pleno centro histórico, barrio de los ministerios, de algunas embajadas y del palacio arzobispal!

La incontrolable estampida frustra los planes de Veronal, conocidos solo por un puñado de confidentes, Tito Querubín, Virgilio Babilón, Willy Demorado, uno o dos obraceristas más. Todo ha obedecido a un maquiavélico plan. Veronal había enrolado a un cómplice, Nietzsche Sifuentes, un ex Poeta del Pueblo y exguerrillero dispuesto a todo con tal de ser cooptado por Obra 0. Sifuentes, vestido de infante de marina, emergería del público a una señal y se acercaría al escenario apuntando a Veronal con una pistola. Los poetas obraceristas se precipitarían sobre el pistolero al segundo disparo a los gritos de «¡Ha matado a Dios!» y fingirían molerlo a golpes. Actuaron con tanta convicción que por poco no lo enviaron al más allá. Mañuco Veronal debía ser evacuado enseguida y su muerte debía ser anunciada *urbi et orbi.* «Dios» resucitaría al tercer día en casa de quien iría a convertirse en su esposa poco después. Pía era la encargada de organizar el velatorio. Con periodistas de todos los medios cubriendo el funeral, él emergería del ataúd exclamando, los brazos abiertos en cruz, «Ecce homo». Se había pasado la semana previa al recital aprendiendo de memoria el latinajo. Su resurrección signaría la muerte poética de Manolo Cienfuegos y su propia entronización como nuevo profeta de la poesía pasadeña.

Lo que Mañuco Veronal no previó, envanecido por la originalidad de su acto *dadaísta,* es que los disparos, hechos en un recinto cerrado con un arma de fogueo prestada por Gordon Califa —la sangre era la pulpa de un tomate aplastado por Veronal cuando Nietzsche Sifuentes le disparó—, convertirían la farsa en tragicomedia. Las fuerzas policiales la tomaron por una revuelta contra

la revolución equidistante del capitalismo y del comunismo e intervinieron con desmedida brutalidad. Se unió a ellas un contingente especial de la guardia de asalto, armado hasta los dientes, apostado a tres cuadras del PCCAC, en el ministerio de Asuntos Externos, donde, con todos los honores, era recibido Raúl Roa, ministro de Exteriores de Cuba, dictadura con la cual los equidistantes militares pasadeños mantenían buenas relaciones. Juntos rompieron cabezas y narices. El pandemonio, por sus repercusiones diplomáticas y sociales, costó el puesto a Gonzalo Trafalgar. Trafalgar arrastró en su desgracia a Fredo Pipa. Varios obraceristas fueron arrestados. Mañuco Veronal —frustrados el velatorio y la resurrección— tuvo que hacerse el muerto, escondido en casa de Gordon Califa, hasta que la situación se calmó.

Laslo tenía en la punta de la lengua su frase «Lo que sigue no debe de ser mejor» al momento de restallar los tiros. Jaló a Myria y la arrastró a la puerta sin preocuparse por saber si detrás dejaban muertos, heridos. Ya en la calle, tomando por unos jirones laterales poco frecuentados, se dirigen al bar Iruña —el situado detrás del Palacio de Gobierno, hay otro en el balneario donde vive ella, más exclusivo— a encontrarse con Cienfuegos, como convinieron antes de la lectura.

El autoproclamado vencedor de la contienda llega un cuarto de hora después en compañía de Clayton Eshleman. El yanqui ha perdido su bolsa de *popcorn* en la estampida. La soltó al tropezar con un bulto, casi llena, se lamenta reviviendo la huida. Afirma no haber corrido tanto desde la manifestación contra la guerra de Vietnam en octubre de 1967 en Washington. Se han sentado a una mesa que se acaba de liberar en medio de la sala. Las otras están ocupadas por un público muy diferente al del Saratoga. Abundan los ternos y las corbatas, los zapatos de tacón, los aretes de oro. Se puede aquí, insistiendo un poco, beber alcoholes extranjeros, cuya importación está prohibida en Otrora.

Debería enjuiciarte por comer *popcorn* en uno de mis recitales, ríe Manolo, resérvalo para los de Veronal. A ninguno le interesa la situación del susodicho. Ignoran si está muerto o si sobrevivió a la agresión. Ya lo sabrán mañana, cuando lean los diarios. ¿Seguirá siendo poeta consentido por sus padres? Manolo, Clayton y Myria piden *dry martinis,* Laslo un *black russian,* por ser más dulce. Bebe postres, se burla ella. A Eshleman se le da por hablar de la poesía de Yuri Copernico. Por primera vez, estaba siendo traducido al inglés. Sus versos, salpicados de palabras inventadas por él, no se prestaban a la traducción. Cienfuegos lo aborrecía. Afirmaba si se le pedía su opinión que su

expresión era patética y llorosa. Se atribuía el apodo «Lloros» con el cual gratificaba al autor de «Mudas tristezas». Con su desprecio causaba indignación entre los adoradores del Dante local, más de la mitad de la población pasadeña alfabeta, que por lo general no lo ha leído. Este rechazo personal ocultaba otra razón. Manolo Cienfuegos no consentía que se hablase en su presencia de un poeta que no fuese él, y tratándose de él prefería los ditirambos a los elogios.

Myria ha ido a la barra a comprar cigarrillos. Vuelve a la mesa con su cajetilla de Lucky Strike de contrabando. Uno, encendido, humea en sus labios. La lumbre avivada por la aspiración del tabaco hace pensar a Laslo en la luz de un faro destellando en la noche. Era reconfortante para él pensar en ese punto rojo como en la señal del puerto en el que acostaba su vida. La contempla con devoción cuando, alzando la barbilla para que se le haga lugar, ella se reintegra al grupo que no ha dejado de controlar desde la barra. Aunque lo quisiese, no le era posible, siquiera unos instantes, desentenderse de Laslo. Por primera vez pertenezco a alguien, quiere decirle él. (Mentirle, piensa Caligari: había pertenecido antes a Ada). En lugar de ello aprieta su vaso vacío y lo desliza por el tablero hasta arrimarlo al de su enamorada. Eshleman ha posado sobre la mesa unos folios mecanografiados. Contienen traducciones de varios poemas de Yuri Copernico; de su segundo poemario, *Luzmel,* el más hermético. Mallarmeano, en opinión de muchos críticos. Algunos versos mostraban correcciones hechas por él con lápiz rojo. El americano querría conocer la opinión de Manolo Cienfuegos acerca de sus versiones. Duda en particular de su traducción de ciertos idiotismos que cree no haber comprendido muy bien. Querría asimismo recabar la opinión de Laslo. *You write poetry, I believe?,* le pregunta volviendo la cara hacia él. Quizás lo haga por pura cortesía. ¿Alguien sabe qué hora puede ser?, pregunta Cienfuegos buscando una excusa para marcharse.

Ya van a dar las cuatro, constata Caligari activando su *smartphone.* Lo devuelve al tablado de la terraza, al pie de la tumbona, donde lo mantenía acostado tal un perrito faldero. Uno que, si le pulsa la pantalla, le da la hora. El celular ha relegado su reloj de pulsera a la gaveta de las antiguallas, junto a la cámara fotográfica y al *walkman,* artefactos de un siglo cancelado, de un tiempo que no volverá. Tampoco volverán sus horas pasadas cara al cielo. Eran alrededor de las 9 am cuando se instaló en la tumbona a pensar. Se le han ido la mañana y la mitad de la tarde en sus elucubraciones. Estas se interrumpieron en un

punto crucial cuando él se dio una puñada en la frente: nunca habían hablado en Otrora de su frigidez. Quizás fuera ese nuestro error, ha pensado, recordando la disputa en casa de Sandro Botticelli, los reproches de Myria a su desconsideración cuando Laslo la penetraba sin preocuparse por el placer de ella. Había deducido su frigidez de la ausencia de lubricación de las paredes de la vagina, que volvían el acto sexual un poquito penoso. Él debía esperar a que su líquido seminal la humedeciera para convertir la penetración en un acto placentero. Ya dentro, actuaba como si el placer fuese mutuo. Entregado a la satisfacción de su deseo, olvidaba su certidumbre de que ella era frígida y esto suprimía toda búsqueda de un remedio a la sequía. La certidumbre regresaba una vez terminado el trote, abreviado con el fin de no hastiarla. Él dejaba de hincarle las espuelas, descabalgaba, secaba su espalda y el pecho en las sábanas y, colocándose de lado, todavía jadeante, las rodillas tocando los muslos de Myria, le preguntaba si le había hecho yaya. Y entonces deslizaba sus labios por el busto de ella y, dándole un beso en el vientre, le decía, como a los niños, ya no te va a doler.

Jamás se le ocurrió que quizás eso que eufemísticamente llamaba su «inconveniente» o su «inhibición» podía no ser un estado, sino un episodio. Un estado episódico y no una maldición. En los años 70, las feministas del MLF afirmaban: «*Il n'y a pas de femme frigide, mais des femmes mal baisées*» («No hay mujer frígida, solo mujeres mal cogidas»), variante cruda de una frase más benevolente, y anterior, de Boris Vian: «*Il n'y a pas de femme frigide, que des hommes maladroits*» («No hay mujer frígida, únicamente hombres torpes»). Así como Caligari ya no sabe si Myria era de verdad mitómana, ya no está seguro de que sufriese de astenia sexual. Podía ser todo resultado de su impericia (de Laslo), perpetuada por esa obsesión machista por el sexo femenino, que una verga digna debe saber penetrar a cualquier precio. El humorista francés Coluche había sabido mofarse, con humor rabelaisiano, de esta fijación masculina jugando con el sentido de la proposición «*Il n'y a pas de femme frigide...*», completándola con un «*Il n'y a que des mauvaises langues*» («No hay más que malas lenguas»). La humorada ponía el dedo en la llaga del orgullo machista al elevar la lengua a la calidad de órgano sexual comparable, hasta en su ineptitud, con la verga. (En el juego de palabras, «mala lengua» conserva su sentido primario de maledicencia). En la broma de Coluche, el hombre va a la batalla con un arma plebiscitada por las lesbianas y subliminalmente le quita hierro al pene, presentándolo como un órgano prescindible en el acto sexual. Es más, piensa Caligari prolongando su

razonamiento, la erección tampoco es condición *sine qua non* del orgasmo masculino. Se puede gozar estando el pene flácido. Por si fuera poco, la ciencia —pese a no ser ya portadora de utopías—, gracias al Viagra y a sus sucedáneos, está derrumbando la estatua ecuestre erigida a una modesta tripita que también sirve, más pedestremente, para hacer pis. Hoy quien quiera una erección puede tenerla, si puede pagarse el medicamento. Y aquellos a quienes no les funciona el Viagra no deben desesperar, hay inyecciones intracavernosas y/o gotas introducidas en la uretra como alternativa. Si todo esto fracasa, queda un último recurso: la prótesis peniana. De silicona —la semierección es permanente, cuidado— y/o con bomba dosificadora. En ambos casos, si se está por tomar el avión y se debe pasar el pórtico de control, tranquilos, el fabricante garantiza que el implante no va a desencadenar la alarma.

Por el momento, estos milagros están reservados a los varones. La ciencia no ha sabido fabricar hasta ahora un Viagra eficaz para la mujer. El funcionamiento sexual femenino es más complejo, más sutil que el del hombre, y la consecuencia es esta falta de resultados, se podría deducir de esta incapacidad. En el varón, el desafío es transformar el masmelo en barra de regaliz. El objetivo, restaurar la dignidad del órgano. Si consecuencia colateral es el goce, tanto mejor. Si no, lo principal está hecho: el palo ya no es de gelatina y ahora puede presumir de su vigor. En la mujer, el desafío no es hacerle desarrollar a ella un clítoris gigantesco, es quebrar sus inhibiciones para inducirla al orgasmo o, por lo menos, abrir las compuertas al placer. Si esta búsqueda en laboratorio de un «Viagra femenino» existe, quiere decir que, contrariamente a los dichos *(Il n'ya pas de femme frigide…),* la astenia sexual es una realidad en la mujer ni más ni menos que en el hombre, y tal vez, en muchos casos, insuperable. Bien podía Myria entrar en esta categoría de frígidas sin remedio. Aun si fuera así, piensa Caligari, de nuevo atraído por la pareja de palomas que zurea en la acacia —la misma de esta mañana, quiere creer—, en la cama Laslo resultó para ella un pésimo amante. Es indudable que Myria puso más expectativas en él que en ningún otro hombre porque, a diferencia de sus otras conquistas —a Laslo solo le constaba una: Manito von Nadir—, de él estaba enamorada. Su decepción debe de haber sido peor. Y desesperante. Si no sentía placer haciendo el amor con el hombre que amaba, ¿podría llegar a sentir placer algún día? Caligari se ha convencido de que Myria se habría entregado, de una vez y para siempre, incondicionalmente, al primer hombre que le hubiese procurado un orgasmo con todas las de la ley.

Levanta los ojos al cielo y sigue el vuelo de la pareja de palomas, de regreso

a las ramas de la acacia. Nada, aparentemente, perturba su armonía conyugal. La etiología moderna ha roto con la idea de que en los animales el sexo se limita a la reproducción. Se ha observado que el conejo doméstico cae, durante el orgasmo, en un estado cercano al de la catalepsia. Esta lo hace permanecer tumbado, inmóvil, junto a su coneja, el pene mantenido largo rato en su vagina. Un estado semejante al de la *petite mort* en los humanos. ¿Las palomas, que no son mamíferos ni polígamas, sienten placer al aparearse en su rama, si es allí que lo hacen? ¿Podrían pasar una vida unidas sin experimentar un momento de goce? Pueden estar horas en el árbol. Sin tener una noción del tiempo que pasa, probablemente. Del tiempo que les queda. No necesitan relojes ni calendarios.

¿Tendrán memoria de los días transcurridos?, o sea, ¿tendrán pasado y no solo presente? ¿Han desarrollado una conciencia de su propia muerte? Etiólogos han observado que los monos capuchinos, especie de simios centraomericana, se recogen en silencio ante el cadáver de sus congéneres. ¿Recordarán en ese momento hechos relevantes de la vida del difunto? Lo que ocurre en su cerebro mientras se recogen es un misterio para nosotros. Dan la impresión de saber que se encuentran ante una pérdida irreparable. Probablemente asuman la muerte como algo contingente y no como el destino final de toda vida, y esto los libre del miedo, metafísico, a Átropos, un temor típicamente humano. Quien no conoce la muerte es, a su modo, inmortal. Su existencia no está determinada por la conciencia de su finitud, vive en el ilimitado presente, inmerso en su acaecer. No sabe de pasado y de futuro, de angustias relacionadas con lo ido y alimentadas por lo que vendrá. Solo sabe del aquí y del ahora. Para nosotros, humanos, pasado y presente están imbricados. Los muertos se reflejan en nuestra vida cotidiana. En cambio, mientras haya futuro, habrá vida. Es lo que llamamos el porvenir, eso que no podemos conocer porque todavía no ha llegado. *Porvenir* tiene una connotación positiva, como cuando una madre le dice a su hijo «Piensa en tu porvenir». *Futuro* es un término más neutro. Señala lo que acaecerá y, en un hombre de la edad de Caligari, el tiempo que le queda.

Muy joven, volviendo Laslo en un autocar de Santiago a Otrora, uno de los pasajeros, un paquistaní de mediana edad y estatura, de piel cetrina, terno azul marino, para distraer a sus compañeros de viaje, les leía las líneas de la mano. Cuando llegó su turno, tras observar el surco bien marcado que delimitaba su Monte de Venus, el paquistaní le predijo que llegaría a los cien años. Le hizo otras predicciones. Caligari ya no las recuerda. Laslo solo retuvo

que viviría un siglo.

Un siglo. ¿Qué es un siglo? Entre su regreso de Chile y el recuerdo de ese viaje, acostado esta tarde en la tumbona, ha transcurrido más de la mitad de una centuria. Y la segunda mitad de esta mitad ha pasado con más rapidez que la primera. Antes, los años le duraban más. Ahora se precipitan hacia su término con la prisa de una bola de nieve, directamente proporcional a su volumen. Si la predicción del paquistaní fuese cierta, le quedarían a Caligari veintisiete años de vida. Estos pasarán con una rapidez proporcional a la edad: mientras más viejo, más cortos. El pasaporte británico y la *Carte de séjour* francesa de Caligari son válidos hasta 2028. Enero de ese año, el pasaporte; agosto, el documento de identidad. Los veintisiete se vuelven ocho. Y a la velocidad en que han de pasar, esos ocho le parecen no años, meses. Pronto, los meses le parecerán semanas; las semanas, días; estos, horas. El tiempo se contracta tanto al alcanzarse la edad de la vejez —se empezó a convertir en obsesión al cumplir setenta— que a veces le da la impresión de haber consumido casi todo su crédito de años. Le queda la calderilla en el fondo del bolsillo, presta a hacerse polvo en menos que canta un gallo.

Tercer movimiento

Esta perspectiva lo angustia, en serio, le va a arruinar el resto de la tarde si no consigue entretener su mente con algo práctico, apagando con esa acción el bullir de sus manos nerviosas. Elige recoger su *smartphone* del suelo para jugar con él unos minutos, lo que le tome evacuar la asociación tiempo/muerte de su cabeza y pensar en otra cosa. Será, un rato, el objeto *transicional* que no tuvo de chico. Nunca lo necesitó, pese a su temor a las sombras y a los ruidos nocturnos. El *smartphone* posee, se dice Caligari, frotando la pantallita contra su bermudas, antes de comenzar a utilizar sus aplicaciones —la frotación es un primer acto mediador—, la virtud de no necesitar pila. Su batería se recarga y el aparato puede ser utilizado mientras se está cargando. Tampoco se le debe dar cuerda para que le indique la hora. Cambia de hora en verano y en invierno por iniciativa propia. A veces difunde música obedeciendo a sus propias inclinaciones estéticas (las del *smartphone*). Ruidosa e inarmónica, para Caligari esa música industrial tiene menos atractivo que un concierto de cacerolas. No acaban allí las funciones del celular. Una de las más espectaculares es poder hacer charlar a dos y más personas por videoconferencia sin que deban emplear la voz para expresarse. Esto no es un invento, una breve concesión a la cienciaficción. Caligari lo ha visto con sus propios ojos en el metro de París, durante una visita a su familia.

Había bajado al andén en la estación Les Halles y, encontrando los asientos copados, rehusó el lugar que quiso cederle una chica compasiva. Bien erguido a fin de exhibir con orgullo su excelente estado físico, se dispuso a aguardar de pie la llegada de su tren. Para ejercitar un poco los pies cansados por la espera, al cabo de unos minutos se puso a recorrer lentamente el andén y en una de esas breves caminatas se dio con un joven que gesticulaba con elocuencia. Cuando acabó de gesticular, el joven mantuvo la mirada puesta en la pantallita de su móvil, acomodado en la mano izquierda. La derecha la mantenía suspendida, a la espera de volver a ser utilizada. Afirmaba o negaba con la cabeza, los ojos bien abiertos, y enseguida respondía a su interlocutor con una nueva tanda de signos dibujados con los dedos libres. Su interlocutor debía de hacer lo mismo, quién sabe dónde, en otra pantallita semejante. No

se enviaban mensajes escritos, nada tendría ello de original. Conversaban en alta voz, hacían suponer sus ademanes elocuentes. Por momentos acaso a gritos. Y gracias a la magia de la videollamada, sin precisar su charla del más mínimo sonido. Las manos dibujaban un sonido mudo: la lengua de señas. Esta tiene la *ventaja,* valga la cursiva, sobre la oral, de que ningún ruido puede ahogarla y de tampoco producir ruido ninguno. Al hablar, los sordomudos no molestan a nadie, a diferencia de esa gente que toma asiento en el metro y, sin preocuparse por sus vecinos, habla a voz en cuello por su celular con alguien que le responde a voz en cuello quizás desde otro lugar del planeta, de modo que todo el vagón se entera, sin haberlo pedido, de la vida y milagros de dos desconocidos y esto hallándose solo uno de los interlocutores físicamente presente en el vagón.

Hacía cincuenta años todo esto no existía, ni tampoco las redes sociales. A Myria quizás le habría resultado más difícil romper con Laslo de haber existido estos dispositivos. Él podría haberla llamado, a ella directamente, sin pasar por la línea fija ni sufrir las injerencias maternas. Podía haberle enviado SMS y MMS a toda hora del día y de la noche para hacer flaquear su determinación (añadir, por si no basta, la presión que podían haber ejercido sobre ella *likes* y *emojis* subidos a su FB por ilustres desconocidos rebosantes de solidaridad con él). Laslo podría haberle expresado a través de Messenger, Instagram, Twitter y demás su amor y su desolación por haberla perdido en lugar de verse obligado a usar el muro de un club de jai-alai situado frente a su edificio (de ella) para escribir en él con pintura verde y en letras mayúsculas ¡MYRIA TE AMO!, ¡VUELVE A MÍ!, exponiendo su infortunio ante todo el vecindario. La habría enredado en la telaraña multimediática de su pasión sin someterla a las reconvenciones de su madre.

La *signora* se había disgustado mucho por el giro, público, *nel nostro quartiere!,* tomado por esta ruptura, no obstante haber ella obrado en su favor con una constancia que revelaba menos una animadversión por Laslo que una oposición irracional a toda tentativa de su hija de sostener una relación estable y duradera. El amor expresado por él con tanta torturada vehemencia e ingenua perseverancia debía allanar, en toda persona de buena voluntad —inclusive la *signora,* mujer y madre al fin—, cualquier duda acerca de sus nobles intenciones. La derrota en este combate sentimental lo condujo una noche al borde del llamado Socavón del Fraile, romántico rinconcito muy apreciado por los suicidas pasadeños, quienes iban allí en busca de definitivo solaz. Lo salvó de convertirse en noticia de portada el haber sido capaz de

oponer la resistencia de sus pies horrorizados al poder magnético del abismo. Cincuenta metros más abajo, el mar se arrojaba con furia contra el acantilado. Caligari imputa a esta dolorosa ruptura con Myria el hundimiento de su capacidad amatoria, mermada por la activación a ultranza del cauterizador principio de realidad.

Está cambiando de lugar el azucarero de vidrio con pico de metal niquelado. Va a escribir para *El Globo* tres artículos por semana acerca de una exposición, un libro, una película, le está contando a Myria. Se han instalado a una mesa del Palace. Quizás la vida cultural de Otrora no diese para tanto, añade, habrá que dar pruebas de imaginación e iniciativa. Algunos de los artículos podrán adoptar la forma de una entrevista si la oportunidad se presenta: un intelectual de nota, un artista extranjero de visita en la capital pasadeña, un científico. La cosa se le complicaría si se tratase de un científico. Su labor comprenderá también la redacción de notas cortas relacionadas con la agenda cultural. La remuneración inicial no será extravagante. Laslo murmura un monto en virreyes, aún no se acostumbra a contar en revolucionarios, la inflación los está desvalorizando. Vuelve a desplazar el azucarero para hacer sitio al pedido, transportado en un azafate redondo sostenido en la palma de la mano, a la altura de la cabeza, por un hombre bajito, regordete, de camisa blanca y pantalón negro y lustroso. Mejorará si Laslo pasa el período de prueba y se convierte en periodista de planta. De dar satisfacción, le dijo su primo en las oficinas del diario, haciendo sordina con una mano —en los pasillos abundan los chivatos, le previno, esta información es confidencial—, podría ascender rápidamente a subjefe de la página cultural. Y más tarde, contando con su apoyo y el de su familia, ocupar la dirección del suplemento dominical. Su actual responsable, impuesto por la dictadura, no es eterno. Los militares tampoco, le dijo Cuno bajando de nuevo la voz. Ser trilingüe y, por el lado materno, un descendiente de Arsenio María Tolomeo, le dará una neta ventaja sobre los otros redactores el día que el diario, ocurrirá tarde o temprano, sea devuelto a sus verdaderos propietarios. Nosotros, decía la expresión de su primo. Debía sacar provecho de este capital.

¿Ah, sí? (o, ¿así?), ha replicado ella arañando su tarta con el tenedor de alpaca y llevándose a la boca el copo de merengue atrapado en los dientes de la pala. Laslo, desconcertado, se desanuda la corbata, tira de ella y la hace desaparecer en un bolsillo de la chaqueta, es reacio a su uso. Reserva esta cuerda azul —o roja, tiene dos— para las grandes ocasiones. ¿Qué habrá querido decir Myria? Si la indiferencia que denotan su voz y su mirada

traducen un *Io me ne frego* formulado por su mente, tal vez a él le tocaría reaccionar con más convicción. Debería transmitir entusiasmo por la propuesta de Cuno aunque no lo sienta. No haría mal en repetir punto por punto la propuesta de su primo subrayando muy particularmente la perspectiva de ser ascendido a jefe del servicio cultural dentro de poco tiempo. Posición de influencia que abre la puerta del éxito profesional. El suplemento publicado los domingos es único en su género en Otrora. Quien lo controla levanta o baja el pulgar a publicaciones, conciertos o exposiciones, labra o destruye la reputación de un artista. La perspectiva de ocupar un puesto de poder en el mundo de la cultura debería causar en ella el efecto de un rubí en el dedo. La exposición hecha por él de este porvenir maravilloso la ha dejado, si Laslo puede leer en su seso a partir de su semblante, algo mortificada. ¿Será por su inconsecuencia? Cuando lo conoció, a ella le atrajo su aura de combatiente de Mayo del 68 nimbada de temeridad. Lo imaginaba rebelde, iconoclasta. ¿Habría sido todo una pose cuyo único fin fue seducirla? Y de corta duración, pues el Mayo francés databa de hacía apenas un año y el encuentro de ambos en Omaha Beach de hace pocos meses. También es verdad que el saberlo dispuesto a arrojar por la borda, a cambio de su amor, pasado y principios podría halagarla.

El humo de sus cafés se disipa en el aire. Cuanto han estado pensando se extravía en sus cabezas antes de llegar a ser formulado. Ella juega con su tenedor golpeando el platillo con su pala. Él busca en la mesa su servilleta... y la tiene puesta en las rodillas. Laslo ya no sabe qué está bien ni qué está mal. Se hallan sentados a una mesa algo apartada para preservar su intimidad. Ni el uno ni el otro prestan atención a una foto de la primera actriz pasadeña colgada en la pared contigua, obra de un profesional. Lleva una firma ilegible. Otras fotos de dimensiones similares ornan las paredes: retratos de cantantes, de actores, de futbolistas. De un boxeador pasadeño famoso, mostrado de medio perfil, los puños en guardia, las rodillas ligeramente dobladas. Fue durante años el delfín de Harold Johnson, quien nunca le acordó un combate por el título mundial de los semipesados. Un desprendimiento de la retina puso punto final a su carrera. Esta frustración lo convirtió en ídolo nacional. La del último virrey, de proporciones gigantescas y a todo color, fue, luego de la toma del poder por los militares, retirada del muro. Allí ha dejado una mancha amarillenta que la foto del jefe de los golpistas, un gorila con cierta sensibilidad social, hincado ante una campesina despavorida, no consigue cubrir por completo.

Laslo bebe un sorbo de su café americano, posa la taza en el platillo negro y acerca su sándwich, algo frío, a la boca. Espera a que Myria hinque tenedor y cuchillo en su tarta de limón. Ella sigue jugando con los cubiertos, no da la impresión de tener mucha prisa. Cerca de la puerta, dos aedas de prósperos vientres y gafas escandalosamente doradas comentan, acodados en una mesa, el libro premiado de Manolo Cienfuegos. Acaba de ser puesto en venta en Otrora, el Recital del Siglo ha apresurado su llegada a librerías. El que les da cara, al reparar en ellos, se cruza los labios con un dedo, pide discreción a su colega señalando a los enamorados, conocen de la amistad de estos con el aludido. No tendrían por qué mortificarse. Myria, ajena a sus murmullos, luego de una larga reflexión está resumiendo en voz alta la nueva situación laboral de Laslo. Concluye suspirando dará para pagar el tabaco y los cafés... Al principio, digo, trata, sin mucha fortuna, de corregir su observación. No ha querido ser injusta, querría de verdad mostrar agrado por la buena noticia. ¿No pretendía haber estado esperándola como se espera el sol cuando llueve? Saborear su tarta le hace interrumpir su reflexión y le ofrece un breve respiro. Ha advertido el disgusto de Laslo. A él no se le ha escapado la repulsa con que ella ha reaccionado. Sacudiendo la cabeza, las manos crispadas, devuelve al platillo, casi intacto, su mixto caliente. Teme comunicarle su horario de trabajo, de 10 a. m. a 6 p. m., cinco días por semana, más un sábado y domingo de cada tres, me ha dicho mi primo, empiezas mañana. Myria ha fruncido la boca, defraudada. En adelante tendrían que contar las horas, los minutos, hasta los segundos de cada encuentro. Iban a parecer citas clandestinas en horas robadas a su actividad principal, el periodismo. Ya no seré tu prioridad, se queja removiendo su café con leche. Lo toma sin azúcar; para preservar mi línea política, suele bromear si está de mejor humor. Y no iban a poder contar más con el departamento de Quepa Barahona, solo disponible en horas de oficina. ¿Se le ocurre una alternativa? No, responde él, ninguna. Se le ha ido formando una arruga entre las cejas. Myria no sabe si es de inquietud o de cólera.

Tampoco ella parece saber lo que quiere. Laslo la nota cambiada, arisca desde la noche del recital. ¿Será todo un ardid para romper? Es él quien hostiga llamándola ahora por teléfono para controlarla, quien pierde los papeles cuando descubre —o cree descubrir— una sonrisa desplazada, un retraso inexplicable, una contradicción en su empleo del tiempo. Tampoco a él le hace mucha gracia trabajar cinco días por semana por un sueldo franciscano, al menos al comienzo, el período de prueba dura tres meses. Figurarse

separado de Myria ocho horas diarias le produce pesadillas. Las jornadas incluso pueden ser más largas de presentarse un contratiempo o un imprevisto: una baja, la muerte súbita de alguna personalidad, un accidente. Una redacción no es una tienda con horarios fijos, más se parece a un hospital, le había dicho Cuno dando por sentado que su primo no debía de saberlo. Le acababa de mostrar el Servicio de Cultura, arrinconado en una pieza sin ventanas, demasiado pequeña hasta para un desván. Si Myria le dijese, cambiando de parecer de sopetón, arroja la toalla, Laslo, volverían a foja cero, a menos de cero por haber echado ambos al traste 1) una oportunidad muy favorable si él juega bien sus bazas, 2) su reputación de rebelde, mal ganada. Myria podría entonces clamar, utilizando este especioso argumento, que Laslo ha resultado un conformista.

El camarero se ha acercado para recoger los platillos y las tazas y de paso preguntar si quieren algo más. No, nada, dice él. Myria muestra su tarta, aún no la he terminado, haciendo un elocuente ademán de desagrado. Se esfuerza por demostrar que disfruta de esa masa blanca, amarilla y beis que en Otrora llaman pai (del inglés *pie*). Está muy rica, prueba, le dice ella para congraciarse con Laslo. Al mismo tiempo retira con la lengua una migaja de merengue adherida a sus labios. Laslo ha renunciado a su mixto caliente. El segundo triángulo del sándwich está intacto. Acerca su platillo al azucarero para que el mozo se lo lleve cuando vuelva con el *ticket* de caja. Es él quien invita por primera vez en varias semanas. Buen síntoma, se dice Myria tratando de enmendarle el rumbo a su humor sombrío. Están sentados cara a cara. Deslizando el brazo a través de la mesa ella enlaza una de las manos de Laslo. No lo había hecho hasta ahora.

Está frotándose los ojos, deslumbrados por la luz blanca, muy agresiva, encendida por el detector de movimientos de la cochera. Los cerró unos minutos en el corto trayecto entre el domicilio de Alessia Calabrese y el hogar de los Ferretti. Le vuelve a ofrecer un bocado de su tarta de limón, precariamente montado en la pala del pequeño tenedor de alpaca, que acerca a su boca. Si se abrigan bien, van a poder los dos acomodarse en la terraza, bajo el alero de tejas, en cuanto trasladen allí dos de las seis tumbonas plegables guardadas hasta mediados de primavera en el cobertizo del jardín. La madre de Myria no bajará a entremeterse, su dormitorio se encuentra en el lado opuesto de la casa, el que da a la calle. No escuchará nada. Ya estará acostada cuando ellos suban a sus habitaciones. Con un poquito de suerte ya se habrá dormido y no espiará sus movimientos y sus voces. Estará soñando que asfixia a su hija

oprimiéndole el cuello con los muslos al salir de su vientre. Espérame en la terraza, le dice Myria. Las luces del cuarto de sus padres están apagadas, algo inhabitual a esa hora. Aún no son las diez y media de la noche. Su madre rara vez recitaba sus plegarias, hincada al lado de su cama, antes de las once. Escucha a través de la hoja la respiración fuerte de su padre. Umberto Ferretti todavía no empezaba a roncar. Cuando lo haga, sus ronquidos atravesarán las paredes y su esposa, si se despierta, recurrirá a los tapones para los oídos, sin los cuales le sería imposible volver a conciliar el sueño. Myria abre la puerta con cuidado para evitar los chirridos. Podría asfixiarla con una almohada. Su padre, aturdido por sus medicamentos, no se apercibiría del crimen. La asesinada duerme en la penumbra. En posición decúbito dorsal, diría el parte policial. Debido a la oscuridad, Myria no puede ver la escena del crimen con precisión. Por el momento, su madre duerme plácidamente. ¿La mató usted? No, señor inspector, ha sido mi novio.

Ha optado por salvarlo a él de la prisión perdonando la vida a la *signora.* Deja la pieza de sus padres y se dirige al despacho situado al final del pasillo. Saca un bloc de papel de cartas, un sobre aéreo y un estuche de cuero para lápices de una de las gavetas del escritorio. Del armario empotrado del cuarto de huéspedes saca dos mantas escocesas de lana merino, las van a necesitar, la noche está húmeda. Vuelve a la terraza con las mantas plegadas en cuatro colgando de uno de los antebrazos, la mano derecha tiene cogido el estuche y los papeles. La manta de motivos verdes será para él. Ella se abrigará con la del tartán de motivos rojos, su color preferido. Ya no recuerda a qué clan escocés corresponde cada uno. Lo supo al comprarlas, no hace tanto, en la isla de Skye, durante una visita a Escocia en compañía de Girolamo Lippi, el jugador del Bolonia, cuando este prometía trono de marfil, corona engastada de diamantes y cetro de oro. La corona empezó a perder sus piedras preciosas en el vuelo de regreso y al cetro se le cayó el enchapado antes de que pasaran los controles del aeropuerto de Milano-Linate discutiendo a cajas destempladas. Del trono no quedaban ni las clavijas cuando llegaron a Reggio nell'Emilia en el Alfa Romeo de Lippi y Myria se apeó frente a su casa y extrajo su equipaje de la maletera sin la ayuda de él. El futbolista siguió la operación por el retrovisor, las manos impacientes prendidas del volante. El coche arrancó como una tromba no bien la portezuela se cerró.

Laslo ha ido a buscar las tumbonas en el cobertizo, siguiendo sus instrucciones, y ahora, apoyado en la baranda de madera, contempla el cielo negro, las nubes lentas, las escasas estrellas. Lo delectan los sonidos cristalinos

de la noche, tan diferentes al estruendo nocturno de París. El retorno de Myria interrumpe sus divagaciones. Quizás él sepa a qué clan corresponde cada manta, pregunta ella. Sí, claro. El tartán de fondo verde es del clan MacDonald. El de fondo rojo, del MacGregor, dos de los clanes escoceses más famosos, por eso lo sé. Laslo se cubre las piernas con la manta verde que le ha alcanzado ella. Las solapas de la chaqueta le protegen las orejas. Ella posa sobre su regazo la tablilla que recogió en la cocina al bajar de su cuarto cargada con el bloc de papel de cartas y el estuche con los bolígrafos y el rotulador. La tablilla de madera es usada por su madre para archivar las recetas culinarias del semanario *Panorama,* al cual estaba abonada desde su fundación en 1962. Su hija ha apilado las hojas sueltas sobre el refrigerador al retirarlas de su soporte. Piensa darle un uso nuevo a la tablilla esta noche.

Quiere esperar a que una razonable intimidad se haya restablecido entre ella y Laslo, la charla con Alessia ha enfriado su acercamiento. En la conversación entrarán a tallar inevitablemente ciertos nombres, algunos no serán de grata recordación para él. Si se lo propusieran, cree ella, el pasado también les ofrecería un álbum inagotable de buenos recuerdos. Ambos tienen novedades que contar. Primero tú, lo anima Myria. A Laslo le cuesta salir de su modorra, le habla sin mirarla, como si prefiriese callar. Los Milhench viven en París, dice, comparten un departamento cerca de la torre Montparnasse, en un edificio situado al final de una calle sin salida, el impasse Montonnerre. Él suele reunirse con ellos en Chez Georges, un bar muy animado del Barrio Latino al que vamos una noche sí y otra también. (¿Me llevarás cuando vaya a verte?, preguntan los ojos de Myria, en vano). Los de Caligari se cierran un instante. Ha recostado la cabeza en el respaldo de la tumbona. Ella se siente obligada a explicarle su alejamiento, con Patty habían sido muy amigas, nos contábamos todo. Lo motivó un malentendido acerca de unos desnudos. Comprueba que Laslo no la está escuchando y se siente tentada de golpearle la puntera del zapato para espabilarlo. Prefiere preguntarle si se llegaron a confirmar las habladurías de Fredo Pipa, a quien Patty había dado largas. Saberse rechazado motivó su rencor. No es asunto mío, replica Laslo.

Se entera de que Toni Saturno, el actor de telenovelas, instalado, desde hace diez años, en Miami, sufre de una enfermedad rara conocida en Estados Unidos con el apelativo de cáncer de los homosexuales. Un flagelo conocido en Francia, dice Laslo, con el nombre de *Peste rose.* Él que era robusto, afirma Myria, interrumpiéndolo, es hoy un guiñapo, daría pena verlo, la piel cubierta de tumores. Los médicos lo han deshauciado. Se lo había contado Pimbolo, el

hermano de Angelo Cuneo, el poeta maldito. Ella mantiene correspondencia con Pimbolo. No de manera regular, le dice a Laslo. En Otrora la gente no suele practicar el género epistolar e incluso si lo quisiera sería imposible, el servicio pasadeño de correos es pésimo (destruido por los militares equidistantes, mejoró con el advenimiento del nuevo virreinato, hasta que su segmentación, con el propósito de volverlo más rentable, lo desorganizó por completo, se acuerda Caligari). Llega una carta de cada diez, exagera ella. Laslo recuerda bien a Pimbolo. Tenía su edad. Somos del mismo año, 1947. Trabó cierta amistad con él tras la ruptura. Vivía detrás del malecón, a unas tres cuadras de la casa de los Ferretti. Me mantenía al corriente de tus andanzas y en una ocasión le sirvió de posta. Myria no rechista cuando él menciona la misiva. Contenía en sus dos páginas escritas a mano una retahíla de promesas de enmienda. De haberlas cumplido todas, Laslo habría reducido su existencia a la de un animal de compañía. Esta noche repudia esas promesas y lamentos dictados por el desconsuelo. Él nada había tenido que hacerse perdonar, excepto haberla amado tanto. ¿Era eso un error o un delito? La carta no obtuvo respuesta. Dejamos de frecuentarnos en el momento en que la ruptura, al cabo de tres o cuatro meses que a él le parecieron años, se volvió definitiva. ¿Para qué invitarle Coca-Colas y batidos de chocolate o lúcuma en la Botica Francesa o en la cafetería de Sear's a fin de sonsacarle información, si no tenía ninguna?

A Myria parecía habérsela tragado la tierra. Laslo la buscó sin descanso, por todas partes. Nadie sabía nada de ella. No me hice la muerta, explica Myria, dejé de frecuentar el Saratoga, el Palace, me refugié en el Circolo Italiano, eso fue todo. Hace una pausa al ver que Laslo juega con sus dedos, quizás conmovido por recuerdos tristes, y al volver a la carga dice querer darle una sorpresa a Pimbolo. El gordo estaba anclado sin remedio en Otrora (donde debido a la crisis sucesiva a la caída del régimen militar y a la restauración a la mala de un virreinato corrupto todo se caía a pedazos, recuerda Caligari. Las arcas fiscales estaban vacías. Otrora capital se asemejó en ese período a una ciudad devastada por una guerra civil). Era probable que los Cuneo, privados de sus últimos recursos tras la muerte, hacía dos años, del señor Harpagón, víctima de una isquemia cerebral, no tuviesen ni para comer. Le va a gustar vernos de nuevo juntos, dice ella. No explica por qué.

Para escribirle es que se ha proveído de los útiles de escritorio. Saca un Paper Mate del estuche y juega con él pasándolo de un dedo a otro, del índice al meñique y viceversa, con gran destreza. Myria devuelve el bolígrafo al

estuche de cuero y posa la tablilla y los útiles en el suelo. Acaba de tener una nueva idea: enviarle una foto de nosotros aquí acompañando la misiva, será la prueba visual de este reencuentro. Está intentando, con cierta febrilidad —por poco no ha volcado su tumbona al ponerse de pie—, convertir esta noche, hasta ahora desperdiciada, en la primera piedra de un nuevo comienzo. La foto sería, si prospera el empeño, piensa Laslo, su cédula de identidad (de ambos). Viéndola alejarse, él ha vuelto a acomodar la manta en su regazo y, cubiertas por ella, estira las piernas, monta un pie en el otro y los hace oscilar a izquierda y a derecha. Le da por identificar, en el rompecabezas del cielo nocturno, la Estrella Polar, y desiste de inmediato. Su pensamiento vaga por otros espacios. Jutta-Ingrid tal vez esté de vuelta en París, buscándolo en los bares de Colonel Fabien y de Belleville, a cinco cuadras, luego de encontrar el departamento desierto y ninguna señal acerca de su paradero. Él no la esperaba hasta fin de mes, quién sabe más tarde si primero hacía ella una escala en Múnich para visitar a sus padres, los tiene algo olvidados desde que Camila acapara su vida social. Era propiamente imprevisible. Laslo saca de su billetera una foto a color de los dos tomada en el cementerio de canes de Lisboa, curiosidad ineludible para quien visita la capital portuguesa. Se la tomaron el año pasado. Están abrazados, mirando a la cámara activada por una turista austríaca que, gentilmente, se ofreció a retratarlos. La foto se presta a engaños. Dan en ella la impresión de ser una pareja de recién casados en plena luna de miel, su armonía parece completa. Algo hay de cierto: esa cuota de verdad sin la cual una representación solo puede ser una superchería. Myria y él nunca se habían tomado una foto juntos ni salieron en una foto de grupo. Ninguno de los dos podría, de ser ello necesario, ilustrar con una imagen ese corto e intenso idilio, está pensando Caligari, intrigado por esta ausencia. Habrán debido esperar a ser dos extraños para pensar en retratarse, en Reggio, a esas horas de la noche, como convendría a una pareja dispuesta a alimentar con sus imágenes un álbum de familia.

Myria ha volado a su cuarto —descalza, no quiere hacer ruido para no despertar a sus padres— y regresa, de puntillas, con una cámara Polaroid 600 culpable de haber inmortalizado escenas de su escapada romántica por tierras escocesas. Lamenta secretamente no haberlas enviado a la esposa legítima de Lippi en lugar de quemarlas en un arranque de despecho. Habrían procurado satisfacción a sus deseos de venganza. Al aparato ya no le funciona el *flash*. Lo constatan al posar ambos para la foto bajo el alero, las cabezas tocándose, sus sonrisas dibujando en sus caras dos lunas crecientes. La instantánea, un

cuadrado negro con sombras, es inservible. Deja ver, pide Laslo simulando que algo entiende de cámaras fotográficas. Se tendrá que contentar con la carta, dice Myria, resignada a no poder enviar, o conservar, la toma. Habría sido para ella un talismán.

Tiene de nuevo la tablilla acostada en el regazo. Sus dientes delanteros mordisquean la punta del Paper Mate a la busca de una frase preliminar. Ambos acercan sus tumbonas hasta que sus codos se tocan. Ninguno de los dos aparta el brazo y ella, a la busca de señales favorables, lo considera de buen augurio. Apoya discretamente su hombro en el de él. Laslo aspira el aroma del Chanel n°5 con el que Myria se ha asperjado los lóbulos de las orejas en el cuarto de baño al subir a su habitación a buscar la Polaroid. Era el perfume preferido de Ada. Myria, si lo sabe, puede haberse asperjado con él a fin de afirmar así una continuidad ausente por completo de la relación de Laslo con Jutta-Ingrid, carente de referencias a Otrora y a una juventud añorada, dejada atrás a encontrones. El gusto de la muniquesa es más plebeyo. Se conforma con la fragancia del pachulí. En la Piazza Fontanesi, como a Laslo le disgustó el olor a almizcle de una vecina de mesa, Myria le preguntó qué perfume usaba su rival y al enterarse hizo una mueca despectiva.

Deja de mordisquear el Paper Mate y recita en voz alta al tiempo que escribe: «*Caro* Pimbolo, ¿lo creerás? Estamos juntos Laslo y yo en mi casa, en Reggio nell'Emilia, después de tantos años. Nos acordamos de ti y hemos querido escribirte y enviarte una foto de nosotros disfrutando de la noche en la terraza. Un bien ganado reposo tras una visita agotadora de la ciudad durante el día. Desafortunadamente, el *flash* de mi Polaroid se ha estropeado. Nuestra felicidad no podrás verla, solo imaginarla». Vuelve a mordisquear el bolígrafo y mira a Laslo en busca de inspiración para continuar. Una brisa fresca les enfría las mejillas. Él ha posado una mano en su brazo, lo inmoviliza antes de que Myria retome la escritura. Aunque esté más relajado que en la Piazza Fontanesi no equipara su estado actual con el de una de las formas de la felicidad. Sabe de lo que habla, es una de sus raras certitudes. Basa un vago sentimiento de superioridad en el haber sido feliz. Puede jurar que con Ada, hace mucho tiempo, fue feliz. A lo que conoció con Myria en Otrora lo llama dicha plena. Probablemente no podría explicar la diferencia entre felicidad y dicha. Y menos esta noche, no pudiendo recurrir a un diccionario. No lo necesita para saber que en este momento nada le es más ajeno que la felicidad.

Libera el brazo de Myria y susurra en su oído nunca hemos hablado de lo que nos pasó. Ella no da muestras de haberlo escuchado. Es obvio que se niega

a hablar de eso. No ahora. No aquí. Myria, agachándose y alejando la cabeza de su boca, coge uno de los bordes de la manta y tira delicadamente de ella hacia arriba a fin de cubrirle el vientre y parte del pecho, no te vaya a dar frío. Las noches de Reggio pueden ser traidoras en esta época del año. Ambos han olvidado la carta, y a Pimbolo. La tablilla, el bolígrafo, el estuche yacen en el suelo. El tronar de una moto los sobresalta. Myria hunde las uñas, cortadas a ras, en el brazo de Laslo posado sobre la manta. Dice con el tono de voz de quien comenta un evento lejano somos nuestros errores, ¿no te parece? Nunca podremos cambiar lo que hicimos. Suelta su brazo y carraspea para disimular su incomodidad. El tronar de la moto, ensordecedor, se hace escuchar de nuevo, en sentido contrario, y vuelve inaudible la pregunta de Laslo. Quería saber si ella lo había amado tanto como la amó él. El motociclista se ha detenido muy cerca. Hace rugir el motor con la intención de despertar a todo el vecindario. Es un *cornuto,* exclama Myria. La novia lo ha dejado. Ella vive al lado. Y todas las noches él le señala así su presencia. ¿No te recuerda a alguien? Tú escribías en las paredes. Yo no despertaba a nadie, replica él algo picado, escuchando el ruido de la moto perdiéndose en la distancia. El retorno de la calma apaga las luces y cierra las contraventanas de las casas vecinas. Me emocionó tu pintada, pretende ella acariciando su mano con el pulgar. Debe de estar mintiendo. ¿Habrá su piel (de Laslo) reconocido su calor, su tacto?, han pasado muchos años. Cruza los brazos sobre el vientre, apartándolos de ella. Verme sufrir no te ablandó, le reprocha. Myria vuelve a coger la tablilla y raya con una cruz la carta inacabada. Escribe en la parte del papel dejada en blanco: «Eras tan cobarde». Las palabras han brotado como el vapor que se escapa del agua en ebullición cuando se levanta la tapa de la olla. Myria las repite en alta voz echando, a sabiendas, todo a perder. Toma, no obstante, la precaución de atraparle una mano y de apretarla acercándola a su corazón, bajo esas dos peras suaves y firmes que ha llamado esta noche, con su deje italiano, sin equivocarse al calificarlo, su «seno lindo». Laslo no acierta a reaccionar. Lo paralizan a menudo las situaciones nuevas y complejas, que requieren de una respuesta rápida y precisa. Hacen que se encierre en su ostra, es típico. Podría tomar lo que le ha dicho por un insulto. ¿Y luego, qué?, no podría marcharse hasta el día siguiente, ignora el horario del primer tren, dónde parar un taxi. Está tratando de figurarse su cobardía, ¿cómo, cuándo, dónde?

Cuando, en la carretera, dice ella dando la impresión de sopesar esos recuerdos con la mano levantada, decidí plantarte e irme con... ¿cuál era su

nombre?, ¿Horacio?, en lugar de reaccionar como un adulto, de pensar en mis motivos, no, te ahogaste en un vaso de agua. ¡Laslo, me dejaste sola con ese argentino! ¿Así pretendías amarme?, ¿abandonándome en manos de un casi desconocido?, ¿cruzando la carretera para volver sin mí a la ciudad? Flora Nepomuceno se unió a tu fuga y tú te fuiste con ella, Laslo, llorando en su pecho durante todo el trayecto, le contó a Patty. Lo recuerdo como si fuese ayer. Recoge el bolígrafo y la tablilla abandonados en su falda y tacha toda la frase escrita en el papel de carta. Es posible que ya no crea en eso que su mano formuló y su lengua ha confirmado sin pedirle su parecer. O acaso se arrepienta de haberlo escrito y dicho, finalmente. Está equivocada, piensa él. Fue Viviana Cicerón, estudiante de arte dramático, no Flora, Flora no era de la partida, aclara Laslo, quien viajaba con ellos esa mañana. Tampoco él ha olvidado un detalle de ese drama. Lo fue para mí, dice. Habían previsto que Viviana hiciese autostop en tándem con Horacio Acosta. Viviana lo tenía inscrito en su lista de pretendientes. Los creíamos destinados a convertirse en pareja. Quisieron allanarles los obstáculos y, al mismo tiempo, utilizar a Viviana para engatusar a la *signora.* Tu mal genio echó todo a perder. Así, un viaje a las montañas concebido como un camino de rosas se convirtió para Laslo en un viacrucis, concluye Caligari contemplando su cielo normando, tan diferente del cielo anémico de Otrora. Se alegra de haberlo dejado atrás para siempre, sin ningún pesar. Incorporándose en la tumbona, gira ligeramente la cabeza para observar el horizonte. ¿Qué debía de haber hecho él aquella vez?, ¿primero pegarle a ella, la infractora, y luego pegarle al argentino para sacarlo de su camino y quitarle las ganas de reincidir? Ella había tomado una decisión, ¿debía él imponerle su voluntad? ¿Con qué derecho? El amor es una opción libre, no se impone, dice Laslo. ¿Y por qué sería vergonzoso llorar si el cielo se había derrumbado esa mañana sobre su pobre cabeza?

Myria deja de estrujar el papel de carta y, en lugar de arrojarlo al tacho, dibuja en él unos corazoncitos acostados sobre su flanco izquierdo. Si el trazo no se ha cerrado por completo los corazoncitos se aparentan a un *3,* o pueden representar un *3* convertido en corazón cuando se cierra. Quiere desahogarse y concluir este capítulo. En mi vida loca, confiesa, la voz algo velada, solo han contado dos hombres. No, a Horacio olvídalo. No me acosté con él pese a su acoso. Fue una pesadilla. No sabes cuánto te odié. Todo el viaje fue un desastre, por si eso te tranquiliza... No cuento las aventuras de una noche, qué va, ni las tentativas de sentar cabeza, todas vanas. Mi madre sabe enterrar el puñal en esa herida en sus arranques de histeria filicida. Uno de esos dos

hombres eres tú. Te lo puedo jurar, nunca me he sentido más amada que contigo, Laslo. Por ti. Con el otro, Darío, un uruguayo —lo llegaste a conocer, Darío Gallipoli—, me sentía más mujer, nada más.

Acaba de hablar y ya borra, con unos trazos gruesos de rotulador azul, las filas de corazoncitos acostados. A Laslo se le han inflamado las mejillas. Le arrebata el papel de carta y lo enrolla con el puño hasta que sus dedos empalidecen. También le habrás escrito a ese, masculla. Y, mala suerte, el uruguayo no habrá querido venir, arroja la bola de papel al jardín, lo más lejos posible. Myria no se ha movido. Querría decirle rompe con la *tedesca,* con ella nunca tendrás lo que tuviste conmigo. Un gran cansancio la deja sin iniciativa. Debe respirar profundamente. Me preguntaste si te había matado, dice... amado, corrige su lapsus, desviando la mirada al jardín. Nunca mejor dicho, le escucha decir a él. Myria no se inmuta. Tú eres el único hombre que he amado en mi vida, Laslo. El único. Y ya no creo que vaya a haber otro más. A Darío lo dejé y lo olvidé al día siguiente. A veces me pregunto si realmente existió, se contradice. Se ha contradicho muchas veces, en distintas circunstancias, afirmando hoy una cosa y mañana lo opuesto con similar aplomo. Quizás esta noche contradecirse solo sea consecuencia de su confusión.

El gato de los vecinos, Fígaro, un animal noctámbulo, de pelambre blanca y negra, que ha tomado el jardín de los Ferretti por una extensión de su coto de caza, emerge de la penumbra, trepa a su regazo. Encontrándose en faldas amigas, se pone a ronronear. Myria no lo ha visto llegar. Repuesta del susto, le acaricia la cabeza y oculta su tristeza imitando su ronroneo. Laslo, de pie, dobla dos o tres veces las rodillas y endereza las piernas. Hace crujir la madera de la terraza marcando el paso como si esperara su taxi. Por la puerta ventana que separa a esta de la sala de estar aparece la *signora* en chanclas y albornoz, las manos hundidas en los bolsillos, el pelo alborotado. Parece haber saltado de la cama. Laslo cree ver a Myria dentro de treinta años. ¿Pasa algo?, pregunta la *signora* echando miradas a un lado y otro. La moto me despertó y luego los escuché hablar fuerte. *Succede qualcosa?,* repite reprimiendo un bostezo. *Niente, mamma.* Vuelve a tu cuarto, te va a dar frío, aquí. Nosotros no vamos a tardar en acostarnos, dice Myria. ¿Qué le pasa?, pregunta la *signora* señalando a Laslo. *Niente,* le tiene alergia a los gatos, responde su hija. Al llegar a la planta alta, su madre apaga la luz de la escalera. Solo deja encendida la bombilla de un velador colocado en una repisa del pasillo. Su hija devuelve el animal al suelo y se levanta ella también, de un salto. Ha recuperado todo su vigor.

Le dice es mejor subir ya. Está empezando a hacer mucho frío, apoya la

cabeza en el hombro de Laslo. Él guarda obstinadamente las manos en los bolsillos y mantiene el altivo mentón fuera del alcance de esos cabellos dorados que soban su cuello tenso. No ha habido un abrazo ni habrá una caricia. Se separarán en el pasillo alumbrado por la luz tenue de la bombilla. Laslo se dirigirá al cuarto de huéspedes sabiendo que echará el cerrojo de la puerta desde dentro, por precaución, no quiere rollos. Ella, rectificando el paso de la manera en que se hacía en los desfiles escolares de Otrora cuando se lo perdía, se dirige, desanimada, a su habitación. Tomará un Rohypnol para poder dormir. Su noche termina allí. Las horas venideras las pasarán distanciados, cada uno a un lado distinto de la pared medianera. Tendrán la sala de baño de por medio.

Laslo se está sentando, descalzo, en el borde de su cama, las manos apoyadas en el colchón, los zapatos volcados sobre la moqueta en medio de la pieza. Mira la hora en su reloj de pulsera. Medianoche. Su tren parte a las once de la mañana, verifica sacando su billete de tren plegado en dos en un bolsillo de su gabán azul marino. Lo vuelve a guardar y se dirige al cuarto de baño a cepillarse los dientes. Al llegar al lavabo enciende la luz del mueble mural para verse en el espejo. Unos nudillos golpean la hoja de la puerta por el otro lado y una cabeza aparece en el resquicio. Es Myria, un cepillo de dientes en la mano. Su mano izquierda empuña una petaca de whisky a medio vaciar. Me he quedado sin dentífrico, dice mostrando la escobilla y, señalando con ella el tubo de Colgate, tendremos que compartir el tuyo, añade con una voz un poco pastosa. Laslo ha encendido la luz del plafón como para convencerse de no estar soñando. Ella está completa, deliciosamente desnuda. Apoyando una mano en el borde del lavabo, él busca a tientas con la otra el tubo de dentífrico y lo oprime. La porción de pasta blanca, en vez de untar la escobilla de Myria, cae en su busto, que ella tiene tan lindo. Vas a tener que acercarle tus labios, dice Myria, los ojos vidriosos. Y algo se espabila entre las piernas de Laslo.

Quiere empuñarle el brazo para retenerla y ella, con un movimiento brusco del torso, zafa el cuerpo y lo amenaza con el dedo, ¡¿quieres que te arme un escándalo?!, decidida a gritar y patalear para amotinar a los pasantes si fuese necesario su auxilio. Laslo respira hondo. No quiere repetir el error de la noche anterior. Creyó descubrirla en el Saratoga coqueteando con un muchacho, primo de Sixto Carancho, recién incorporado al grupo, medio americano —de Tombstone, Arizona, donde el diablo perdió el poncho— y medio pasadeño. La madre, tía de Sixto, es de una ciudad del interior cuyo nombre no quiere recordar. Se dejó ganar por los celos. Le ocurre a menudo ahora que trabaja

para el diario *El Globo* y pasa buena parte de su tiempo separado de Myria y llamándola por teléfono. Interpretó los gestos de su enamorada por lo que acaso no eran y, siguiéndole los pasos por entre las mesas, tropezando con alguna silla, la increpó. Viendo que Laslo, al salir del bar profiriendo insensateces y amenazas, se propasaba, Myria se dirigió a un policía de guardia, acusó a su enamorado de violencias —con una buena dosis de mala fe— y lo hizo encerrar en la comisaría del distrito para que le sirviese de lección. Esta mañana, tras haber pasado la noche en el suelo sucio y frío de un calabozo rodeado de una caterva de vagos, de un travestí que no paró de gemir lamentándose de su infortunio y de dos rateros que formaban yunta, él le ha estado reprochando amargamente su actitud, pese a que ella se personó temprano en comisaría y, al prestar declaración, dijo que no quería entablar una demanda legal. Ha sido todo un adelanto de futuras peleas conyugales, nada más, bromeó con el teniente comisario, deslumbrado por sus ojos verdes, su busto de estatua clásica, cubierto por una fina chompa azul, y su sentido del humor picante.

Siempre que Myria ha querido sacarle celos he dado en el blanco, ella lo sabe. Abusa de ello. Si suele exasperarla la violencia verbal que desatan, común a estos arranques, estos celos de Laslo al mismo tiempo la complacen, ¿no le prueban que lo tiene subyugado? Lo tengo aquí, le ha contado días atrás a Patty Milhench para jactarse de su poder. Lo ilustró mostrándole a su amiga la palma de la mano y cerrándola de golpe, como una trampa. Parecía estar atrapando una mosca, dice Patty haber pensado aquella vez. Myria tuvo una sensación muy agradable al cerrar el puño, en todo el cuerpo. La sensación de que su libido había despejado un obstáculo, según su propio testimonio. Contarlo por primera vez a alguien en la inviolable intimidad de un coche, tomando un *milkshake* en O'Donuts, la euforizó. Patty tenía cita en el *drive* de esta cafetería de estilo americano con un fotógrafo, Miqui Grei, que quería retratarla, un desnudo artístico, le había dicho para convencerla el futuro artista plástico, un treintañero de cierto renombre en Otrora. Patty le contó a su hermano de los apetitos de dominación de Myria, y el boca larga de Paddy se lo fue a chismear a Laslo el día siguiente en la barra del Hinojosa, frente al diario, donde solían almorzar los periodistas de *El Globo.* Atenuó el contenido diciendo te hace comer en su mano. Le pareció que Laslo enrojecía. Laslo no desmintió ni confirmó la historia. Se conformó con murmurar, ¿eso ha contado? Estuvo distraído el resto del almuerzo y se limitó a emitir monosílabos o a hacer alguna pregunta si a Paddy se le agotaba la conversación

y Laslo no quería que los agobiase el peso del silencio. El Hinojosa, un local largo y estrecho, en forma de pasillo, y por lo tanto ruidoso, no se prestaba a confidencias y el peor lugar para hacerlas es la barra, donde todos se meten en la conversación de los demás y lanzan pullas que luego todo el mundo repite entre carcajadas. Pero incluso en la intimidad es poco usual oír a un hombre confesar es mi mujer quien lleva los pantalones, ese era el sentido exacto de la afirmación de Myria. Su hermano cree, le ha contado Patty a su amiga, que al enterarse, Laslo dio la impresión de gozar con la idea de estarle sometido. No dijo en qué basaba esta presunción. ¿No podía Laslo estar reaccionando con inquietud al enterarse de los secretos designios de su enamorada? Nada prueba que lo excitase la perspectiva de ser dominado por ella. Hasta hacía poco quien llevaba la voz cantante de la pareja era él. Quizás un equilibrio se estuviese abriendo campo y la afirmación de Myria fuese solo jactancia.

¡Hasta aquí!, exclama ella. Hace visera con una mano en las cejas y masculla tus majaderías me tienen harta. ¡Harta!, repite barriendo la calle con los ojos. Están a una cuadra de la comisaría, en medio de una avenida muy concurrida que conduce a la plaza de la Independencia. Para el primer taxi que se presenta, lo aborda sin negociar la tarifa —no quiere perder tiempo—, de dos vueltas de manivela baja el cristal de la ventanilla y, a pesar de conmoverla un poquito la mirada de incredulidad de Laslo —sus ojos parecen querer saltar de sus cuencas—, le dice, asomando el busto a la portezuela, ¡lo nuestro se acabó!, no quiero volver a verte más, *stronzo!* Golpea con las yemas de los dedos el respaldo del asiento delantero y el taxi parte despidiendo abundante gas por el escape. Laslo busca a tientas, de espaldas, un soporte en el cual apoyarse. La víspera, hasta el momento de su disputa —una de tantas—, nada hacía presagiar una ruptura tan brutal. Definitiva, le ha hecho saber el insulto descalificador proferido por Myria con encono desde la ventanilla del taxi.

Está viviendo la peor de las pesadillas, la que no da lugar a un súbito despertar. No tiene escapatoria. Su cuerpo se ha quedado vacío. Sabe que nunca más volverán a habitarlo el amor y el deseo. El dolor le está haciendo perder, momentáneamente, el juicio. Habla con Myria como si la tuviese enfrente escuchando sus súplicas. Perdóname, murmura mirando en la dirección tomada por el taxi al marcharse con ella para siempre. Se sienta en el suelo como hacía en Italia cuando pedía limosna para sobrevivir. Recuerda que a las diez, a más tardar —los horarios no son muy estrictos en un diario—, debe estar en *El Globo* espulgando despachos, hojeando catálogos, leyendo artículos especializados, haciendo llamadas, redactando notas, participando en

la conferencia de redacción del mediodía. Sale de esta tortura cotidiana que es la conferencia de redacción odiando los entresijos de la actualidad pasadeña y apestando a tabaco. Su primo Cuno y los redactores de Policiales y de Deportes, principalmente, fuman un cigarrillo tras otro. Su primo a veces enciende un habano y si Laslo está sentado cerca de él le dan ganas de vomitar. Trabajar hoy, con cuerpo y alma fuera de combate, está por encima de sus fuerzas. Se levanta del suelo ayudándose con las manos cubiertas de polvo y las refriega con su pañuelo, una prenda de percal sin gran valor. Lleva bordadas en una de sus esquinas, con hilo rojo, las iniciales de su enamorada. Ella lo utilizó un día que Laslo, distraído, cargando las bolsas de la compra, se dio de narices con una puerta de vidrio de la tienda Sear's, adonde habían ido a comprar lencería para ella y una loción *after shave* y un agua de Colonia para él. El golpe le provocó una hemorragia nasal. Myria consiguió controlarla echando la cabeza de Laslo hacia atrás al tiempo que le apretaba el tabique de la nariz con el pañuelo para absorber la sangre. La criada de los Caligari lo lavó y lo planchó y por olvido, o para guardarlo de recuerdo, él no lo devolvió. En lugar de regresarlo, ajado y sucio, a su bolsillo, lo conserva en la palma de la mano, las letras bordadas en contacto con la piel fría. Despega su espalda de la pared en la que se ha apoyado al incorporarse con la intención de ponerse en marcha. Se siente algo mejor. Cree tener buenos argumentos para obtener el perdón. Está caminando lentamente hacia la parada del Büssing. La línea 5 debe de dejarlo cerca del jardín público al que tenían costumbre de acudir ciertas noches si no les quedaba alternativa.

Una patrulla de la policía al acecho de infracciones susceptibles de ser resarcidas mediante el pago de un soborno los había pillado haría una quincena haciendo calistenia en la hierba húmeda de ese jardín. Laslo había creído estar allí al abrigo de sapos y de brujas. Era muy tarde, el vecindario dormía a pierna suelta, en las calles no se veía un alma. Hasta los perros vagos están acostados, había dicho Laslo tirando de la mano de Myria para doblegar su resistencia. Se tumbaron junto a unas matas mal cortadas, en un lugar alejado de la calle que raspaba la luz amarilla de un reverbero lejano. Laslo, vehemente, había ignorado las prevenciones de ella y había procedido con precipitación, suscitando cierta animosidad en Myria. Ella habría preferido arrimarse a uno de los ficus, ya lo habían hecho así, de pie, otras veces. No la enaltecía saberse en el suelo, las piernas abiertas, los pies colgados del aire nocturno, las orejas expuestas al vapor de su boca (de Laslo). La aparición de los policías apenas le dio tiempo a él para subirse los pantalones. Ella,

sirviéndose de las manos, se alisó la falda y la limpió de hierbas. No pudieron convencer al sargento y a su subordinado de que estaban allí animados por la curiosidad intelectual de contemplar las estrellas, y que, dejándose llevar por el juego, se desafiaron a identificar las constelaciones, a ver quién de los dos ganaba, pues, sin prestar atención a la hora. Ah, el joven es un aficionado a la *astralogía,* ironizó el jefe de la patrulla sacando a relucir su ciencia y dirigiéndole el haz de su linterna a la cara. Laslo se protegió de la luz interponiendo las manos. Myria había recuperado su sangre fría. Viendo que la historia de las estrellas no prosperaba, apeló a los sentimientos, dijo a usted también le habrá ocurrido ir con su enamorada a un parque y no poder contenerse, jefe, no sea malo.

Lo conocía de vista. Alguna vez lo había encontrado haciéndole la corte a su criada pese a la diferencia de edad. El sargento había empleado con la muchacha frasecitas subidas de tono. Animado por la timidez de la chica, en esa ocasión le había tocado las nalgas, quizás no fuese la primera vez. La aparición de Myria, que volteaba la esquina, lo había obligado a parar. Capaz fuese mejor no sacárselo en cara, podía envenenar la situación, por el momento bastante jocosa. ¿Cómo podríamos arreglar este malentendido, señor?, preguntó Laslo parpadeando debido a la molestia ocular causada por la luz de la linterna. Sabía cómo acababan estas interpelaciones en Otrora, sin testigos. ¿La señorita es menor de edad?, preguntó el sargento. Myria mostró sus papeles. ¿Tú qué piensas, Porciúncula? Porciúncula pensaba lo mismo que su jefe. Los enamorados debieron vaciar sus bolsillos luego de negociar duramente el rescate. Peor habría sido sufrir la humillación de ir presos. Y ella la de tener que recurrir a su padre para que la sacase de apuros moviendo a regañadientes sus influencias. Los dos juntos no alcanzaban a reunir la suma inicial exigida por los policías para cerrar los ojos. Laslo debió, pues, añadir su reloj de pulsera a la hucha para contentarlos. No nos vayan a acusar después de ser abusivos, había dicho el sargento al llegar a este arreglo a su entender satisfactorio para ambas partes.

En casa, la madre de Myria despertó al escucharla llegar, no tardó en comprender el origen de las manchas verdes impresas por la hierba en la falda blanca de su hija y la increpó por su desvergüenza. *Sei una...!,* le gritó a la mañana siguiente tras recibir una llamada telefónica de Mesalina Cuneo, quien informó a la *signora* de que toda la colonia estaba enterada del contratiempo, empleó este eufemismo espaciando las cuatro sílabas para hacer durar el tormento. Añadió es por el bien de Myrita con secreto deleite, saldando una

deuda. Usted sabe cuánto daño pueden causar las habladurías. En efecto, cada chismoso tenía su propia versión del incidente, a cual más escabrosa. Myria juró vengarse.

Extendiendo el brazo para hacer que pare su autobús, Laslo se dice que a bordo va a tener tiempo de sobra para preparar su defensa. He pasado la noche acurrucado en un suelo duro y sucio, le explicará a ella, un calabozo pasadeño en nada se parece a una celda danesa. No pudo descansar un segundo. Debía estar listo para defender su honor a la menor amenaza. Al salir libre tenía los nervios de punta. Ya le habría gustado verla en su lugar. Tenía circunstancias atenuantes. No volverá a ocurrir, Myria, le jurará. Dame una última oportunidad. Aunque también ella tenga su parte de culpa, piensa al bajar del Büssing, tropezando en el estribo. El día está claro, felizmente, ha borrado de su cabeza aquel recuerdo escabroso del jardín, y la brisa marina, golpeándolo de frente con su olor a yuyos y a salitre, lo reconforta y lo hace caminar con más vigor. Cambia de acera cuando distingue a Angelo Cuneo por el malecón, una máquina de escribir bajo el brazo, caminando descalzo, vestido con una piyama de rayas, seguido de su madre. Se tapa la cara con la mano. No querría ser reconocido por ellos, no tiene tiempo que perder.

La señorita no está en casa, le dice la criada, una chica provinciana apenas salida de la adolescencia, sorprendida de verlo aparecer en ese estado, tan de mañana. Él, por lo general, no tocaba a la puerta antes de las once. No lo hace pasar, como es costumbre, siendo Laslo casi de la familia y tan amable con ella. Un joven muy correcto, dice de él la criada a sus amigas, habituadas al trato prepotente de sus patrones, a menudo agravado por las violencias sexuales a las que las someten sus vástagos. Pretexta que los señores y la señorita se han ido a pasar unos días en el centro vacacional que el Circolo Italiano tiene en Colonia Tovar (bucólica localidad de la llamada Suiza pasadeña, a tres horas escasas de la capital, recuerda Caligari). Partieron hará media hora, añade la muchacha escondiendo las manos en el mandil verde que lleva puesto sobre el uniforme blanco. Laslo piensa que la criada le debe de estar mintiendo, obedeciendo a una consigna de Myria, o de la *signora,* de no dejarlo pasar. Ningún ruido o voz que traicione otra presencia femenina dentro de la casa llega a oídos de él. Le cuesta creer en su partida, media hora es poco para aprontar una escapada, por corta que esta pueda ser, ¿o madre e hija habrían preparado todo con antelación y Myria no había juzgado necesario ponerlo al corriente? La crisis fermentaría desde hacía algún tiempo, de ser así. La pelea de anoche en el Saratoga y la disputa al salir de comisaría, mientras caminaban en dirección al

Palace, donde pensaban desayunar, habrían sido solo su detonador. Laslo tira de la pretina del pantalón, se desabotona parte de la camisa. ¿Se siente mal?, pregunta la criada echando miradas de reojo a la sala de estar. Sus ojos negros se hunden en sus cuencas si es a él a quien miran, algo desamparados. Sus manos se agitan en el bolsillo de su mandil. Laslo ha inclinado la cabeza, no quiere que la criada descubra sus lágrimas. Ella tarda unos segundos en cerrar la puerta del departamento y darle vuelta a la llave.

Antes, ha asomado la cara al resquicio para ver hacia dónde va Laslo. Él se ha detenido en la esquina del semáforo dudando entre volver al centro o caminar hasta la playa, distante trescientos metros en línea recta, a tumbarse en la arena y esperar, ¿qué?, ¿un maremoto? El océano acabaría arrojando su cadáver a la orilla, medio comido por los peces, sembrado de algas. ¿No es tu enamorado? Qué le habrás hecho, cuánto te quería, acabar así, la *signora* imputaría la muerte de Laslo a su hija, *sei una cattiva.* Myria se quitaría la vida vaciando un frasco de barbitúricos.

Laslo, abatido por su fuga —¿de qué otro modo llamarla?—, se sienta en las gradas de piedra de la agencia del Banco Italiano, los Cuneo viven en este edificio, en la tercera planta. Dos o tres clientes deben evitarlo para no tropezar con Laslo, su cuerpo estorba la entrada. Manifiestan su descontento al resguardo, un quincuagenario flaco y malagracia vestido con un uniforme caqui demasiado holgado y quepí del mismo color. El hombre no lo puede ver ni en pintura. En sus alucinaciones, se ve con la gringuita colgada de su brazo, al fin domeñada por un hombre de verdad. Si no interviene es porque unos bocinazos atraen a Laslo. Es Myria, al volante del Fiat naranja de su madre.

Ella enciende las luces de emergencia al parar en doble fila, abre su ventanilla y hace una seña, sube. Laslo obedece, apático, resignado a ser reducido a nada. Va a prohibirme que vuelva a llamar a su puerta. Olvida mi número de teléfono, mi nombre, que he nacido. Esta vez es de verdad, piensa él, las manos en el salpicadero, la cabeza inclinada esperando el hacha del verdugo. No quieres aprender, Laslo, lo regaña ella confirmando sus temores. ¿Cuántas veces te lo he repetido?, ¿dime cuántas? Se está dirigiendo con pericia al malecón. Ser italiana la ayudó a descodificar el tráfico pasadeño, calcado de los carritos chocones, sonríe Caligari. Aparca frente a la playa, casi desierta por el momento. A mediodía habrá que batirse a duelo para poder extender las toallas. No volverá a ocurrir, Myria, balbucea él echándole la culpa al cansancio, los nervios. Ha olvidado parte de la argumentación puesta en claro durante el trayecto en bus. Myria, te lo juro. Ella todavía no ha apagado el

motor. Quizás tenga cita con alguien, piensa él. Con Russell, ese gringuito insípido, ignorante, caído del palto, acaba de recordar su nombre. Le pediré su dirección a Sixto Carancho. La voz de Myria ataja sus elucubraciones. Dice, ese cuento ya no me lo creo. Lo siento, Laslo. Ha sido todo muy lindo. Nunca lo voy a olvidar. Pero estoy harta, ya se acabó. Se acabó. A Laslo se le quiebra la voz. Dame una última oportunidad. Perdóname, perdóname. Ha dejado de luchar contra el llanto. No le importa que los transeúntes —a esa hora nada parece entretenerlos mejor— abrevien el paso para mirar el espectáculo. Un hombre llorando por una mujer es frecuente en los tangos —lamento de cornudos, los llaman los brasileños, por algo será—, no en la vida real.

Ella ha empuñado la palanca de cambios. Mira por el retrovisor antes de seleccionar la primera marcha, un pie en el embrague, la punta del otro en el acelerador aguardando la orden de partir. Laslo procura reordenar sus ideas, enderezar sus emociones, acicalar su miedo a la muerte afectiva. Vamos, un poco de compostura. Está por abrir su puerta y saltar al vacío que separa al estribo de la acera. Mira al amor de su vida por última vez. Irá a conservar esta imagen en él cuando ella se aleje, será su suplicio. En la calle han cesado los ruidos, se han borrado sus colores, el movimiento. Y entonces…

Myria retira la mano de la palanca de cambios, levanta su brazo derecho y engancha sus dedos en el cuello de su camisa (de Laslo). Lo tira hacia ella para retenerlo. Él todavía ignora la significación de este ademán, si tuviese una y ella la conociese (si ha actuado a propósito). Los dedos de ella están propagando vida por toda su piel. La próxima vez te voy a castigar de verdad, dice Myria cerrándole a él la puerta del más allá. Y, al mismo tiempo, la más inmediata, la del coche. Las imágenes crueles de un futuro sin redención se esfuman en su cabeza y con ellas el dolor que lo atormentaba desde que Myria se marchó en el taxi para siempre. Laslo se encuentra de vuelta en un presente habitado por ella. Lentamente, la dicha va inundando su cuerpo como los campos resecos el agua de una presa a la que se acaba de abrir las compuertas. Lo casi muerto vuelve a florecer.

El resto de la mañana es bastante extraño para él. Sería exagerado comparar estas horas con la primera mañana de la segunda existencia de un resucitado y, no obstante, algo tienen de eso. Teme que ella se desencante y le diga en buena cuenta lo mejor es decirnos adiós, Laslo, esto no va a funcionar. Tiene, al comienzo, la impresión de no haber comprendido si se le ha conmutado o solo suspendido la sentencia, y esta sensación sin igual lo obliga a respirar con cautela, el aire podría serle retirado en cualquier momento y

entonces él volvería a encontrarse con el cuello en el tajo.

Laslo acerca su cabeza al rostro de ella aprovechando que se hallan detenidos en un atasco animado por el coro habitual de improperios y el concierto de cláxones y, buscando tímidamente sus labios, la besa en la boca. ¿Se habría dado prisa en ir a buscarlo a comisaría y por eso no se habrá maquillado? Ella está de nuevo de buen humor. Ha encendido el autorradio y tamboreando el volante canturrea con los Beatles «*It's been a hard day's night and I've been working like a dog | It's been a hard day's night, I should be sleeping like a log*». Cada tanto, vuelve hacia él unos ojos risueños y lo mira con la satisfacción de un general victorioso al regresar del campo de batalla con su enemigo cautivo. Rezuma poder, y este se traduce en un placer que viene y se va. Si llega a raudales desborda sus poros e impregna la cabina del coche. El silencio de Laslo refuerza este contentamiento.

Interrogado sobre su agenda del día, él le comunica su decisión de no volver a pisar la redacción de *El Globo.* Todo mi tiempo te lo quiero consagrar a ti, no me importa nada más, le jura. Ella debe frenar bruscamente debido a una mala maniobra del conductor del auto que tiene delante y para protestar toca bocina varias veces asociándose a la cacofonía del tráfico. Vas a volver al trabajo, no es momento de arrojar la toalla, desliza su mano hacia la nuca de él y la aprisiona en las puntas de los dedos. Ya veremos más adelante, añade. El raudo giro de la cabeza de Laslo libera su cuello. Myria acaba de despertar en él la sospecha de que está encinta. Nunca han tomado verdaderas precauciones, su práctica del *coitus interruptus* era muy irregular y él siempre ha sido reacio al uso del preservativo. Esto explicaría sus cambios de ánimo de estas últimas horas. Laslo no sabe a quién rogar que su intuición se confirme. Ojalá fuese varón. Conoce el destino que le esperaría a una niña salida de ese vientre reservado al engendramiento de vida masculina.

Myria aguarda en el auto, ante la puerta del diario —indiferente a las ruidosas protestas suscitadas por su infracción de las reglas del tránsito—, a que en los peldaños de la entrada él se vuelva para mirarla. Han quedado en verse cuando haya terminado su jornada, a las seis de la tarde si la actualidad no impone alguna prioridad. Es raras veces el caso en Culturales. Han previsto ir a ver *Teorema* en el Siena, una de las pocas salas que difunden películas europeas. Fue estrenada este mismo día y ella teme que, cuando sea advertida de su negligencia, la censura —teleguiada desde el arzobispado con el beneplácito de los militares, católicos practicantes; el jefe de la Junta era cucufato notorio— la haga retirar de la cartelera. Como efectivamente

ocurrirá.

Ya están de nuevo convertidos en siameses, sentados en las primeras filas de la platea. Su disputa de anoche, seguida de la extravagante ruptura de esta mañana, parece un asunto cerrado. Ella, mientras espera que se apaguen las luces, enciende un Lucky Strike, apunta el morro hacia el cielo raso y se distrae formando, con mucha habilidad, volutas de humo. Laslo, colgado de ella igual que aretes de las orejas, le pide el cigarrillo para imitarla —habitualmente no fuma—, da dos o tres pitadas y renuncia, descompuesto. En el diario solo ha ingerido dos cafés y la mitad de un biscocho y tal vez por estar con el estómago vacío, y no repuesto por completo de la mala noche y la peor mañana, las bocanadas de humo le han bajado la tensión, algo muy desagradable. La cabeza le da vueltas. Un sudor frío empapa su frente, su cuello. Va a desparramarse en el suelo como le ocurría a su hermano Rulos en la iglesia, los domingos de comunión, estando en ayunas. Acababa sobre el reclinatorio, más pálido que un pergamino y más tieso que un palo. Laslo se moría de vergüenza.

A Myria no le importan las miradas del público. Aplasta su cigarrillo con el pie a fin de que el humo culpable no importune a su enamorado. Se las ingenia para mantenerlo erguido en su butaca y abanica su rostro con la mano preguntándole si es culpa del calor, a lo mejor le haría bien tomar un poco de aire. El vecino se ofrece a guardarles los asientos si quieren salir un rato a la calle. No es necesario, gracias. Laslo ha recuperado su buen semblante. Ella culmina su tratamiento de urgencia cubriéndolo de besos y caricias. Y unos segundos después, él se levanta para ir a taquilla a comprarle una barra de chocolate, a ella le ha dado un antojo. Laslo se pierde por ello las primeras escenas de *Teorema,* pero no lo lamenta. ¿Cómo podría? Está ocupado pensando en el posible anuncio de una dichosa espera. Quiere cubrirla de besos al volver a la sala; si pudiese, le haría el amor en la butaca. No es momento de distraernos, susurra Myria, apartándolo con dulzura. Igual da. Su atención no se desviará de ese rostro amado durante toda la función. Esta es la causa de que Caligari no haya conservado el recuerdo de un solo fotograma del filme. Posiblemente influyera también el que nunca le haya gustado el cine de Pasolini, salvo la *Pasión según san Mateo.* Son pasadas las 8:30 pm cuando acaba la película.

En La Ferrière-Bochard son ya casi las seis de la tarde. Se me está pasando el plazo asignado a esta disquisición, constata Caligari mientras otea desde su

tumbona las verdes colinas detrás de las cuales pronto ha de ocultarse el sol. Está por llegar al final de su historia. La historia de Myria y de Laslo. La historia de su gran amor malogrado. El plan era bastante difuso cuando se instaló en la terraza luego del desayuno con la intención de no abandonar la tumbona hasta la llegada del crepúsculo. Después ya no estaría solo. Dispondría de unas diez horas para realizar mentalmente un examen minucioso de su existencia. El amor no tardó en filtrarse en esta trama tejida alrededor de la vejez, la muerte, el poder *performativo* de la palabra y, a (corto) plazo, la ha subvertido convirtiéndose en su eje central. Al levantarse esta mañana, a las ocho, no sabía si quedaría todo en idea, como otras tramas mentales vagamente urdidas por él sin cabal intención de concretarlas narrativamente en la medida que no las hubo estructurado lo mínimo, es decir, imaginando un verdadero comienzo y un verdadero final y, entre estos dos puntos, trazando un esbozo de etapas con perfiles de situaciones y de personajes que, a su vez, darían a la historia su sentido, un fondo, algo de lo que estaría desprovista una divagación a lo sumo enriquecida por banales anécdotas. Tampoco sabía al comienzo si lo que estaba imaginando a trompicones, suponiéndole la página por destino, adoptaría la forma de una autobiografía, de un testimonio, de una novela. Poco a poco se han ido desbrozando situaciones, estas se han vuelto practicables, los contornos vagos de figuras nebulosas han afirmado sus trazos y su núcleo —Myria y Laslo— se ha impuesto por sí solo gracias a la fuerza de su arrastre. Ya no duda de que haya sido la historia de este amor, desde el principio, su verdadera capa freática.

En la estela de este esquema complejo, no reductible a un solo enfoque, brillan otros motivos que aportan su luz lateral al conjunto, ilustrando sus diferentes ángulos. Finalmente, la forma que adoptaría todo esto de ser llevado al papel sería la de una novela. Una novela polimorfa, se dice Caligari. ¿O no sería mejor llamarla proteica? La diferencia, según el DRAE, ese discutido amigo —sobre todo fuera de España—, empero tan útil, es bastante sutil:

polimorfo, fa.
Del gr. πολύμορφος *polýmorphos.*
1. adj. Que tiene o puede tener distintas formas.

proteico[1], ca
De proteo.

1. adj. Que cambia de formas o de ideas. Escritura, mente proteica.

Laslo Caligari no se decide por ninguno de estos dos conceptos, en cierto modo complementarios. Podría tener ambos en mente si, cuando abra los ojos mañana, en lugar de papar moscas —una de sus actividades favoritas— se sienta a su escritorio a empezar a poner en blanco y negro estas reflexiones de hoy organizadas siguiendo el orden adoptado menos espontáneamente de lo que podría creerse si es verdad que uno de los temas prevalecía desde antes de haber sido identificado como tal. De ponerse a escribirla, de esta novela se podrá decir no que es una historia en trance de elaborarse *(une histoire en train de s'élaborer),* un estilo muy de moda en Francia, sino una historia captada en el momento mismo de su *incepción*. O, lo que es igual, en el instante previo a su *big bang,* entendiéndose por este el paso de lo pensado, la idea, a su realización, la escritura.

¿Novela de no ficción? Caligari reconoce haber vivido en la realidad empírica, punto por punto, todo lo repasado en su cabeza. Y sin embargo se niega a clasificar esta historia, si concretara sus potencialidades, dentro de este género también muy de moda. Sus generalidades son calcadas, más aún, sacadas, de su existencia. Los detalles, lo que podríamos llamar sus pulsaciones, son en mayoría ficticios. No lo satisface mucho más llamarla autoficción. Más bien, se inclinaría por «multipersonificación» en la medida que el autor transparecería o aparecería entre sus líneas, encarnando a alguien que es y no es él, que se esconde y se multiplica. Yo es otros.

En el transcurso de este examen se ha hecho a la idea de que la palabra puede ser *performativa*. Lo ha sido en su vida, varias veces. La plegaria, al menos en el pasado, cumplía esta ambición, y por eso se enunciaba oralmente. Como en otra época los sacrificios humanos o de animales, su aliento pretendía modificar el metabolismo del mundo apelando, en su caso, al poder divino: en el principio era el Verbo. La poesía le está emparentada. Su forma es la misma, su teleología, distinta. Su finalidad no es establecer trato con los dioses. Antes, su contenido de pólvora la volvía explosiva: «Muere, / mi verso, / como un soldado / anónimo / en la ráfaga del asalto». «¡Hacia adelante el pecho bravío!» (Vladimir Maiakovski). Su exigencia conducía a subvertir liturgias apelando a «Llegar a lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos» (Arthur Rimbaud). Nada de esto se espera de la prosa narrativa ni del escritor. Una novela no modifica el rumbo de las existencias humanas, la esencia de las cosas. Forma parte de ellas. Añade un elemento al mundo sin

modificar su substancia. Se dice que los poemas de Sándor Petöfi se recitaban para enardecer a los húngaros de 1848. «¡Oh, poetas, adelante, pues, con el pueblo, / a través de llamas y tormentas!». ¿Se podría conseguir un efecto semejante de la lectura de un capítulo de una novela? Su necesidad es de otra dimensión. Borges —en una frase que le es atribuida— la expresa de esta manera: «Cada novela es un plano ideal instalado en el reino de la realidad». Alude a un espacio en el que la novela proyecta su cuerpo, formado por palabras. El *plano ideal* es, por supuesto, estético. En otro escrito, Borges, poeta y narrador, afirma escribir «Para facilitar el paso del tiempo». Así, se puede unir en una ecuación el espacio de una realidad inventada y el tiempo imaginario que facilita su paso ineluctable en la mente del lector. La incógnita podría ser la eternidad.

Si tal es la meta a la que se aspira, ¿vale la pena escribir sobre su propia persona? Más aún, ¿vale la pena escribir sobre su propia persona en estos tiempos de covid, cuando el foco de todas las preocupaciones —de la gente, de las autoridades, de la ciencia, de los medios de comunicación— está centrado en esta pandemia? ¿A quién podría interesar esta historia de amor malogrado, las aventuras de juventud de Laslo, su metafísica individual, solipsista? A la artillería pesada de Gabriel Celaya: «Cantando más allá de mis penas / personales, me ensancho», Caligari tiene la tentación de responder con estas palabras cínicas de Alberto Caeiro/Fernando Pessoa: «Alabado sea Dios que no soy bueno y tengo el egoísmo natural de las flores y de los ríos que siguen su camino preocupados sin saberlo tan solo por florecer e ir discurriendo. Es esta la única misión que hay en el mundo, esta: existir claramente y saber hacerlo sin pensar en ello». Como programa político para una literatura, el duro razonar del portugués —si no se toma su enunciado al pie de la letra— le parece a Caligari más subversivo que el previsible sonsonete humanista del español. Él escribe para respirar. Si no respirara, moriría. Como otros se acuestan pensando en cuál podrá ser el mejor abono para sus tierras o en la manera de optimizar sus inversiones en Bolsa, cada noche él se mete en la cama figurándose lo que escribirá mañana, la forma que le dará al fruto de su imaginación, el sentido inefable de lo relatado. Si tiene uno, si no es incongruente, habida cuenta del crecimiento exponencial de los males del mundo —de todos modos, inatajable—, seguir ahí, muy tranquilo, urdiendo su guión sobre bases aparentemente tan personales. Quién sabe esté cayendo como de costumbre en las dudas ociosas. ¿Myria estaría desplegando su juego de dados cargados?

Le ha aprisionado la muñeca y, tirando de ella, acerca los labios de Laslo a su seno tembloroso. Es su última baza. O pierde, o gana. Él no ha ofrecido resistencia. Ella puede haber pensado, se dice Caligari estirando los brazos —se le han entumecido doblados bajo la nuca—, que quien no resiste, consiente.

Laslo suelta el tubo de Colgate y su cepillo de dientes en el lavabo con un movimiento desmañado, hacia atrás, del brazo derecho. Su lengua lame la porción de dentífrico, la recoge como lo haría si usase una pala, con la punta, barriendo suavemente la piel fresca del seno, que conserva todavía su bronceado veraniego. Comparte la pasta con Myria introduciendo el grano blanco y blando en su boca favorable. Los dos han cerrado los ojos, su comunión es completa. La saliva de ella le sabe a whisky. A un whisky mezclado con sabor a menta, que él traga, embriagado. La pasta se va disolviendo en sus bocas. Sus lenguas se exploran, se van reconociendo, se abandonan a una plática húmeda y muy animada. No han olvidado su idioma. Myria suelta la petaca. Laslo ha retirado sus labios para trasladarlos a otra parte de su cuerpo. Baja la cabeza y apoya su boca en los dos botones rosados que los senos de ella le ofrecen. Conservan su firmeza de antaño. Tienen la piel un poco erizada, será por el frío, lleva unos minutos desnuda. Los labios de él los sujetan, su aliento los quema. ¿Por qué se interrumpe? Las manos de él, que le ceñían la cintura por la espalda, la sueltan. Deja eso, deja. Myria no le ha pedido que cierre el grifo del lavabo, no le importa que gotee. Es él quien ha reparado en la fuga, sus gotas martillean la loza. En el departamentito del bulevar de la Villette las cañerías vetustas sacaban de sus casillas a Jutta-Ingrid. Debe cortar el chorro, y para alcanzar el grifo aparta de Myria su torso, acaso queriendo escaparle. Ella no ha soltado su muñeca, la oprime con más fuerza, lo quiere arrastrar a su cuarto, ven, ven. Él se da maña para cerrar el grifo con la mano libre, el torso de medio perfil, la cabeza, ladeada, lejos de su alcance. Al volver a su postura inicial, ella empuña su otra muñeca con el mismo vigor, tiene ambas aprisionadas de nuevo, puede pegar su busto al suyo, fundir ambos en uno. Fuiste mío, eres mío, siempre serás mío, masculla sin saber lo que dice. No debe dispersarse. Quiere proceder a quitarle la camisa, se enreda un poco con los botones y ríe, confundida. Él termina la tarea, sin prisas, ha olvidado a Jutta-Ingrid.

Está recordando aquella mañana en la carretera, su falta de escrúpulos. La tortilla se ha vuelto, piensa. Los ojales de los puños son los más duros, dice, no han tenido tiempo de ablandarse, la camisa es nueva, parece estar probándosela en una tienda. Da la impresión de estar hablando de sus

emociones, de observarlas con lupa, de desglosarlas con frialdad de contable. Una cuerda se ha aflojado en ella, que sostenía un peso muy grande, se le va a caer de las manos. Tiene energía suficiente para decir haz lo que yo te diga, Laslo, no pienses en otra cosa esta noche. No termina su frase añadiendo «Salvo en mí». Suelta una de las manos de él —es ella quien se vuelve ahora— y, jalándolo, da unos pasos en dirección a su cuarto. El corazón galopando, cierra la puerta del baño sin soltarlo por temor a que él pueda echarse atrás. Ya están en la pieza rosada, la habitación de la infancia, el reducto en el que guarda su pasado. Él tiene la impresión de estar entrando en una cámara fría donde se protegen de la corrupción las muñecas, los cuentos de hadas, las estampas de primera comunión, una inocencia acaso quebrantada, al momento de nacer, en el combate con el útero materno. Avanza a trompicones, de la mano de ella, hacia la cama en desorden, sobre la que Myria ha arrojado la blusa, el sujetador, su braga. Laslo imagina este triángulo de seda cubriéndole a duras penas el pubis, la parte posterior perdiéndose en la raya de las nalgas, entre la piel muy suave que el amor, en su clímax, nunca desfloró. Hubiera preferido quitarle él la ropa interior. Myria se ha tumbado de espaldas, en las sábanas —de las que arroja sus prendas—, la cabeza hundida en los almohadones. Lo llama con las manos.

Él precisaría de un sentimiento más devorador que el que siente por Jutta-Ingrid para no embarcarse en esta aventura de una noche, no será más que eso, por decencia debería decírselo. Lo tienta demasiado este cuerpo que ha ganado en substancia lo que ha perdido en frescura, ofrecido en sacrificio para pagar deudas no contraídas. Él se lo ha dicho: el amor es una apuesta, se la pierde o se la gana. Él la perdió una vez. Hoy se encuentra en una situación semejante a la de un jugador que va a apostar a los dados el dinero de otro. Es Laslo quien llega al lecho de Myria esta noche con el juego trucado. Myria quien se queda sola cuando él, ya tomado cuanto podía tomar en ella —y algo más, arrancándole un grito que Myria ha apagado mordiendo la funda de la almohada—, recoge su pantalón y sus otras prendas de vestir y se marcha al cuarto de huéspedes a esperar allí la mañana. Toma la precaución de echar el pestillo a la puerta del baño, la que está de su lado. Antes de acostarse, retira de la pared el retrato del abuelo *bersaglier* y lo posa en el suelo, cara al muro. Lo devolverá a su lugar cuando se despierte. Su tren parte a las 11 a. m., verifica de nuevo. Quiere estar listo, duchado y vestido —equipaje aprestado— a más tardar a las nueve. Esperará en el andén la puesta en servicio del directo Reggio nell'Emilia-Milano.

No puede ser sino ella quien hace girar el pomo de la puerta cerrada por dentro. O quizás él se haya dormido ya y esté soñando que Myria golpea la puerta con los nudillos. Los golpes se hacen más insistentes. Una voz le está diciendo son casi las diez, Laslo, levántate. Vas a tener que correr. Se precipita al baño como si del tren de las 11 a. m. dependiera su vida y se da un remojón bajo el chorro de agua tibia preguntándose si todo, desde la aparición de Myria, desnuda, en el cuarto de baño, hasta el momento en que los golpes en la puerta lo han despertado brutalmente no habrá sido un sueño. Al salir de la ducha se da con el retrato del *bersaglier* en el lugar donde lo posó luego de volver, desnudo, arrastrando su ropa, de la habitación de la nieta y, temiendo recibir en la nuca la mirada del antepasado, se quiso proteger de su ceño adusto obligándolo a mirar hacia el muro. Al volver al baño para recoger su cepillo de dientes, olvidado encima del lavabo, tropieza con la petaca de whisky caída en el suelo, vacía. ¿Qué mejor prueba de que ha hecho todo lo que preferiría haber solo soñado? Ahora, quién sabe, cuando baje a tomar desayuno y deba enfrentar la mirada inquisidora de la *signora* o su silencio cargado de reproches o su sonrisa engastada en expectativas, Myria sume a esta presión de su madre sus propias esperas y, sintiéndose acreedora, quiera pasarle factura, exigirle, sería lo mínimo, Laslo, me he entregado a ti sin barreras, ponerse a prueba en París, una semana o dos, si resultamos incompatibles *tant pis.* Está listo en un dos por tres.

Baja las escaleras de dos en dos y aparece en el comedor, la mochila al hombro, en los labios una pregunta, ¿llegará a tiempo a la estación? Myria está removiendo el azúcar de su café, sentada en un extremo de la mesa, el lugar habitualmente reservado a su madre. *Buon giorno,* dice la *signora* Ferretti entrando en el comedor con un frasco de mermelada de naranjas para el desayuno. Myria no ha levantado la cabeza al verlo llegar. No te preocupes, he pedido que te espere el tren, murmura colocando la cucharilla en el plato y soplando en su taza. Tiene los párpados enrojecidos, ojeras negras como su café. No oculta su tristeza ni tampoco la exagera. Se cubre la boca al bostezar y parpadea. Laslo sigue de pie, impaciente, una mano trabada en la correa de la mochila, colgada del hombro. Tiene la impresión de cargar piedras en ella. La *signora* le ofrece una silla. El precio es el mismo, en sala o en la barra, intenta sonreír Myria. Su madre va a buscar una servilleta en el aparador, saca varias, escoge una amarilla, del mismo juego que el mantel, y se la ofrece a Laslo plegada en cuatro. Sírvase, le dice mostrándole la cafetera y la lechera de porcelana llena de leche caliente. Los domingos no hay pan fresco en Italia,

añade poniendo a su disposición una panera con tostadas y *biscotti* dulces y la mantequillera. ¿No tiene apetito? Laslo se ha sentado a equidistancia de Myria y de su madre y solo se ha servido café. Si le diera hambre se comerá un biscocho en el trayecto a Milán, ahora solo quiere terminar su bebida y marcharse. Tiene mucha prisa, *mamma,* dice ella. No vamos a tardar en partir. ¿Tendrá intención de embarcarse con él a París?, las cejas de Laslo, asustadas, parecen buscar una respuesta en el reloj de pared. Tiene diez minutos de adelanto, lo tranquiliza Myria. Era costumbre de mi padre, para nunca llegar tarde, añade, hablándole con la voz impersonal que debe de emplear con los concesionarios extranjeros que recibe en la oficina y acompaña por la ciudad si son VIP. Ya en el garaje, Laslo se dispone a arrojar su mochila en el asiento trasero del Fiat, cambia de parecer y la guarda con él, sobre sus rodillas, pegada a su vientre y envuelta en sus brazos. Nadie te la va a quitar, dice Myria dando vuelta a la llave del coche en el arrancador.

Un cuarto de hora después, ambos se encuentran buscando el tren Reggio-Milán en el tablero de salidas del vestíbulo. Deben ir a la vía 4. Ella se esfuerza para no quedarse rezagada, es más pequeña y, sin ganas de darse prisa, ni tener, esta mañana, vigor, le cuesta seguir el ritmo endemoniado impuesto por Laslo. Querría identificar alguna emoción en esa puerta cerrada que es su rostro ensombrecido. No quiere hacerle el regalo de mostrarle su propia zozobra. Simula interesarse en los viajeros si hablan una lengua extranjera, o en cualquier otro detalle: un cartel, un anuncio luminoso, con tal de no destapar su turbación. Le hacen gracia los jugadores de este equipo de fútbol que revolotean, bulliciosos, uniformados de amarillo. Uno de ellos tropieza con Laslo y hace caer su mochila. *Scusi.* Él no pierde de vista su tren al recogerla. No es que tema quedarse varado. Su prisa es la del reo a quien se le abren las puertas de la prisión y que obsesiona el alejarse cuanto antes de esas rejas. Myria es para él la última rueda del coche. Algo peor que eso, se dice ella, un repulsivo que lo hará arrojarse en brazos de la *tedesca* con renovados deseos. Se siente humillada.

Sobrepara a la entrada del andén. Hasta aquí llegamos, anuncia, negándose a acompañarlo a la puerta de su vagón. Hubiese sido lo correcto: esperar a verlo partir, agitar un adiós con la mano. Si no se estuviese comportando como un patán eso habría hecho. No ha decidido aún a dónde irá cuando ponga en marcha su auto. Laslo, que no la ha visto parar en seco, al oírla debe dar dos pasos atrás a fin de ponerse a su altura. Había prometido llamar a Alessia en cuanto él se marchase, ¿lo hará? No lo cree. Quizás la llame esta tarde, o

mañana, si no quiere que su amiga la encuentre en el estado en que está. ¿Qué te pasa? Busca en su billete de transporte el número de su coche y lo compara con el número del vagón de cola, el suyo no está lejos, no le tomará un minuto llegar a él. Una vez en su asiento procurará dormir hasta Milán, las horas pasan más rápidamente si se duerme. Gracias por todo, pretende besarle las mejillas, tres veces si fuese necesario. Abrazarla si, por desgracia, ella derramase lágrimas y quisiese arrancarle promesas aun sabiéndolas falsas. ¿Tan poco la conoce? Es Myria quien se aparta de él, echa su busto hacia atrás, no quiero tus abrazos, tus besos de Judas. Solo has venido para vengarte, le espeta, para eso has venido, nada más.

No le reprocha, en sí, la venganza. Quizás era esta una de las incógnitas a considerar desde que se dieron cita por teléfono hace pocos días. Ella, tal vez, siendo italiana, integre la venganza en sus códigos. En verdad, habrá tomado a mal la desconsideración mostrada por Laslo y su quebrantamiento de las reglas de cortesía, reflexiona Caligari rascándose la oreja escocida por un gusanillo de la conciencia. Ha hablado con sentimiento, sin fingir. No escudándose en el razonamiento frío, habitual cuando se siente fragilizada. Ha conseguido contener sus emociones a duras penas. Las facciones se le han contraído. Parece haber envejecido diez años en unos minutos. No te esperabas a verme en este estado, ¿verdad? Tu venganza está siendo completa, dice, demudada, rechazando la mano que él quiere tomarle no sabe bien con qué objeto, ¿abrir las esclusas a promesas que ella no le ha pedido y él se ha jurado no hacer? No tengo nada de qué vengarme, replica Laslo. Ya es cosa olvidada, ha pasado mucho tiempo, se balancea en un pie y luego en el otro, fastidiado. Caligari sabe que la venganza nunca ha formado parte de su conducta, es un sentimiento ajeno a su cultura. En Otrora y, de modo general, en los países ibéricos —México puede ser una excepción—, la gente no tiene costumbre de vengarse para lavar las afrentas. Tampoco en Francia, donde Laslo lleva viviendo quince años y cuyos códigos de comportamiento ha adoptado, se recurre a ella, salvo en Córcega.

Si no ha sido la venganza su móvil, su conducta ha, entonces, obedecido en gran parte —aquella no revelada por su desconsideración— al rechazo suscitado en él por el deplorable estado en que ella se encuentra. Laslo lo ha expresado sin necesidad de decírselo ni de obrar con malicia: otro final habría sido posible si se hubiese presentado ante él en diferentes condiciones. Sin proponérselo, le ha infligido una herida narcisista difícil de restañar. ¿Qué recursos morales podría ella activar para superarla? Ya no es la Myria

despreocupada y risueña de Omaha Beach. Ahora es esta mujer ojerosa y vencida que le pregunta, ¿te satisfaces viéndome así? Hay amargura en su voz, un patente desgano en su forma de gesticular. Si tienes a otra, digo, mejor hubieras hecho absteniéndote anoche, Laslo, murmura ella. Su aturdimiento la hace sonreír con desdén. No temas, si pasara algo no le pondría tu nombre, ja, ja, ja, simula una risa. ¿De qué está hablando? Laslo prefiere no hacerle más preguntas. De momento guarda la mochila pegada a los muslos, meciéndola con sus golpecitos de rodilla. Duda si decirle adiós. O, que te vaya bien. O, cuídate mucho. Revelaría su cargo de conciencia si le dijese tienes mi teléfono, cualquier cosa, ya sabes, me llamas... Chau no sería apropiado, así se despedían en Otrora, *Ciao amore,* y él, en francés, le respondía *Tchao, mon amour,* avanzando de espaldas para guardar en sus pupilas la imagen amada hasta el momento de cerrarse la puerta de casa, descontento por no poder pasar todas las noches de su vida con ella. Ahora es distinto, huiría de inmediato si pudiese obligar al tren a partir enseguida. Ya no se han de ver más, lo saben los dos.

Ella recupera su timbre glacial, refractario a los compromisos. Antes de que subas al tren, Laslo, tenemos una cuenta pendiente, dice, los labios destemplados. ¿Una cuenta?, él levanta la mochila, se la cuelga en el hombro. Sí. No pensarás que es un robo si te pido cien francos por el día pasado en mi casa, ¿no? Lo deja atónito, ¡cobrarle el techo y la comida!, ¿qué deviene la hospitalidad si se la negocia? En casa de mis padres, se corrige ella. Laslo no le pone objeciones, rápidamente ha hecho sus cálculos. Lo reconforta este ajuste de cuentas, saldará todas las fracturas. Los billetes de banco equivalen a la reparación por daños y perjuicios acordados en ciertas causas de divorcio al perjudicado. Cerrarán el tortuoso, largo proceso de olvido. Laslo saca su billetera del bolsillo del pantalón y extrae dos billetes de cincuenta francos. Toma. Piensa añadir otro de diez y decirle para ti. No lo hace, sería una afrenta, correría el riesgo de infligir nuevas heridas —¡si el herido eres tú!—, cancelaría el efecto terapéutico que le procura este pago. Ella debe de encontrarlo justificado. Le da la espalda sin más preámbulos y trepa al primer vagón. Circula por el pasillo del tren en sentido contrario al tomado por ella y no puede verla rasgando los dos billetes y arrojándolos a un tacho de basura mientras camina hacia el vestíbulo de la estación sin volverse. Él ya se ha instalado en su compartimiento, frente a dos señores de edad entretenidos en contarse chistes. No se atreve a asomarse a la ventana por temor a toparse con sus ojos acusadores (de ella). Se arrellana en su asiento y, al aflojarse la tensión, desfilan por su mente las imágenes de estas últimas horas. Algunas se están

volviendo imprecisas. Myria, imagina Caligari, no volverá a su casa de inmediato. Errará por las calles de Reggio nell'Emilia tal una extranjera perdida en una ciudad desconocida. Años atrás, fue Laslo quien erró así por las calles de Otrora.

¿De quién fue la culpa? De él, de ella, de los dos. O de nadie. Poco importa. La armonía alcanzada en el Siena, durante la proyección de *Teorema,* no iba a durar mucho. Quizás no se deba buscar sesudas explicaciones a sus conflictos. Han creído, erradamente, ser el uno para el otro. Lo mismo piensan muchas parejas al comienzo y luego escarmientan. La verdad es que ni Laslo, ni probablemente nadie, ha visto llegar la ruptura. Suele ocurrir que un tsunami sea detectado por los bañistas cuando la oleada ha alcanzado ya un volumen arrollador y es capaz de arrasar con cuanto se le ponga delante. Quizás ha habido señales. Alguien más lúcido habría sido capaz de identificarlas. Laslo, obsesionado por demostrar a su enamorada un amor sin fallos, tenía la cabeza en las nubes. Y nadie le advirtió. Convendrá, pues, en lugar de entretenerse buscando tres pies al gato, proceder al relato del encadenamiento fatal de los sucesos, estima Caligari. Sucesos ocurridos en horas de la mañana de un viernes de otoño. No recuerda la fecha exacta.

El cielo está nublado. Son aproximadamente las diez. Myria transpone la puerta del Palace, donde los cuatro mochileros se han dado cita. Tiene tres cuartos de hora de retraso. Del Palace, ella, Laslo, Horacio y Viviana deben dirigirse en taxi colectivo a la Autopista del Centro, llamada así en honor al proyecto original, que preveía cuatro carriles (la corrupción, afirma Frankenstein Salina en su libro *Historia de la corrupción en la Otrora independiente,* la redujo a la modesta categoría de carretera de dos vías. El virrey cobró su 10 %, el ministro de Obras Públicas se embolsicó la mitad, 20 % fueron repartidos entre funcionarios según sus responsabilidades. La constructora —un consorcio internacional— infló los costes. Y ya no alcanzó ni para asfaltarla íntegramente). Myria echa una rápida mirada al local, frecuentado, en horas de oficina, por ejecutivos y algunos turistas. Constata la ausencia de Laslo y de los otros. Pregunta a Cachis, uno de los camareros, que los conoce bien, si los ha visto. Laslo ha estado allí, a la hora convenida, ha tomado un café con leche en la barra y, hará de esto unos quince minutos, se ha marchado sin decir a dónde iba, confirma el mesero. El talón del pie derecho de Myria hunde clavos en las baldosas del bar.

El día había comenzado mal para ella. Su madre intentó desbaratar sus planes de pasar el fin de semana, acompañada de Patty, mi mejor amiga, en

una comunidad hinduista donde se comenta con fines místicos el *Bhagavad-gītā,* le contó su hija. La mentira era demasiado gruesa para ser tragada por la *signora,* mujer sagaz y experimentada, ¡Myria no le haría morder el anzuelo! Ni corta ni perezosa, la *signora* le confiscó las llaves y cerró con doble vuelta la puerta de calle. Myria debió recurrir a su padre, autoridad suprema, molestándolo en horas de trabajo —la situación lo exigía—, a fin de obtener el levantamiento del encierro. No ha dudado en recurrir a la complicidad de Patty, al comienzo reticente por ser ajena al viaje. Su amiga debía telefonear al *signor* Ferretti y jurar por lo que más quiera, ¿mi perrito pequinés?, que estaba diciendo la verdad, toda la... y nada más que..., si no mi papá no me dejará viajar con los otros.

Hoy, Caligari, envidiando a las palomas de la acacia, se dice que más hubiese valido que el tribunal paterno hubiese refrendado la condena materna. Esta historia habría tenido otro final, acerca del cual se niega a especular, es comprensible. La historia puede ser reinterpretada de diferentes maneras, según quien la examine. Nadie puede volver atrás para cambiarla.

En estos trámites se le fue pasando a ella la hora. Ha sido un error subestimar a su madre, lo sabe. Está de mal humor cuando de un portazo deja su casa con retraso y para el primer taxi que acierta a pasar por su calle. En el Palace, la llegada de Horacio Acosta, el argentino, despertándole su deje recuerdos de Buenos Aires, la mueve a partir de inmediato a la carretera en su compañía, agradable, el argentino tiene mucha labia y encanto. Myria supone que Laslo ya debe de encontrarse en el kilómetro 0, el punto de partida, esperándola. Debe de haber creído él que, debido a su tardanza, ella se habrá saltado la etapa del Palace. Dejan a Cachis un recado para Viviana. El momento es crítico. Y los caminos se cruzan. Por adelantarse también él a Viviana, impuntual más allá de lo tolerable, será Laslo el receptor del mensaje destinado a esta.

Una hora antes, no viendo aparecer a Myria tras treinta buenos minutos de espera en la barra, él imaginó un contratiempo y fue a buscarla a su casa. La *signora* le abrió la puerta intrigada de verlo tan de mañana, mochila al hombro, calzado con zapatos de marcha, instantes después de haber dejado Myria el domicilio familiar contra su voluntad (de la madre), apoyándose en la complacencia paterna. ¿No tenía cita contigo?, le preguntó la *signora* sin dar más detalles, aguardando a que él soltara la lengua. Laslo le reveló más de lo que la madre de Myria osaba esperar. Ahora ella conocía los entretelones de una excursión a la sierra a la cual se habría opuesto con todas sus armas de

haber sido puesta en autos en el momento debido, pues si antes acató la decisión de su marido era porque solo intuía, sin pruebas, lo que su hija se traía entre manos. Iba a poder ahora cantar victoria en la cara de Umberto y reprocharle su candidez, inexcusable tratándose de una *ragazza* tan perturbada. Su falta de autoridad —¡le cede en todo!, le dirá a su Gianni cuando lo llame para desfogarse— es culpable del extravío de la chica, patente ya años ha en Buenos Aires. La *signora* habría querido para su hija un desarrollo muy diferente, otro porvenir que el que se estaba labrando. ¡Ah, cuánto lamentaba haberse visto obligada a dejar Italia tras los pasos de su marido, no haber obedecido a su instinto! ¡Con padres como él, mejor era no tener padre!

La mano de la *signora* Ferretti, estrujando la perilla de la puerta, daba la impresión de torcer el cuello culpable de su hija. Laslo no se apercibe de las alteraciones de su ánimo mientras le habla. Tampoco sospecha que él le estaba vendiendo la madre del cordero. Se despide de la *signora* y vuela al Palace rogando que Myria lo esté esperando allí, que no haya optado por renunciar al viaje debido a su ausencia, sin duda incomprensible para ella pues ignora la causa. No encuentra a nadie, y viendo a Cachis montando la guardia junto a la entrada, observando las mesas con ojo de halcón, va hacia él esperando que sepa algo de lo que está ocurriendo. Acaso ansioso por desembarazarse del mensaje, Cachis le hace entrega del recado destinado a Viviana Cicerón. Laslo lo lee rápidamente. Le agradece al camarero el servicio prestado poniendo en su mano tendida unas monedas. Se topa con Viviana al salir del Palace. Muy fresca —parece salida de un salón de belleza, preparada para competir en el concurso *miss* cualquier cosa—, no da muestras de incomodidad por estar llegando tan tarde a una cita muy importante para él. Si todo sale a pedir de boca, Laslo piensa pedir la mano de Myria. Él le explica ásperamente el enredo y ambos parten a toda prisa en busca de los otros dos. Laslo cruza los dedos rogando que no se hayan movido del kilómetro 0. Confía en que todo se irá a arreglar allá. Nadie ha cometido algo irreparable. Emprenderán la ruta con algunos minutos de atraso en relación con el plan inicial, nada más.

La primera señal es favorable. Allí están, en el borde de la carretera, las mochilas en el suelo, Horacio calándose un fez de fieltro rojo en la cabeza hirsuta, Myria agregando una chompa de alpaca a su tenida otoñal. No se han movido del punto de partida y quizás no hayan comenzado aún a hacer autostop. Ella debe de haber convencido al argentino de esperar un rato más. Acaso se proponga volver a la ciudad, sola o con él, si Laslo no aparece pronto. Viviana no le importa. Laslo manda parar el taxi, paga la carrera, no espera su

vuelto, y se apea, seguido de esta última. Hace volar una sonrisa de alivio con la palma de la mano. Se da cuenta de que Myria parece disgustada. Será por la tardanza, piensa él. No es culpa mía. Cachis podría probar que él estuvo a la hora prevista en el Palace. Es todo producto de una confusión, un desacierto, concede él mentalmente. Lo bueno es que ya estén reunidos, prontos a ponerse en marcha. Ya se sueña ocupando una habitación doble en el Hotel de Turistas —Es mi esposa, nos acabamos de casar, aún no ha cambiado sus papeles, es por eso—, despertando con Myria a su lado sirviéndole, por la mañana, el desayuno en la cama. No ha de tomar ninguna precaución esta noche. Si —es solo un si—, al volver a Otrora, ella le dijera —es un decir— dentro de unas semanas, creo que... él, saltando de gozo, le diría si es un niño lo llamaremos Andrea. Andrea Caligari.

La futura madre de Andrea muerde el aire que él está respirando cuando ella lo encara. Le reprocha no haberla esperado en el Palace. ¡¿A dónde te fuiste a meter?!, disipa sus fantasías. Laslo confiesa la verdad, ¿qué le quedaba? La astucia no era uno de tus atributos, piensa Caligari, reviviendo la escena. Podías haberle mentido: me levanté muy tarde, confundí la hora, no encontraba mis zapatos de marcha. O reprocharle su tardanza. Y no. Esperarme un rato más, ¿no se te ocurrió?, lo reta ella. Laslo retuerce con ambas manos las asas de su mochila. Pensé en un contratiempo, responde. Fui a buscarte a tu casa. No creí que fuera tu madre quien me abriría. Lamentará toda su vida su ingenuidad, si eso fue. En aquella época eras un libro abierto, le dice Caligari, no este hombre cínico en que me he convertido.

Horacio se ha alejado unos pasos para dejar que se expliquen y Viviana examina sus uñas color sangre como si se tratara de rubíes y los estuviese evaluando con minucia un joyero de Amberes. Debe de estar lamentando el haber venido. El busto de Myria da la impresión de inflarse. ¡Eres un idiota, Laslo, un *stronzo*! De sus ojos brotan relámpagos. Viviana saca de su mochila unas gafas de sol en forma de corazones y frota los cristales con su pañuelo, limpios serán más útiles para la observación del cielo. El argentino se concentra en calcular el tamaño de las nubes, delicada operación que exige que se descubra y forme visera con el fez. ¡Un inútil, Laslo, eso eres! ¡Un cero a la izquierda! Myria le clava un dedo en el pecho. Su madre va a comérsela viva. No podré contar con el sostén de mi padre. De rabia, le da un empellón cuando Laslo trata de calmarla con juramentos: irá a hablar con ellos al regreso. Les dirá que la idea fue mía, yo la obligué. Myria se niega a seguir escuchándolo. Desaparece de mi vista, le dice, ahora mismo. No quiero saber

más de ti. Siempre es igual. Gual. Ual. Sus frases se fragmentan en los oídos de él. Haz como te apetezca, añade ella, más dueña de sí, es tu problema. Yo continuaré el viaje con Horacio. El argentino retrocede unos pasos más, la prudencia nunca es demasiada. ¿Se habrían puesto de acuerdo previamente?, Caligari lo sospecha. Podían haberse concertado en el Palace. Si el azar les sonreía, se encontrarían a bordo de un auto camino a las montañas cuando Laslo llegase al kilómetro 0.

Viviana, interrumpiendo su observación del cielo, protegida por sus gafas oscuras, observa su rostro descompuesto. Laslo se ha encogido, parece buscar un sitio en el suelo sobre el cual desparramarse. De verdad siente pena por él. Va a llorar por mí, piensa Myria, su cuerpo dejando escapar un destello. Va a llorar y a rogarme en público que no lo deje. Un instante olvida todo lo demás. Me va a rogar. Eso parece. Laslo se estira y vuelca en ella una mirada que da la impresión de embalsar toda la pena del mundo. En ese caso, me regreso a Otrora, alcanza a balbucear, dándole inmediatamente la espalda. No sabe en qué dirección debe marcharse ni a dónde ir. Los pies no quieren obedecerle, o simplemente no comprenden las órdenes contradictorias emitidas por el cerebro desarreglado. Es increíble que las palabras, hechas de aire, inmateriales, puedan golpear con tanta fuerza, herir tan profundamente, provocar un dolor semejante, por su intensidad, al de una cuchillada, concluye Caligari. Viviana acude en su auxilio. Yo también me regreso, anuncia mostrando su hostilidad a Myria. Toma a Laslo del brazo y lo ayuda a cruzar la calzada.

Cada kilómetro dejado atrás por el volquete en el cual se han embarcado le taja a Laslo una nueva raya en la frente. Laslo no tiene el menor miramiento con Viviana. No repararía en su acto si ella, abrumada, se arrojase bajo las ruedas de un vehículo en marcha. Su única relación con el mundo exterior parece ser este combate encarnizado que libra contra las lágrimas. No querrá llorar en el camión, debe de parecerle humillante la curiosidad del chofer, la lástima de su compañera de viaje. Nada, excepto Myria, existe para él. Y Myria ya no es suya. Nunca volverá a serlo. Lo sabe de la misma manera que, en el mar, para saber que se queda sin piso no tiene necesidad de tocar fondo. No comprende los recónditos motivos que han podido llevarla a largarlo de forma tan expeditiva. El mero desacierto de haber tocado él a la puerta de sus padres y de haberse ido de la lengua al hablar sin recelo con la *signora* no es razón suficiente. Ignora cuáles serán las motivaciones de Myria, justificadas o no, irreflexivas o, por el contrario, razonadas. Tras apearse en una calle de Otrora y

plantar a Viviana en la cabina del volquete, donde ella está agradeciendo al chofer, Laslo repasa sin cesar lo ocurrido, corrige una y otra vez su proceder. Retrocede hasta el Palace y, en lugar de ir a tocar a la puerta de la familia Ferretti, espera a Myria en la barra el tiempo necesario. Luego es su conducta en la carretera la que su mente pretende modificar. Laslo saca una cuchilla Opinel del bolsillo, amenaza con ella al argentino, ¡te largas!, le ordena. Esto no va a quedar así, le dice a ella demostrando autoridad, te vienes conmigo a la sierra quieras o no quieras. Probablemente no la persuadiese con estos argumentos. Cambiará de registro. ¿Te vas con este?, pues yo —para suscitar sus celos— seguiré viaje con Viviana, ganaré con el cambio. ¿Recuerda que ella debe de estar instalada en el asiento de un vehículo al lado de Horacio, enrumbando hacia las serranías?, siente que sus venas se le agujerean. El dolor es horrible, está quebrantando su sistema nervioso. Se quiere convencer de que el viaje la hará cambiar de parecer. Al regreso estará más calmada, perdonará sus deudas, no puede haberlo dejado de amar de un día para otro, entre las nueve y las once de la mañana de hoy, viernes, por culpa de un desacierto. No sería amor el suyo, deduce por comparación. Él la seguiría amando contra viento y marea, hasta si se acostase con Horacio la seguiría amando, la perdonaría. Sabe que seguirá siendo de Myria igual que un platillo pertenece a la taza de té con la cual hace juego aunque se haya quebrado. Se ha resuelto a tocar a su puerta a fin de parlamentar, olvidemos lo que ha pasado, hagamos borrón y cuenta nueva. A su regreso de la sierra estará cansada del argentino, sabrá ya que no es Horacio el remedio a sus males.

En el edificio donde vive, cuenta, una por una, las baldosas de mármol del inmenso vestíbulo, al cual se accede por dos corredores que dan a dos calles distintas. Al final de cada uno hay un ascensor y si se ausenta uno de los ascensoristas, el portero lo reemplaza de mala gana. La madre de Laslo contiene la risa cuando le escucha decir a este «Aún todavía no, señora» o «Va a haber un corte del líquido elemento». Esta mañana está encerrado en la portería y no repara en la llegada de Laslo. Lino, el ascensorista, fingirá no advertir sus lágrimas. De ellos lo separa una burbuja invisible. Su madre se sorprenderá al ver regresar tan pronto a su hijo mayor, lo agobiará con sus preguntas si se encuentra en casa, ¿no se fueron de viaje a las serranías?, ¿han tenido un accidente? Ya se acabó mamá, se acabó todo. No estoy para nadie, ruge en la cara de la criada al constatar que su madre ha salido. Aún no es mediodía. Espera encerrado en su cuarto, tumbado en la cama, a que den las tres para meterse en el Excélsior a ver *Cómo salvar un matrimonio.* La comedia

con Dean Martin y Stella Stevens explota hasta el cansancio los equívocos. Serán dos horas de distracción.

Paga su entrada y se sienta en la última fila de la platea, pegado a la pared, a cubierto en la penumbra, por si se le da por llorar. Olvida un poco sus cuitas viendo desfilar las imágenes. La desazón vuelve cada vez que la narración decae y Myria se abre camino entre los fotogramas. Su recuerdo lo atormenta. ¿Habrá llegado ya a destino? ¿Se habrán instalado en la habitación del hotel? ¿Estarán haciendo el amor? ¿Myria, por qué?

El lunes llega por fin, cargado de nuevas preguntas. ¿Cuál irá a ser la respuesta a sus ruegos? ¿Qué argumentos desplegar para convencerla en caso de verse obligado a recurrir una denegación? Se ducha y se viste con rapidez y se dirige a la parada del bus, no quiere llegar demasiado temprano. Sería embarazoso toparse con don Umberto, el padre de Myria no le daría una bienvenida muy calurosa. Peor sería interrumpir el desayuno de los tres si todavía están sentados a la mesa. Si a los padres se les hubiese ocurrido alejar a su hija de Otrora para sancionarla llegar demasiado tarde echaría todo a perder. No toca a la puerta de los Ferretti. Su departamento se encuentra en la planta baja y el cuarto de ella del lado que da al jardín de la residencia. Opta por rodear el edificio y acercarse a su ventana, alejada unos veinte metros de la calle. Golpea con los nudillos y suspira, ¿Myria, estás?, soy yo, Laslo, quisiera hablarte. Te he escrito una carta, añade, convencido ya de que Myria no le va a abrir.

Don Umberto aparece detrás de los cristales en mangas de camisa, la corbata azul, todavía sin anudar, colgada del cuello de popelina celeste. Discute unos segundos con su hija en italiano levantando la voz, muy enfadado. Por culpa de tus enredos voy a llegar tarde *all'ufficio,* alcanza a escuchar Laslo. La cólera de su exfuturo suegro es su manera de lavarse las manos. Su mujer se ha empecinado en sostener un consejo de familia a la hora del desayuno, antes no ha podido ser, Myria volvió a casa demasiado tarde anoche, creyendo poder evitar con esta treta el procedimiento inquisitorial. ¡No la voy a dejar salirse con la suya!, estalló la *signora* en cuanto su marido despertó.

Laslo se aparta a tiempo de la ventana, no desea ser pillado por el *signor* Ferretti y suscitar eventualmente nuevos reproches de Myria por su insensatez. Espera unos minutos y vuelve a golpear el cristal, con las yemas de los dedos esta vez, mejor no hacer mucho ruido. ¿Para ver?, dice la mano de Myria, las uñas cortadas al ras —quizás se las ha roído—, apareciendo tras el marco

oscilante de la ventana. En el folio arrancado a un cuaderno de espiral él ha pergeñado juramentos y promesas con su mejor caligrafía, usando a propósito una tinta verde. Ha preferido no abordar en su corta misiva —apenas veinte líneas— la traición de ella. No desea saber dónde ni cómo ni cuántas veces. Te estoy perdonando implícitamente, no muchos hombres harían lo mismo. En Otrora se los podría contar con los dedos de las manos. Laslo aguarda interminables minutos en la acera, apoyado en una camioneta que lleva en sus puertas el logo del club de jai-alai. Rogando que ella salga a encontrarse con él, repite su nombre a la manera de un mantra. Es inútil. Myria no dará respuesta a su esquela ni ese día ni los días siguientes. Se las ingeniará para no toparse con él en ninguna circunstancia.

Es el final de la historia. Laslo sabe que la ha perdido. A diferencia de Ada, muerta y fuera del ámbito de las incertitudes, Myria está viva y sigue morando en Otrora, a pocos kilómetros de donde vive él cada vez más a disgusto, peleado con sus hermanos. No soporta a la mucama, su voz chillona, sus maneras arrastradas. Evita a su madre, cerrándole la puerta en las narices si ella se aventura por su cuarto con palabras de consuelo en la bandeja del desayuno. Pimbolo Cuneo, haciendo las veces de espía por un plato de lentejas, le da noticias de Myria de cuando en cuando. Todo se la recuerda en estas calles hasta hace poco recorridas por los dos, las manos enlazadas en la espalda. En tales condiciones no puede olvidarla, ¿cómo podría?: vive con su ausencia, que es la peor manera de vivir con alguien. No ha perdido las esperanzas de reconquistarla, tarde o temprano ella deberá despertar, se dice, comprenderás tu error, Myria, nadie la ha amado más que él, y si esta esperanza lo mantiene vivo —si morir por una persona es vivir— igual lo encierra en una burbuja de la que le cuesta emerger. No tendrá un momento de respiro las primeras semanas. Le escribirá, le telefoneará, le enviará esquelas valiéndose de Pimbolo, más y más reticente, a pesar de los *milk shakes,* a servir de correveidile. Está enamorado de ella, piensa Laslo, se le irá a declarar.

Myria no le dará señales de vida. Pareciera haberlo borrado de su mente de la manera radical de quien decide dejar de fumar y abandona el tabaco al instante y para siempre. Laslo tiene entonces una inspiración. Va a impresionarla con un acto inusitado susceptible de ensalzar tanto su amor por ella, desmesurado, como a ella, objeto precioso de su amor loco. Cómo no se le ocurrió antes, será mi última carta. Un as, espera él, o un rey. Compra un tarro de pintura y una brocha en la ferretería de unos libaneses, clientes de la sociedad de import/export de su padre. Con la complicidad de Quincas

Amargo —se ha ofrecido a ayudarlo, yo montaré la guardia, le ha prometido —, se llega una noche a la casa de Myria. Son casi las 3 a.m. No hay un alma en las calles azotadas por el viento marino. Quincas aparca su abollado Volkswagen cerca de una de las esquinas, situación ideal para servir de campana. En el edificio que hace frente al de los Ferretti, aquel que alberga al club de jai-alai, Laslo se dispone a pintar en el inmenso muro amarillo, en capitales de imprenta lo más grandes posible.

¡MYRIA, TE AMO! ¡VUELVE A MÍ!

Se enterará en Reggio, acostados los dos en la cama, en el corto intervalo entre la cópula y su retorno vergonzante al cuarto de huéspedes, del lío en que la metió con esta pintada, y sin por ello obtener entonces ningún resultado.

Sus ausencias injustificadas le han costado entretanto su puesto en *El Globo.* De nada ha servido la intermediación de su primo, a medias tintas —no se podía esperar más de Cuno—, ante la dirección del periódico, el mal momento por el cual está atravesando Laslo no ha jugado en su favor, a la inversa, lo ha hundido. *El Globo* pierde lectores y está procediendo a recortes de personal. La deserción de Laslo viene al pelo. Debes recuperar el dominio de ti, le repite su madre, estás malgastando tu porvenir, hijo. Como si fuera tan fácil alcanzar la costa tras haber naufragado. La pobre mujer —dos hijos inútiles, una hija esperando al príncipe azul— se encuentra al borde de la crisis de nervios. El mayorcito, su preferido, ha perdido diez kilos de peso a causa de esta dolorosa ruptura. Pareces un espantapájaros, le dice su madre, acongojada, una mañana que se cruza con él al salir Laslo de la ducha, una toalla atada a la cintura. Se le ven las costillas. El dolor se le irá mitigando poco a poco. Llamado a durar largo tiempo, de buenas a primeras puede dispararle un dardo al tórax. El maldito aguijón puede postrarlo horas.

No encuentra mejor paliativo a sus penas que volver al Saratoga, ya poco frecuentado por los Milhench, conminados por sus padres a terminar sus estudios. Según el morboso Fredo Pipa, Patty estaría esperando un bebé de su hermano mellizo y eso explicaría su retraimiento. El Liguria, transformado en aséptica barra americana, ha pasado a la historia literaria de Otrora. Los vates lo han desertado. Laslo se esfuerza sin mucho éxito por envolverse en sus intrigas y discusiones a menudo bizantinas. Siguen peleados consigo mismos, con los aedas del Palace, con el universo entero. Nada ha cambiado. Laslo se niega a tomar partido, no está de humor. Los recitales, aunque los poemas

leídos sean por lo general de nivel pobre, paradójicamente le sirven para ir afinando su propia arte poética. De este período data la publicación en *Barataria,* revista independiente, de sus primeros versos, condenados al olvido. Él, que no es de mucho beber, rompe su temperancia y algunas noches, no encontrando mejor ansiolítico, se emborracha hasta caer bajo las mesas. No será la única vez en su vida, contrariamente a lo que hará creer. Quincas Amargo, amante, cien veces despechado, de Viviana —ya no lo soporta, ni tampoco al ambiente del Saratoga—, intima con él luego de la pintada. Lo considera su compañero de penas. Lo arrastra a algunas de sus borracheras, es un gran privilegio. Muchos de los poetas jóvenes querrían ocupar su lugar, suponen inspiradora su camaradería. Quincas vuelve poesía la expresión más banal, escribe con los anteojos puestos (¿?), afirman sus admiradores. El autor de cuatro versos célebres pergeñados con rotulador rojo en una pared, apiadándose de Laslo, siempre lo regresa a su casa, si es necesario colgado de sus hombros, antes de que acabe la primera de las tres noches sin dormir que duran sus rondas de bares desde que ha dejado de echar los tejos a la ingrata.

La adhesión de Laslo al trotskismo data de esta fase de desvaríos. Caligari está estudiando mentalmente, llevándose a los labios un vaso de Jade, cerveza artesana, orgánica, si debe de mencionar o no este episodio en la novela que se va perfilando. Acompaña la cerveza con unas aceitunas griegas, *kalamata* —le recuerdan a las de botija pasadeñas—, y un puñado de almendras tostadas, españolas, son las mejores, sostiene él, más crocantes que las italianas. Ha ido a buscarlas a la cocina junto con la bebida. Si el trotskismo ha tenido importancia en la vida de Laslo, desde hace varias décadas es historia cerrada para su avatar, cómodamente instalado bajo la sombra de la acacia, su aperitivo al alcance de la mano. Pronto habrá llegado la hora de cenar.

Hoy, la Cuarta Internacional, en sus diferentes variantes esotéricas, le parece un espejismo. Ni siquiera una utopía. Una utopía es el relato imaginativo de una situación ideal llamada a nunca concretarse. El movimiento trotskista fue una alucinación intelectual concebida por una mente brillante herida en su amor propio y proyectada como alternativa a la aterradora distopía sangrienta salida de la mente mediocre de un psicópata. Mientras su fundador vivió, se benefició del prestigio del que este gozaba en círculos de élites de izquierda horrorizadas por los crímenes cometidos en nombre de la Revolución. Tras su asesinato a manos de un patético esbirro del temible «Padrecito del pueblo», la IV Internacional se metastatizó en una serie

de sectas inoperantes peleadas unas con otras. La desaparición de la Unión Soviética le dio el puntillazo final al acelerar la victoria del capitalismo el concomitante proceso de muerte cerebral de la IV abierto por el asesinato de Trotski. La larga agonía está llegando hoy a su término. Ya casi no quedan ligas o partidos oficialmente trotskistas en el mundo. La suerte de los partidos comunistas es apenas mejor. Caligari no podría, honestamente, negar que creyó en esa ilusión durante muchos años. Y no se avergüenza de ello. La contundente realidad, haciéndole abrir los ojos, esfumó el porfiado espejismo.

No tendría sentido que evocase exhaustivamente una militancia, en suma, anecdótica. Solo querría dejar sentado, para los efectos de esta narración, que se embarcó en el Frente Obrero Unificado Trotskista (FOUT) más o menos con la misma motivación que lo hizo volver a frecuentar el Saratoga: para vendar sus heridas sentimentales con la gasa, esta vez, de una actividad en buena cuenta no muy diferente a la de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, si se pasa por alto la intrínseca estulticia intelectual de la secta norteamericana, más nociva para el cerebro humano que cualquier trotskismo. Esta militancia fue intermitente, propiamente hablando, y careció de una convicción profunda. Se transformó en adhesión intelectual una vez abandonada y en una esporádica proximidad sin obligaciones. Detallarla nada agregaría a esta historia, la Revolución es hoy un mito caduco. Baste precisar, a fin de cerrar el paréntesis, que su militancia sufrió un primer parón el día que, ¡oh, milagro!, Laslo se reencontró con Myria luego de aproximadamente un año de separación.

En vivo y en directo, le dice ella respondiendo a su pregunta asombrada, ¿¡Myria!? ¿Quién más podría ser, la Virgen de Fátima? Él ha abierto la puerta de su casa echando pestes, se está alistando para salir. Dentro de tres cuartos de hora se reúne la célula del calzado. Esta ha puesto bajo su dirección, hará una quincena, *El Remache Combatiente,* gacetilla mimeografiada una vez por semana en un local clandestino. Los movimientos políticos están proscritos en Otrora y la libertad de expresión conculcada desde el golpe militar. El comité central del partido confía en su oficio de redactor, adquirido en la prensa capitalista. A Laslo le toca dar forma al órgano de la célula y redactar un editorial siguiendo las instrucciones de arriba, nada muy complejo, casi únicamente relacionado con el combate sindical en el ramo del zapato y en el de una fábrica en particular, TABAS. El partido camina en ella con botas de siete leguas. Carece de toda influencia más allá de este ámbito limitado y por eso entre combate sindical y lucha política no hay una línea divisoria clara. Sus

dirigentes raras veces se atreven a hollar con las suelas groseras de su calzado las alfombras rojas de la lucha ideológica. Laslo fustiga *sottovoce* esta línea mediocre, contraria al espíritu audaz del Programa de Transición. No cree tener, tras seis meses de militancia, autoridad suficiente para dar un puñetazo en la mesa enrostrando a la dirección su cortedad. No dejaremos de ser furgón de cola del sindicalismo si seguimos por este camino, se dice.

Por cierto, Laslo pensaba anunciar hoy que se marcha del FOUT. Ha sido captado por otro partido trotskista, de formación muy reciente, la Liga Comunista, sección del Comité Internacional de la IV Internacional, del cual la actriz británica Vanessa Redgrave es figura de proa. La Liga está ganando terreno en las universidades y ofrece perspectivas ideológicas más sólidas a sus ambiciones intelectuales. Me aburro con ustedes, iba a decirles. Ya no valdrá la pena. Se ha olvidado de la reunión y de *El Remache Combatiente.* La revolución permanente puede esperar a mañana.

Aún no sale de su asombro. ¿No te da gusto verme?, le pregunta Myria como si su ruptura hubiese sido solo una distanciación momentánea causada por un resfriado. Se ha recogido el pelo en dos trenzas cortas y este peinado libera su frente amplia, resalta la línea recta de sus cejas bien depiladas, el brillo de sus ojos verdes tirando a amarillo y la forma redonda de su rostro de facciones finas. Lo está mirando con cierta ansiedad. Para Laslo, su aparición en el umbral de su puerta es la realización del milagro que ha esperado todos estos meses, a menudo en agonías. Pensaba que no te volvería a ver más, balbucea. Se ha apoyado en una de las jambas y con una mano hace girar el pomo de la cerradura. ¿No te advertí que la próxima vez te iba a castigar de verdad, Laslo?, ¿ya no te acuerdas? Myria le da a entender que el castigo ha llegado a su fin. Le abre los brazos, ¿a la espera de un beso?

Laslo se ve en el coche de ella, a pocas cuadras de su casa, en horas de la mañana, no hará un año, rogándole su perdón, en efecto. Lo recuerda como si fuese algo ocurrido a un tercero en la calle y él fuese testigo del suceso y la otra persona involucrada en este asunto, habiéndolo localizado por fin, le pidiese ahora que se acuerde del acontecimiento quién sabe con qué intenciones. No sabe qué faltas le saca. Ella le toma la mano y la enlaza en sus dedos y le dice te he echado de menos, Laslo, y él no consigue decirle yo también te he extrañado, Myria, no sabes cuánto. La he echado de menos hasta el momento de tocar ella a su puerta estando él por dirigirse a su reunión de célula.

Tiene sus dedos enlazados en los de Myria y no siente nada. Nada siente cuando ella se aproxima, se alza sobre las puntas de los pies y lo besa en la

boca. Sí, es un hecho, él oprime sus dedos, se asocia a su beso y une su lengua a la suya, pega su busto al de ella y sonríe sin convicción pensando que el FOUT se pasará de mí esta tarde, mala suerte. Su cerebro le dice no hay nadie en casa, la criada ha cambiado tus sábanas esta mañana, el lecho está listo y Myria también, no has hecho el amor desde que la perdiste, Laslo, tendrían toda la tarde, son apenas las dos. Sus piernas, desobedeciendo al cerebro, dan un paso adelante, atraviesan el umbral, en el pasillo de la planta giran, su mano derecha introduce una llave en la cerradura de la puerta y le da dos vueltas. Su lengua dice estaba por salir cuando tocaste, ¿vienes conmigo? Ni sabe a dónde irían. Finge dicha en la calle por estar juntos de nuevo, ya casi había perdido la esperanza de que esto ocurriese. Espera que la chispa encienda el fuego una vez superada esta breve parálisis de su afectividad. Trata de comprender lo que está pasando. No está pasando nada, ese es el problema. La compañía de Myria le es agradable, esto no se discute. Laslo también experimenta cierta satisfacción por haber logrado su objetivo de reconquistarla, prodigio o milagro, de momento no importa, más tarde acaso tampoco le preste importancia. Sentiría algo igual si caminara al lado de cualquier otra chica guapa deseosa de acostarse con él. Su corazón averiado no consigue bombear sentimientos por sus circuitos sanguíneos. ¿Se habrán atrofiado? No le confía a ella estas dudas y disquisiciones.

Quizás fue este el error, reflexiona Caligari. Ha depositado en el suelo el platillo con las almendras y las aceitunas y bebe del vaso el resto de su cerveza, pensando. De haberse confiado a ella, escucha lo que me pasa, Myria, ahora mismo no siento nada por ti, puede ser una defensa refleja elaborada por mi inconsciente, he vivido un año terrible, por poco no me maté, ayúdame, ayúdanos a superar este trance, ella podría haberse puesto a analizar con él no solo las vacilaciones de Laslo, justificadas por su sufrimiento, un año atroz, te lo repito, asimismo todo lo que había fallado en su relación pasional, conducida en tan poco tiempo a su estrepitoso fracaso. Entre los dos, conscientes del desafío, examinando los mutuos agravios sin tapujos, a calzón quitado, Myria, podrían, es una suposición, haber superado sus conflictos y salido adelante como pareja. A la manera de un músculo accidentado sometido a una fisioterapia, Laslo habría recuperado su capacidad amatoria y ella también, de haberla perdido, él no lo sabe. Ignora todo acerca de sus compromisos actuales. De haber sido así, sus existencias habrían seguido un rumbo distinto. No se excluye que luego de un tiempo de vida en común, casados o no, en Otrora o en Reggio —o, mejor aún, en París—, con hijos o

sin ellos, hubiesen acabado por divorciarse, uno de cada dos matrimonios europeos termina de esta manera. Reconciliados, habrían podido, a diferencia de la ingrata historia real, llevar a su culmen ese amor frustrado por la ruptura en la carretera. No se confía a ella ni tampoco ella aborda el tema con él. Quizás temen abrir una caja de Pandora.

Unos días más tarde, saliendo de la casa de un tal Niño Nunes, candidato a marica, dicen de él Quincas Amargo y los poetas de Obra 0, reputados homófobos —en Otrora solo los gays no lo son, y no todos—, están peleándose de nuevo por un motivo cualquiera, introducido por la fatalidad. Estaba escrito. Esta vez, sin embargo, la ruptura no provoca ningún efecto nocivo en su psiquis, le quita un peso de encima. Ha dejado de amarla, es una evidencia. No sabe todavía que nunca volverá a sentir la «Emoción tan violenta» de la que habla Nietzsche en su carta de adiós a Lou Andreas-Salomé, el amor (imposible) de su vida. Laslo se ha refugiado para siempre en su caparazón siguiendo el ejemplo de la tortuga al enfrentarse esta a un peligro. Jamás, sabe Laslo Caligari, volverá su corazón, a diferencia de la tortuga, a tener el coraje de asomar la cabeza fuera de esta coraza.

Epílogo

Una brisa vespertina agita las ramas de los árboles en La Ferrière-Bochard y refresca los últimos momentos de este día caluroso. Si fue misión de Laslo Caligari ordenar esta historia en su mente desde que se acomodó en la tumbona bajo la acacia esta mañana, el objetivo ha sido cumplido con creces. La tiene organizada, etapa por etapa, en unos pocos movimientos musicales a fin de darle fluidez preservando su concreción. La noción de movimiento evita el encasillamiento de los episodios propio al capítulo, piensa él. En el curso de su reflexión ha podido reconstruir el eje de su relato: su vieja historia de amor. Tarea postergada muchos años, ha comprendido al evocarla exhaustivamente. Le ha puesto lápida, por fin. Si fuese a volcar todos los elementos de su intriga al papel podría, cree él, escribirla en ocho días, a razón de veinte páginas por día —el promedio de sus novelas es ciento cincuenta—, si, como hoy, esos ocho días despertara antes que las abejas y no parase de escribir hasta la puesta del sol. Aún no lo ha decidido del todo. A su edad, antes de ser desplegado, un esfuerzo productivo exige garantías de resultado y una empresa literaria, por definición, no es candidata a ninguno.

En la tumbona, protegida del sol por la acacia, él da la espalda a la casa. Ha debido responder al teléfono sin moverse de la terraza y, concentrado en la llamada de este apicultor que debía telefonear para indicarle —¡lo está haciendo con diez horas de atraso, joder!— los pasos a seguir con el fin de desalojar el enjambre de abejas que la víspera ha invadido el sombrerete del conducto de humo de la chimenea —se debe actuar con urgencia, dice el apicultor: antes de las 10 a. m., hora en que el calor las despierta, hay que ahuyentarlas con humo blanco si no se quiere estar obligado a destruir el nido con insecticidas—, no lo ha escuchado llegar. Tampoco lo ha visto acercarse. El crujido de alguno de los tablones de la terraza lo ha alertado de su presencia. Lo está observando con extrañeza, no le parece movido por malas intenciones. Probablemente se haya perdido y no sepa cómo volver a Alenzón. Suele suceder en esta área periférica y boscosa en la que la única indicación es el nombre del caserío, las viviendas ni llevan número. Es un hombre alto, de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad, a ojo de buen cubero, pelo color

caoba y ojos titubeando entre el amarillo y el verde. Viste un terno azul oscuro que hace que, al salir de su sorpresa, las manos apoyadas en los brazos laterales de la tumbona, por si acaso, Laslo Caligari lo tome por un misionero mormón. Tienen en Alenzón un templo y un seminario dotados de un sistema de detección de candidatos a una parcela en el Jardín del Edén. El hombre, comprendiendo que lo ha importunado, se detiene a unos dos metros de él y, juntando las manos en la espalda, saluda a Laslo Caligari haciendo una venia, a la japonesa. *Good afternoon.* Le habla en un inglés con acento americano.

Laslo Caligari introduce su celular en un bolsillo de su bermuda, deja la tumbona impulsándose con las manos y, ya de pie, verifica que el hombre esté solo. *What do you want?,* le dice mostrando cierto desagrado. Se ha convencido, estudiando rápidamente su apariencia —esa corbata amarilla con listas diagonales celestes y el pañuelito gris que adorna el bolsillo de la pechera son incompatibles con el severo estilo indumentario mormón—, de que a este hombre no se lo envía el Cielo. Constatarlo lo priva de una buena razón de mandarlo a paseo. *How did you know I speak English?* El hombre fuerza sus labios a dibujar una breve sonrisa al tiempo que mueve las manos como si abriese el fuelle de un bandoneón. *I didn't intend to be intrusive,* dice en inglés. Toqué a su puerta, la campanita no debe de ser muy audible, como nadie contestó y vi su coche aparcado bajo el alero me he permitido esta intrusión. No tema, no soy agente de la CIA ni nada semejante. Soy un vulgar banquero. Hurga en un bolsillo interior de su chaqueta, extrae una billetera y, en lugar de una tarjeta profesional —eso esperaba Laslo Caligari—, saca una foto: un hombre y una mujer sonriendo a la cámara en lo que parece ser una terraza de bar, de noche. Los dos personajes están vestidos a la moda de los años 80. *Do you recognize them?* Laslo Caligari le pregunta, antes de extender la mano para atrapar la instantánea, *have we met before? Sorry, I haven't introduced myself,* responde el hombre poniendo la foto en su mano. *My name is Joseph Hamilton,* pretende darle un apretón. A Laslo Caligari se le caen, literalmente, los brazos. Está pensando me ha tomado el pelo, tan irreal le parece esta escena robada de una inscripción hecha por él en un libro de su infancia. Tiene la impresión de encontrarse ante el producto de una embriogénesis desarrollada, independientemente de toda manipulación suya, a partir de un cigoto perdido en su pasado lejano. Acaba por decir, sin poder contener un gallo, sí, los reconozco, este soy yo, esta... *This is my Mother,* lo interrumpe el hombre indicando el rostro de Myria con la punta de un dedo. No se han movido desde que se efectuó el traspaso de la foto. Laslo Caligari, a tan corta distancia,

puede apreciar el corte del terno de cachemir azul evitando que se note su admiración por la prenda de vestir. Su pensión de jubilación no daría para hacerse confeccionar uno así. Fue tomada en Reggio nell'Emilia, dice Jo..., dice el hombre, en la terraza de un bar, por Alessia Calabrese, mi madrina de bautismo, prosigue. *I was born nine months later.* Laslo se deja caer en la tumbona. El hombre que tiene delante, si no le está mintiendo, es su hijo. Nada lo prueba. Si ha descubierto un aire de familia entre el hombre de la foto, o sea, él hace unos cuarenta años —¡toda una vida!—, y este intruso que no lleva su apellido, debe de ser fruto de una autosugestión consecuencia de una improbable intromisión del pasado instantes después de haber él colocado una lápida a su historia de amor. No puede ser otra cosa, se trata de convencer. El supuesto hijo suyo parece haber heredado la agilidad mental de su supuesta madre y algunos de sus rasgos, mismos ojos, mismos labios finos. Otros son míos, la nariz, el mentón un poquito huidizo. *You must be asking yourself why I don't bear your family name,* dice Joseph Hamilton, sonrisa imperturbable, de pie, el busto ligeramente doblado hacia adelante. Laslo Caligari alcanza a suspirar *indeed.*

Echado en la tumbona le parece estar a la merced de un gigante. De pie, el gigante no le lleva más de cinco o seis centímetros y no da muestras de querer sacar provecho psicológico, o físico, de esta relativa ventaja. Su trato es cordial, su rostro no transluce emociones descifrables, su gestualidad es austera. Laslo Caligari preferiría no escuchar el resto de su historia. Piensa que si este hombre ha dado con él y se ha tomado el trabajo de venir a verlo hasta aquí —¿desde otro continente?—, sirviéndose de una foto cuya existencia él ignoraba, o había olvidado, para reavivar viejos recuerdos, es por una causa mayor. Preferiría no saber cuál. ¿Es cierto esto? Se puede dudar: no le muestra la salida. Podría hacerlo aduciendo cualquier motivo, o no aducir ninguno, nada lo obliga a sostener una charla con él. En lugar de ello, andando hacia la puerta ventana, entreabierta, lo introduce en la sala de estar, *please, come in,* iluminada por la luz suave del sol poniente. *You can call me Laslo,* le dice, ofreciéndole el sillón *crapaud* en el que suele sentarse a leer en invierno, junto a la chimenea, ociosa desde finales de marzo. Abre el aparador de estilo normando pegado al muro entre dos puertas ventana y saca varias botellas. Sostiene por el pico una de viejo *domfrontais* aún no comenzada, regalo de cumpleaños de una pareja de amigos que el covid-19 se ha llevado con una semana de intervalo. Excelente calvados, muestra la etiqueta. Su hi... Joseph no bebe alcohol, se contentará con un vaso de agua. Laslo Caligari lo llenará en el

grifo de la cocina. Explica que el agua de La Ferrière-Bochard es de manantial, información discutible, posiblemente falsa. No hay agua más pura, alza la voz, el vaso, a medio llenar, en la mano. Su huésped, sentado en el sillón de terciopelo color ladrillo, da un flojo vistazo a la sala y se interrumpe cuando Las... su padre vuelve con las bebidas. *Well,* retoma su historia.

A poco de salir encinta, dice, mi madre conoció en Turín a un canadiense, Chuck Hamilton, concesionario de Fiat en Toronto. Él se enamoró locamente de ella y aun sabiendo que yo ya hacía planchas en el vientre de mi futura madre, le propuso matrimonio. O quizás me haya tomado por un fruto de su semilla, no lo tengo muy claro. Al nacer, me inscribió como hijo suyo, ¿quién hubiera podido poner en duda su paternidad?, en un hombre la paternidad no tiene edad límite. *Being much older, he was in some ways like a second Father to her.* Sí, ella lo quería. La prueba es que su muerte, en un accidente de tránsito, hará de esto veinte años, la desconsoló. Él se durmió estando al volante, ¡en plena luz del día!, daba para que la policía se planteara conjeturas. *Of course it was an accident!,* suelta una risa espantosa y le pone término de golpe, tal vez embarazado por el exabrupto. Eran uña y carne. Para mí también fue una pérdida terrible, aunque algo me hubiese impedido quererlo. Él habría matado por mí. Yo no puedo decir lo mismo. Dicen que he heredado expresiones, gestos suyos. Mis abuelos canadienses hallan un parecido flagrante *between my Fa... Chuck and I.* No te habría podido negar, dicen. Chuck y mi madre tuvieron bien guardado su secreto. Fueron excelentes padres y yo tuve una infancia muy feliz. No la cambiaría por ninguna. Ella y yo volvimos a Italia, el porvenir asegurado, cuando él murió. O, mejor dicho, ella volvió, yo casi no conocía Italia, soy nacido en Canadá, tengo doble nacionalidad, y solo conocía Italia por haber estado allí de vacaciones, cuatro o cinco veces, en quince años no es mucho. Para mí Italia fue un descubrimiento no muy placentero, había dejado atrás familia, amigos, *girlfriend.* Me costó acostumbrarme. Mi madre no se llevaba bien con mi abuela y eso limitaba sus deseos de visitar su país, si lo hacía era por ver a mi abuelo y, la última vez, para asistir a su entierro. A él lo conocí poco. Y lo mismo a mi tío Gianni. En dos ocasiones mi tío me llevó al estadio del Bolonia para ver jugar a la Juventus de Turín, su equipo favorito. No recuerdo cuál de los dos equipos ganó, la Juventus, supongo. Lo que me gustaba eran los helados, no el *soccer.* Ver a veintidós descerebrados correr detrás de una pelota para darle patadas me conmovía tanto como un desfile de Primero de Mayo.

Joseph Hamilton hace una larga pausa, que emplea para estirar las piernas

y asomarse a la puerta ventana dejada abierta por Lalso Caligari al entrar. Parece absorbido por la contemplación de la naturaleza. ¿Dan manzanas comestibles?, pregunta luego de un largo examen, señalando un manzano con el mentón. Su padre le responde las de uno de los árboles, las otras son manzanas para sidra, los años de buena cosecha las hago transportar donde un productor, un vecino, para su prensado, a cambio de un cierto número de botellas. Si no, van a parar al vertedero. La escena le parece sacada de un cuento fantástico. Él, que hasta hace un cuarto de hora gozaba del privilegio de estar solo, se siente enredado en una trampa tendida por él mismo. ¿Esta trampa, de serlo, son los garabatos que pergeñó de niño en un libro de cuentos o la introducción de estas palabras en la intriga que ha ordenado mentalmente todo el día? Se resiste a aceptar la existencia de este hijo nacido de un coito sin descendencia. Eso creía hasta ahora. No logra figurarse la finalidad de esta súbita visita que no puede estar impregnada de amor filial. Y que él no sabe, no puede, ¿alguien podría?, rodear de amor paterno.

Nunca he tomado sidra, dice su hijo, tampoco hidromiel. De niño mi madre me contaba que había comido ambrosía en el Olimpo. Decía ser Venus y para probarlo me mostraba la Venus de Botticelli y me decía compara. Yo llevaba la estampa a la escuela y la mostraba a mis condiscípulos, teníamos nueve, diez años. Una vez uno de ellos se le acercó y le preguntó si ella podía hacerle un milagro. Claro, le dijo mi madre, ¿qué? Deseo que Suzy se enamore de mí. Tienes que traerme un mechón de su pelo, replicó ella. Dean —lo llamábamos Dingo, siempre andaba pegado a las faldas de las chicas de grados superiores— se propuso cortarle un mechón con una tijerita para uñas, muy puntiaguda. Una mañana, a la hora del recreo, se acercó a ella sigilosamente, por detrás, pero al acercar la tijerita a su cabeza, Suzy se volvió de improviso y Dingo le clavó la punta en el ojo. Sin querer, la enucleó.

Joseph Hamilton se rasca una oreja y se aleja de la puerta ventana sosteniendo su vaso de agua medio lleno. Su pa... Laslo Caligari no se atreve a preguntarle si el drama tuvo consecuencias para su madre, ¿la consideraron instigadora del accidente?, habría sido una reacción muy norteamericana. Ha encorvado los hombros. Su hijo ha rodeado el sofá y se ha inmovilizado detrás del mueble, a medio metro de la nuca de su padre, este casi puede escuchar sus latidos. Si se vuelve demostrará su miedo y si no se vuelve, el vello erizado de su nuca lo revelará. *Family stories are never simple,* dice su hijo. Yo soy la mejor prueba, puedes creerme. Su padre no ha relajado los hombros al escucharlo de nuevo, se lo impide el hallarse de espaldas a él. *Did they have other children?,*

pregunta. Prefiere la charla al silencio, y si se trata de hacerlo hablar, vamos, quítame esta curiosidad, ¿no?, pase lo que pase después. Recuerda la frase que Isaac Deutscher pone en la mente de Trotski momentos antes de su asesinato: «Este hombre podría matarme». ¿Pero por qué sería esta su intención? *You mean, my parents?* Sí, una niña, muerta al nacer.

Joseph Hamilton bebe el agua de un trago y, volviendo a su punto de partida, posa el vaso sobre la mesita de centro. Su padre, sentado en el sofá, está ahora a su derecha. No ha acabado su calvados. Escher, dice su hijo señalando el muro delante del cual monta la guardia el televisor. Era uno de los artistas preferidos de mi madre. Laslo Caligari echa un vistazo a ese vuelo de ocas sugerido por un astuto procedimiento que hace pasar al negro una mitad de la composición y al blanco la otra. El ojo humano completa el movimiento, puramente visual. Ha mirado el cuadro como si recién advirtiera su existencia. Lo compré en Madrid en la época en que se podía circular libremente, murmura. Ahora, con el covid... ¿No tuviste problema para...? *I'm an executive at Credito Emiliano, business has no borders,* replica el otro. Ningún virus puede frenar una maleta llena de euros, añade. Podría ser un izquierdista quien lo dijera, y entonces el enunciado tendría una connotación negativa. En la voz de Joseph Hamilton hay algo triunfal. No podría ser de otra manera, Joseph Hamilton es banquero. Un banquero partidario de una limitación de la libre circulación de activos sería lo mismo que un cura que no creyese en Dios. Laslo Caligari no quiere enfrascarse en una discusión ociosa sobre economía política y finanzas. La pregunta que va a hacer le ha estado quemando la lengua largo rato, ¿siempre supiste que eras mi hijo? *At last!* No, siempre creí que era hijo de Chuck. El hijo de los dos verifica la hora en su Rolex. Pero ya no, sugiere su padre biológico, *what changed your mind? My Mother, who else?* Me lo reveló poco antes de morir. Había dado contigo en el Facebook. Se la llevó el covid, justamente, hace un mes, se había involucrado en la asistencia a los enfermos. Tampoco el covid conoce fronteras, pero es más democrático, se las toma con todas las clases sociales. Fue ella quien me pidió que te buscara. Ya cumplí mi promesa.

Joseph Hamilton vuelve a verificar la hora en su reloj de pulsera, se levanta. Hace un ademán con la mano a manera de despedida. Laslo Caligari balbucea no me lo esperaba, lo siento. Lo acompaña a la puerta. Un flamante Maserati negro está aparcado junto a la cerca de estacas. Su hijo lo aborda ignorando su saludo, lo pone en marcha y dos segundos más tarde desaparece, al fondo de la rúa, tragado por la espesa penumbra del túnel vegetal que

conduce a la encrucijada, al pie de la loma. De allí se puede partir en todas las direcciones.

Fin